

Dionisio Cueva

Padre Pedro Díez

Sacerdote y maestro



Dionisio Cueva

Padre Pedro Díez

Sacerdote y maestro

EDICIONEScalasancias

Madrid / Roma 2025

Fachada del colegio y la iglesia Escuelas Pías,
donde ejerció el P. Pedro su ministerio y
donde reposan sus restos.





Sacerdote y Maestro. El Padre Pedro Díez por Dionisio Cueva
Primera Edición. 2000
Edición revisada Jun 2025

Publicaciones ICCE (Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
José Picón, 7 – 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

ISBN: 978-84-7278-500-7
Depósito Legal: M-15014-2017

Imprime: Villena Artes Gráficas

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

09	INTRODUCCIÓN
15	PRÓLOGO
21	PAMPLIEGA, DOBLADA EN PAÑOS
29	RONDANDO POR EL NORTE
43	DE NUEVO EN CASTILLA
53	APRENDIZ DE ESCOLAPIO
67	FILÓSOFO EN IRACHE
81	TEÓLOGO EN ALBELDA DE IREGUA
93	DE OFICIO, COMODIN
109	AL SERVICIO DE DIOS Y DE LA PATRIA
131	DE VACACIONES
155	CON SU PRESENCIA TRANSMITÍA PAZ
181	EL BUEN SAMARITANO
203	IDÓNEO COOPERADOR DE LA VERDAD
235	MAESTRO DE MAESTROS
257	GOZOS Y LáGRIMAS
285	COLECCION DE POSTALES
307	SANTAMENTE
321	NOTA CRÍTICA

INTRODUCCIÓN

AL CIELO EN ZAPATILLAS

Para andar por casa usaba unas zapatillas ligeras, que no hacían ruido. Con ellas, bien gastadas, le calzaron para el último viaje. Fue un acierto. ¿Os imagináis al Padre Pedro pisando fuerte la puerta del cielo?

Dionisio Cueva (1924–2015), autor de este libro, nos regala en el capítulo 15, una “Colección de postales” del Venerable Pedro Díez Gil. En ellas vemos reflejado, casi fotográficamente, al escolapio metido entre los más pequeños, en el aula, en la iglesia, en los pasillos de la comunidad o transitando por las calles del barrio zaragozano de san Pablo. Así, en el arracimarse de los detalles, acierta a trazar un perfil tan certero como cercano de su protagonista. Al final de la segunda, como de pasada, anota el detalle de las zapatillas gastadas que usaba *para andar por casa*. Fueron las que llevó en el féretro. Un detalle aparentemente menor que vale por toda una disertación sobre la vida, virtudes y fama de santidad del biografiado: sí, la del Padre Pedro fue una santidad sin ruido, “de andar por casa”, ... *de la puerta de al lado*.

La primera edición de “Sacerdote y maestro” apareció a mediados del año 2000, como contribución a los trabajos de la Causa de canonización, puesta en marcha en 1997. Unos meses antes, en la Pascua de 1995, el Capítulo Provincial de Aragón aprobó por unanimidad la solicitud de apertura del proceso. Finalizados los trámites previos, se instruyó la fase diocesana en Zaragoza del 30 de mayo de 1997 al 14 de febrero de 1998. La documentación recogida fue enviada a Roma, que reconoció su validez pocos meses después, el 12 de febrero de 1999. Comenzó entonces la

redacción de la *Positio Super Virtutibus*, estudio documentado de la vida y virtudes del Padre Pedro.

La composición de la *Positio* marcó un momento importante en la consideración de la vida y la obra del Padre Pedro. Los testimonios aportados por las personas le que conocieron y colaboraron con él iluminan su figura humilde y discreta. Coinciden todos en señalar la dedicación constante a la educación de los párvulos, su atención a la iglesia del colegio, la actividad pastoral con los niños y adultos o el servicio a los enfermos y a los moribundos. Destacan así mismo, rasgos sobresalientes de su personalidad como la diligencia en la tarea educativa, su acendrado sentido del deber, la obediencia callada o la solicitud generosa para con todos. Con estos materiales, a caballo entre lo biográfico y lo intuitivo, junto a algún aporte documental recogido en el curso de los trabajos preparatorios, Dionisio Cueva traza la semblanza que ahora aparece reeditada en Ediciones Calasancias.

En sus páginas comienzan a desfilar ante los ojos del lector los paisajes de Pampliega mientras, a ritmo de ferrocarril, recorre las localidades del norte de España, escenario de la niñez y adolescencia del joven Pedro. La narración permite revivir los ambientes de familia y de escuela, la de los escolapios de Tolosa, en los que el alumno madura y se abre a la aventura de la vocación calasancia, acogida como el tesoro de gran valor que custodiar hasta el momento oportuno. Con su partida al postulando escolapio de Zaragoza comienza el tiempo de formación: Cascajo, Peralta de la Sal y los teologados de Irache y Albelda de Iregua completarán el mapa vital del religioso que profundiza y consolida su opción por las Escuelas Pías.

¿El resto?... casi cinco décadas vividas en “Escuelas Pías” de Zaragoza desde que, en mayo de 1935 llegase al colegio de la calle Conde de Aranda. Destinado “provisionalmente” a la clase de párvulos, en los años de la Guerra Civil vivió con gozo su Ordenación sacerdotal en Jaca, la emoción de su primera misa en Venta de Baños, y las profundas impresiones del tiempo de servicio militar en el frente de Daroca hasta que, finalizada la contienda, pudiera regresar de nuevo y para siempre, a la ciudad del Ebro. A partir de entonces, su vida se fue tejiendo en la simplicidad de lo cotidiano: el ritmo comunitario, las clases, la atención a la iglesia y el servicio a todos dentro y fuera de escuela. Con el eco callado de una santidad vivida entre los niños.

El hilo sincrónico se detiene por un momento para tejerse magistralmente con el acercamiento a distintos aspectos de la vida y la actividad del Padre Pedro; así, en los cuatro capítulos que van del 10 al 13 el autor perfila las facetas más significativas del biografiado: su entrega generosa, la acción pastoral desplegada en la iglesia y en colaboración con distintas parroquias y el hacer escolar entre los párvulos, con una contribución magistral al desarrollo de nuevas metodologías en el campo de la educación infantil. Solidario, sacerdote, parvulista y pedagogo: cuatro términos que, a modo de puntos cardinales, le caracterizan como maestro escolapio. Hay que añadir a éstos las sabrosas páginas del capítulo 15, ya mencionadas, que completan el retrato del Venerable: las *postales* seleccionadas permiten a quienes le conocieron evocarlo nuevamente de un modo vivo y significativo concediendo, a quienes vinimos después, formarnos una idea más precisa de quién y cómo es el Padre Pedro.

Los dos capítulos finales, “*Gozos y lágrimas*” y “*Santamente*” retoman la narración biográfica para ofrecer una mirada a sus últimos años: los veranos en Panticosa como capellán de la colonia de las Hermanas de Santa Ana, la pérdida de su madre o la concesión de la medalla al mérito en el trabajo abren el tramo final en el que la debilidad física y la enfermedad no consiguen empañar la figura entrañablemente cercana del escolapio de pequeña estatura, sonrisa perenne y corazón inmenso. Silenciosamente, el autor detiene un relato...que queda abierto. Con la profunda convicción que nace de la fe, confesando que la vida de quienes creen en Dios “no termina, sino que se transforma”, y con la certeza firme de quien compartió vida y comunidad con él, Dionisio Cueva insinúa, sugiere y proclama *sotto voce* lo que la Iglesia ha reconocido dos décadas más tarde: el Padre Pedro ha vivido de modo excepcional la vida cristiana y su vocación de escolapio, y por ello, es declarado VENERABLE.

Letras mayúsculas, las de un decreto, el de la “Declaración de Virtudes Heroicas” firmado en Roma el 20 de mayo de 2023, reproducido y traducido al final de esta nueva edición de *Sacerdote y Maestro*. Es justo, y muy necesario, poner un “epílogo gozoso” que recoja la andadura de los veinticinco años transcurridos desde la primera publicación. En ellos, la memoria del Padre Pedro no solo se ha mantenido viva en escolapios y exalumnos, sino que ha ido creciendo entre las nuevas generaciones. Mientras, en los despachos vaticanos teólogos y expertos estudiaban la

Causa y se iban completando poco a poco, pero con firmeza, las etapas que desembocaron, en la primavera de 2023, en la Declaración de Virtudes Heroicas del Padre Pedro.

Con profundo agradecimiento Ediciones Calasancias reedita “Pedro Díez Gil, escolapio. Sacerdote y Maestro” cuando se cumplen 25 años de su aparición. Quiere seguir apoyando como entonces la Causa de Canonización, además de acercar la figura del Padre Pedro a religiosos, educadores, alumnos y exalumnos. Es también un sentido homenaje a su autor, Dionisio Cueva González Sch. P, en el décimo aniversario de su fallecimiento. A él se debe el impulso más decidido a la fase diocesana del Proceso, ... y el entusiasmo fraterno de dar a conocer la figura del Padre Pedro.

Biografía y Decreto, expresiones de una misma vida, la del Venerable Pedro de la Virgen del Carmen Díez Gil, escolapio, ejemplo de religioso y educador que, siguiendo a Jesús al estilo de San José de Calasanz, acompaña nuestra vida y nos ofrece la ayuda de su intercesión. Nos corresponde a nosotros recurrir a él, con tanta confianza como cariño, sabiendo que sigue siendo sacerdote y maestro.

*Ángel Ayala Guijarro Sch.P.
Roma, 8 de mayo de 2025*

PRÓLOGO

Me dicen que a dónde voy. Los amigos son así.

Rezamos juntos, trabajamos juntos, cantamos juntos, y juntos vemos medio telediario de la noche. Es que cenamos a contrapelo de la gente sensata. Cuando termina la cena, el señor ese de las noticias y las catástrofes ya se ha ventilado las más sonadas... Ah, y juntos comentamos, cada cual con su criterio y sus razones, los vaivenes caprichosos de la historia en la barca de la Iglesia, en la tersa piel de toro de nuestra España, en el mapa multicolor de las Escuelas Pías. Y los domingos, y algunos miércoles por añadidura, después de medio telediario, auscultamos la fiebre que marca el termómetro de la liga de fútbol. También con variados criterios y ciertas razones, que no siempre comprende la razón, por aquello de la afición y los colores.

Deseamos compartir con todos vosotros la experiencia vivida en nuestro Capítulo General. A lo largo de estas semanas han sido muchas las reflexiones, los encuentros, las oraciones y celebraciones, los trabajos, en los que hemos podido disfrutar de la vida y de las esperanzas de la Orden, traídas a Peralta por cada uno de nuestros hermanos. A esa misma esperanza os invitamos a todos. Desde esa esperanza os ofrecemos nuestro compromiso.

Gente normal, ya veis.

Pero te aprecian tanto, que se van de tono. Déjate de biografías y perfiles, dicen, que libros sobran en la biblioteca y casi nadie los lee. Y ahora otro más sobre el P. Pedro.

Sí, sobre el P. Pedro, que fue un regalo de Dios a sus amigos. Un maestro escolapio, especialista en párvulos. Y un sacerdote apóstol como la copa de un pino.

Pero si era pequeñito, dicen, y no hizo ruido, ni milagros, ni predicó un sermón en el Pilar, ni anduvo por Roma o las Américas, ni ocupó cargos de responsabilidad y prestigio, Rector al menos de un colegio.

Les sobra razón. De todo eso, el P. Pedro, nada de nada.

¿Pensaba en él Pío XII cuando habló del escolapio desconocido? Y la conversación se centra, como punto de referencia obligada, en la figura de San José de Calasanz, aragonés universal, revolucionario en métodos y sistemas pedagógicos, fundador de las Escuelas Pías y de la primera escuela pública, popular y gratuita que hubo en Europa, padre en la fe, ideal y maestro en el trabajo...

Todos de acuerdo.

Y, consecuencia de tal referencia, otra vez el recuerdo del P. Pedro. Y es que le hemos conocido todos. Algunos aprendieron a leer en su escuela. Otros, la mayor parte, sentimos todavía sobre nuestra cabeza, el aleteo de su mano derecha mientras perdonaba, en nombre de Dios, nuestros pecados. Y otros, sin llegar a tanto, se sentaron a su lado y comieron a su mesa. Y al recordarle, juramos que fue fiel y aplicado discípulo de Calasanz en su trato con los niños, con las familias, con los pobres y con la Virgen María, Nuestra Señora. Por eso le queremos tanto.

Y entrañablemente, dicen. Pero de ahí, a romper su silencio y mandarle, ya muerto, a recorrer caminos desconocidos por esos mundos de Dios, no deja de ser temeridad y atrevimiento.

Pues aunque lo sea, yo os quiero presentar al P. Pedro, tal cual fue, de cuerpo entero.

Ojalá lo consiga.

Él se lo merece. Y nosotros no podemos permitir que el tiempo borre su memoria. Necesitamos recordar su mensaje y alegrarnos con su sonrisa. Que, la verdad, vivimos en desequilibrio constante, unas veces crispados, y otras arrullados por cierta atonía espiritual, mitad indiferencia, mitad desesperanza. Deben ser consecuencias de la postmodernidad, o flecos del Concilio todavía no bien asimilados, o sed de un agua fresca, que hace algunos años brotaba a chorro limpio y ahora parece haberse secado para siempre. El goteo lento y cansino de esta fuente de las vocaciones nos quita el sueño. Ya vendrán mejores tiempos... Sí, ya vendrán. Pero mientras vienen o no vienen, escolapios jóvenes han emigrado, buscando el vellocino de oro, el noviciado está vacío, y la pregunta inquietante nos atormenta, como un torniquete de acero, a los que tenemos fe. ¿Pisamos tierra firme, o vamos caminando sobre las aguas?

Desde esta misma atalaya de su colegio fue el P. Pedro oteando el problema. Y sintiendo en su piel el frío helador de las primeras embestidas.

Pero no se inmutó. Puso su confianza en el Señor y siguió enseñando a sus niños, atendiendo su confesonario, escuchando a sus exalumnos, socorriendo a sus enfermos y moribundos.

Desde esta misma atalaya de su colegio. Si él volviera...

¿Os imagináis su sorpresa, sus palmadas de júbilo, la canción agradecida de su mirada?

Porque el colegio parece nuevo. Mejor, es nuevo. Desaparecieron, de una vez por todas, las dos castas de alumnos –ricos y pobres, vigilados y gratuitos– con puertas distintas, con patios para jugar distintos, con oratorio para rezar distinto. Ahora, la coeducación sin remilgos. Sentados en todas las clases, chicos y chicas. Aquella abarrotada escuela de párvulos se ha multiplicado y distribuido, con criterio moderno, en tres secciones y seis aulas para niños y niñas de tres a cinco años. Al colegio le han lavado la cara y ha quedado guapo de verdad, y dentro le han aña-

dido un nuevo patio, amplio y luminoso, y un polideportivo funcional, y una preciosa sala de conferencias, y otra sala de educación psicomotriz, y otra más con la mejor tecnología informática, y coronando patios e instalaciones, el Museo Bíblico Escolapio en el piso noble de la Rotonda...

El oratorio de colegiales se llama ahora “Parvulario Padre Pedro Diez”. La iglesia ha ganado puntos, muchos puntos, con nuevo presbiterio, mejor iluminación, moderna megafonía. Y en el altar del Pilar, donde él distribuía la comunión, tras el frontal de madera de nogal, descansa su cuerpo incorrupto. Vino calladito desde el panteón del cementerio. Calladito y sin prisas espera lo que digan en Roma. Él, desde su silencio, oye todas las mañanas el canto y el rezo de sus niños.

Si él volviera...

Para que vuelva y goce entre nosotros, se escribe este libro. Con perdón y permiso de mis buenos amigos.

Que son los suyos...

CAPÍTULO 1

PAMPLIEGA, DOBLADA EN PAÑOS

El Padre Pedro vivió lo más y mejor de su vida en Zaragoza. Pero no había nacido en Zaragoza. Digamos, para entendernos desde el principio, que el P. Pedro fue un regalo que le hizo Pampliega, desde Castilla, a Zaragoza, capital de Aragón. Allí nació a la vida en 1913 y aquí se durmió en el Señor en 1983. Estas son las distancias en el tiempo y en el espacio. Acortando distancias, un mismo y entrañable amor.

Y como al río no se le puede cantar sin beber antes el agua limpia de su manantial, tampoco se puede entender la vida de los santos sin entrar en el hogar paterno y visitar el lugar donde rodó su cuna.

LA VILLA SOBRE UN ALCOR

Pampliega dista 32 kilómetros de Burgos. Sales de la cabeza de Castilla hacia Valladolid, autovía adelante, y ves Pampliega a tu izquierda, asomada sobre un alcor de 817 metros de altura sobre el nivel del mar. Sus fundadores la plantaron en el Cerro de la Mota y la llamaron Arnbisrna. Así lo asegura Ptolomeo en sus tablas.

Luego descendió donde se asienta ahora, el templo encima y el caserío a su alrededor, ladera abajo, buscando el calor del sol y la caricia del río. Conforme pasa el tiempo, y se hace mayor, y se fortalece con castillo y murallas, va cambiando de nombre. En el siglo XI se llama Pamplica –Panis–

plica, doblada en paños.

Años después, Pampliga. Al final, y hasta la fecha, Pampliega. Por Pampliega hicieron cruzar los romanos la vía de Clunia a Cantabria. A Pampliega la dotó de fueros Alfonso VII en la primera mitad del siglo VII, que fueron ampliados y fortalecidos por sus sucesores Alfonso VII y Alfonso X.

Hoy tiene la villa apenas cuatrocientos habitantes y para ascender a su caserío desde la autovía hay que atravesar sucesivamente los rieles del ferrocarril por la estación de Villaquirán de los Infantes y el puente de piedra de siete arcos sobre el río Arlanzón. El asfalto, el hierro y el agua forman tres caminos paralelos, que proporcionan a Pampliega y al viajero comodidad y sosiego. Pero hiere la tristeza el alma mientras cruzas el puente y oyes debajo el rumor de las aguas crecidas:

...¿dónde está el capitán? Nadie lo sabe: del Arlanzón al Duero se ha perdido.

Antes el Cid. Ahora el Arlanzón. Lo dijo en versos heroicos el poeta burgalés José María Alfaro. Los dos, río y capitán, capitán y río, camino de los mares para morir en sus orillas.

Pegado a Pampliega, construyeron los frailes benedictinos –los monjes negros de las crónicas– “uno de los más honrados monasterios que por aquellos tiempos había en España” según el Rey Sabio. Se lo dedicaron a San Vicente. Los sarracenos ahuyentaron a los monjes, y sus posesiones fueron pasando a los monasterios de Arlanza y de San Juan de Burgos. Quedó, como memoria, una pequeña ermita, que recibió culto y peregrinaciones hasta bien entrado el siglo XVIII. Pero “por no haber quien la reparase se arruinó y con la piedra de ella se adoquinó y enlosó parte de la iglesia”.

Este monasterio de San Vicente se hizo célebre porque a él se retiró el rey Wamba, en él profesó y en él murió el año 688. Fernando III el Santo quiso y no pudo llevarse a Toledo los despojos de Wamba. Lo consiguió, y no sin astucia, Alfonso el Sabio la noche del 13 de abril de 1274, compensando a Pampliega con mercado franco los sábados y enriqueciendo a Toledo con los restos de “uno de los señores que nunca hubo que más la honró y mayores hechos hizo de ella”.

Pasaron los siglos y en el hueco que dejaron monasterio y sepultura levantaron un hito conmemorativo: pirámide de piedra franca, y clavada en ella una esbelta cruz de hierro, que lleva esta doble inscripción latina: en un brazo *Hic fuit rnonasteriurn Sancti Vincentii, anno 1745*, y en el otro *Hic jacuit Wamba Gotorurn Rex*. Se reformó el monumento, sin mucha fortuna, en 1842. Se han vuelto a reformar piedra, cruz e inscripciones modernamente.

Y cuando escribo estas líneas, el Ayuntamiento de Pampliega acaba de inaugurar un conjunto escultórico en honor del rey Wamba en la Plaza de la Verdura: una gran roca de un metro cuadrado de base, dos metros de altura y cinco toneladas. de peso, lleva en su cara anterior la efigie del rey y una inscripción alusiva... Dos jóvenes cipreses velan a un lado y otro de la roca la memoria sagrada del monarca godo.

Y no han sido éstas las únicas memorias que del rey Wamba ha guardado Pampliega.

En 1912 tenía vida en la villa el Círculo Católico Wamba, para ayuda y recreo de los obreros: El 1º de mayo surgió la idea de adquirir un salón amplio, “en donde los obreros pudieran encontrar ilustración, cultura y un solaz de esparcimiento”. La Junta directiva y los obreros pusieron manos a la obra y el 16 de septiembre se inauguró el salón, con bendición por el párroco don Eusebio Martínez Mazuela, en nombre y representación del Sr. Arzobispo de Burgos, misa y sermón por su coadjutor don Ángeles Labrador, procesión de las Animas con la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, merienda y velada dramático-lírica “que fue todo un éxito”. El Diario de Burgos, del que torno estos datos, publicó el día 21 una detallada crónica de la inauguración del Círculo...

No olvidéis los nombres de los dos sacerdotes citados por el corresponsal: uno casará a los padres del P. Pedro y el otro bautizará al pequeño.

EL MEJOR MONUMENTO

Pero el mejor monumento de Pampliega es su iglesia parroquial, que vigila desde lo alto a los habitantes del pueblo y a la comarca entera, ancha y dilatada como un mar de trigos ondulantes.

Aquí dentro siente el visitante cómo pueden hermanarse grandeza y belleza, proporción y sencillez. Dos capillas laterales nos recuerdan a la primera iglesia del siglo XIII. En el siglo XVI se amplía esa primera iglesia por obra del arquitecto Juan de Vallejo, con piedra de sillería, en forma de cruz latina y estilo gótico isabelino.

El visitante debe detenerse ante el monumental retablo del altar mayor, ideado y modelado por el maestro belga Domingo de Amberes entre 1552 y 1558. Es de madera de nogal, roble y pino, y consta de cuatro cuerpos. En la calle central del tercero destaca la imagen sedente de San Pedro, titular de la parroquia.

Hay mucho más que admirar aquí dentro: el pequeño retablo de San Roque en la capilla de las Ánimas, también de Domingo de Amberes, el púlpito plateresco que cinceló Martín de Ochoa, y la transparente y armónica pila bautismal de alabastro... La torre de piedra sillar mira al poniente, se apoya en cuatro arcos redondos, es alta, airosa y robusta, y abre paso a una portada plateresca con elegante galería.

Si tenéis la suerte de venir a Pampliega, no os perdáis su iglesia. Y ya dentro, id despacito hasta la pila bautismal, porque en ella hicieron cristiano al P. Pedro. Cuando yo la vi, la acaricié despacio y deposité en ella un beso.

PARA EN UNO SON LOS DOS

Pampliega y templo, buen lugar para iniciar su semblanza.

Delante del altar mayor, el 15 de abril de 1912 don Eusebio Martínez Mazuela, cura propio de la iglesia parroquial de San Pedro Apóstol de esta misma localidad, bendijo el matrimonio de Domingo Díez Soto y María del Carmen Gil Arcos.

Tienen los novios, él y ella, 23 años de edad, natural de Pampliega. Antes de acercarse al altar han sido examinados y aprobados en doctrina cristiana, han recibido los sacramentos del perdón y la eucaristía y han obtenido el consentimiento paterno. Bueno, el consentimiento lo recibió Domingo de sus padres Fidel Díez Palacín, natural de Pampliega y Beatriz



Pampliega. La torre de la iglesia, recortada por la muralla

Soto Ganzo, nacida en Los Balbases. Los padres de la joven esposa, Manuel Gil Urgaña, natural de Palazuelos de Muñó y Petra Arcos Delgado, nacida en Santiuste, asistieron al casamiento desde el cielo. Firmaron como testigos Rafael Martín Aragón, organista de la parroquia, y Bernardino Fernández Merino. Los novios se dijeron que sí hasta la muerte.

Y nosotros, en este abril que anuncia la primavera “en las aleluyas blancas de los zarzales floridos”, les felicitamos con Lope, el gran amador:

*Para en uno son los dos:
vivan, y guárdelos Dios.*

Fechas, detalles y nombres, aparecen en el acta matrimonial. Y añade el escrito que Domingo es “de profesión jornalero”. Los jóvenes esposos tienen casa en Pampliega, que ronda esos días los 1.400 habitantes. Abajo y a kilómetro y medio, en la estación de Villaquirán, paran los trenes que van y vienen de Madrid a Irún. Como jornalero de profesión, Domingo se gana honradamente el pan de cada día.

¿Qué importa el título, si el oficio es honrado y honrado también el jornalero? En el campo, en las estaciones del ferrocarril, en los bancos y en los comercios, empieza el aprendizaje en la planta baja y se van subiendo pisos y escaleras. Domingo estrenó siendo mozo servicios elementales, pero no tardó en ascender, y habría subido más alto de haberle dado mayor respiro la vida.

SE LLAMARÁ PEDRO

En el hogar, sencillo y gozoso, que tienen encendido en Pampliega Carmen y Domingo, les nació el primer hijo un año más tarde, el 14 de abril de 1913, a las siete de la mañana. Gobierna la Iglesia de Dios el Santo Padre Pío X y reina en las Españas el joven monarca Alfonso XIII.

Bautizó al niño el domingo 27 don Ángeles Labrador Barrio, “coadjutor y sirviente de D. Eusebio Martínez Mazuela”, y fueron sus padrinos, uno por la rama paterna y otro por la materna, sus tíos Pedro Díez Soto y Clotilde Gil Arcos. Ni los padres del niño, ni el cura que le bautiza dudaron en el nombre. Se llamará Pedro. ¿Delicadeza hacia el padrino, recuerdo



En esta preciosa pila de limpio alabastro le hicieron cristiano

de la abuela difunta, fidelidad a Pedro el Apóstol, titular de la parroquia y patrón del pueblo?

No se sabe.

BAJO EL AMPARO DE SAN JOSÉ

Sí se sabe, porque así lo escribió don Ángeles Labrador Barrio en el folio veintiocho del libro trece de bautizados de la parroquia de Pampliega, que el niño quedó bajo el amparo de San José:

Bauticé solemnemente en dicha parroquia a un niño a quien puse por nombre Pedro y le di por abogado al Patrocinio de San José.

Podéis tener por seguro que este niño hará honor a sus raíces familiares, al nombre que acaba de tocarle en suerte y a su abogado San José.

CAPÍTULO 2

RODANDO POR EL NORTE

El sol y la paz duraron poco. El 28 de junio de 1914 un estudiante serbio asesinó en Sarajevo al archiduque heredero de Austria-Hungría. Pío X le dice al embajador de Brasil, que vuelve a su patria: “¡Dichoso Vos que no sufriréis la guerra!” No se equivocó. Los ríos de Europa se tiñeron pronto de sangre. No pudo el Pontífice resistir el dolor de sus hijos y el 20 de agosto entregó serenamente su alma al creador. Le sucede al frente de la nave el arzobispo de Bolonia Giacomo della Chiesa, que quiso llamarse Benedicto XV.

OTRO CLIMA Y DISTINTO TRABAJO

En Pampliega, de guerras nada. Pero llegan la necesidad y la suerte, que empujan a los jóvenes esposos y al niño a emigrar al norte. Quedan atrás el fuego encendido del hogar, familiares y amigos, la casa cerrada y el templo parroquial muy abierto.

Algún día volverán a gozar del sol y de la tierra madre de Castilla. En este verano de 1914, toman el tren y durante once largos años a Domingo le toca trabajar como mozo de tren fijo en la Compañía del Norte. Primero en Zumárraga. Luego en las estaciones de Caparrosa, con domicilio en Pitilla de Navarra, Villarreal de Urrechu y Villafranca de Oria. Finalmente, febrero de 1921, en la de Tolosa.

Distinto trabajo y otro clima, otro cielo, otros horizontes.

¿Por qué recordaría, años después, el P. Pedro el mucho frío que pasó cuando niño? Pero con frío o sin él, la vida siguió adelante y la casa se va llenando de hijos, unos para vivir y otros para sobrevivir algún tiempo, sin llegar a puerto. Los que se quedan llenan el hogar de gozo. Los que se van, velan por los que permanecen: por los padres que luchan y rezan, por los hermanos que crecen en gracia de Dios y buenas costumbres.

LA CIUDAD MÁS BONITA DEL PAÍS VASCO

A principios de febrero 1921 está la familia asentada en Tolosa. Y no le fue fácil a Domingo dar con una casa capaz. Alquilar, solamente alquilar. El dueño de una vivienda, muy apropiada, quiso curarse en salud y preguntó cuántos eran de familia, Domingo se hizo el sordo. Subió al primer piso, se asomó a los balcones y comentó en voz alta:

– Estupendo, va a dar bien el sol a tantas macetas como terneros.

Y se firmó el contrato. Para el dueño de la casa, las macetas eran macetas, muchas macetas. Para Domingo las flores de las macetas eran sus hijos. Donde se demuestra que, a veces, un ferroviario, puede tener mejor sentido poético que el dueño rico de una vivienda con balcones.

Fue una lotería para todos, pero muy especialmente para Pedro, que está a punto de cumplir ocho años. Por Tolosa pasaron hace sesenta años el Barón Charles Davillier, caballerizo mayor de Napoleón III, y su amigo y “monstruo de dibujantes” Gustavo Doré. En su Viaje por España escribe Davillier: “Henos en Tolosa, capital de la provincia de Guipúzcoa, una de las ciudades más bonitas del país vasco y también una de las más industriales. Las fábricas abundan en ella y los edificios con ventanas alineadas regularmente contrastan con las casas solariegas, todas con escudos de armas tallados en piedra, mansiones medio en ruinas, de las antiguas familias nobles...”

Sesenta años después, Tolosa es ciudad poderosa, a 26 kilómetros de San Sebastián, bañada por el Oria, que brinca desde las fragosidades del monte Araz, corta el puerto de Idiazábal y termina haciéndose en Tolosa



Tolosa. Plaza de San Francisco, y al fondo el colegio de las Escuelas Pías.

río papelerero. Cuenta la ciudad con una población de 11.000 habitantes y cientos de obreros trabajan en las fábricas de papel, en las de la Papele-
ra Española sobre todo, y en la no menos famosa fábrica de boinas, que
fundó a mediados del siglo pasado Antonio Elosegui. La iglesia de Santa
María sirve de parroquia y semeja una catedral, majestuosa en sus tres
naves y en la belleza de sus líneas renacentistas, regida por un párroco y
varios sacerdotes coadjutores.

EN LAS ESCUELAS PÍAS DE TOLOSA

En 1878 habían llegado los escolapios a Tolosa. Una cristiana y aristócra-
ta señora, doña María Luisa de Zurbano, viuda del marqués de Vargas,
dejó en testamento su casa-palacio y la huerta adjunta para levantar un
colegio de Escuelas Pías. Los escolapios de Aragón recogieron el encar-
go. Para organizar la apertura de las escuelas llegaron desde Zaragoza el
22 de agosto del año citado los PP. León Vidaller, Manuel Gazo y el Her-
mano Mariano Lajusticia. Tres nombres de oro. Le dieron tal impulso al
colegio, que en 1921 cuenta con secciones de primera enseñanza, bachi-
llero, comercio y lenguas, y preparación de técnicos y administrativos
de la Papelera Española. Según el catálogo de las Casas y Religiosos de
España Ultramar, editado por los escolapios españoles en septiembre
de 1922, el colegio de Tolosa tiene 12 alumnos internos, 102 vigilados y
142 externos, total 256 muchachos.

Dos advertencias aclaratorias.

Primera: como las cifras corresponden, según el citado Catálogo, al 15 de
septiembre, fácil es comprender que reproducen las del curso anterior,
con sus pequeñas variantes compensatorias de bajas al final del curso y
altas al iniciarse el nuevo.

Segunda: las palabras externos y gratuitos son palabras sinónimas en el
lenguaje escolar escolapio. De manera que donde el Catálogo dice exter-
nos –alumnos externos– nosotros podemos escribir con toda verdad gra-
tuitos.

Y en 1921 ingresa en el colegio de las Escuelas Pías el alumno Pedro Díez
Gil. Había asistido a la escuela en Villarreal y Villafranca. Sabe leer, escri-

bir y contar, y va memorizando algunos latines que le repite su madre. Luego veréis resuelto este enigma de los latines. Ahora hay que perfeccionar lo aprendido, ampliar conocimientos, asimilar la letra escolapia, y hacer la primera comunión. Tiene por delante cuatro cursos completos. No sabemos quiénes fueron sus maestros en el colegio, pero sí quiénes componían la numerosa comunidad. Precisamente entre el 4 y el 9 de abril de este año 1921 gira visita a la comunidad y el colegio el Provincial de Aragón P. Agustín Narro.

Y repasando el Acta de Visita, que firma el P. Narro y refrenda como secretario el P. Ramón Castel, vemos que la comunidad se compone de 19 religiosos, 17 sacerdotes y 2 hermanos operarios. Gobierna como Rector el P. Miguel Mareca, de Tabuena (Zaragoza), que ya dirigió el colegio al empezar el siglo, de nuevo en 1916, y lo viene dirigiendo ahora desde 1920. Le ayuda como Vicerrector el anciano y bondadoso P. Agustín Jimeno, nacido en Caspe (Zaragoza).

Entre el numeroso grupo de profesores de bachillerato y comercio subrayo dos nombres: P. Ángel Rojí, madrileño, buen conocedor y escritor de temas pedagógicos, y P. Daniel Benito, burgalés de Revilla del Campo, que con el P. Mariano Plana y el exalumno Nicolás María Urgoiti Achucarro había creado en 1908 dentro del colegio la escuela de la industria y comercio del papel, de la que irán saliendo ejércitos de expertos alumnos papeleros.

Los religiosos más jóvenes, encargados de las escuelas de primera enseñanza, son cuatro: Juan Bautista Rivillo, madrileño de Santorcaz, Julio Belloso, riojano de Rincón de Soto, Jesús Castañeda, nacido en Burgos, y Esteban Segura, navarro de Ayegui. Los cuatro oscilan entre los 41 años del P. Rivillo y los 26 del P. Esteban. Probablemente por sus escuelas pasó, aprendiendo Piedad y Letras, el alumno Pedro Díez.

No quiero dejar de citar a los dos hermanos operarios, encargados de los esenciales y humildes quehaceres domésticos en cocina, refectorio, sacristía, ropería, portería... Son Luis Izaguirre y León Adrián. El primero, alavés de Lezcano, es un excelente cocinero, que ha ejercitado su oficio en los colegios de Tolosa, Peralta, Tafalla, y Tolosa de nuevo, donde va a morir repentinamente, lleno de virtudes, la noche del 20 de junio, después de haber preparado y servido la cena a la comunidad. Y el segundo,

burgalés de Villarmanzo, hombre dispuesto y servicial, pudo salvar su vida de la persecución marxista en el colegio de Barbastro. Quedó tocado y falleció, colmado de años y méritos, el 19 de febrero de 1953 en el colegio de Jaca.

CANTAD, OH PUROS NIÑOS

Pedro –ya le llaman Pedrito sus compañeros– recibió su primera comunión en mayo de este año 1921. Fue buena la preparación y muy bueno el acto litúrgico. La comunión se distribuyó a los alumnos en la capilla primitiva del colegio, construida en la planta baja del palacio Vargas. Acompañan a los niños sus padres en la misa y en la comunión. El altar, que es talla de luz, está adornado con flores frescas. Hay fervorín, pronunciado por el catequista de la comunidad, P. Juan Bautista, experto parvulista y especialista en la preparación de las primeras comuniones. Y el coro de alumnos cantores interpreta, para los neocomulgantes los mejores motetes de su repertorio. Terminada la ceremonia, chocolate caliente en el comedor de colegiales. Y luego la procesión solemne desde el colegio a la parroquia.

En Tolosa se siguió fielmente la tradición vigente en los colegios de Aragón. Los niños caminan en dos filas devotas. Presiden “nuestras dignas autoridades” y, junto a ellas, todos los alumnos del colegio y sus profesores. Preceden al grupo niños revestidos de ángeles, de tarsicios, de personales bíblicos, las imágenes de la Virgen, de San José de Calasanz, de la Escuela Pía, del Niño Jesús, de los Santos Justo y Pastor, de la Purísima, y estandartes con advocaciones de la Letanía, pintados en seda por el P. Gerardo García, portados por los mejores alumnos.

Una banda de música ameniza la procesión. Y el pueblo se ha echado a la calle para ver y admirar.

Ya en el templo, ofrecen un ramo de flores y los niños son recibidos por don Braulio María Arocena y Lerchundi, cura ecónomo de la iglesia parroquial de Santa María, y presentados a la Santísima Virgen, que preside y bendice desde el altar mayor. En ese momento un coro inmenso de voces le canta a la Virgen la plegaria, llena de ternura, Salve diamante del cielo del maestro Anadón. Esta plegaria y el recio canto que viene



Pedro con gesto y traje de primera comunión.

después los compuso hace pocos años el maestro Enrique Camó, discípulo de Eslava y organista de las Escuelas Pías de Tafalla. El recorrido de vuelta es un triunfo de fervor y alegría. La banda de música y los mejores cantores entonan un potente himno estremecedor, compuesto por el maestro Enrique Camó, discípulo de Eslava y organista de las Escuelas Pías de Tafalla. Así comienza el himno: “Cantad, oh puros niños/ cantad hoy al Señor,/ de gratitud un himno,/ de gratitud y amor...”:

Este día no se borrará de la memoria de Pedro. Cuando le toque organizar y dirigir la ceremonia en el colegio de Zaragoza no hará más que reproducir; con mayor brillantez si cabe, la que él vivió a sus ocho años en Tolosa.

Tengo delante una fotografía suya, vestido de primera comunión. Han pasado unos años desde aquel día, pero luce sus galas, para recibir de nuevo a Jesús junto a una de sus hermanas, que sí lo recibe por primera vez. Aparece tranquilo y elegante: zapatos bien lustrados, pantalón corto, chaqueta cruzada, lazo en el brazo izquierdo y el clásico libro de primera comunión en la mano, chaqueta, lazo y libro de color blanco. Tiene Pedro pies muy seguros, piernas fuertes, pelo corto con flequillo, frente amplia, labios sutiles y unos ojos serenos y penetrantes. Es el P. Pedro en potencia, igual actitud, idéntica mirada.

PIEDAD Y LETRAS.

Ahora ya podía ayudar a misa. Era un íntimo y prolongado deseo, unido estrechamente al de su primera comunión. Una ley no escrita, pero fielmente observada, prescribía estas dos condiciones para que los futuros monaguillos pudieran estrenar su ministerio: haber hecho la primera comunión y saber contestar en latín.

Pedro había recibido a Jesús y su madre le había enseñado con tiempo a contestar en buen latín al sacerdote celebrante. Y Pedro, desde el día siguiente a su primera comunión, “antes de ir al colegio, ayudaba a Misa en un convento de monjas”. ¿En Santa Clara? Probablemente.

Así un año, y otro, y otro, siempre temprano, y frotándose las manos en los meses del invierno, porque había que llegar puntualmente al colegio.

Ahora se explica uno por qué quiso tanto a sus monaguillos y por qué aquel empeño suyo para que tuviesen preparado, antes de entrar en clase, un buen desayuno caliente, que les diese fuerzas y les templase el ánimo.

En colegio vio Pedro cómo el P. Mareca construía una nueva iglesia, más amplia y hermosa, de estilo neogótico, que fue inaugurada en octubre de 1923. Ya se había ensayado antes, cuando levantó desde sus cimientos la iglesia del colegio de Estella. Y fueron éstas empresa, que según la Necrología del P. Mareca “añadieron nuevo esplendor a la Provincia”, las que le llevaron a Zaragoza para ocupar el cargo de Asistente Interprovincial. Lo disfrutó poco tiempo, porque falleció en la ciudad del Ebro el 24 de septiembre de 1924. Lloraron su muerte sus hermanos, muy especialmente sus numerosos y fieles exalumnos tolosanos. Al P. Mareca sustituyó al frente del colegio el P. Agustín Gimeno y meses después el P. Marcelino Ilarri, recién llegado de Roma, donde había sido Asistente General, Procurador de toda la Orden en el Vaticano, confesor y director espiritual de las hermanas del Papa Pío X....

Fue el P. Ilarri el último Rector que tuvo Pedro en el colegio.

A los tres los recordó con filial agradecimiento. Fueron sus primeros Padres Rectores en el colegio. Otros vendrán más tarde. Para todos, el mismo respeto y cariño. •

Durante estos años, Pedro aprovechó bien el tiempo. Dicen los papeles que manejo que era en el colegio “un alumno aventajado”. Y añaden: “Su conducta, lo mismo en casa que en el colegio o en la calle, era ejemplar, incapaz de hacer el menor daño a nadie; su carácter siempre alegre, acompañado de esa sonrisa que era todo bondad; todos querían tenerle por amigo...”

Todavía un delicado detalle, de matiz apostólico. Las tardes de los sábados se acerca con su hermana Beatriz a la iglesia de los Padres Franciscanos. Rezan los dos hermanos, se preparan, cocerían con los religiosos y se confiesan. La incitativa parte siempre de Pedro. A Beatriz, dos años más pequeña, le encanta dejarse dirigir por su hermano.

Manejó el Catecismo para aprender la doctrina cristiana, el Tesoro de la

juventud, que había publicado el P. Mariano Plana en el mismo Tolosa el año 1917, y los libros, recién editados por la Provincia de Aragón, para los alumnos de sus colegios. Son tres volúmenes, llevan un título común – Estudio Cíclico de Primera Enseñanza– y la materia se desarrollan tres grados sucesivos y cíclicos. El Primer Grado es común para todos los alumnos y comprende las siguientes asignaturas: Historia Sagrada y de la Iglesia, Gramática, Geografía, Historia de España, Derecho patrio y Urbanidad. A partir del segundo Grado, se diferencian los volúmenes y los programas en Letras y Ciencias. Aragón preparó estos libros con total esmero. Seleccionó un grupo de sus mejores profesores para redactarlos. Y los editó en Madrid, en la imprenta “Sucesores de Revadeneyra”, que supo presentarlos con bellas ilustraciones y perfecta claridad tipográfica. Así se explica que este Estudio Cíclico mereciera el reconocimiento de la crítica y nuevas ediciones.

A mí me gustaría saber si Pedro pudo llegar al Tercer Grado y si se inclinó por las letras o por las ciencias. Lo que practicó y asimiló muy bien fue la escritura. Primero la letra esencial y diaria, muy limpia, muy elegante, que era conocida desde antiguo en el mundo caligráfico como letra escolapia. Y segundo, la letra de adorno, redondilla y gótica. Estas letras de adorno las utilizará Pedro en raras y grandes ocasiones. La letra escolapia se identificó con su persona y permaneció inmutable en sus escritos y en su firma hasta los últimos días de su vida. Dice una de sus hermanas:

– Yo admiraba sobre todo, dice una de sus hermanas, su caligrafía, aquellos ejercicios tan limpios con aquella letra tan bonita.

La piedad en el colegio se cultivaba con igual o mayor empeño que las letras.

Escribió San José de Calasanz en sus Constituciones:

– Será cometido de nuestro Instituto enseñar a los niños, desde los primeros rudimentos, la lectura correcta... y sobre todo, la piedad y la doctrina cristiana.

Este ideal del Fundador se cumplía a la perfección en todos los colegios de la Provincia y, naturalmente, también en el de Tolosa. Los alumnos iniciaban y terminaban sus clases con las oraciones prescritas. Oían

misa diariamente en la capilla colegial. Los domingos y días de precepto la misa también era obligatoria, mejor preparada, más participada y solemne. Los sábados, terminadas las clases, canto de las letanías laurentanas y sabatina en la capilla. Mensualmente, confesiones y comunión general.

Se celebraban con especial regocijo y devoción las fiestas del Patrocinio de San José de Calasanz en noviembre y las siete festividades de la Santísima Virgen a lo largo de todo el año litúrgico.

En el colegio florecían, además, las asociaciones juveniles de Tarsicios y Turnos Eucarísticos para los alumnos, y la Congregación de Nuestra Señora de las Escuelas Pías para alumnos y exalumnos, tan floreciente que ya en 1915 contaba con 553 congregantes. Estas asociaciones robustecían la fe, enardecían la devoción eucarística y mariana y probaban las armas de los primeros ensayos apostólicos a los alumnos y exalumnos más selectos.

TIERRA FÉRTIL

Nada extraño que en este clima sereno de letras y piedad actuase la gracia y brotasen vocaciones sacerdotales y religiosas.

Desde la fundación del colegio hasta 1924 he contado los nombres de 20 muchachos, nacidos en Tolosa y alumnos del colegio, que vistieron la sotana escolapia y la honraron con su talento y sus virtudes.

No voy a copiar la lista entera, pero sí quiero recordar a José Arsuaga y Valentín Caballero, que fueron los adelantados, a las parejas de hermanos Belloso y Pérez Altuna, a los cuatro hermanos Mocoroa, al clérigo Blas Aristimuño, que murió cuando le sonreía la vida, a Javier Vicuña que dejó un recuerdo imborrable de bondad, a Jesús Alberdi y Juan Bautista Pérez que acaban de iniciar su noviciado en Peralta el 20 de abril de 1924... Seguirán nuevos nombres. Y no cuento a los que vinieron de fuera, se educaron en el colegio y siguieron, como los de Tolosa; la ruta de Calasanz. Y entre ellos está Pedro Díez Gil.

INTELIGENTE Y BUEN ESTUDIANTE

Quienes le conocieron afirman unánimes que su vocación escolapia surgió en Tolosa: Don Manuel García de Peñaflor, sacerdote y poeta con quien nos encontraremos más adelante cuando el P. Pedro cante su primera misa, asegura redondo:

– Por lo que se refiere al Padre Pedro, la vocación le brotó en Tolosa.

Los detalles de este brote vocacional los recuerda, mejor que nadie, su hermana Beatriz en tres ocasiones distintas, pero coincidentes. Copio textualmente de sus declaraciones:

Era muy inteligente y buen estudiante en el colegio de Tolosa a donde fue. Yo supongo que la vocación al sacerdocio se la comunicaría a mi madre. Y ella mimó esa vocación desde la Primera Comunión... Por aquellos años visitaba el colegio, y tenía contacto con los niños, un P. Escolapio (no recuerdo el nombre), me parece tenía apellido vasco y algún cargo en la Congregación. Lo cierto es que se interesó mucho por mi hermano. Este Padre, antes de fallecer, encargó a los PP. Escolapios de Tolosa para que le siguiera y procuraran conseguir llevarle a estudiar a Zaragoza.

La madre, sí, la madre. Ella sembró la semilla del sacerdocio en el hijo. Colaboró el colegio con su ambiente de piedad y el ejemplo de su comunidad religiosa. El seguimiento adecuado, entre la madre y el colegio, para que el hijo y alumno termine siendo sacerdote escolapio. Y sobre el colegio y la madre, la bendición paterna de Dios .

Qué acertado anduvo Juan Gelman, poeta argentino:

El futuro es un rostro, un dulce nombre...

Lo ha cantado, hace muy poco y desde las Pampas .

CONFIRMADO EN LA FE

Pero si ha de ser escolapio, pronto le van a exigir un papel que asegure que está confirmado. Pedro lleva ya sobre el alma la gracia de tres sacramentos, la del agua, la del abrazo, la del pan y el vino.

Y la del fuego ¿cómo y para cuándo?

Vino la ocasión que ni pintada. Ha llegado a Tolosa para hacer “la Santa Pastoral Visita” el señor obispo Fray Zacarías Martínez. Es un agustino ilustre, burgalés de nacimiento, hasta 1922 obispo de Huesca, desde esa fecha obispo de Vitoria y a partir de 1928 arzobispo de Santiago de Compostela. Dentro de la visita pastoral, confirmaciones, como mandan los cánones.

Pues bien, el señor obispo “administró el Sacramento de la Confirmación... el día quince de septiembre de mil quinientos veinte y cuatro... a Pedro Díez Gil, natural de Pampliega, provincia de Burgos, hijo legítimo de D. Domingo y de D^a. Carmen, siendo padrino D. Carlos Donsienage, natural de Tolosa y alcalde de la misma”.

Así consta en el libro 5º de Confirmaciones de la parroquia tolosana.

En mi próxima visita a Pampliega, voy a pedirle al párroco que corrija un error que figura en su archivo, porque en una nota marginal del libro de bautizados se lee: “Confirmado en Pampliega el 12 de Mayo de 1925”. Pues no fue en Pampliega, sino en Tolosa, ocho meses antes, y con el excelentísimo señor alcalde por padrino.

Ya ves, Pedro: hace doce años te hicieron cristiano, hace solo tres recibiste la primera comunión. Desde este 15 de septiembre el compromiso es mayor: el Espíritu te pide que seas testigo de Cristo y anunciador de su reino.

CAPÍTULO 3

DE NUEVO EN CASTILLA

La salud de Domingo anda rota, un tanto cascada por las muchas horas de trabajo, y por este clima de niebla húmeda que rasga el tren con sus pitidos todas las mañanas. Los médicos detectaron el peligro. Y los jefes proporcionaron el remedio: otra vez a Castilla, donde el clima es seco, la tierra llana como la palma de la mano, el paisaje fino e infinito, y el viento se lleva lejos la humareda negra de las locomotoras.

VENTA DE BAÑOS

Le tocó en suerte a Domingo la estación prometedora de Venta de Baños, a 11 kilómetros de Palencia, 37 de Valladolid, 54 de Pampliega y 86 de Burgos, con 723 metros de altura sobre el azul cobalto del Mediterráneo en Alicante.

Venta de Baños no tiene una historia larga de siglos, con apellidos nobles, batallas, palacios con escudos y castillo almenado. Nada. Hasta los años ochenta de nuestro siglo, Venta de Baños sigue dependiendo oficialmente, y a todos los efectos, del municipio de Baños de Cerrato. El nombre mismo lo indica: empezó siendo una modesta “venta” de Baños de Cerrato, montada en la calzada de Burgos, entrado ya el siglo XIX.

Sebastián de Miñano en su Diccionario Geográfico-Estadístico de España y Portugal (1826-29) dice que Baños de Cerrato tiene “casa de postas con 6 caballos”.

Unos años más tarde aclara y completa el dato Pascual Madoz en su Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar (1845-50). Afirma que Baños de Cerrato tiene “72 casas incluso la venta que está en la calzada de Burgos; dista de la villa medio cuarto de legua escaso... dicha venta es casa de postas, donde hacen parada los correos de Burgos y Valladolid... también pasa por la indicada venta la diligencia de Burgos a Valladolid”.

Se detuvo en la Venta, sin acercarse a la villa, en 1883 el académico y novelista don Pedro Antonio de Alarcón. Lo cuenta él mismo en sus Viajes por España. En el capítulo De Madrid a Santander profetiza: “En estas Ventas se juntarán con el tiempo varios ferrocarriles. Por consiguiente allí habrá algún día un pueblo que empezará por una fonda, un hospital y una estación, se aumentará con una cárcel y un café, llegará a tener su mercado y su iglesia, aspirará luego a teatro y plaza de toros y concluirá por reclamar su Alcalde Corregidor...”

El ferrocarril llegó pocos años más tarde y con él la fonda, la estación, el pueblo, la iglesia dedicada a Santa Rosa de Lima, el alcalde... La cárcel, que yo sepa, no ha hecho falta nunca.

Cuando llegan de Tolosa Domingo., y Carmen con sus hijos, diciembre de 1925, Venta de Baños cuenta con “una importante estación de empuje de la línea de Madrid a Irún con las de los ferrocarriles a León, Asturias y Santander”, 38 edificios y 190 habitantes. La familia encontró una casa en el número 46 de la calle Horacio Miguel, luego General Franco y ahora Avenida de la Estación. La casa sigue en su sitio, pero sin almas dentro, sin ruido, sin respiro.

UNA ESCUELITA EN BAÑOS DE CERRATO

Para continuar sus estudios, Pedro y Beatriz se acercan mañana y tarde a la escolita de Baños de Cerrato.

También yo he recorrido el mismo camino recto, de poco más de un kilómetro. Y he visto un pueblo recogido, una iglesia con espadaña y su nido de cigüeñas y una escuela nueva con dos maestros y 19 alumnos, niños y niñas. En la fachada de ladrillo, una placa de mármol con esta inscripción en mayúsculas: Estado de España. Ministerio de Educación y Ciencia. Agrupación-Escolar SAN JOSÉ DE CALASANZ

Hasta aquí ha llegado el Santo de Peralta. Antes llegó un pequeño aspirante a Escolapio. Pero no estudió en esta escuela sino en la antigua, situada entre el ayuntamiento y la iglesia. De aquella escuela no quedó piedra sobre piedra y en su espacio se levanta un edificio de viviendas.

Dije iglesia en singular y debía haberlo dicho en plural. Porque en Baños de Cerrato hay dos iglesias: la parroquial en mitad de la villa, y la que construyó Recesvinto en la segunda mitad del siglo VII. Curado el rey de sus dolencias el año 661, dedicó la nueva iglesia a San Juan, según consta en la inscripción dedicatoria, todavía adornada con veneras, estrellas y espirales. Los baños, que dieron salud al monarca enfermo y nombre a la villa siguen brotando 30 metros al sur del templo.

Así transcurre la vida de Pedro entre Venta de Baños y Baños de Cerrato. Los días de clase, deberes bien hechos, puntualidad y cinco horas de escuela. Le tocó en suerte un maestro vasco, joven, de buena presencia, de agradable carácter. Congeniaron enseguida.

Se alegró el maestro “con aquel alumno tan aventajado”. El alumno no tuvo mucho que aprender, pues aprendido lo traía de Tolosa. Pero no perdió ni el tiempo, ni la aplicación, y apretó de tal manera el lazo de la amistad con maestro y condiscípulos, que cuando sea mayor y vuelva de vacaciones, una de sus primeras visitas será “para su maestro y algunos amigos que en aquella escuela conoció”.

Trabar amistad con él tampoco resulta difícil, pues como siguen diciendo los papeles, “era muy alegre y bonachón y todos los chicos querían ser sus amigos”.

MUCHAS CARTAS

Con su cartera de libros y cuadernos, con sus nuevas conquistas en la memoria, va y viene de la casa a la escuela, todos los días, siempre sonriente, soñando nuevos caminos y preparando a conciencia la partida.

Porque, sigue diciendo su compañera de escuela: “En nuestra casa recibíamos muchas cartas de los PP. de Tolosa, insistiendo enviaran a nuestro hermano a estudiar a Zaragoza”.

Pronto se irá...

EL FUEGO ENCENDIDO DEL HOGAR

Pero antes de que emprenda el viaje, dejadme que os cuente qué deja Pedro en Venta de Baños. Y qué se lleva.

Con esta última morada de la calle Horacio Miguel, las casas van siendo siete: Pampliega, Zumárraga, Pitillas, Villarreal, Villafranca, Tolosa y... Venta de Baños. ·

Digo siete, pero las siete son una. Digo casas y tendría que decir hogares. El mismo fuego en las siete, la misma unión familiar, el mismo amor entrañable.

LOS HERMANOS FUERON NUEVE

Los hijos han ido llegando como regalo del cielo. Pedro en Pampliega, hecho ya un mozo, Beatriz y Margarita en Zumárraga, Jefa en Villarreal, Fidel y Manuel en Villafranca, Eulalia en Tolosa, y aquí, en Venta de Baños, Petra y Francisco.

Cuando llega un hijo, en el hogar se enciende una luz, que recuerda la estrella de Belén. Cuando un hijo se va –Fidel en Tolosa, Margarita y Francisco en Venta de Baños, Manuel en los blancos y helados campos de Rusia– se enciende otra luz en el hogar, símbolo del cirio pascual. Nueve estrellas



Domingo, el padre, un hombre honrado y muy trabajador

y cuatro cirios, con la misma llama blanca de quien cree y espera.

Por estas carambolas que se juegan a ratos la vida y la muerte, solo pudieron jugar y rezar juntos seis de los nueve hermanos. Y a ratos salteados. Porque a Pedro le da por hacerse escolapio. Y las chicas no van a ser menos y se meten monjas. Petrita lo intentó sin lograrlo del todo. Sí lo consiguen a la primera Beatriz en la Congregación del Santo Ángel, Josefa en el Císter, Eulalia entre las Hijas de la Caridad de Santa Ana. Viven las tres, y a su buena memoria debemos la mejor fotografía del hogar y sus moradores.

En casa, dicen, se respiraba un clima de paz, de alegría, de confianza en Dios, un clima de serena y profunda religiosidad. La familia unida, reza diariamente el Rosario, dirigido por alguno de los hijos. _Se recuerda, tras el Rosario, a las almas del Purgatorio. Y cuando un pobre llama a la puerta, se le abre de par en par, porque llega en nombre de Jesús...

DOMINGO, EL PADRE

Domingo, el padre, ha subido de categoría en Venta de Baños. Oficial de segunda, con empleo de guarda-frenos. Desde el día que su jefe le ha comunicado el ascenso, luce COJ?– cierto orgullo profesional la gorra de su nuevo uniforme.

Domingo, el padre, un hombre honrado y muy trabajador.

De mediana estatura y agradables facciones, es un hombre fuerte, callado, trabajador incansable, ausente muchos días “por su trabajo de salir en los trenes”. Y muy humilde y sociable. Enamorado y detallista. En los primeros Reyes, después de su matrimonio, llegó a casa con un regalo secreto y práctico para Carmen: una estupenda máquina de coser.

Ha dejado el gobierno de la casa, la buena formación de los hijos y las obras de caridad en manos de su esposa. Porque ocurre, con relativa frecuencia, que en Venta de Baños hay familias más pobres que la suya, que ni dinero tienen para pagar el pan de cada día que comen los hijos. Y hay que abonarlo en la panadería antes de que termine el mes. Lo hace, puntual y silenciosamente, Carmen. Y Domingo “nunca ponía objeción”.

Dios le ha dotado de un instinto certero: le basta leer en los ojos de su mujer para estar seguro de no equivocarse.

Conforme van creciendo los hijos, va creciendo en su corazón el amor a los hijos y a la madre de sus hijos. Su mujer –lo sabe y lo dice– es el verdadero tesoro de su vida y de su casa.

LA SEÑORA CARMEN

Sí, Carmen, –la Señora Carmen, que dice la gente–, es un evangelio vivo. Menuda de estatura y dulce en la voz y en la mirada, lleva dentro un fuego que contagia. Enseña las primeras letras y los primeros rezos, uno tras otro, a todos sus hijos. Terminado el Rosario vespertino, les va leyendo y comentando pasajes de la Historia Sagrada y les cuenta relatos de misioneros.

Considera un deber sagrado prepararlos adecuadamente para el doble sacramento del perdón y del amor. Siempre la primera, comulga diariamente y qué gozo cuando puede hacerlo rodeada de su esposo y de sus hijos. De pueblo en pueblo, la misma estrategia: visita al cura, le ofrece sus servicios y da su nombre a la cofradía de la parroquia más acorde con las obras de misericordia.

“Era en verdad una santa, una mujer de Dios”, repiten las hijas y los testigos que la conocieron.

Y cuentan anécdotas edificantes. Que la señora Carmen cuidaba a los enfermos en su pueblo y les llevaba caldo caliente, que la llamaban para vestir a las personas que morían en el pueblo, que en una ocasión fue a vestir a una difunta, que no tenía vestido para ponerle, y cogió el mejor vestido de una de sus hijas y se lo puso a la difunta ...

Y aquellas inspecciones nocturnas, buscando monjitas friolentas en los andenes de la estación de Venta de Baños...

De trenes y trasbordos se sabía ella un rato. En las noches heladas de invierno había que esperar varias horas de un tren a otro. Y la señora Carmen salía hacia las diez, descubría a las monjitas y se las llevaba a

pasar esas horas en su casa y a tomar un café con leche bien caliente, mientras les decía:

– Cada vez que las veo a Ustedes me imagino a mis tres hijas monjas en una situación parecida.

Cuando llegaba el momento de partir, la una, las dos, las tres de la madrugada, vuelta a la estación, confortados espíritu y cuerpo por la acogida materna y aquel café con leche tan caliente.

TAMBIÉN ÉL PUEDE OPINAR

Y al P. Pedro ¿qué opinión le merecían sus padres? Habló muchas veces de ellos, muchas veces, y siempre con emoción y agradecimiento.

Su padre: un hombre muy trabajador.

Su madre: una santa.

Cuando muera el padre, estará a su lado, confortando a los que lloran. Que un hombre no llora ante otro hombre. Cuando entierren a la madre llorará como un niño. A su tiempo lo veréis confirmado.



Con su "santa madre", la señora Carmen.

CAPÍTULO 4

APRENDIZ DE ESCOLAPIO

Y se fue a Zaragoza como querían los Padres de Tolosa. Y su padre y su madre de Venta de Baños. Le faltan dos meses para cumplir trece años. 'Es un muchacho sano, alegre, lleno de vitalidad. Se va contento. Este ha sido el último consejo de su madre:

– Hijo mío, durante toda tu vida vive con cuidado, para que puedas dormir sin cuidado.

CASCAJO, CERQUITA DEL PILAR

No le pudieron acompañar. Domingo confió el hijo a unos amigos ferroviarios, que hacían la ruta hacia Zaragoza. Quedaban atrás la casa y los padres. Y aquellas hermanillas, tan cariñosas, tan necesitadas de él...

Vio, al pasar, la torre vigilante de Pampliega, las torres gemelas y afiligranadas de la catedral de Burgos, la tierra ancha y fértil de la Bureba, el rocoso y estrecho desfiladero de Pancorbo, el río crecido al entrar en la enorme estación de Miranda de Ebro. Y río abajo, Logroño, Calahorra, Tudela...

Viernes, 12 de febrero de 1926, Santa Eulalia. La basílica de la Virgen de-

lante, y en el recodo del recuerdo una ligera nubecilla de nostalgia.

En la estación esperaba el Hermano Pedro Arizala, que en su tartana le subió a la Torre de Cascajo. Torre en Aragón, Cataluña y Murcia, equivale según el Diccionario de María Moliner, a “casa con huerto en las afueras de una población”.

Pero esta Torre de Cascajo, un kilómetro al norte del Pilar, es algo más que una casa con huerto. Son treinta y seis hectáreas de tierra labrantía y de regadío fecundo. En esta Torre tienen montado los escolapios de Aragón, desde el mes de agosto de 1922, su postulantado. Una casa grande, con aulas y capilla, con corrales, caballerizas y molino de aceite, dentro de una inmensa huerta de hortalizas, viñas, olivos y frutales. La finca es fértil y provee al colegio de Zaragoza y a los jóvenes postulantes de la Torre.

Pero su fin principal es discernir la vocación del complejo ejército de aspirantes a vestir la sotana de San José de Calasanz. Llegan de muy diversas latitudes, preferentemente de Aragón, Navarra y Castilla. Chicos despiertos, de ciudad y de campo, nacidos en familias cristianas y sencillas. Vienen con hambre de ver y saber, y con una vocación incipiente, confusa y más de una vez interesada. De ahí la necesidad de aclarar ideas, mientras completan y perfeccionan los estudios elementales que traen de sus escuelas.

Es la primera prueba, que puede durar un año, dos años. El que vale, sigue. El que ha venido equivocado, se vuelve a su casa. Y todos en paz.

Cuando llega Pedro, la Torre –también llamada “Villa Calasancia”– es propiedad del colegio Escuelas Pías, y la comunidad una sucursal o filial de la otra más grande. De la que es Rector el P. Manuel Pazos. Así que el superior de la Torre no puede usar el título de Rector y ha de contentarse con ser presidente.

La comunidad es reducida, formada por cuatro religiosos: P. Fabían Linares, superior y que lleva título de presidente; P. Manuel Segura, director y maestro de los postulantes; P. Juan Sanjuán, un santo de Dios, con setenta y seis años a las espaldas y bastante fastidio por culpa del asma; y el Hermano Pedro Arizala, que dirige la explotación de la finca, sabe contar historias muy sabrosas y tiene manos de ángel para cortar y coser

las sotanas de los frailes y... más de una vez, los vestidos “sagrados” del señor Arzobispo de Zaragoza.

UNA JOYA DE MUCHOS QUILATES

Nunca es bueno hacer comparaciones. No os asustéis, tampoco yo las quiero hacer. Pero dejadme que os diga que en esta comunidad hay una joya de muchos quilates. Se la conoce en las comunidades aragonesas como el San Luis de las Escuelas Pías. Es el P. Manuel Segura, padre y madre de sus postulantes, 52 por estas fechas. Le miran, le consultan, le quieren entrañablemente. Él les irá diciendo, después de mucho diálogo y oración, si deben seguir o deben volver. Les da clase, turnándose con el P. Fabián, dirige sus rezos, les acerca a la historia de la Orden y a la vida de San José de Calasanz, baja frecuentemente con ellos a Zaragoza, para besar el Pilar y orar ante la imagen pequeñita de la Virgen...

Cuando al P. Fabián le manden a Buenos Aires, el P. Manuel sumará en la Torre a sus cargos de director y maestro el de presidente. Y cuando le destinen a Peralta, ayudará al P. Faustino Oteiza en la formación de los novicios, le substituirá en el cargo y será superior de la comunidad por cuatro días... Sí, solo por cuatro días mal contados, porque a los cuatro días le asesinaron vilmente los rojos y se nos fue al cielo. Juan Pablo II le ha beatificado el 1º de octubre de 1995.

El P. Pedro guardó una memoria imborrable de su maestro de postulantes. Recordaba sus consejos, su ejemplo vivo. Y aquella acogida tan cordial que hizo a la señora Carmen y a Beatriz cuando en septiembre de 1926 dejaron Venta de Baños y se acercaron a Cascajo para abrazar al hijo y al hermano...

PIEDRA Y SAL

Copio del Libro del Secretario de Peralta: “1927, 1º de septiembre.– Proce-
dentes de Cascajo y acompañados del R. P. Manuel Segura llegaron los si-
guientes postulantes: Mariano Gaona, Eustaquio Aguilaniedo, Antonio
Paniego, Benito Otazu, Pedro Díez...”

Se completa la lista con ocho nombres más. Total, trece postulantes, que entran ese 1º de septiembre en la casa–noviciado de Peralta de la Sal.

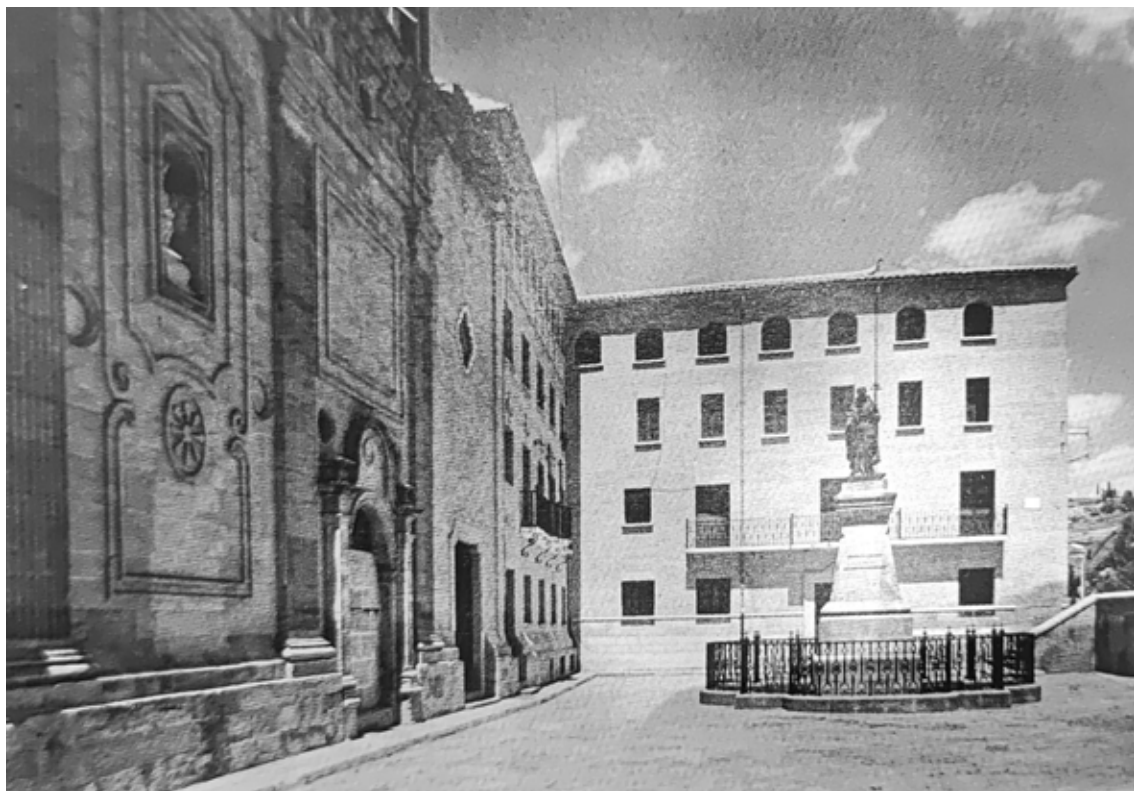
Ya veis, este pueblo oscense tiene nombre y apellido. El nombre le viene de la piedra alta que domina el poblado. Y el apellido de las abundantes salinas, que alegran y enriquecen a los pobladores.

Peralta de la Sal es piedra, sal y mucho más. Peralta es tanto como decir tierra sagrada. Porque aquí nació, se fue haciendo hombre, y cantó su primera misa José de Calasanz. La verdad es que cuando uno se acerca a Peralta y empieza a verla desde la carretera que viene de Azanuy y Monzón, se lleva una desilusión mayúscula. Está ahí abajo, agazapadas las casas en un hondón estrecho, con más ruinas que alegrías. Pero no hay que dejarse llevar por la primera impresión. Sigues caminando y aparece el monumento al olivo. El olivo es un retoño de aquel otro que presencié la batalla entre Calasanz y el enemigo. El muchacho tiene cinco años y el enemigo sabe más por viejo que por diablo. Uno a cero a favor del enemigo... por ahora. Y ros escolapios levantaron en 1904 una capillita, un “pilarét” junto al olivo, para recordar la hazaña. Los rojos volaron el “pilaret”, pero respetaron el olivo. Y ahora es todo un monumento, obra del arquitecto José Luis de la Figuera, el que sorprende al viajero.

Entras en el pueblo y ves a un costado la iglesia parroquial, que guarda la pila donde bautizaron al niño en 1557, y enfrente el solemne edificio de las Escuelas Pías. En la placeta, la estatua del santo Fundador. La reina María Cristina regaló los cañones y el escultor Carlos Palao los fundió y transformó el año 1902 en esta imagen artística y acogedora. También se encargaron los vándalos de transformarla en metralla en 1936. Pero quedaban los moldes y aquí está de nuevo, sobre su pedestal de piedra, dando la bienvenida a todo peregrino que se acerque a su casa.

LA CASA DONDE NACIÓ CALASANZ

Porque su casa estuvo aquí al lado, hoy transformada en iglesia y santuario. Entrás, miras un momento y rezas. En el altar mayor, otra estatua del Santo, con dos niños por compañía. Es obra del escultor Antonio Balles-tar. Sobre la estatua y los niños, este dístico latino:



Peralta. En medio, la estatua de San José de Calasanz, a mano izquierda de la Capilla.
A fondo el noviciado.

*Hic Ioseph natus, domus hic calasanctia quondam, hic ubi cuna fuit,
iam manet ara sibi*

*(Aquí nació José, aquí estuvo en otro tiempo su casa, aquí donde rodó su
cuna, tiene ahora un altar)*

El dístico en cuestión no es un modelo de estilo lapidario. Pero sí de verdad histórica. Lo escribió y mandó grabar encima de la puerta de entrada a la primera capilla el P. Domingo Hernández el 25 de marzo de 1799. Cuando ampliaron la capilla y cayó la pequeña puerta de entrada, el P. José Balaguer salvó el dístico haciéndolo reproducir con letras de oro en el frontis superior del altar mayor... Pegados a la bóveda hay cuatro lienzos, que reproducen cuatro escenas de la vida de Calasanz. Los pintó entre 1902 y 1908 el artista valenciano Ramón Garrido Méndez. Hay muchas más cosas que admirar, lunetas, apoteosis en el coro, púlpito, lámparas, sagrario con una reproducción en miniatura de la Última Comunión, que pintó Goya...

Dentro de la casa, el claustro majestuoso. Hasta 1948 crecía en medio una palmera altísima, poblada de pájaros. Subimos por la escalera imperial, y en el segundo piso, el “santo Noviciado”.

En él entraron la tarde del 1º de septiembre de 1927 los trece postulantes que vienen de Cascajo con el P. Manuel Segura.

En 1927 el complejo cuenta con dos iglesias: la Capilla-Santuario de San José de Calasanz y la iglesia rotonda, dedicada a San José Esposo. El Noviciado tiene, además, su Oratorio. En la planta baja, junto al claustro, funciona la escuela de primera enseñanza para los niños del pueblo. Detrás de todo el edificio, la huerta con su fuente muy bien cuidada.

Se me olvidaba decir que desde hace poco más de unos años goza la casa de luz eléctrica: “Con gran solemnidad se inauguró – el 3 de enero de 1926– en esta población y en el colegio la ansiada y esperada luz eléctrica, cuya instalación en éste la dirigió en agosto el P. Alejandro Pérez de la Comunidad de Zaragoza”. Así de claro y solemne lo dejó escrito en su libro el secretario de la comunidad de Peralta.

LOS QUE GOBIERNAN LA CASA

Y gobiernan Noviciado, iglesias, escuela y huerta como Rector el P. Luis Larramendi, como Vicerrector y Maestro de Novicios el P. Faustino Oteiza, como profesor y ayudante del Maestro de Novicios el P. Cruz García, como maestro de la escuela de niños el P. Antonio Zorraquín, como encargado de la cocina el H. Félix Larrañaga.

Este Hermano Félix murió piadosamente la noche del 3 de abril de 1928. Para sustituirle viene de Alcañiz el H. Florentín Felipe. Y cuando se vayan los PP. Cruz y Antonio, “ejemplarísimos en la observancia” – buena gente, sí señor– vendrán en su lugar los PP. Laureano Arrese; que ya había sido Rector y Maestro de Novicios, y José Peiró.

Con todos convivió Pedro.

EL P. FAUSTINO, SU MAESTRO

Pero, de manera especial, con el P. Faustino, a quien el pueblo de Peralta, sin excepción, apellida santo. Bien ganado se tiene el título. Lleva trabajando en Peralta desde 1912, en la escuela de niños, en el Noviciado, en la iglesia. Le conocen todos y todos le veneran, especialmente desde aquel día en que por salvar a un vecino abandonado y enfermo de viruela, puso en peligro su vida y le quedó como secuela un temblor persistente y molesto, que el Dr. Pedro Cajal llama Parkinson, y que el P. Faustino acaricia como una cruz pequeña que le une místicamente a la cruz grande del Señor. Sus novicios cuentan anécdotas estremecedoras de su pobreza y de su humildad. Tiene varias devociones, pero ninguna más fuerte que su devoción al martirio. Algún día llegará.

Y llegó pronto, el 8 de agosto de 1936. Le acompaña el H. Florentín Felipe. Confiesa, bendice y promete oraciones desde el cielo, también para “nuestros enemigos”. Los dos cayeron fusilados en el término de Azanuy el 8 de agosto de 1936.

PRUEBAS Y CONTRAPRUEBAS

Pero no adelantemos fechas.

El 15 de abril de 1928, El P. Patricio Mozota, Provincial de Aragón, y su secretario piden respetuosamente al Ilustrísimo Señor obispo de Palencia las llamadas “Letras Testimoniales”. sobre la vida y costumbres de Pedro Díez Gil, que pide ser admitido en la Orden de las Escuelas Pías. El señor obispo –don Agustín Parrado García– pasó el encargo al párroco. Y don Eutiquio Zamora de los Ríos, párroco de Venta de Baños, nos regaló este testimonio, doblemente valioso, que copio textualmente:

El niño Pedro Díez Gil no ha vivido en esta nada más que uno o dos meses. Inmediatamente de fijar su residencia en ésta como vecinos sus padres, fue al postulante de los religiosos, que interesan este informe. De él solo puedo decir que era modosito y bueno, con inclinaciones al estado religioso. Su edad es de quince años cumplidos, natural de Pampliega, Burgos, de donde son también sus padres, que hacen una vida ejemplar en esta parroquia, comulgando hasta los niños casi todos los días, oyendo misa y cumpliendo en todo con esmero las obligaciones de todo fiel cristiano... No me consta estén ligados padres e hijos con censura, irregularidad, ni otro impedimento. Y por ser verdad, lo firmo y sello con el parroquial en Venta de Baños a 24 de abril de 1928.

Pedro va cumpliendo los días de su prenoviciado. Son unos meses de estudio y maduración vocacional.

Más letras, más piedad, más latín, más historia de España y más aritmética. El 3 de julio le examinaron de estas tres asignaturas académicas y aprobó las tres con sobresaliente. Firman el certificado sus profesores Faustino Oteiza y Cruz García.

JURAR ANTES DE VESTIR

El prenoviciado es la segunda prueba. En Peralta, entre prenovicios y novicios, suman 40. ¿Hay vocación o solo apariencia? Los formadores saben discernir e informan a los superiores. Y el discernimiento, aparte

el conocimiento diario y personal, supone presentarse ante un delegado del P. Provincial y responder –”previo juramento de decir la verdad”– a 32 delicadas preguntas. Tengo delante el texto manuscrito de la declaración que Pedro Díez Gil, pretendiente de nuestro Instituto de las Escuelas Pías, hizo delante del R. P. Luis Larramendi, delegado del M. R. P. Provincial, en el colegio de Peralta de la Sal el 5 de julio de 1928. Para que podáis valorar la seriedad del acto, copio la primera pregunta con su respuesta:

– Si jura a Dios y a la Santa Cruz decir la verdad en lo que fuere preguntado

– Sí

Sigue la serie sobre su nombre, edad, familia, intenciones, ideas religiosas, vida pasada, situación económica, libertad de elección, salud física... A todas va respondiendo el interrogado con brevedad y sencillez. Le preguntan también por el origen de su vocación:

– Desde cuánto tiempo desea ser religioso y con qué ocasión y motivo

– Desde pequeño

Completado el examen, firma el primer documento oficial de su vida, con letra ensayada de aprendiz de pendolista, Pedro Díez Gil. Y debajo escribe, firma y rubrica el P. Luis Larramendi: “Verificado el examen de este pretendiente en conformidad con el adjunto interrogatorio, doy fe de que es verdad lo que en él se contiene”.

El documento de cuatro folios viajó a Zaragoza. Y la Congregación Provincial, que preside el P. Patricio Mozota, dio su visto bueno, y “por unanimidad”, el 12 de julio de 1928.

EL TESTIMONIO DE SUS PADRES

Con una condición: “Pero no se autorizó la vestición a los Postulantes Pedro Díez –y tres más– por carecer de consentimiento paterno, ordenándose se pida inmediatamente y se vistan en cuanto se reciban, en-

viándoles a sus casas en caso contrario”.

A su casa fue uno de ellos. El consentimiento para Pedro, solicitado ya el mismo día del interrogatorio –5 de julio de 1928, llegó a tiempo.

Este es su texto:

Los abajo firmantes, padres del joven Pedro Díez Gil, concedemos gustosos el competente permiso a nuestro hijo para consagrarse a Dios en la benéfica Orden religiosa de las Escuelas Pías. Y para que conste donde convenga firmamos la presente. Domingo Díez – Carmen Gil.

Os gustaría, seguro, ver estas firmas de Carmen y Domingo, tan elementales, tan sencillas, y compararlas con la de Pedro, tan definida ya, tan elegante y artística. Las rúbricas, también: leves y recogidas las de los padres, recia y vigorosa la del hijo.

Ellos viven la humilde certeza de un deber cumplido. Él es todavía una promesa, risueña, optimista, muy segura.

HERMANO PEDRO DÍEZ

Y Pedro vistió el hábito escolapio, en la Capilla de San José de Calasanz, el día 15 de julio de 1928. Cayó en domingo, fiesta del Beato Pompilio María Pirrotti, víspera de la Virgen del Carmen.

Desde este momento, con su sotana, su ceñidor y su bonete, no firmará ya sus cartas como Pedro Díez, sino como Hermano Pedro Díez de la Virgen del Carmen. Así figura en los documentos oficiales. Así le llaman sus formadores y compañeros. Y así le llamaremos, con mucho respeto, también nosotros.

Al Hermano Pedro le espera un año de recio aprendizaje. Es la tercera prueba, la más delicada y difícil. Han empezado diecisiete Novicios. A los trece llegados de Cascajo se han sumado cuatro más, que esperaban ya en Peralta. Cuando termine al año quedarán doce. Cinco no han podido seguir, unos “por insuficiencia en los estudios”, y los otros “por falta de vocación”.

LATÍN Y CONSTITUCIONES

Los estudios se centran en dos materias vitales: el latín y las Constituciones.

El latín es asignatura fundamental. Debe estudiarse durante seis cursos hasta dominarlo bien, “para que sirva de preparación al estudio de la filosofía”. En Peralta se complementan teoría, aprendida en la Gramática del P. Melchor Ollé, y práctica en el “repaso de la Retórica... a ser posible en latín”. Y el comentario de los Salmos, Escritura y Santos Padres... “por el Breviario”. Este era el deseo del Vicario General Antonio Mirats cuando escribió su Plan de Estudios para los noviciados y junioratos de España. En este Plan se asegura que “los estudios del Noviciado son o de simple repaso o de carácter más piadoso que literario” y entiende como de repaso la Aritmética, Geometría y Gramática. Sumemos todavía los ensayos diarios de música. Y la plana de caligrafía, trabajada durante la semana y presentada la mañana del domingo, después del desayuno, a la supervisión del P. Rector. Al final de curso, una comisión especial, llegada de Zaragoza, preside los exámenes.

También las Constituciones están en latín: hay que leerlas todos los días, traducirlas con esmero, asimilarlas y aprenderse los principales capítulos de memoria, porque en ellos está plasmado el carisma del Fundador y el proyecto comunitario y apostólico del Instituto.

Y estos estudios se dan la mano con unas prácticas piadosas, que llenan los días, los meses y el año entero. Para hacerlas como manda la Regla, no hay más que abrir bien los ojos y mirar al P. Faustino.

Humildes como él, obedientes como él, sacrificados como él, amantes de la Virgen, del Sagrado Corazón, de San José de Calasanz... como él.

Tres veces al año aparece el P. Mozota con otro religioso insigne. El P. Provincial hace cuidadosamente su “visita cuatrimestral”, oye al P. Faustino y a los otros religiosos de la comunidad la opinión sobre los Novicios, habla personalmente con cada uno de ellos, torna decisiones. El religioso que le acompaña escucha en “confesión extraordinaria” a los Novicios. Son medidas canónicas muy puntuales y oportu-

nas. Esta confesión extraordinaria proporciona, además, cierta libertad al espíritu.

Los recreos en la huerta. Los paseos vespertinos, hacia las salinas o a los campos que tiene la casa, camino de Gabasa. Algún domingo, hasta la cumbre del Montmagastre, donde la Virgen de la Mora tiene su ermita y su trono...

Durante este año, se han acercado a Peralta, “para visitar la Capilla de Nuestro Santo Fundador”, numerosos escolapios. Han ido llegando desde los colegios que tiene la Provincia de Aragón en España, Argentina y Chile. Todos hicieron su noviciado en Peralta y vuelven emocionados a recordar y a rezar. Llegan también de los colegios de Cataluña, de Balaguer especialmente. Y ha llegado desde centro Europa el P. Francisco Both, que fue Asistente General y Provincial de Hungría.

De todas las fiestas que se celebran en Peralta, la más solemne sin duda es la de San José de Calasanz, los días 27 y 28 de agosto. En 1929 fue solemnísimas. Trajeron desde Zaragoza para predicar al P. Ángel Pastor, que estuvo inspirado en la parroquia y en la Capilla. El 27 en la parroquia, con misa celebrada por el

P. Rector. El 28 celebra en la Capilla el señor párroco, y “los Novicios cantaron, como ellos saben hacerlo, una misa de Ravanello, dirigida por el P. Arrese y al armonium el P. Rector”.

Dice el cronista que “resultaron las fiestas animadísimas, concurriendo muchísima gente, así a la iglesia del pueblo como a la Capilla que no podía aguantar más”.

PROFESIÓN DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

Van transcurriendo los meses con mucha paz y un tesoro de experiencias. Conocer y fortalecer esta vocación escolapia vale cualquier sacrificio, hasta el de no ver a tu familia en todo el año. Son meses que marcan la vida joven y abren caminos rectos de futuro. Antes de que se acaben, unos ejercicios espirituales sólidos de ocho días completos.

Y después, los valientes dan un paso adelante y solicitan ser admitidos a la profesión simple, o temporal, de los cuatro votos sagrados, los tres comunes a toda vida consagrada –castidad, pobreza y obediencia– y el cuarto específico de las Escuelas Pías: dedicación a la formación integral de niños y jóvenes.

Dieron el paso los doce. Aprobaron la petición en Peralta y Zaragoza.

La fecha de la consagración viene fijada por una tradición veneranda. Pero antes, cada uno debe buscar un “apellido de religión”, para añadirlo a sus dos apellidos de sangre. El Hermano Pedro no dudó. Pensando en la Madre del cielo y en la que ha dejado en Venta de Baños, eligió a la Virgen del Carmen.

Y el día de la fiesta de la Virgen de las Escuelas Pías, con voz firme, pudo leer ante el P. Rector que presidía el acto y los asistentes que llenaban la Capilla de San José de Calasanz la fórmula que llevaba escrita:

Yo Pedro de la Virgen del Carmen, en el siglo Pedro Díez Gil natural de Pampliega, diócesis de Burgos, con dieciséis años de edad, me ofrezco a Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a la Bienaventurada siempre Virgen María, y emito mi Profesión Simple en la Orden de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías de POBREZA, CASTIDAD y OBEDIENCIA, y según ésta del CUIDADO PECULIAR DE LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS.

Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo, en el atrio de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén.

Yo, Pedro de la Virgen del Carmen, apruebo todo lo antedicho con mi firma.

Peralta de la Sal 12 de septiembre de 1929

Puso la fórmula sobre el altar y firmó con mano firme. Notó que un gozo desconocido y caliente le invadía el alma. Era su profesión simple, como decía la fórmula. Pero en su intención, aquella primera pro-

fesión era ya la definitiva y solemne. Pudo muy bien reiterar con el P. José de Valdivielso, poeta candoroso, inventor de escondidas bellezas:

Que no hay tal andar como buscar a Cristo, Que no hay tal andar como a Cristo buscar.

Cuatro días más, de descanso y preparativos en Peralta. Y el lunes 16, fiesta de los santos mártires Camelio y Cipriano, “salieron los Neo-Profesos para !rache, acompañados del R.P. Maestro Faustino Oteiza”.

Peralta. En medio la estatua de San José de Calasanz, a mano izquierda de la Capilla, al fondo el noviciado.

CAPÍTULO 5

FILÓSOFO EN IRACHE

En tierras gloriosas de la inmortal Navarra, a la falda del Jurra, está situado el célebre monasterio de “Santa María la Real de Irache”... y en tan soberbio edificio de claustros monumentales y galerías inmensas, hay una Casa Central de Estudios, una Universidad Calasancia, donde la Escuela Pía española, como madre que sueña en el porvenir de sus hijos, tiene puestos todos sus pensamientos, porque allí tiene su primera juventud, su más risueña esperanza, su más rico tesoro. – Hijo mío, durante toda tu vida vive con cuidado, para que puedas dormir sin cuidado.

¡Irache!, templo del saber, escuela de virtud y de la ciencia’.

Así de templado y retórico andaba el director de Juventud Calasancia en noviembre de 1929. Para probar lo que dice, ilustra el párrafo con una fotografía de profesores y alumnos: 147 en total.

A LOS PIES DEL JURRA

Seamos nosotros más modestos. Estamos a mano derecha de la carretera de Logroño a Pamplona, ayuntamiento de Ayegui, a tiro de piedra de Estella, entre el Monjardín y el Jurra. El Jurra –monte agudo– se eleva a 1045 metros de altura. Irache – en vasco, helechoes célebre desde el



Espacio labrado para pensar y rezar. Claustro plateresco y puerta preciosa en el Monasterio de Irache.

siglo VIII, si hacemos caso al cronista Fray Antonio de Yepes, por su monasterio benedictino y su Virgen románica.

El monasterio ha pasado por mil aventuras. Javier Ibarra en su Historia del Monasterio de Irache, que publicó en Pamplona el año 1938, las va narrando despaciosamente. Para nosotros baste decir que fue monasterio de mucha categoría; que alcanza su esplendor a finales del siglo XI, gobernado por el abad San Veremundo; que los monjes de San Benito, venidos de Valladolid, le incorporan a su regla y le engrandecen con un colegio en el siglo XV, transformado el XVII en Universidad, confirmada por el papa Paulo V en 1615, por Felipe IV cincuenta años después y suprimida definitivamente en 1824; que cerró sus puertas tras el Abrazo de Vergara, marchando los monjes a la calle y quedando el edificio en manos del viento y la rapiña; que sirvió de hospital y cuartel durante las guerras carlistas; y que en 1885 lo cedió la Reina nuestra señora a los Padres Escolapios.

EL ASOMBRO DEL HERMANO PEDRO

Y dice el Libro de Secretaría de la casa en 1929: “Septiembre, 17: Llegan 12 neoprofesos de la Provincia de Aragón”.

En el grupo está el Hermano Pedro Díez de la Virgen del Carmen.

Cuesta poco imaginar el asombro del H. Pedro al divisar la erguida torre de las campanas, con sus cuatro cuerpos de piedra y el adorno de bolas y pirámides escurialenses. Más asombro al acercarse a la inmensa fachada de estilo herreriano y piedra dorada, con dos balcones verticales y seis escudos barrocos, coronado el conjunto por el blasón ostentoso de la monarquía española.

Si os parece, le acompañamos en sus descubrimientos.

Dentro ya, el claustro rectangular, que da luz y armonía a este edificio universitario y renacentista. Caminando en profundidad, nueva sorpresa al descubrir otro claustro rectangular, donde los canteros vascos del siglo XVI acumularon todos los primores del plateresco. El estilo manierista se impuso algo más tarde en las líneas del sobreclaustro. Y desde aquellos

días, en el centro geométrico del patio, una fuente eleva al cielo su fino y fugitivo surtidor de plata.

Al final del claustro plateresco, la Puerta Especiosa, que comunica con el templo. Y se llama especiosa por su belleza arquitectónica –arco de triunfo con un triple medio punto– y por su rica imaginería: San Pedro y San Pablo sobre tondos, la Asunción de la Virgen en la hornacina, acompañada de San Benito y San Bernardo, y alojado en el frontón superior el Padre Eterno.

La sorpresa y el asombro se hacen oración al traspasar la Puerta y penetrar en el templo silencioso. Esta es la joya del monasterio, verdadero sueño de piedra. El triple ábside románico y el crucero datan del siglo XII. Pertenecen al siglo XIII las tres amplias naves góticas, selladas en sus columnas y capiteles por el austero espíritu del Císter. Todo es grandioso aquí dentro. Para salir o entrar desde el campo, rasgan los muros dos puertas, la principal junto a la torre y la llamada de San Pedro, románicas las dos, apuntadas y abocinadas con cinco arquivoltas.

Por estos claustros y en esta iglesia va a pasear y rezar durante tres cursos el H. Pedro.

Los dormitorios, oratorio comunitario, aulas y biblioteca, que cuenta con más de 8.000 volúmenes, las salas de estudio, de dibujo, de mecanografía, la librería de los jóvenes y el museo calasancio se hallan en los pisos superiores.

TODOS LOS MORADORES

Los habitantes de la casa, ya se dijo, sobrepasan los 140. El grueso lo forman los Juniores, venidos de las cuatro Provincias escolapias de España, Aragón, Cataluña, Castilla y Valencia. Los Hermanos Operarios son ocho y los sacerdotes siete.

Estos Hermanos Operarios hacen honor a su nombre y mantienen a pleno rendimiento las infraestructuras vitales de este pequeño enclave escolapio: huerta, panadería y comedor, cocina y sastrería, ropería, sacristía... Hay entre ellos tres nombres , totalmente identificados con

el oficio y la casa: Cipriano López, hortelano y comprador; Urbano Echávarri, sastre y sacristán; Moisés Fermín, sacristán y enfermero; Cipriano y Urbano, nacidos en tierras vecinas de Navarra; Moisés, a orillas del Arlanzón, un puñadito de kilómetros al sur de Burgos, no lejos de Pampliega.

Rector de la Comunidad y Maestro de Juniores es el P. Martín Español, hombre de ricas prendas humanas, intelectuales y religiosas. Le ayudan en el gobierno de la casa los PP. Pablo Roca en la economía, Antonio Montañana en la procura, Benjamín Navarro en la administración, Liborio Portolés en la secretaría y Sebastián Iribarren en la organización de misas y colectas. Y le acompañan en la formación de los Juniores los PP. Antonio Montañana y Fernando Martínez.

Así hasta el mes de agosto de 1931, cuando se producen cambios por ascensos y traslados. Al P. Español, nombrado Rector del colegio Hispano Americano de Santiago de Chile, le sustituye en el rectorado de Irache el P. Manuel Pazos, que sube de Estella. El P. Montañana se encarga de la dirección del juniorato. El p. Navarro asciende al rectorado de Albelda de Iregua. El P. Iribarren ha sido destinado a Bilbao. Y Castilla, por los PP. Navarro e Iribarren manda a Irache a los PP. Bruno Rodríguez y Agustín Turiel. Todos, entonces y ahora, buenos profesores, auténticos especialistas en sus materias. Los dos más jóvenes, con solos 26 años y un mundo de promesas sobre los hombros, Agustín Turiel y Liborio Portolés.

AL COMPÁS DEL REGLAMENTO

La marcha diaria de este ejército juvenil se rige por el Reglamento del Juniorato, suscrito por el Vicario General de España, P. Antonio Mirats. Consta de 52 páginas y puede calificarse de exacto en sus normas y abierto en su visión del hombre y de la vida. En él se van analizando las situaciones puntuales en los estudios, aposento, comedor, movimientos dentro y fuera de la casa, limpieza, higiene con sus diez mandamientos, recreos, vacaciones, oficios, educación estética (música, piano, caligrafía, trabajos manuales, declamación, veladas literarias), distribución del tiempo, correspondencia, mortificaciones.

Sobre la correspondencia dice que aunque se distribuye papel en ciertos días, “puede escribir cada uno cuando le convenga, esperando por ejemplo al Santo de sus padres”.

El cuadro de asignaturas viene especificado en el Plan de Estudios, ordenado hace algunos años y que sigue en vigor. Filosofía y teología son las asignaturas–bandera. Dos años de filosofía en Irache. Cuatro años de teología, el primero en Irache, los tres siguientes en Albelda. Pero conviene no olvidar que estos muchachos se preparan para ser sacerdotes y maestros. En consecuencia, a las materias que integran la llamada carrera eclesiástica hay que añadir otra serie de asignaturas “profanas”.

Teología y filosofía, con todas sus ramas, se aprueban en el juniorato. De las otras, que responden a un bachillerato actual, deben examinarse en el Juniorato y en el Instituto estatal de Vitoria o Logroño.

Y el autor del Plan citado, discurriendo sobre una mejor formación y la manera práctica de aprovechar bien el tiempo, ha pensado también en las horas libres que les quedan a los días laborables, a los domingos y fiestas.

Resumo, copiando. Todos los días, dice, después de Vísperas, practiquen los jóvenes caligrafía, mecanografía, taquigrafía con aplicación los últimos años a la correspondencia mercantil, y dibujo lineal, de figuras, de paisaje y arquitectónico. Después de cenar, canto gregoriano y figurado... Los domingos deben los jóvenes aprovechar las horas libres en ejercicios de composición en latín y castellano y en cursos de catequesis y oratoria sagrada.

No anduvo descaminado aquel director y periodista cuando presumía del funcionamiento de una Universidad Calasancia en Irache. Y podemos comprender nosotros, sin gran fatiga, que no todos los inscritos en el primer curso terminarán recibiendo el diploma. Porque la vocación escolapia requiere talento, y debe pasar necesariamente por el crisol de unos estudios completos y difíciles.

ENTRE NOTABLES Y SOBRESALIENTES

¿Y cómo le fue en este crisol al H. Pedro? Por suerte, guardan los archivos todas las actas de los exámenes y la opinión de los formadores sobre sus cualidades y carácter.

Tres cursos con seis asignaturas evaluables cada curso. Total dieciocho exámenes, escritos y orales, presididos por un tribunal solemne y exigente. Y los superó, uno tras otro, con los siguientes resultados: seis sobresalientes, siete notables, dos buenos y dos aprobados. Los dos primeros cursos, conducta buena y bueno el talento. El tercer curso, conducta muy buena, carácter pacífico y como defecto dominante, ser tímido.

La caligrafía ha ido fijando definitivamente en su escritura una letra limpia y elegante.

En música tuvo suerte. El P. Fernando Martínez entiende mucho de “canto figurado” y es un extraordinario gregorianista. Como al H. Pedro Dios le ha dotado de fino oído y voz timbrada, terminó siendo un excelente alumno.

Este aprendizaje musical dio la nota el 21 de noviembre de 1931. Había que honrar a la patrona de la música. Y había que demostrar qué número calzaban los juniors de Irache.

Montaron, pues, una velada musical en regla. En lugar preferente se sentaron los profesores, los cuatro rectores de Irache, Albelda, Logroño y Estella –PP. Manuel Pazos, Benjamín Navarro, Saturnino Lacuey y Ángel Aznar el renombrado músico don Alfonso Ugarte y el músico mayor del Regimiento de Estella. El P. Liborio Portolés habló de Santa Cecilia, del valor de la música y del motivo de la fiesta. Al frente del coro el P. Fernando Martínez. Todos los asistentes tienen en sus manos un lujoso programa: primera parte, obras polifónicas de Guerrero, Vitoria y Ravanello; segunda parte, selección del mejor repertorio gregoriano.

El P. Agustín Turiel escribió una crónica detallada del acto, que publicó al mes siguiente juventud Calasancia. Concluye así la crónica: “La más sincera enhorabuena al P. Martínez y a los juniors de segundo y

tercero –en el curso segundo canta el H. Pedro–, que vieron sus desvelos coronados por el éxito más rotundo”.

POR LA VIRGEN Y EL SAGRADO CORAZÓN

Pero la vida en Irache tiene nuevos matices. Los jóvenes celebran con gran solemnidad las fiestas de la Inmaculada, de Santo Tomás de Aquino, del Sagrado Corazón, de San José de Calasanz. Hay una rivalidad generosa entre los grupos para dar relieve a la acción litúrgica de la mañana y la velada literaria de la tarde. Imprimen una estampa–recordatorio de la fiesta con el programa, elegante siempre y con frecuencia verdadera joya caligráfica. Llenan la última página del programa con una poesía alusiva, en castellano o en latín. Dejadme que os copie dos ejemplos.

El 8 de diciembre de 1929 la poesía se titula· A María y dice la primera estrofa:

*Como estrella de los mares,
como estrella de las almas,
Tú consuelas los pesares
y Tú las tormentas calmas;
causa de nuestra alegría,
alégrese el alma en ti madre mía,
madre mía, vuelve tus ojos a mí.*

Dos años más tarde, por las mismas fechas, vuelven los jóvenes a saludar a su Madre, esta vez en latín y mediante un acróstico cruzado, que permite al lector leer dos veces en diagonal el nombre de María. He aquí el texto:

*Magna Potentis puerperA quae celsA coelis Insides, affulge jubaR
omnibus: Tuis mAt(er) per Indita,*

Munimen usque hic impetrA.

No son dos ejemplos de antología, ya lo sé. Pero revelan ingenio, fiel devoción a la Virgen Inmaculada, sencilla expresión de anhelos juveniles

y suficiente dominio de las reglas poéticas. Y demuestran, además, que los jóvenes no pierden el tiempo, componiendo los domingos en castellano y latín.

Y guarda el archivo, junto a las actas y libros oficiales, estampas y programas, un valioso volumen, titulado HH(ermanos) C(lérigos) inscriptos en el Apostolado de la Oración– Asociación del Corazón de Jesús, del Cíngulo de Santo Tomás, De la Misa reparatoria, de los Dolores, etc. El secretario ha escrito a continuación: “Rezar todos los días el Ofrecimiento Divine Cor Jesu – Los 7 Dolores”. Y al citar en el título la Misa reparadora, aclara su contenido en esta nota: “ Consiste esta Asociación en ofrecer las Misas que se oyen demás en los días festivos, para suplir por los que no cumplen el primer Mandamiento de la Sta. Iglesia.” Y añade seguidamente: “Las obligaciones de todas estas Asociaciones son fáciles y las Indulgencias y privilegios en vida y en la hora de la muerte son innumerables”.

El libro y las Asociaciones son una muestra más de la piedad que viven los jóvenes de Irache. El ofrecimiento Divine Cor Jesu, bien aprendido en Irache, lo repetirá todas las mañanas de su vida el P. Pedro.

En la página 66 del volumen, con el número 1682, figura esta inscripción: Pedro Díez de la Virgen del Carmen –Aragón. Y más adelante, segunda parte del volumen, páginas 328–29, una serie completa y exacta de los datos. correspondientes a su nombre y apellidos, nombre de los padres, fechas de nacimiento, vestición, profesión, diócesis, pueblo, partido judicial y provincia.

CONSECUENCIAS DE UN DÍA DE CAMPO

Aunque Irache es lugar retirado, donde se practica a conciencia la “fuga mundi”, línea esencial en la formación de seminaristas y juniors, nada impide que estos juniors vayan de vez en cuando de excursión, para ahuyentar musarañas, comunicarse experiencias, contar chistes en voz alta y gozar de la naturaleza.

Estos libros oficiales son tan oficiales que no dicen palabra de tales excursiones. Pero se proyectaron y se disfrutaron. La de Alsasua, por ejemplo, el 21 de julio de 1930. Nada dicen los libros oficiales, pero la describieron con detalle dos compañeros de curso del P. Pedro, Antonio Ortiz y Constantino Ruiz. Respetando lo esencial, os lo cuento un tantico resumido.

Alsasua figura en el mapa por la línea oeste de Navarra, oteando los lindes de Guipúzcoa y Álava. En Alsasua les zurraron la badana las tropas carlistas de Zumalacárregui a los soldados liberales del general Vicente Jenaro de Quesada el mes de abril de 1834. Los junioreos escolapios, dirigidos por el P. Liborio Portolés, no vienen esta mañana a recordar la batalla, sino a olvidarse de los pasados “excelentes exámenes” y vivir a pulmón lleno un día de campo. Han dejado la cama a las cuatro y media –media hora más pronto que de ordinario– para hacer la oración, oír misa y comulgar. Atraviesan pueblos y valles. Y han llegado “con bastante lentitud relativa” en tres autobuses, que aparcen arriba, entre los bosques de hayas de la meseta. Encuentro entre amigos, paseo y comida. Un grupo de intrépidos quiere hacer la digestión, lanzándose siete kilómetros cuesta abajo. El sendero por el estrecho valle serpentea en un zig-zag peligroso. Y a mitad de camino divisaron los junioreos una cantera con molino modernísimo y vagonetas aéreas, que llevan el producto a las fábricas de cemento. Como el tiempo se encapota, el P. Liborio recomienda a los jóvenes no pasar de la mitad del camino en declive, y regresar pronto. Pero los jóvenes, en su loca carrera, no oyeron sus recomendaciones. Cuando aterrizaron de nuevo en la meseta el agua caía a cántaros y penetraron en los coches empapados hasta los huesos.

Ya en Irache, capítulo de culpas en el coro de la iglesia, y nueva tormenta en la voz del superior, con los correspondientes truenos y relámpagos de penitencias saludables. Oyeron y cumplieron.

Pero qué importan una tormenta, dos tormentas. El día pasado en Alsasua había sido hermoso, tan hermoso que ni dos tormentas seguidas pudieron borrarlo de sus recuerdos juveniles...

DOLORES Y ALEGRÍAS

Por el juniorato de Irache pasaron y repasaron esos años personajes importantes. Y los juniors supieron obsequiar a los visitantes y participar en acontecimientos, dolorosos y gozosos, relacionados con los compañeros, con la Escuela Pía española y con toda la Orden.

No quisiera alargarme probándolo. Por eso recurro a una simple enumeración de acontecimientos.

Cantan misas y celebran funerales solemnes por los padres difuntos de los clérigos Antonio Paniego y Cosme Serrato, por el alma de cardenal escolapio Alfonso María Mistrangelo y por el también escolapio P. Vicente Alonso, obispo de CartagenaMurcia “y bienhechor de esta casa”. Otra misa cantada, muy especial: “Por acuerdo de la Comunidad, –escribe el secretario– en agradecimiento sobre todo a las importantes obras realizadas en este Monasterio durante su gobierno, cantarnos una Misa de difuntos en sufragio del llorado y glorioso Primo de Rivera”.

Se alegran con la noticia, en febrero de 1930, del nombramiento como Vicario General de España del P. Valentín Caballero, que ha sido durante 25 años alma de esta casa, como profesor, superior y maestro de juniors. Participan con notable éxito en la exposición que con motivo del Congreso Catequístico se celebra ese mismo año en Zaragoza.

Nuevas alegrías: las hábiles negociaciones del P. Martín Español han conseguido traer el teléfono a la casa; se inaugura el 6 de octubre de 1930; y en junio de 1931 adquiere dos coches la Comunidad, uno grande para Irache y otro pequeño para Albelda. También en 1931, rezan por el éxito de la Causa de Canonización del Beato Pompilio María Pirrotti y en alguna ocasión “para impetrada intercesión de la Virgen de las Escuelas Pías y de San José de Calasanz en las difíciles circunstancias actuales”.

Resuenan ya en el cielo de España los sonoros truenos redondos de la temida tormenta. La segunda República desfila, entre aplausos populares, envuelta en la bandera tricolor.

VISITANTES ILUSTRES

Pero antes han ido pasando por Irache visitantes ilustres. El P. Valentín Caballero se acerca con frecuencia para ver a los jóvenes y presidir sus exámenes. En esos exámenes echa una mano dos veces al año –febrero y julio– el P. Rector de Estella y de vez en cuando el

P. Patricio Mozota, que ayuda también a seleccionar a los juniors de tercer curso que deben acudir al Instituto de Vitoria.

Fueron más sonadas las visitas episcopales. Don Tomás Muñiz, obispo de Pamplona, pasó en Irache todo el día 16 de julio de 1930. Viene con un Auditor de la Rota y dos canónigos. Les fue bien, muy bien. Don Tomás manifestó en voz alta “su complacencia y edificación, reiterada luego en carta muy afectuosa y halagüeña”.

En marzo de 1931 se acercó a Irache el obispo de Iquique (Chile), monseñor Carlos Labbé, “que sale sumamente encantado, como lo manifiesta en varias cartas posteriores”.

LA MÁS GRATA DE TODAS LAS VISITAS

Pero hablando de visitas, las más gratas para el H. Pedro fueron las de su casa, a veces sorprendidas. Los padres, y sobre todo los hermanos pequeños, quieren verle y comprobar cuánto ha crecido y cómo le caen la sotana y el ceñidor escolapios. Ya está: viajarán todos a Irache. Pero sin avisar, sin escribirle una carta, para que el alegrón sea más grande...

Una tarde; los codos en la mesa y la cabeza entre las manos, el H. Pedro prepara las lecciones del día siguiente. Le llaman. Baja a la sala de visitas y se encuentra con la familia entera. No pudo disimular el susto.

Pronto volvieron las aguas al cauce, pero aquellos ojos asustados del hijo impresionaron a la madre. Cuando regresó la expedición a Venta de Baños, y comentaba los incidentes del viaje y del encuentro, la señora Carmen dijo al esposo y a los hijos:

–No volveremos nunca, sin antes avisarle.

Era tímido, sí, pero muy servicial y responsable... Hay que bajar a Estella con un encargo delicado. El P. Rector confía la misión al H. Pedro y a un compañero de curso. Y en esos momentos llega a Irache el señor Domingo, para pasar unas horas con su hijo. Le dicen que espere un rato. Y al saber por dónde anda el H. Pedro, exclama alarmado:

– ¿Cómo se les ocurre? Pedro no es para eso y corre peligro de perder la vocación

Preocupación de un padre, ya se entiende. Pero no se altere, señor Domingo, que la vocación de Pedro está firme y segura. No la moverán de su sitio ni los vientos del campo, ni las sirenitas de la ciudad. Tranquilo. ¿Ve allá arriba, recortadas en el cielo azul, esas rocas graníticas del Jurra? Pues así.



El Hermano Pedro olvida por un rato silogismos y disquisiciones filosóficas

CAPÍTULO 6

TEÓLOGO EN ALBELDA DE IREGUA

Aprobado su tercer curso, el H. Pedro y sus compañeros deben dejar sitio en Irache a los nuevos juniore que irán llegando de los noviciados en los meses inmediatos. Y anota el secretario en su libro: “1932 – Julio, 16.– Salen para Albelda los jóvenes del tercer Curso”.

La finca de las Viñuelas

Buen día para viajar, guiados por la Virgen del Carmen. El camino no es largo. De Irache a Albelda, un par de horas apenas. Se cruza la villa de Los Arcos, en Navarra, se atraviesa la ciudad de Logroño de norte a sur, se enfila hacia Soria y en un suspiro estamos en Albelda.

Con mayor precisión, estamos en la finca “Las Viñuelas”, a tiro de piedra del pueblo de Albelda, en la margen izquierda del Iregua, a 12 kilómetros contados de la capital de La Rioja. Aquí, dicen, sitúa Ricardo de León algunas de las escenas de su novela *El amor de los amores*. Y aquí han levantado los escolapios de España un segundo juniorato, donde “legiones de escolapios cursarán las ciencias eclesiásticas y se prepararán para las augustas funciones del magisterio”.

Todo es llano y hermoso. Solo el rumor del río rompe el silencio. La finca se compró el 9 de enero de 1928. Mide dieciocho hectáreas y en su mitad tiene un molino de aceite, una casona rústica y una ermita de la Soledad.



Perspectiva desde la huerta del majestuoso teologado de Albelda..

Vigilan casona y ermita cuatro cedros frondosos y dos secuías centenarias.

Pero los nuevos tiempos requieren un edificio más dinámico, y en su interior una iglesia más amplia y litúrgica. Sin pérdida de tiempo, se colocó la primera piedra del “grandioso edificio, que será la definitiva Universidad Escolapia”, el 25 de diciembre de este mismo año 1928. Y en menos de tres años –12 de junio de 1931– podían inaugurarse colegio y capilla.

El edificio ha quedado armónico e imponente: 79,10 metros de profundidad por 75 metros de fachada, orientada al mediodía. El mérito hay que repartirlo entre el arquitecto logroñés Fermín Álamo, la empresa constructora zaragozana Hermanos Aísa y el promotor e impulsor, P. Patricio Mozota, Provincial de Aragón, que tiene en su haber los recientes colegios de Zaragoza, Logroño y Pamplona.

En julio de 1932 viven en este moderno y todavía fresco juniorato de Albelda los jóvenes que van a estudiar tercero y cuarto curso de teología. El que llega de Irache iniciará el segundo. Conforme pasan los años disminuye el número de juniors. Entre los tres cursos no pasan de 97. El del H. Pedro, que sumó en Irache 43, tiene ahora 34.

El tamiz es fino y el compromiso cada día más serio y cercano.

EQUIPO SELECTO DE PROFESORES

Durante estos tres años de Albelda, el H. Pedro va a contar con un equipo selecto de buenos profesores.

Conoce ya al P. Rector, venido de Irache el año pasado. Es el P. Benjamín Navarro, doctor en ciencias químicas. Lo malo fue que a causa de “la malicia de los tiempos”, el P. Navarro se pasó el curso dando clases y utilizando su título en el colegio de Santander. En 1933 le sustituye en el cargo el P. David Álvarez. Con ambos Rectores fue Vicerrector el P. Tomás Martínez, buen moralista y mejor conocedor de la lengua de Moliere.

Los acompañan en el desempeño de las cátedras los PP. Leonardo Rodríguez, José María Tous, Agustín Cuadras, Calasanz Bau y Teófilo López.

El P. Calasanz prepara su licenciatura en Historia en la Universidad de Zaragoza y el P. Teófilo, con solo 24 años, llega de Roma, para estrenar su título de doctor en teología, ser Ayudante del Maestro de Juniores y secretario de la comunidad.

Maestro de los jóvenes es el P. Agustín Cuadras hasta el mes de octubre de 1934. Aunque golpeado por “un gravísimo accidente de auto” a finales de noviembre de 1933, pudo alargar su magisterio un año más. Pero en octubre del 34 el P. David Álvarez fundió en uno los cargos de Rector y Maestro.

De las tareas de la finca y de la casa se encargan seis laboriosos Hermanos Operarios.

PROGRAMA DE ESTUDIOS EXIGENTE

El ritmo diario del juniorato discurre por los mismos carriles que en Irache. Las prácticas litúrgicas y los adornos musicales y literarios también, solo que aquí se invita a las veladas al pueblo de Albelda. Lo que cambia son los tiempos, que van nublándose, y el programa de asignaturas, que se hace más exigente.

Luego hablaremos de política. Hablemos ahora de estudios. Las asignaturas centrales son tres: teología –dogmática y moral–, Sagrada Escritura y Derecho Canónico. Para la teología se utilizan los textos de Tanquerey, para Sagrada Escritura el libro del Instituto Bíblico de Roma, para Derecho canónico el manual de Domingo M. Prümer. Pero hay más materias que estudiar y aprobar: pedagogía, ciencias naturales, inglés, cálculo, historia eclesiástica, historia de la literatura, arqueología...

Y no se olviden los trabajos añadidos para las horas libres que les quedan a los días laborales y a los domingos.

POCO MÁS DE 55 KILOS

En estos tres años albeldenses, el H. Pedro se examinó de veintitrés asignaturas, por escrito ante sus profesores, oralmente ante un tribunal, que

preside con frecuencia el P. Valentín Caballero y al que acompañan los PP. Manuel Pazos y Marcelino Ilarri: ocho asignaturas en primero, ocho en segundo, siete en tercero. Y estos fueron los resultados: Sobresalientes, uno; notables, veinte; buenos, dos.

A las notas acompañan las observaciones sobre comportamiento y cualidades. Suenan así, en buen latín académico, que procuraré explicar entre paréntesis, según la clave aclaratoria que acompaña a la planilla: Ob-servancia: Benemeritus major (falta a veces en cosas pequeñas); Avisos y correcciones. Meritisimus (algo más que sobresaliente); Piedad: Benemeritus major (procura de verdad la recta intención y hermana bien la Piedad y las Letras; Aplicación: Meritisimus; Carácter. Benemeritus major (melancólico); Salud: algo delicada; Peso: 55,5 kilos.

Aquí tenéis al H. Pedro de cuerpo entero a sus 22 años con la doble radiografía complementaria de su cerebro y su espíritu.

Le había ido bien en Irache. Le sigue yendo bien en Albelda. Pero también aquí la medalla le mostró sus dos lados opuestos: el reverso morado y el anverso florido...

LA MUERTE DE SU AMIGO VICENTE

Vio cómo salían enfermos desde Albelda a Zaragoza los clérigos aragoneses Antonio Paniego, José Pau, David Palacios y Antonio Ferrández; Muy lejos, en Tordesilos –tierras altas del Señorío de Malina, murió la madre del P. Teófilo, su mejor profesor y consejero.

Y aquí cerca, Vicente Samper, un curso inferior al suyo, en la flor de sus veinte años... Había nacido en San Sebastián, pero su patria de verdad era Oteiza. Como él, fue postulante en Cascajo, novicio en Peralta, filósofo en Irache, aprendiz de teólogo en Albelda. El 5 de noviembre de 1933 sintió las primeras punzadas de un ataque de apendicitis. Peritonitis luego. Con gran fervor, y edificación de todos, recibe el enfermo los últimos sacramentos de la Iglesia. La operación, aunque algo retrasada, todo un éxito. Y el 7, a las ocho y media de la tarde, el H. Vicente Samper dialogaba en el cielo con en ancianísimo P. Gaspar Dragonetti, que había elegido como modelo de escolapio y maestro desde que leyó su vida en el

noviciado. Mientras tanto, cantaban sus compañeros el oficio entero de difuntos junto a su cadáver. Y al día siguiente, misa solemne por su alma. Después –dos largas filas paralelas de sobrepellices blancos camino de la ermita–, sepultura “en la cripta del Colegio, dentro de nuestra finca. El pueblo asistió a la conducción del cadáver en gran número”.

El H. Samper estrenaba esa mañana con su cuerpo joven la cripta de la ermita de la Soledad.

NUEVA PROVINCIA PARA LA ESCUELA PÍA

El largo estudio de la tarde se veía con frecuencia interrumpido por apagones sorpresivos. Y es que la luz llega al colegio desde una turbina eléctrica, instalada en un salto de agua junto al molino. Duraron los sustos el primer curso. El 19 de agosto de 1933 el Ayuntamiento de Albelda “facilita la conexión gratuita con la corriente eléctrica del pueblo”.

A este acontecimiento “luminoso” hay que sumar dos más.

Hacía tiempo que algunos escolapios vascos y navarros preparaban la creación de una nueva Provincia con los colegios de Bilbao, Tolosa, Estella, Tafalla, Pamplona y Vera del Bidasoa. El colegio de Bilbao pertenecía a la Provincia de Castilla y los otros cinco a la Provincia de Aragón. Por fin, el 30 de junio de 1933 “se leyó en Albelda el decreto que crea la nueva Provincia de Vasconia”.

Así de sencillo lo relata el P. Teófilo en su libro de secretaría.

Pero fue para muchos un desgarrón doloroso.

Ya en enero había aceptado Roma la renuncia, que por dignidad habían presentado el P. Patricio Mozota y sus Asistentes. En junio el P. Félix León, Rector del colegio de Zaragoza, sustituía al P. Mozota en el gobierno de la Provincia. Y el baile de obediencias y destinos no era de garabtillo, aunque lo pareciese.

El H. Pedro vibró con su Provincia y sintió no poder coincidir en adelante en el mismo colegio y en la misma comunidad con aquellos sus

compañeros vascos y navarros, a quienes llevaba en el alma. Pero el hecho histórico traía otras compensaciones: la Escuela Pía cuenta con una nueva Provincia en su catálogo, Aragón con una hija más en su familia, y en Aragón y Peralta se queda para siempre el P. Faustino Oteiza, a quien el H. Pedro venera como a un santo...

BEATIFICAN EN ROMA A SAN POMPILIO

Desde Roma, el P. General tenía al corriente a toda la Orden sobre la marcha de la Causa de Canonización del Beato Pompilio. En el mes de enero de 1934 leyeron en Albelda un nuevo y definitivo decreto, que anuncia la aprobación de los milagros, la fecha de canonización para el 19 de marzo, “y excitando a todos a acudir a Roma dicho día, para dar mayor solemnidad a la fiesta”.

Partió hacia Roma, representando a la comunidad de Albelda, el P. Teófilo López. Le acompañan algunos juniores, el Clérigo Julián Pascual por Aragón.

En el juniorato se celebró la fiesta, durante tres días, la segunda semana de junio. El 8, por la mañana, misa de comunión para los niños del pueblo y misa solemne, celebrada por el párroco de Albelda, asistido por el de Nalda y el coadjutor de Albelda; por la tarde, acto eucarístico. Día 9: misa de comunión para los niños del colegio de Logroño y misa solemne a cargo de los PP. del mismo colegio; por la tarde, como ayer. Día 10: misa de comunión para los juniores y devotos y misa solemne, celebrada por el Vicario general de la Diócesis. En las tres misas solemnes predicó el P. Valentín Caballero.

ORDENES MENORES EN LOGROÑO

Pero falta lo mejor, que irá llegando en estos últimos meses de 1934 y en los primeros de 1935.

El 27 de noviembre, fiesta del patrocinio de San José de Calasanz, comienzan los ejercicios espirituales preparatorios para la profesión solemne “los clérigos de 3º que se hallan en disposición de hacerlo”.

Los días 21, 22 y 23 de diciembre sube al seminario de Logroño el H. Pedro. El 21 recibe la tonsura que le introduce en la familia de los clérigos: los mechones de pelo que le corta el obispo indican que ya no se pertenece a sí mismo, y puede cantar con el salmista “Tú, Señor eres mi herencia...” El 22 le entrega el mismo señor obispo los poderes de las dos órdenes menores: ostiario, para que abra y cierre las puertas del templo y lector para que proclame a los fieles la palabra de Dios en la asamblea litúrgica. Y el 23 completa el obispo la entrega de poderes, haciéndole exorcista para que arroje a los demonios que rondan alrededor del hombre, y acólito para que se acerque al altar y sirva al sacerdote que celebra la eucaristía...

Tres días de bendición, tres escalones más hacia la cima.

FUE UN 25 DE MARZO

La profesión solemne estaba fijada para el 25 de marzo. Quince días antes el P. Vicente Ten, por delegación del P. Vicario General, realizó la visita canónica “a los juniores que van a profesar”. Antes de dar el paso definitivo, tienen éstos que redactar y firmar dos documentos importantes, dada la malicia de los tiempos. Como testigos firman a continuación los P^{rs} P. Valentín Caballero, David Álvarez y Agustín Cuadras. Hay que demostrar jurídicamente la libertad con que se obra antes de profesar ser pobres, castos y obedientes. Esto es lo que escribió y firmó el H. Pedro:

Yo Pedro Díez de la Virgen del Carmen prometo de todo corazón y sin ninguna restricción mental abrazar la vida común perfecta, renunciando a todo peculio... de modo que sea incorporado a los bienes de la Religión todo cuanto adquiriera... según el Decreto de la Sagrada Congregación de Religiosos del día 27 de noviembre de 1929, prescrito a los Religiosos Escolapios por mandato de Su Santidad Pío XI.

Del mismo modo por mi voto de Obediencia, hecho absolutamente y sin limitación alguna, me creo obligado a ir donde la Obediencia me enviare, aún fuera del Reino, a Ultramar, a las fundaciones que intentaren los Superiores y por todo el tiempo que los mismos determinaren...

Albelda veinticuatro de marzo de mil novecientos treinta y cinco. Pedro del Carmen.

El segundo documento, escrito en latín, es más extenso y solemne. Os lo voy a traducir y resumir:

El que suscribe, Pedro de la V. del Carmen, religioso escolapio, habiendo presentado a mis Superiores la petición para emitir los votos solemnes y meditada diligentemente ante Dios esta resolución, certifico mediante juramento:

1º.- Que en la emisión de dichos votos no obro bajo miedo o coacción alguna, sino espontáneamente y con plena libertad...

2º.- Confieso que me son conocidas plenamente las cargas anejas a dichos votos solemnes, que las acepto libremente y que, Dios mediante, me comprometo a cumplirlas diligentemente durante toda mi vida.

3º.- Testifico conocer claramente cuanto ordenan el voto de castidad y la ley del celibato, y declaro que lo voy a cumplir con la ayuda de Dios hasta el final de mi vida.

4º.- Finalmente, me propongo sinceramente cumplir, de palabra y de obra, todo lo que me ordenen mis Superiores, referente a la disciplina de la Iglesia, según las normas de los sagrados cánones...

Así lo testifico y juro sobre estos Santos Evangelios.

24 de marzo de 1935.- Pedro de la V. del Carmen, de mi propia mano.

Ahora sí, todo en regla: ejercicios espirituales, visita canónica, documentos firmados... y un fuego encendido en el pecho de tres jóvenes aragoneses: Mariano Gaona, Benito Otazu y Pedro Díez. Eran cuatro, pero a última hora una gripe importuna ha descolgado de la lista el H. Venancio Ortiz.

Llegó de Madrid, para presidir el acto y aceptar los votos, el Vicario General, P. Valentín Caballero.

La mañana del 25 de marzo apareció radiante. Una mañana como ésta, pero en Roma y en 1617, vistieron la sotana los quince primeros escolapio.

pios, el fundador de la Orden entre ellos. Y ahora, 318 años después, en la capilla del juniorato de Albelda, tres sucesores suyos prometen solemnemente seguir a Cristo en castidad, pobreza y obediencia, y a su padre José de Calasanz en la enseñanza de los niños.

El Superior de las Escuelas Pías en España les describió objetivamente la situación política y social por que atraviesa la nación, y las consecuencias de su compromiso. No les tembló la voz al leer arrodillados la fórmula de la profesión, ni la mano al firmarla y depositarla sobre el altar, mientras el coro entonaba el *Te Deum* de acción de gracias.

No he podido averiguar si al H. Pedro le acompañaban esa mañana sus padres y sus hermanos. Sí os puedo asegurar que el P. Pedro recordó en adelante ese 25 de marzo como uno de los días más hermosos de su vida.

YA ES SUBDIÁCONO

Esto en marzo. Y el 6 de abril, nuevo viaje a Logroño. El señor obispo, don Fidel García Martínez, confiere de nuevo órdenes sagradas en la capilla de su seminario. Desde el presbiterio, un lector dijo en voz alta: “Acercaos los que vais a ser ordenados subdiáconos”. Diecisiete escolapios – los mismos que habían recibido las órdenes menores en diciembre pasado – salieron de sus bancos y se acercaron al altar. Los diecisiete superan las condiciones requeridas por el derecho canónico: 21 años cumplidos, estar cursando tercer año de teología y haber hecho públicamente la profesión de fe.

Al H. Pedro le faltan ocho días para los 22 años y tres exámenes para completar el cuarto año de teología. En cuanto a la profesión de fe, la había pronunciado con total sinceridad el día anterior ante su P. Rector.

Y volvió gozoso, muy gozoso, a su querido juniorato de Albelda. Ya era Subdiácono, ya tenía el sacerdocio casi al alcance de la mano.

CAMINO DE ZARAGOZA

Los exámenes, que normalmente se tienen a finales de junio, se adelantaron para los jóvenes del último curso al 9 de mayo “por haber de salir a las Provincias”. Y siguen los preparativos y las despedida . Hay que esperar una carta del P. Provincial, con el nombre exacto del colegio al que hay que incorporarse. Llegó la carta. Y el 14 de mayo de 1935, muy de mañana, partía para Zaragoza el H. Pedro.

CAPÍTULO 7

DE OFICIO, COMODIN

Del Iregua al Ebro, de Albelda a Zaragoza. Hasta hace unas horas, H. Pedro. Desde ahora... ¡Bienvenido, P. Pedro, y que sea por muchos años!

LA ZARAGOZA QUE VIO EL P. PEDRO

El P. Pedro llegó a Zaragoza y entró en el colegio Escuelas Pías la tarde del 14 de mayo de 1935. Ya le tienen los ángeles tela cortada para que trabaje y se canse, para que sirva y se santifique.

Zaragoza tiene esa tarde 162.121 habitantes. Ni uno más ni uno menos. Así lo han dejado escrito Fermín Uriol y Tomás del Burgo, dos honestos funcionarios de la policía urbana, en su Guía Oficial de Zaragoza-1935. Y no todos han nacido aquí: apenas el cuarenta y nueve por ciento; los demás son gente venida del resto de Aragón y de las provincias vecinas. Eso sí, metidos en Zaragoza, todos amigos y hermanos para siempre. Alguna diferencia hay entre ricos y menos ricos. Los primeros hacen sus compras en la calle Alfonso y en la Avenida Independencia. Los otros en las calles populares del Casco Histórico y en el Coso, “auténtico salón ciudadano y lugar de reposo y paseo”.

Los autores de la Guía definen a Zaragoza como “ciudad provinciana con ínfulas progresistas”. Ya tiene aprobado su Plan general de ‘Ensanche,



Colegío Escuelas Pías de Zaragoza. En el Chafalán las dos ventanas centrales del piso primero iluminaban la escuela del P. Pedro. A la derecha la elegante fachada de la iglesia.

pero con algunas avenidas modernas y grandes espacios abiertos, sigue recogido el vecindario en el recinto de su plano clásico, distribuido en diez distritos municipales y cincuenta y seis barrios. Al norte, el Ebro, bandera y símbolo de todas las gracias ciudadanas. Más lejos, en la carretera de Huesca, la Academia General Militar...

Pero en estas fechas ya no roban el corazón de las mocitas que van al Pilar los cadetes y oficiales. Los políticos de turno, demócratas ellos, prefieren el buzo al uniforme. Y han cerrado la Academia...

Al sur, el majestuoso edificio de la Facultad de Medicina y Ciencias. Más al sur, fuera ya del perímetro habitado, la masa verde del Parque de Primo de Rivera con su Rincón de Goya en un extremo. Al este, la Avenida Sagasta, que va trepando entre llamativos edificios modernistas hasta el Parque Pignatelli, donde campea la estatua bronceínea de don Ramón, obra de Pinzano y Palao. Al oeste, rebasada la vieja muralla del Portillo, el histórico edificio de la Aljafería, hecho una lástima. Dicen nuestros guías que sus “aposentos están destinados para almacenes de armas militares, y en el resto del edificio está instalado el Regimiento de Infantería número 5”.

A Zaragoza le sobra agua: la del Ebro, la del Huerva, la del Canal. El Canal es un cinturón imperial que abraza blandamente la cintura de la ciudad. Al Huerva le han metido bajo tierra, para que no se desborde. El Ebro, crecido y fecundo, sigue a sus anchas repartiendo riqueza.

Le sobra agua a Zaragoza. Y aire fresco... Sopla el Moncayo trescientos días al año. Dieron en la diana el escritor romántico cuando llamó a Zaragoza “la novia del viento”, y el poeta del pueblo que comparó el clima de la ciudad con el corazón voluble de su amada.

Pero Zaragoza es una ciudad “progresista”, culta y religiosa. Y lleva sobre sus hombros, con sencilla elegancia, los títulos de Muy Leal, Muy Noble, Muy Heroica, Muy Benéfica e Inmortal. Tiene Universidad con cuatro Facultades. Tiene dos catedrales –la Seo y el Pilar–, y la parroquia de San Pablo–, que por su belleza artística llaman nuestros guías “la tercera catedral de Zaragoza”. Tiene dos Reales Academias, bibliotecas y museos, Capitanía militar, Ateneo y Casino, Audiencia, el Hospital de Gracia, Cajas de Ahorro y Bancos solventes, periódicos y revistas, Institutos y cole-

gios, un equipo de fútbol en primera división, diez líneas de tranvía, tres puentes sobre el Ebro... y la barca del Tío Toni, que pasa a los viajeros de orilla a orilla con suma destreza y por cinco céntimos.

EL PILAR Y LA JOTA

Tiene algo más Zaragoza, algo que ya quisieran para sí ciudades más campanudas de España y Europa. Zaragoza tiene la Virgen del Pilar y la jota.

Para entender la unión cordial entre la Virgen y el pueblo es necesario haber nacido en esta tierra o haberse identificado con ella.

Los foráneos la llaman “la Pilarica”; los zaragozanos “Nuestra Señora del Pilar”. Notad la diferencia de lejanía y cercanía, que va más allá de los matices semánticos. ·

El Pilar con su imagen pequeñita es historia, y sorprendente historia de heroísmo y cariño. Canta la copla:

*La historia de Zaragoza
tiene muy pocas palabras;
no hace falta mucha tinta:
Pilar, Caridad y Patria.*

La jota... Lo que vale una jota, lo aprendí una mañana de domingo, asomado al “Rompeolas” del paseo mayor de Jaca: abajo el Aragón rumoroso, sobre las aguas el puente gótico de San Miguel y haciéndome compañía don Tomás...

Andaba por Badajoz en julio del 36, me dice. Cuestión de negocios ¿sabe? De la noche a la mañana, sin comerlo ni beberlo, se nos echó la guerra encima. Y yo me dije: Tomás, vale más la vida que cien contratos. La salvé raspando, créame, y acabé en Lisboa. Pasé horas de angustia, solo, sin noticias de mi gente. Es difícil explicar el peso de aquella tortura lenta, entre rumores contradictorios. Hasta que el 25, fiesta de Santiago, oí casualmente una radio que traía noticias de España. Acabada la serie, brotó de la radio una jota... Fue un minuto de locura. En ese minuto vi, sin

verlos, a mi mujer, a mis hijos y a mi Virgen del Pilar... Y estaba llorando como un niño.

Dejemos las cosas ahí. Un hombre que llora, apretando en el recuerdo su hogar, su patria y su Virgen del Pilar... eso es la jota.

Se me olvidó decir que gobierna Zaragoza en 1935 el alcalde don Miguel López de Gera. Le asisten en el gobierno diez tenientes, dos síndicos y treinta y cinco regidores. Pero el que manda es él, don Miguel.

Y que dirige los destinos espirituales de la ciudad y de la diócesis, desde el 18 de diciembre de 1924, el arzobispo don Rigoberto Doménech y Valls, traído desde Mallorca como sucesor del cardenal Juan Soldevilla, asesinado por un anarquista en las calles de Zaragoza el 4 de junio de 1923.

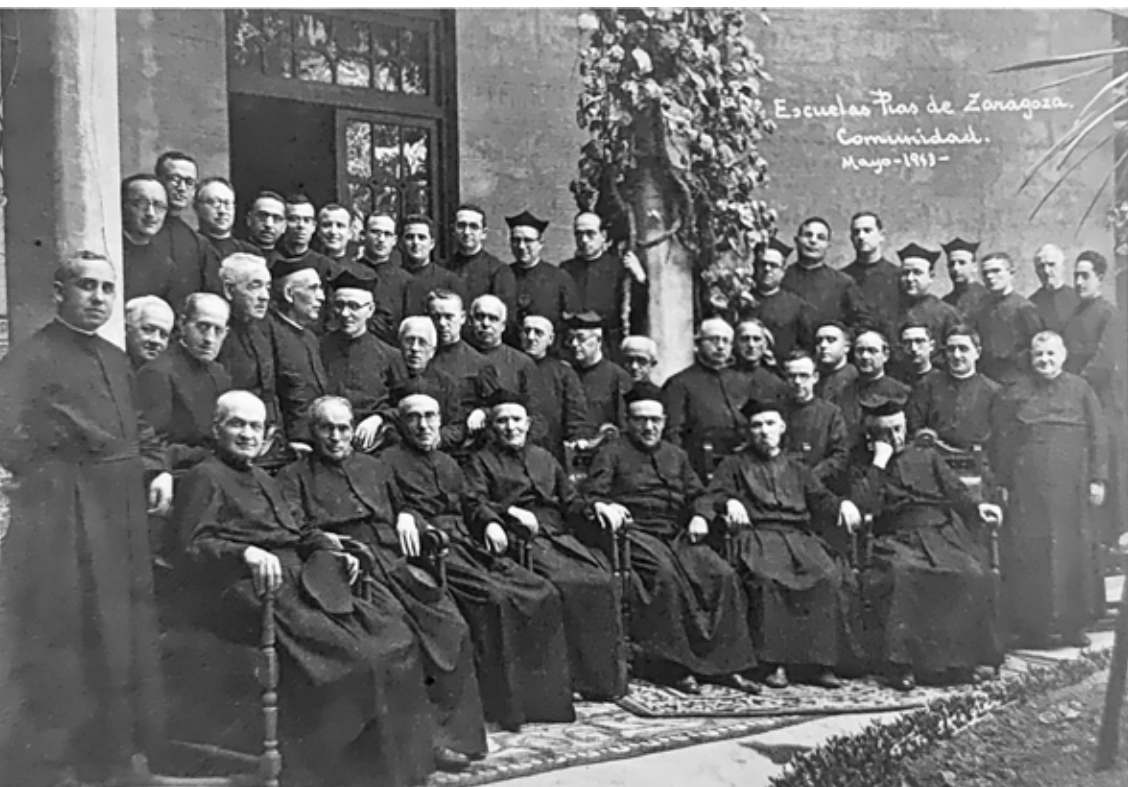
El alcalde tiene contados los meses de su gobierno. El señor arzobispo se dormirá bajo el manto de la Virgen del Pilar en 1955.

EL COLEGIO ESCUELAS PÍAS

Vamos a detenernos un momento contemplándolo. Porque en él entra el P. Pedro esa tarde del 14 de mayo, en él va a trabajar durante algo más de cuarenta y ocho años, y aquí descansa su cuerpo después de la muerte.

El Colegio Escuelas Pías es toda una institución en Zaragoza. Los dos primeros escolapios, P. Rafael Fraguas y H. Domingo Lora, llegaron a la ciudad del Ebro en 1731. Pronto les siguieron otros. El arzobispo don Tomás Crespo de Agüero quedó impresionado por sus métodos catequísticos y su entrega desinteresada a los niños. Consecuencia: les construye y regala colegio e iglesia, entre las calles Cedacería y Castellana, cerca del mercado. Hasta hace unos años la calle Cedacería se llamó Escuelas Pías. La calle Castellana también cambió de nombre y sigue dedicada al escolapio P. Basilio Boggiero, maestro de Palafox y mártir de los Sitios.

La iglesia sigue con las mismas medidas, pero el colegio ha ido creciendo y ensanchándose, hasta redondear toda la manzana. Al colegio le embelleció y dio su estructura moderna, con una espléndida fachada estilo



Mayo de 1943, su comunidad. Cuarenta y seis, y no están todos. El sí, joven y feliz, en la segunda fila. En la tercera, primero por la derecha, el H. Simón.

renacentista aragonés, el P. Patricio Mozota, y ha sido declarado, con su iglesia dentro, “monumento histórico artístico de carácter nacional el 29 de enero de 1978. Firman el real decreto el ministro de cultura Pío Cabanillas y su majestad el rey Juan Carlos.

Hay que añadir que el colegio quedó enclavado en el barrio de San Pablo, de casas apretadas y calles estrechas, muy poblado de gente laboriosa, en su mayor parte labradores y empleados de comercio. Un barrio popular, acorde con el estilo escolapio. Hoy soporta una crisis galopante de abandono urbanístico y despoblación creciente. Para consolarnos, decimos con cierto eufemismo que es la parte noble del casco histórico de la ciudad.

En el barrio destacan dos edificios modélicos, en permanente servicio: en el centro, la iglesia parroquial de San Pablo –la “tercera catedral de Zaragoza”– y en el extremo sur, el colegio escolapio –“monumento nacional”–, abierto al avance urbanístico y progresista de la ciudad desde que abrieron a dos de sus costados la amplia calle del Conde de Aranda y la Avenida César Augusto, que se tragó de un golpe las calles gemelas y bulliciosas de Cerdán y Escuelas Pías. Por la calle Conde de Aranda circulaba en 1935 una línea de tranvía, la llamada “Disco número 3 –Delicias”. Tenía el siguiente recorrido: Plaza de la Constitución, Coso, Conde de Aranda, Plaza y Puerta del Portillo, Avenida de Madrid hasta el número 169 y viceversa. No era caro el billete. El importe total del recorrido, 15 céntimos.

Cayó en martes aquel 14 de mayo. El colegio marcha como un reloj. El registro de alumnos sobrepasa los 1.700, divididos en cuatro grandes secciones: internos, mediopensionistas, vigilados y externos o gratuitos. Los internos, que en años anteriores ascendían a 218, han aumentado en este curso. Dice el cronista que “fue necesario un nuevo dormitorio de 23 camas”.

Y para tal ejército de muchachos, un cuadro proporcionado de religiosos: 40 sacerdotes y 14 Hermanos Operarios.

Presiden el P. Provincial, Félix León, el Rector Santos Pastor y el Vicerrector Pedro Capalvo. Tres hombres inteligentes, tres caras nuevas para el P. Pedro.

Pero se alegró al ver a sus antiguos PP. Provinciales, Agustín Narro y Patricio Mozota, al P. Juan Bautista Rivillo, que le preparó en Tolosa para su primera comunión, al P. Liborio Portolés, profesor suyo en Iache, famoso ya como poeta, dramaturgo y predicador, al P. Agustín Turiel, igualmente profesor en Iache y que anda estos meses aprobando exámenes de Licenciatura en la facultad de ciencias exactas de Zaragoza, y a los HH. Rogelio Chamorro, que conoció en Albelda, y Pedro Arizala, que sigue tan trabajador y acogedor en la Torre de Cascajo como aquel lejano día de febrero cuando le subió en su tartana desde la estación del tren a la Torre de Cascajo.

AQUEL 14 DE MAYO...

Entra uno en el colegio y te impresiona este severo patio del siglo XVIII y la historia gloriosa que te van contando. He leído la larga lista de sus exalumnos y aumenta el asombro: escritores, catedráticos, magistrados, pintores, historiadores, botánicos, sacerdotes y religiosos, fundadores y directores de periódicos, médicos, músicos, diplomáticos, arabistas, obispos, un arzobispo de Manila, un cardenal de la Santa Iglesia, tres ministros del Reino, ocho rectores de Universidad, veinte hijos de familias nobles, veintinueve alcaldes de Zaragoza, veintiséis generales del ejército, un puñado de Héroes de los Sitios, los tres hermanos Palafox, los otros tres hermanos Bayeu, Francisco de Goya... y un caudaloso río de ciudadanos honrados.

Y paso a otra lista, no menos ilustre, de sus mejores profesores: humanistas, calígrafos, matemáticos, poetas...Agustín Paúl, Pedro Celma, José Ezpeleta, Pío Cañizar, Cayetano Ramo, Basilio Boggiero, Gabriel Hernández, Joaquín Traggia, Joaquín Ibáñez, Camilo Foncillas, José Balaguer, Manuel Hernández, Blas Aínsa, Antonio Ridruejo, Patricio Mozota, Félix León, Federico Iñeva, Máximo Salvatierra, Valentín Aísa...

Aquel 14 de mayo...

Y el P. Pedro ni se imagina siquiera que los niños de su escuela y él mismo figurarán un día en la doble lista de exalumnos y profesores ilustres.

Sí, Padre

¿Y qué se hace un escolapio, con 22 años cumplidos, ordenado de subdiácono, cargado de ilusiones, cuando llega a un colegio y ve que el cuadro de profesores está al completo y se acercan los exámenes y el fin de curso? Pues muy sencillo: se pone en manos de su P. Rector y acepta el dorado oficio de comodín. Trabajo no faltará. No le faltó al P. Pedro.

El P. Santos Pastor, Rector del Colegio, tiene luces y carisma de mando.

– A ver, P. Pedro, ayude esta semana en su clase al H. Víctor

– Sí, Padre

– P. Pedro, lleve por la tarde la fila del Portillo

– Sí, Padre

– Acérquese por la mañana a la sacristía, tras la oración, y eche una mano al P. Claudia

– Sí, Padre

– Desde mañana irá Usted a la escuela de Las Delicias

– Sí, Padre

El P. Pedro responde con sencillez. En sus labios y en sus ojos ha descubierto el P. Re tor una sonrisa limpia y sincera. Tan limpia, tan sincera, que le convence y cautiva.

El P. Santos sabe mandar, ya se ve. Y el P. Pedro, con su pronta obediencia y su limpia sonrisa, le está resultando al P. Rector un comodín de lujo

LA ESCUELA DE LAS DELICIAS

Las Delicias es un barrio del ensanche, extenso, abierto por sus cuatro costados, marginado de la ciudad por el tajo sangrante del ferrocarril y la estación provinciana del Santo Sepulcro. El cordón umbilical que une a sus habitantes, obreros en su mayor parte, con el comercio, la burocracia

y el Pilar, es un tranvía cansino, que hace sus viajes con total regularidad democrática.

En Las Delicias –así bautizaron al barrio para que algún día las gozasen sus vecinos–, las estructuras e infraestructuras necesarias llegan cuando alcanzan los presupuestos, o cuando la generosidad privada echa una mano.

El 8 de mayo de 1927 habían inaugurado las Escolapias las “Escuelas Pías de Santa Engracia”. Cuatro aulas gratuitas de primera enseñanza, con su capilla para rezar y su patiezuelo para el recreo y los juegos de sus 200 alumnas. Bendijo la capilla el P. Patricio Mozota y durante la misa se sentaron en los primeros bancos el alcalde Miguel Allué Salvador, el presidente de la Diputación Antonio Lasierra y los esposos Celestino Valero y Satoria Chóliz. Las autoridades, para dar categoría a la iniciativa escolapia. Los esposos, porque la fundación era suya, levantada en memoria de su hija Engracia, quien momentos antes de morir habló con sus padres de una escuela para las niñas del barrio... Pues ya está en marcha, honrada en su título con el nombre mismo de la muchacha. En este año 1935 dirige escuelas y comunidad la M. Pilar Clavería.

Un año atrás, agosto de 1934, la Curia diocesana se ha metido en la aventura de construir en la calle Unceta el complejo parroquial de San Valero: templo, dependencias, y hasta un amplio local para una posible escuela de niños. En este local puso sus ojos la “Agrupación Femenina Aragonesa”, que dirige doña Natividad Salas, esposa del gobernador militar. Visitó la señora al P. Félix León y le convenció. El 25 de septiembre firmó el P. Provincial con el arzobispo don Rigoberto Doménech un contrato de trabajo y aceptó abrir la escuela de Las Delicias. Ante la ley figura como director el P. Joaquín Perdices, y como maestro ante alumnos y familias el P. Francisco Encuentra, recién llegado de Tamarite. Sin pérdida de tiempo, y apenas pasadas las fiestas del Pilar, quedó abierta la escuela el 19 de octubre. Esta vez la bendición correspondió al señor arzobispo, acompañado del P. Provincial, del P. Santos Pastor, del canónigo y diputado Santiago Guallar y de un grupo representativo de señoras de la “Agrupación”.

No le faltaron niños a la escuela: 20 la primera semana, 50 en Navidades, 80 para la Pascua... desde los 6 a los 16 años. Una escuela unitaria en toda

regla, que se mantiene en pie con las 300 pesetas mensuales que aportan las “señoras fundadoras”. Ante la ley apa rece como sucursal del colegio Escuelas Pías. Los alumnos estudian y aprenden en el local parroquial, suficientemente amueblado. Los domingos y festivos asisten a misa en la capilla de las Escolapias. Para la confesión mensual se desplazan a la iglesia del Colegio Escuelas Pías. Debo añadir que el maestro es, a la vez, capellán de la comunidad de las Madres escolapias de Santa Engracia.

Trabajo de titanes: escuela mañana y tarde, capellanía los domingos y festivos, la confesión y comunión mensuales, las familias, cuatro viajes diarios desde el colegio y hasta el colegio... Bendito el que inventó el tranvía. Y aquellos muchachos... No hagáis comparacion con el Tras-tévere romano de 1597, cuando estrenó su magisterio José de Calasanz, porque quedaría fatal en la comparación este barrio zaragozano con todas sus delicias.

Es el primer curso, el curso rompedor, el más difícil. Ni con parches esporádicos puede resistir más el cuerpo del P. Encuentra. Necesita, y pronto, un ayudante fijo.

– P. Pedro, desde mañana irá usted a la escuela de Las Delicias.

– Sí, Padre

Y desde aquella mañana del martes 21 de mayo dos escolapios montaron en el tranvía –Disco número 3– camino de Las Delicias.

El P. Francisco Encuentra se conoce el recorrido. Es hombre alto, seco, de recio carácter y pocas palabras. Tiene 30 años y ha pasado por los colegios de Jaca y Tamarite. No aguantará mucho en Zaragoza. Cuando termine el curso le van a trasladar a Logroño... A su lado el P. Pedro, pequeño, humilde y sonriente, encantado de trabajar con los pobres, dispuesto a obedecer y aprender. No le faltarán ni clima ni libro durante unos meses en la escuela nueva de Las Delicias, junto al P. Francisco Encuentra.

Y tampoco fueron escasos los resultados. Hablan las crónicas de un final de curso redondo. En los exámenes públicos se lucieron los chicos. Y brillaron especialmente en el examen de catecismo, “que asombró al director de la catequesis diocesana don Práxedes Alonso”. Los aplausos

fueron para los alumnos, tan atentos, tan aplicados... La mejor parte del mérito le corresponde al P. Francisco Encuentra. Y una partecita también al P. Pedro, compañero de fatigas, encargado en la escuela de los más pequeños.

EN LA PRIMERA DE VIGILADOS

Aunque el clima de España se va enrareciendo, aquel verano del 35 acabó tranquilo. Pasaron los ejercicios espirituales comunitarios, pasó la fiesta de San José de Calasanz, que se vio solemnizada con la presidencia del señor arzobispo en la Reserva de la tarde...

Las vacaciones no pasaron, porque ni se las dejaron empezar. El P. Pedro es el último de la comunidad, un simple subdiácono. Y en aquellos tiempos había que ser cura, cura de verdad, con misa en el altar y coronilla en la cabeza, para que te permitieran salir del colegio, marchar unos días a tu casa y darles un abrazo a tus padres.

Así que el P. Pedro esperaba impaciente que acabase agosto y llegase septiembre. Porque entre los últimos días de agosto y los primeros de septiembre, los superiores tienen costumbre de ajustar los cuadros de personal en comunidades y colegios. En él ni se fijaron. O se fijaron para dejarle quieto.

En su colegio sí hubo cambios, unos que salieron y otros que vinieron. Y en las Delicias también: al P. Encuentra le mandan a Logroño y traen de Sos, para substituirle, al P. Marcelino Jimeno, sacerdote joven, esbelto, cargado de ilusiones apostólicas, bueno como un pan. Cambio acertado, que va a durar hasta que al P. Jimeno le nombren capellán del Regimiento Gerona, número 18, y se vaya con sus soldados a Teruel por agosto de 1936. Dos años después, 26 de abril del 38, en Hospitalet del Infante, cercano a Tarragona, le van a poner los ángeles entre las manos la palma del martirio...

En el colegio se abre la escuela preparatoria de ingreso, a cargo del P. Pedro Llevot, y espera solución la clase primera de vigilados. Se trata de la escuela básica, la de párvulos, la que alimenta a las demás escuelas. Gozaba de categoría desde los años del Hermano Francisco Javier Ta-

piz, que supo llevarla “con mucho tiento”. Pero el H. Javier era navarro, de Miranda de Arga, le tiraba su tierra y se fue a la nueva Provincia de Vasconia. Le substituyó “de momento” otro Hermano, el joven riojano Vicente Sáez. De momento, “hasta que se presentó el titulado P. Pedro, que tomó posesión de la clase con mi ayuda de entrenamiento y funcionó solo con su saber y entender... En lo sucesivo reafirmó el pulso con perseverancia y nos agradó su obrar”.

Al P. Santiago López le debemos el testimonio, doblemente valioso, porque lo da un testigo de vista y porque quien lo da es excelente maestro y óptimo religioso.

Así entró en la escuela de párvulos el P. Pedro. Aquí seguirá toda su vida, “ganándose la estima de los niños y papás, y ese predicamento ha ido in crescendo hasta su muerte”. Palabras también del P. Santiago. De esa estima y predicamento se hablará a su tiempo. Abramos ahora su primer cuaderno. Lleva este título: Escuelas Pías. ALUMNOS. 1º de septiembre 1535. P. Pedro Díez.

Este cuaderno es, a la vez, documento y reliquia. En él irá escribiendo el maestro, curso por curso, con limpia letra y orden alfabético, los apellidos y nombres de todos sus alumnos. Empieza así en su primera página: Escuelas Pías Zaragoza – Curso 1335 – 1536. Y sigue la lista: Alegre Samuel, Aperte Alejandro, Villanueva Antonio ·Villanueva Raimundo. El mismo maestro nos da el resumen: Escuela Primera vigilados, 51 niños.– 15.6.36.–Año=Iº. El cuaderno abarca los cursos sucesivos y sin interrupción 1935–1952. El 20 de Junio que 1952 habían asistido a la escuela del P. Pedro 2.205 alumnos. Lo escribe él mismo y añade que es su curso 17 de enseñanza.

Hay un segundo cuaderno. Ya nos detendremos en él más adelante. Ahora un detalle más. ¿Qué edad tienen estos niños? A partir de 1939, el P. Pedro se encarga de añadir un número al apellido y nombre del alumno. Y así sabemos que la mayoría de ellos han cumplido cinco o seis años. Los hay también de cuatro. Y algunos de siete. Como excepción se descubren chavales de ocho o nueve. Estas excepciones tienen su explicación: familias, que por razones prácticas querían que sus hijos empezasen por la escuela del P. Pedro, y niños, que sencillamente “querían ir con el P. Pedro”.

Ya está él en su mundo. Y camina gozoso por los caminos rectos de la pedagogía calasancia.

El santo de Peralta dejó escrito:

– Si desde la infancia el niño es imbuido diligentemente en la Piedad y en las Letras, ha de preverse con fundamento, un feliz transcurso de toda su vida.

El fin, la felicidad del hombre. Los medios, piedad y letras. A esto lo llaman ahora educación integral. Ni Calasanz, ni el P. Pedro conocían el término. Poco importa, aun suponiendo que el término sea científicamente correcto. Importa el hombre. Importa el amor al hombre en la persona del niño. Importa aplicar el método eficaz y adecuado. Importa, sobre todo lo demás, dar la vida por estos niños, para que se hagan hombres...

Tampoco conocía el P. Pedro al sabio maestro oriental KuantSen, pero como si se supiese de memoria sus lecciones. Dejad que transcriba una de ellas. Dice así el viejo y sabio maestro:

Si tus planes son para un año, siembra trigo. Si son para diez años, planta un árbol. Si son para cien años, instruye al pueblo. Sembrando trigo, cosecharás una vez; plantando un árbol cosecharás diez veces; instruyendo al pueblo, cosecharás cien veces.

Para el P. Pedro, como siglos antes para Calasanz, la redención del pueblo y la reforma de la sociedad comienzan por la instrucción de los niños “desde sus más tiernos años”.

Escuelas
Pías

Alumnos

1.º de septiembre 1935



P. Pedro Diez

Portada del primer cuaderno, donde el P. Pedro va escribiendo las listas de sus alumnos.

CAPÍTULO 8

AL SERVICIO DE DIOS Y DE LA PATRIA

Sobre este texto, y algún otro igualmente esencial, volveremos más adelante. Dejemos ahora al P. Pedro sembrar semillas de futuros y prepararse para los grandes misterios.

DIÁCONO COMO SAN LORENZO

Ha pasado un mes. En octubre, témporas. Las definió en correcto latín San Isidoro: “Tempora anni quatuor sunt, ver, aestas, autumnus, hyems...” A San Calixto, esclavo, director de banca, diácono y sucesor de Pedro en el gobierno de la Iglesia durante cinco años, le debemos la organización de la catacumba que lleva su nombre en la Vía Appia. Y también la institución del ayuno de las témporas cada tres meses: Cuaresma en primavera, Trinidad en verano, la Cruz en otoño, Santa Lucía en invierno. El ayuno se hace para reconocer en cuatro tiempos los frutos y beneficios de la tierra que nos manda el Señor y para que los señores obispos confieran órdenes sagradas a sus ministros. Así era entonces.

La doctrina del Concilio Vaticano II ha simplificado la tradición penitencial y las normas litúrgicas correspondientes.

El señor arzobispo de Zaragoza, don Rigoberto Doménech tiene sobre la mesa de su despacho, a finales de septiembre, una larga lista de dimiso-

rias, firmadas en su seminario y en las curias provinciales de las congregaciones religiosas de su diócesis. La que lleva en el pliego el escudo de las Escuelas Pías dice: “Para ordenarse de Diáconos a los Clérigos Mariano Gaona, Pedro Díez y Benito Otazu; de Exorcista y Acólito al Clérigo Antonio Ortiz, y de Tonsura, Ostiario y Lector para los Clérigos Martín Aínsa y Germán Gutiérrez”. Seis jóvenes escolapios en total.

A los diáconos les tocó el turno la mañana del martes 1 de octubre. En la capilla de palacio, han respondido afirmativamente a las preguntas que les hace el señor arzobispo: que sí, que quieren consagrarse al servicio de la Iglesia y de los pobres, que están dispuestos a desempeñar con humildad su ministerio en bien del pueblo cristiano, a vivir el misterio de la fe y a proclamar esta fe según el Evangelio, que prometen rezar diariamente el Breviario, que desean imitar en su vida el ejemplo de Cristo, cuyo Cuerpo y Sangre van a servir con sus manos, que proclaman obediencia sincera a sus superiores...

Tumbados sobre el suelo, han participado en el canto lento de las letanías de los santos. Finalizadas, se ponen de pie, un sacerdote coloca a cada uno la estola cruzada y otro sacerdote les viste la dalmática. Mientras, entona el coro el salmo 83, que recoge en sus versículos el deseo esperanzado del peregrino, camino del templo de Jerusalén: “¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor... Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre. Dichosos los que encuentran en ti su fuerza al preparar su peregrinación... ¡Señor, dichoso el hombre que confía en ti!”

El P. Pedro se acerca al arzobispo, se arrodilla. siente cómo le impone las manos sobre la cabeza, cómo le entrega el libro de los Evangelios y cómo le ordena con voz convencida y robusta: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero. Convierte en fe viva lo que lees, enséñalo, y cumple lo que enseñas”.

El rito concluye, antes de iniciar la eucaristía, con el don de la paz:

La paz sea contigo

Y con tu espíritu

Y el señor arzobispo, don Rigoberto Dornénech, depositó un beso ritual en la mejilla del P. Pedro.

La estola para servir, la dalmática como dignidad, la Palabra para evangelizar, y el beso en la mejilla...

Uno mira, y en la persona revestida del P. Pedro le parece descubrir otra figura, la del diácono. San Lorenzo, eternizada en las logias vaticanas por el pincel de Fray Angélico.

LOS CLARINES DEL MIEDO

El P. Pedro escribió en su cuaderno que el curso escolar terminó el 15 de junio.

En el rostro del P. Provincial podía leer reflejos de una velada preocupación. Y no era para menos. Sonaban ya estridentes los clarines del miedo. El colegio de Molina había tenido que cerrar sus puertas en junio de 1935. Más claro, y sin eufemismos, los escolapios habían sido expulsados de Melina por un Ayuntamiento políticamente esquinado, tras sesenta y ocho años de trabajo fecundo, de servicio generoso al pueblo y a la juventud... El 14 de marzo de 1936 las turbas invadieron el colegio de Logroño, quemando y destruyendo cuanto encontraban a mano. El secretario del colegio de Zaragoza, P. Claudia Goñi, dejó constancia en su libro oficial de la triste noticia y de la reacción generosa de la comunidad de Zaragoza: "...fue asaltado bárbaramente nuestro hermoso colegio de Logroño. Providencialmente se salvó el edificio e Iglesia, pero se quemaron varios altares de la Iglesia, se redujeron a cenizas los sagrados ornamentos y se destruyó la mayor parte del mobiliario de las escuelas, dormitorios, etc. A propuesta de nuestro P. Rector, se acordó por aclamación hacer un donativo de 5.000 pesetas al colegio de Logroño"... Por las mismas fechas, se acercó a Tamarite el inspector de escuelas señor Bellotas y cerró las puertas del colegio de Tamarite. Pasó a Peralta, y aunque no cerró de momento, dejó su amenaza como despedida.

¿Y aquí, en Zaragoza? La muerte de un religioso de la comunidad entristeció el alma del P. Pedro. El 39 de mayo un cáncer de estómago segó la vida del P. Daniel Benito. Escribe el secretario que "poseía en alto grado

las virtudes que caracterizan al verdadero Escolapio, distinguiéndose sobre todo por su laboriosidad incansable y la afabilidad de su carácter, que le granjearon el cariño de sus discípulos”. Y añade que cuando el P. Daniel salió de Tolosa, en junio de 1933, sus alumnos le llenaron de regalos y al enterarse de su muerte, “una multitud de exdiscípulos vinieron desde Tolosa, Madrid y otros puntos a rendir el último tributo al venerado Profesor, acompañándole hasta el cementerio”. El P. Pedro entre ellos, recordando y agradeciendo los gratos días, ya lejanos, vividos junto al P. Daniel en el colegio de Tolosa.

El curso ha terminado. Brillantes los exámenes que sufren los alumnos en el colegio, en los Institutos Goya y Servet y en la Escuela de Colegio. Contentos los profesores, más contentos sus 1.733 discípulos, que salen de vacaciones. Pero el cronista del colegio, P. Juan José Nadal, asegura que “la despedida de las familias fue triste, preguntándose todos qué será del curso siguiente”.

Porque todos sabían que la CNT tenía base muy sólida en Aragón. Y esta CNT aragonesa era “violenta, áspera, casi heroica”, asegura José María Castro Calvo en su libro *Mi gente y mi tiempo*. Puesta en acción, añade, “salía por los fueros de la verdad, casi como si se tratase de un movimiento evangélico”. El movimiento cenetista echó hondas raíces, en Zaragoza, hasta poder ser llamada, no sin razón, “perla del anawuismo”: más de 35.000 afiliados en 1917. Y aragoneses eran Ascaso y Durruti.

En casa se siguió viviendo con puntualidad la vida regular. El cronista comenta dolorido el asesinato el 13 de julio de José Calvo Sotelo, el “hombre que era una esperanza para la patria”. Resume después los despachos de prensa sobre incendios de iglesias, atropellos y expulsión de párrocos, robos, confiscaciones, derribos de cruces, muertos, heridos, atracos, asaltos e invasión de fincas, incautaciones, huelgas generales y parciales, explosión de bombas...

La República fue pasando de la mente de los profesores a las lenguas de los políticos, “rabiosamente anticlericales” en frase de Sánchez Albornoz, y de estas lenguas a las manos crispadas de las masas. Así se llegó al triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936, favorecido en parte por la desunión y el egoísmo de los parlamentarios de derechas. Cinco meses más tarde España estaba partida en dos.

GUERRA CIVIL ENTRE HERMANOS

El alzamiento del ejército en la península sacudió a Zaragoza el 18 de julio. Fracasa la huelga general, proclamada por UGT y CNT, al declarar el estado de guerra el general Miguel Cabanellas, jefe de la V. Región Militar. Zaragoza se convierte pronto en un firme valuarte de la España nacional. “Tenía que actuar, escribe el historiador Carlos Seco, corno rompeolas de las posibles ofensivas emprendidas desde Cataluña y Levante y apoyar militarmente el plan de ataque sobre Madrid. Se explica la dureza de la represión organizada en esta zona vital, que hasta el momento había sido un verdadero feudo de la Federación Anarquista Ibérica (F. A. I.)”.

Y siguió una reacción entusiasta, que describe así José María Castro Calvo: “Zaragoza ardía de entusiasmo patriótico. Las vidas se ofrecían voluntariamente, corno si nada valieran... Todo entusiasmo, todo fe, seguridad en la victoria...”

Se formaron desde los primeros días secciones de Acción Ciudadana, dirigidas por el “heroico coronel Barba”. Y añade nuestro cronista que una de estas secciones se aposentó en la portería, sala de visitas y salón de actos del colegio. Aquí comían y cenaban. Al principio 12, después 40, y cuando llegaron los 1.600 requetés navarros el 24 de julio, más de 80. Eso durante el día, Por la noche “dormían unos 20”. Y el 26 de julio... una oración por el general Sanjurjo, confirmada la noticia de su muerte. El cronista no se olvida de recordar que “fue mediopensionista de este colegio en los años 1879–80”.

El colegio y su torre de Cascajo siguieron aportando su ayuda. Los aviones republicanos hicieron guiños a Zaragoza varias veces. La madrugada del 3 de agosto especialmente. Tres bombas cayeron en la basílica del Pilar. El hecho fue juzgado sacrílego y milagroso a un tiempo. Llegaron las reacciones en cadena: oración, Rosarios de la Aurora desde el Noviciado de Santa Ana, actos de desagravio, visitas, peregrinaciones locales, provinciales, nacionales. Y, a la vez, medidas de orden táctico: “Han establecido en un campo de nuestra torre una batería antiaérea. Los jefes y los soldados –unos 40– viven en la Casa”.

Por las mismas fechas proyectan los nuevos regidores municipales la plaza de las catedrales, uniendo en una las de la Seo y el Pilar. Para lograrlo, proyectos y propaganda. Uno de estos actos propagandísticos – planos y discursos técnicos– “fue en nuestro salón de actos, adornado por el Ayuntamiento”.

La guerra exige sacrificios. Y se decretó el plato único: “Aquí nos tocan unas 300 pesetas mensuales”. La guerra se gana también en la retaguardia, con imágenes y pequeños aportes pecuniarios: “Contribuyó el colegio a la compra de insignias y sellos del Pilar y aviación y en las tarjetas al General Franco, unas 2.000 pesetas”

El mes de septiembre se estrenó en la ciudad con un ayuno y un triduo de penitencia .ante el Cristo de la Seo. Y en el colegio con el comienzo de curso:

“Dio comienzo el 1º de septiembre para los alumnos de primera enseñanza con abundantes muchachos externos y vigilados...”.

El espacio era amplio, pero allí no cabía un alma más. ¿Mística del momento? Sí, y el prestigio y los métodos del maestrillo, crecidos en un año.

Siguen su ritmo académico las escuelas y su ritmo de muerte la guerra fratricida. Los niños aprenden a amar a España, pero el mapa de España se va poblando de cruces.

Trazó una odiosa mano, España mía, ancha lira, hacia el mar, entre dos mares–, zonas de guerra, crestas militares, en llano, loma, alcor y serranía.

Así vio la contiendas Antonio Machado. Pero hizo más, don Antonio, la odiosa mano.

Hasta el 18 de julio habían sido asesinados 17 sacerdotes y religiosos. En los últimos quince días de julio las víctimas sacrificadas fueron 851, nada menos que 95 el día de Santiago. En agosto recibieron la palma del martirio 2.077, entre ellos diez obispos. Dos sema.11:as después de comenzar el curso ya estaban plantadas 3.400 cruces martiriales... ¿Para qué seguir?

MÁRTIRES ESCOLAPIOS

Pero hay que seguir, porque 30 de esas cruces llevan escritos nombres de escolapios aragoneses.

Dejemos que hable el secretario del colegio de Zaragoza. Escribe con letra preciosa, como si quisiera rendir con ese detalle un postrer homenaje a sus hermanos: “Luto en nuestra Provincia de Aragón: Víctimas de las hordas marxistas entregaron su alma a Dios, como verdaderos mártires de la Religión y de la Patria, vilmente asesinados, los Padres y Hermanos de las Comunidades de Barbastro, Alcañiz, Peralta de la Sal y Tamarite... La Escuela Pía llora la pérdida de tan beneméritos Hijos suyos, al mismo tiempo que pide al Todopoderoso una bendición especialísima para esta heredad suya y le suplica que, como en los primeros siglos del Cristianismo, la sangre de nuestros Mártires sea semilla de nuevos, numerosos y escogidos operarios, que vengan a trabajar con entusiasmo en la viña de nuestra Congregación”.

Llegarán años después esos operarios jóvenes. Pero ahora hay que llorar sobre los cuerpos mutilados de los Padres y Hermanos “vilmente asesinados” en Alcañiz, Barbastro, Peralta y Tamarite.

Sobran motivos para preguntarse con Blas de Otero:

Pregunto, me pregunto: ¿qué es España?

¿Una noche emergiendo entre la sangre?

El P. Pedro reza. Reza por todos, pero muy especialmente por sus más entrañables hermanos. Han ido llegando, como en un rosario de misterios dolorosos, las noticias descarnadas. Ni fechas, ni circunstancias especiales se conocen. Pero han fusilado al P. Faustino Oteiza, al P. Manuel Segura, al H. Florentín Felipe, que honraban con sus virtudes la casa de Peralta, al P. Julián Pascual, y a los Clérigos Antonio Ortiz y Eustaquio Aguilaniedo, toda una esperanza los tres en sus colegios de Tamarite y Logroño...

El P. Manuel fue su maestro en el postulante de Cascajo, hombre sereno, inteligente, piadoso, que supo suplir con infinito cariño al padre y a la madre ausentes.

El P. Faustino fue su maestro de novicios en Peralta, le contagió el amor a la escuela, le abrió por las mejores páginas las Constituciones de Calasanz, le enseñó con su callado testimonio diario el verdadero seguimiento de Cristo: un santo, un santo, lo decía la gente y era verdad.

El H. Florentín era mayor, muy mayor, alto, muy alto, humilde, servicial, siempre con el rosario entre los dedos.

El P. Julián, solo un curso anterior al suyo, nacido en las Palmas de Gran Canaria y alumno del colegio de Zaragoza, seleccionado para peregrinar a Roma cuando la canonización de San Pompilio, recién ordenado sacerdote, excelente músico, enamorado de la Virgen.

Y los Clérigos Antonio y Eustaquio, compañeros y amigos en Peralta, en Irache, en Albelda: burgalés de Bañuelos de Bureba Antonio, humilde, sincero y alegre; aragonés de Azanuy Eustaquio, de fuerte contextura física, de brillante talento, intrépido ante el peligro, generoso siempre...

Hay que rezar por ellos. El día que celebre su primera misa, irá repitiendo sus nombres, despacio, muy despacio, en el momento de difuntos. Aunque la fe le dice que no están muertos y que desde el cielo bendicen su magisterio escolapio y a los 113 parvulitos de su escuela.

MINISTRO DE LOS MISTERIOS DE CRISTO

Esto de la misa era verdad, pero antes tenían que hacerle sacerdote. Témporas de primavera. El señor obispo de Jaca don Juan Villar Sanz A quien gustoso a la petición que le llega de Zaragoza. Es buena persona este obispo, pequeño de estatura, integrista en ideas, pero amigo de hacer favores, y más si se los piden los escolapios. Y el P. Provincial firmó el 10 de abril de 1937 las necesarias dimisorias “para ordenarse al P. Pedro Díez de Sacerdote y a los Clérigos Martín Aínsa y Antonio Paniego de Subdiáconos”. El 17 por la noche descansaron los tres en el colegio de Jaca. Y el 18, bien temprano, acompañados por el clérigo Benito Pérez,

subían las escaleras del palacio episcopal y se arrodillaban ante el altar de su oratorio. Era lunes.

Don Juan Villar luce sus mejores galas episcopales. Y va preguntando al P. Pedro si está dispuesto a desempeñar el ministerio sacerdotal como buen colaborador del obispo y dejándose guiar por el Espíritu Santo, si celebrará los misterios de Cristo según la tradición de la Iglesia, si expondrá la fe y el Evangelio a los fieles con dedicación y sabiduría, si quiere unirse plenamente con Cristo Sacerdote y consagrarse con él para la salvación de los hombres, si promete obediencia y respeto a su obispo y a sus superiores. Y el P. Pedro, sin dudarlo y con voz firme, dijo cuatro veces que sí. Le vistieron la estola y la casulla, sintió el roce de la imposición de manos sobre su cabeza y la caricia del santo crisma en las palmas de las manos, le entregaron una patena con pan y un cáliz con vino... Rezaron las letanías, cantaron el *Ven Creator Spiritus*. El obispo se acercó y le besó en la mejilla:

–La paz contigo

–Y con tu espíritu

Arrimado a don Juan Villar, siguió los ritos de la misa, pronuncia emocionado las palabras misteriosas sobre el pan y el vino. Eleva en alto la Hostia santa y el Cáliz de bendición. Comulga el cuerpo y la sangre, que él mismo había consagrado.

Ya ha superado el última escalón, ya es sacerdote para Dios y los hombres hasta el final de los siglos.

Al colegio de Jaca le habían dotado de un refugio subterráneo, construido “conforme a la dirección técnica de ingenieros militares, resultando una estancia... amplia y resistente, con cabida para más de mil personas”. Así lo asegura el cronista y en ese

momento Rector del colegio, P. Francisco Balaguer. Y es que sobre el cielo de Jaca sobrevuelan también los aviones traidores y a intervalos se sienten los disparos de los cañones acostados en el frente de Sabiñánigo. Le preguntaron al P. Pedro si había sentido miedo. Y esta fue su respuesta:

¿Miedo? Cristo significaba para mí tanto en aquellos momentos, que poder consagrar su cuerpo e impartir su perdón eran ya el todo de mi vida.

El “canfranero”, un tren lento que había puesto en marcha años atrás el General Primo de Rivera, devolvió al P. Pedro de Jaca a Zaragoza, con parada de diez minutos en la estación de Huesca. Las tres ciudades en línea, entre el Pirineo y el Ebro, y la copla certera de Cosme Blasco:

Zaragoza es ciudad grande, la de Huesca ya no estanto, y Jaca que es más pequeña se lleva la flor del campo.

CAPELLÁN-SOLDADO

No le dejaron terminar el curso con sus niños. Mirad lo que dice el secretario del colegio de Daroca, P. Bonifacio Andrés: “El P. Pedro Díez, Capellán-soldado, fue destinado a la plaza de Daroca por el mando militar el 6 de junio para cumplir aquí su misión de Capellán, haciendo la vida en el colegio, donde incluso desempeñó clases de Primera enseñanza”. Y dos páginas después firma el 19 de septiembre: “Por traslado militar sale a prestar sus servicios a Zaragoza el P. Pedro Díez”.

Tras la fracasada batalla de Guadalajara, se habían formado compañías mixtas de soldados españoles e italianos. Para una de estas compañías, llamada de “Flechas Azules” le nombraron capellán al P. Pedro. Los soldados italianos no le eran desconocidos.

¿Recordáis aquella batería antiaérea montada en Cascajo? “Pues después de los artilleros antiaéreos, escribe el cronista del colegio zaragozano, ocuparon nuestra Torre unos 90 hombres y posteriormente el Estado mayor de artillería italiana. Por cierto que son muy atentos, buenos y guapos mozos”.

Con paisanos de estos buenos y guapos mozos se va a Daroca el P. Pedro. En el colegio, fundado en 1729 y floreciente en 1937, había establecido en el mes de enero su cuartel general un batallón de soldados alemanes, mandados por el comandante G. Hermann. Soldados y jefes abandonaron Daroca y su colegio al llegar la primavera. Y “se portaron poco decorosamente con nosotros”, dice el cronista de la casa, que narra con precisión sus “indecorosas” hazañas.

El vacío dejado por los alemanes lo llenaron “poco después” soldados italianos. Ocuparon el colegio entero, que convirtieron en hospital con 150 camas, sala de operaciones y depósito de cadáveres. El trato con los escolapios fue extraordinario. El comandante Carlos Anturri, director del hospital, proporcionó alguna vez a la comunidad arroz y bacalao y se sentó a la mesa de los escolapios, junto con su capellán, el capuchino P. Irineo D’Angeli. Era otro estilo, de línea mediterránea y católica. Permanecieron en Daroca “hasta que comenzó en marzo (de 1938) la ofensiva del Bajo Aragón”. Eran los días de Brunete, de Belchite, de la batalla del Ebro.

Que residiese el P. Pedro en la Ciudad de los Corporales eso tres meses largos que apuntó el secretario, no quiere decir que los viviese día y noche en el colegio. Él había llegado como “capellán-soldado”. El frente de batalla estaba cerca, como una amenaza constante sobre Zaragoza. El Huerva servía de frontera a los dos bandos. Lo cierto es, en palabras del mismo P. Pedro, que la primera vez que pisó el frente, regresó a retaguardia en un camión atestado de jóvenes muertos y heridos destrozados. En esa lucha fratricida presencié tanto horror y tanta carne rota, tanta rabia y desesperación en los estertores de la agonía, que le provocaron náuseas y cayó enfermo.

Años después resumía así los beneficios de su experiencia militar:

De la guerra saqué tres cosas: una úlcera de estómago –tuvo que soportarla hasta el final de su vida–, un chapurrear italiano sin haber estado nunca en Italia y lo más importante, un quedar convencido a fondo de la misericordia de Dios y de no espantarme ante ninguna miseria ni física ni moral.

Pero en medio de tanta tragedia, también vivió el P. Pedro ratos gozosos en este período de su experiencia militar. Gozó junto a sus hermanos escolapios, PP. Santiago Ruiz, Rector del colegio, José Beltrán, famoso ya por su media docena de libros de historia y poesía, Dionisia Cueva, tío del autor de este perfil biográfico, Mariano Gaona, el más joven, compañero en las casas de formación, sacerdote desde hacía un año ... y los laboriosos Hermanos Moisés Fermín y Ricardo Romero. Gozó en la escuela, dando algunos días “clases de primera enseñanza”. Gozó en una escapada a Venta de Baños...

CUANDO CANTÓ SU PRIMERA MISA

Como suena. Era sacerdote desde aquella mañana jacetana del 18 de abril. Celebra eucaristías, atiende a los heridos y moribundos, predica, confiesa. Pero aún no le han visto subir al altar, ni recibir la comunión, sus padres y sus hermanos.

Se atrevió a pedir. Y la respuesta fue toda una gentileza. Pues que le lleven en coche, para que pueda llegar descansado y volver pronto.

Los pormenores de esta su primera misa solemne en Venta de Baños nos los ha contado en ‘UJ:J, bello artículo, que tituló Memorias de un sesentón y publicó en la revista Espiga, don Manuel García de Peñaflor. Empie diciendo: “De cómo en Venta de Baños prediqué en la primera misa de un ilustre escolapio”. Don Manuel era muy joven y celoso vicario de la parroquia de Santa Rosa de Lima. Cuenta que le sirvió de exordio para el sermón un cuento de Gabriel y Galán sobre el tren aborrecido porque puede comerse las tierras y aplaudido por el gentío cuando se detiene, humeante y soberbio, en la estación del pueblo. El sermón debió encandilar a la gente, que invadió “la pequeña iglesia” aquella mañana del 15 de agosto, solemnidad de la Asunción. Porque el orador tiene reflejos precisos, ideas claras y buen humor. Ahora descansa en Crivillente y hace versos. Pero aquel día, nos dice que “durante la ceremonia, con la familia del misacantano, estuvieron el padrino D. Elías Caveno, y la madrina que lo fue la maestra nacional S^a Juanita García”. No lo dice don Manuel, pero el P. Pedro cantó la misa con voz cálida y tono gregoriano, sin titubear, con la perfección de un monje del vecino monasterio cisterciense.

Quienes sí temblaron fueron la señora Carmen y el señor Domingo a la hora de comulgar. ¿Hay momento más gratificante en la vida para unos padres que recibir de manos de su hijo sacerdote el cuerpo del Señor? Comulgan todas las mañanas, pero esta mañana de la Virgen de agosto es nueva y distinta.

De este temblor gozoso, si me lo permitís, puedo dar testimonio yo mismo. Me ordenó sacerdote en Jaca –también en Jacadon José María Bueno y Monreal, sucesor de don Juan Villar, un 13 de abril de 1947. El obispo quiso que la ceremonia tuviese por escenario la iglesia del colegio, para que la pudiesen admirar los alumnos. Contaba yo 22 años. ¡Eran las prisas que metían los muertos en la guerra! Y, corno el P. Pedro, también gastaba mis días en la clase de párvulos, allí mismo, en Jaca. Por eso no pude celebrar mi primera misa solemne hasta 5 de mayo. Porque mi pueblo, con nombre y hermosura de doncella, estaba lejos, muy lejos: Hermosilla, en la provincia de Burgos.

La imagen se me grabó tan fuerte que aún perdura. Predicó, tan bien o mejor que don Manuel, el P. Leopoldo Laredo, escolapio corno yo e hijo del mismo pueblo. Llegó el momento de la comunión. Pasó mi madre y comulgó, recogida y emocionada. Pasó mi padre, hombre recio y curtido en el campo, me miró atentamente, comulgó, y se detuvo un momento... Aquel hijo pequeño, que salió de casa a los catorce años, ahí está sobre las gradas del altar, hombre y sacerdote, admirado por todo el pueblo, dándole la comunión. No pudo contener la emoción y rompió a llorar...

Tampoco lo dice don Manuel, pero las hermanas le habían bordado una cinta de seda para el momento del besamanos. Le ataron suavemente las muñecas, se sentó entre los dos padrinos, y el personal fue desfilando y besando las palmas de sus manos, ligeramente perfumadas.

Del templo a casa. Y continúa don Manuel: “Después de la Misa, la mesa, sencilla, alegre, clásica, en casa de la propia familia. Eran los tiempos del plato único...”

Ya os dije que don Manuel, gozando del suave clima alicantino en Crivillente, entretiene el tiempo y hace versos. Al enterarse de la introducción del proceso de canonización del P. Pedro, nos manda este regalo poético, mitad espinela, mitad ovillejo, mitad historia, mitad profecía:

En Pampliega murió un rey
y un santo nació en Pampliega: San Pedro Díez Gil si llega, según canónica ley,
a ser unido a la grey gloriosa del calendario. Siendo yo joven vicario,
Venta de Baños oyó
suprimir Misa en que yo di el sermón protocolario.

Al P. Pedro le habían regalado sus soldados un puñado de estampas, traídas de Italia, con la figura del Buen Pastor. Todo un símbolo.

¡E tanti auguri, Reverendo!

En esas estampas imprimió una leyenda, encabezada por el escudo de las Escuelas Pías y que reza así:

El Rdo. P. PEDRO DIEZ GIL, Escolapio, celebró por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa, el día 15 de agosto de 1937, en Venta de Baños. – Ocupó la Sagrada Cátedra el Presbítero D. Manuel García. – Recuerdo de tan memorable día. – A. M. P. I.

Todo se entiende, menos el anagrama final. Son cuatro letras latinas, que recogen el lema calasancio y que traducidas a romance, dicen: “Para mayor aumento de la piedad”.

La estampa ha quedado muy digna, en la figura del Sembrador y en el texto impreso. Los padrinos – don Elías y doña Julita – se la van dando a los asistentes, como obsequio y recuerdo, después que besan las manos perfumadas del P. Pedro.

LA LEGIÓN CÓNDOR

El P. Pedro regresó de Daroca hacía el 20 de septiembre. Sigue a disposición del mando militar, y desde el día 21 hasta que termine la guerra en abril de 1939, sirve a la patria y a los soldados heridos y moribundos como capellán en el Hospital Militar de Zaragoza. Este trabajo apostólico lo realiza en las primeras horas de la mañana y últimas de la tarde, y con mayor intensidad los sábados, domingos y durante los tiempos fuertes

de Navidad, Semana Santa y Pascua. Me parece que en el Hospital Militar terminó de aprender el P. Pedro la gran asignatura del dolor humano.

Organizó bien su horario y pudo, a la vez, llevar con regularidad su escuela. En ella se mete de lleno, olvidado de las sirenas, que anuncian bombardeos, y de su propia úlcera, que le muerde el estómago. Así lo aseguran, con palabras mudas, su cuaderno de clase y el libro racional de misas de la comunidad.

El curso siguió sin apenas contratiempos. Únicamente no pudo hacerse en mayo la procesión al Pilar con los niños de primera comunión “por temor a los bombardeos frecuentes en esta capital por estas fechas”. Y por esta razón se pobló el colegio de refugios elementales, se habilitó un reducido depósito de material de artillería, se abrieron oficinas para atender a los evadidos junto a la portería de la calle Escuelas Pías y se prestaron las habitaciones del entresuelo del internado al ascendido general Barba y su estado Mayor. Y es que la guerra sigue, se ensayan armas tecnificadas para matar con rapidez y mayor precisión, y preparan los dos bandos contendientes la Batalla del Ebro.

En octubre de 1938 inaugura el colegio solemnemente el nuevo curso con “mayor número de matriculados que en el pasado, aumentando los mediopensionistas”. Y en esta esperanza se movían de aumentar el alumnado cuando el P. Rector recibe orden “de habilitar el colegio para el servicio militar”. Trabajaron varias comisiones. Piensan primero en instalar un hospital. Deciden, por fin, “convertirlo en cuartel para los alemanes de aviación”. Y ya tenemos dentro militares alemanes, que hacen suya la parte nueva y más noble del edificio y en él permanecerán hasta que el 18 de marzo de 1939. Coincidiendo con la entrada de las tropas nacionales en Madrid, “se levantó la requisa del colegio, haciendo entrega del mismo al P. Rector un representante de la Legión Cóndor”.

Estos soldados altos, rubios, disciplinados y orgullosos de su rango, se mantienen herméticos en el trato con los religiosos. Son en su mayoría oficiales de alta graduación, que conocen su origen y viven una mística de victoria.

La Legión Cóndor se forma en España el 25 de octubre de 1936. Está integrada por 6.500 hombres, tres escuadrillas de bombarderos Junker 52,

otras tres de cazas Heinkel 51 y Messerschmidt 109, una de hidros y de reconocimieto, baterías antiaéreas y equipos de transmisiones. Desde Zaragoza, o si queréis, desde el colegio Escuelas Pías de Zaragoza, prestaron sus valiosos servicios al bando nacional y ensayaron tácticas y estrategias para próximas batallas..

El P. Pedro y sus niños, si los vieron alguna vez, los vieron de lejos. ¡Eran tan fuertes, y caminaban tan erguidos y distantes! Y, para colmo, habían convertido el hermoso oratorio de colegiales en almacén de víveres.

Si algún provecho sacó el P. Pedro de la estancia de la Legión Cóndor en el colegio fue aquello de la “jefatura del aire”. O, al menos, a mí me lo parece. Ahora no, pero cuando se fueron los rubios soldados, utiliza la frase con frecuencia para alertar a sus chicos. Caminan por un pasillo largo, en silencio y doble fila. Aparece un Padre del colegio y se oye la voz del P. Pedro:

Jefatura del Aire, salude.

Y el coro unánime de las cien voces blancas:

Buenos días, P. Rector.

EUROPA ENSANGRENTADA

Se acaba el curso, y se adivina el final de la guerra, de nuestra guerra. Pero un abismo llama a otro abismo, una guerra a otra guerra y la muerte a la muerte.

La noche del 31 de octubre de 1938 Orson Welles transmite por radio “La guerra de dos mundos”. Sus miles de oyentes, olvidaron que se trataba de una simple versión de la novela de H. G. Wells y se llenaron de pánico e histeria. Era una ficción, perfectamente lograda. Pero, a la vez, el anuncio de nuevas tragedias, veladas por la indiferencia y el miedo.

Ni la figura blanca de Pío XII, elegido Papa el 3 de marzo de 1939, y su lema “La paz, obra de la justicia”, pueden barrer del cielo los negros nubarrones. Porque Alemania se siente fuerte tras su decisiva intervención

en la guerra civil española y la anexión de Austria y los Sudetes. Hitler pone en práctica sus planes expansionistas. Invade Polonia el 1º de septiembre, París y Londres le declaran la guerra el día 3, y aunque España proclama oficialmente el 5 que permanecerá neutral, la segunda Guerra Europea ha estallado. El desarrollo fulminante de la maquinaria alemana asombró al mundo. Pero esta maquinaria en marcha quiere más y necesita más. Hitler no ha conseguido el 22 de octubre de 1940 en Hendaya arrancar a Franco el sí necesario para que España se una a las potencias del Eje. Pero un año después, España firma un acuerdo y 10.000 obreros abandonan su patria y entregan su esfuerzo y su talento a las industrias armamentísticas alemanas.

Más éxitos, mayor ambición. Hitler declara la guerra a Rusia el 22 de junio de 1941. La propaganda hace creer al mundo que Rusia es el anticristo. Y España ofrece una División de voluntarios, para pagar al Eje los favores recibidos, vengarse de Stalin por la participación soviética en las Brigadas Internacionales, y acabar definitivamente con el enemigo natural y la barbarie comunista.

La guerra civil contabilizó un millón de muertos. Los investigadores actuales rebajan la cifra a trescientos cincuenta mil. Esta guerra europea quiso más y logró más: cerca de sesenta millones, de los que treinta y cinco fueron víctimas civiles. Sumad todavía cincuenta millones de refugiados.

Muchos números, muchos millones, muchas cruces.

Dos solas palabras pueden simbolizar la tragedia: Paracuellos y Auschwitz. Dos palabras, dos infiernos.

Miguel Hernández, perito en lunas, en cruces y calvarios, cantó con voz dolida desde la celda de su cárcel:

Tristes guerras sino es amor la empresa. Tristes, tristes.

LA DIVISIÓN AZUL

Serrano Súñer grita en una concentración multitudinaria

– ¡Rusia es culpable!

Otra vez la cruzada en las entrañas, y las voces. de miles y miles de jóvenes románticos que se inscriben entusiastas hasta superar con creces la cuota necesaria.

El 23 de julio los voluntarios españoles están ya concentrados en las cercanías de Nuremberg. Son 18.963 hombres distribuidos así: 641 oficiales, 2.272 suboficiales y 15.780 soldados; más una escuadrilla aérea: 26 oficiales, 4 suboficiales y 81 soldados. Al

frente de todos, el general Agustín Muñoz Grandes.

La División Española de Voluntarios---la “Blau Division” o División Azul de los alemanes-- se integra rápidamente en el dispositivo de la Wehrmacht bajo el nombre de División 250. A partir del 20 de agosto, los españoles parten hacia el frente del Este, con poco entrenamiento, escaso equipo militar y un cierto desprecio de los mandos de la Wehrmacht, que los califican de pequeño grupo de desarraigados latinos. El 10 de octubre llegaron a la zona de Novgorod, entre Moscú y Leningrado, donde establecen una cabeza de puente tras el río Voljov. En agosto de 1942 la División Azul, como “unidad de élite” fue trasladada al sur del lago Ladoga, por donde se abastecía a Leningrado. La gran ofensiva comenzó en el mes de enero. Bajó el termómetro a 35 grados bajo cero. Y en aquel infierno de frío y metralla los soldados de la División Azul mostraron tanta valentía, o más, que sus camaradas alemanes. El pueblo de Krasnyboor se convirtió en la tumba de más de 3.000 jóvenes voluntarios.

Toda una muestra de valor y de heroísmo. A Muñoz Grandes, condecorado personalmente por el Führer con la Cruz de Hierro, ha reemplazado el general Esteban Infantes. A los muertos van reemplazando nuevos voluntarios. Y cuando el Gobierno español, en octubre del 43, abandonó su “beligerancia activa” y retiró sus hombres de la primera línea del frente que rodeaba a la ciudad de Leningrado, alrededor de 50.000 voluntarios de la División Azul, en diferentes relevos, habían ayudado a los alemanes en el frente ruso. Y este fue el saldo trágico de aquella heroica aventura: 4.700 muertos en acción, otros 1.600 muertos por congelamiento, 8.000 heridos, 7.800 enfermos y tan solo 300 prisioneros.

Pero, diréis, ¿a dónde va Usted con tan largo relato? Pues muy sencillo: a que entre esos 4.700 muertos hay un hermano del P. Pedro.

SANGRE JOVEN EN LA ESTEPA RUSA

Se llamaba Manolo y había nacido, allá por 1921, en Villafranca de Oria. Ha crecido, se ha empapado de *Flechas y Pelayos*, es ya mozo. Tiene asegurado el porvenir con buen empleo en la Renfe. Pero lleva pegados a su juventud el afán de aventura y el amor a España. El 7 de junio de 1938 se encuadró como voluntario falangista-tradicionalista, en la Centuria de Transmisiones, colaboradora de las Fuerzas del mismo nombre, y en ella permaneció hasta que fue licenciado por pertenecer al Reemplazo de 1942. Tenía 17 años. Se fue con las Banderas de Castilla “permaneciendo en primera fila, hasta la terminación de nuestra Cruzada; donde ganó varias condecoraciones como Medalla de Campaña, dos Cruces Rojas, Medalla Militar Colectiva, etc.”.

Aurelio Mariel Alonso, Jefe de la Centuria, certifica en Requena (Valencia), noviembre de 1939, que el comportamiento de Manolo fue “inmejorable, no sufriendo arresto ni sanción alguna”. Así opinaba el Jefe.

Una de sus hermanas le consideraba “muy aventurero”.

El P. Pedro, pensando en sus padres, en la edad de Manolo y en los peligros que le acechan, dijo en voz alta lo que pensaba:

—¿Pero a dónde va este cantamañanas?.

Cuando sonó el clarín para alistarse en la División Española de Voluntarios, se puso de los primeros en la fila. Marchó a Rusia y al año volvió, contento y cansado. Necesitaba recobrar fuerzas, hablar de aquella nueva cruzada, abrazar a los suyos y dar un beso a su novia.

Porque la tenía, linda y enamorada, en Pampliega. Se llamaba Paula Hernando. Le comprendía también ella, pero le quería cerca. En casa creyeron que entre Paula y la Renfe le retendrían definitivamente en Venta de Baños. Pensar así era no conocerle.

¡RUSIA ES CULPABLE!

Solo unos días de descanso, y allá volvió, seguro de sí mismo y en compañía de su gran amigo Teófilo Figueró, para castigar a la culpable de tanto pecado y honrar la sangre de los caídos. El 12 de febrero de 1943 corría la uya sobre la capa blanca de aquellos campos helados. Perteneció a la sección de asalto del Regimiento 269 de Esparza y encontró la muerte en la posición Vértice, frente a Colfino, del pueblo de Exluz.

En el cementerio de campaña, enclavado en el bosque del mismo pueblo, un monumento grande de piedra, rematado en cruz, recuerda su nombre. La fotografía del monumento y los detalles de la muerte del amigo se los debemos a Teófilo.

El Ministerio del Ejército, a través del Gobierno Militar de Palencia, hizo llegar a Venta de Baños este telegrama: “En relación recibida día 29 de marzo último comunica la baja por muerte del soldado Manuel Díez Gil. Haga llegar noticia con mi sentido pésame, a Domingo Díez, residente en Venta de Baños, de esa Provincia”. Dios, guarde...

Hay un sello en tinta morada. Y la fecha en Palencia, 7 de abril de 1943. La Falange de Venta de Baños se sintió orgullosa de “uno de sus mejores camaradas” y vio en él un modelo: “Camaradas de Venta de Baños: Elevemos una oración por su alma y cumplamos con nuestro deber siempre, para que algún día sean realidad los ideales por los cuales luchó... Murió gloriosamente cumpliendo un acto de servicio...Camarada Manuel Díez Gil: ¡Presente!”.

El P. Pedro rezó en silencio. Ningún reproche a las “genialidades” del hermano muerto. Ningún reproche a la bala asesina. Rezar, rezar, solo rezar. Por la conversión de Rusia, por sus padres destrozados, por Paula que llora sin consuelo en el alcor de Pampliega, por el eterno descanso del alma joven e impetuosa de Manolo.

En venta de Baños rezaron y sufrieron, bien apiñada la familia. Y al cumplirse el primer aniversario, celebraron un funeral en la parroquia de Santa Rosa. Sus desconsolados padres don Domingo Díez y doña Carmen Gil; herruanos Pedro y Beatriz (Religiosos), Josefa, Eulalia y Petra; tío y



Manolo caballero, de la división azul, muerto heroicamente en Rusia a los 22 años

primos, al recordar tan triste fecha, suplican una oración por el alma del Manuel Díez Gil, voluntario de la División Azul, muerto heroicamente en Rusia a los 22 años de edad. El recordatorio, editado en la imprenta Merino de Palencia y del que copio estos datos, trae la foto-carnet del heroico voluntario: la misma frente amplia del P. Pedro, pero los ojos no sonríen. En la columna derecha del recordatorio han puesto tres oraciones, al Corazón de Jesús, a la Reina del cielo y al Santo Sudario. Encima de las tres, esta frase: “Dios le llamó en la flor de su vida, para librarle de las iniquidades del mundo”.

Tal vez, tal vez, pero la herida siguió goteando por mucho tiempo en Venta de Baños.

En Pampliega, un amor nuevo llamó a la puerta del corazón de Paula. Hoy, viuda y con dos hijos, aún le tiembla la voz al recordar su nombre. Sí, sí, Manolo, el primer amor...

Y aquí, en Zaragoza, se agolpan los recuerdos en la mente del P. Pedro. No paró e “indagó mucho”, hasta averiguar todos los pormenores de su muerte y el lugar exacto de su reposo. Y cuando lo averiguó, metió en su carterita dos fotografías, una del hermano joven, otra de su sepultura, y la cartera con las fotografías en el bolsillo interior de su sotana, pegadita al corazón.

¡Cuánto le quería! Dos únicos versos de Miguel Angel Asturias pueden resumir el recuerdo entrañable de aquel nombre:

Duerme del mismo lado de tu nombre, Sobre mi corazón, que lo repite.

CAPÍTULO 9

DE VACACIONES

No había podido ser antes. Primero, porque aún no era sacerdote. Luego por la guerra y los que no habían vuelto de la guerra. Ahora, verano de 1940, sí. Hay nuevo Provincial: se llama Valentín Aísa. Hay nuevo Rector: se llama Ángel Aznar. Aragoneses los dos. Y los dos, extraordinarios, como personas, como escolapios. La comunidad establecía dos turnos: un grupo en julio, otro grupo en agosto, quince días contando los viajes, y de vuelta todos antes del 18 de agosto, para hacer ejercicios espirituales y celebrar el triduo y la fiesta de San José de Calasanz el día 27. Quince días y poco dinero.

Tuvieron que pasar los años, hasta que el 16 de junio de 1961 se lee en el Oratorio de Zaragoza una “Circular del Rmo. P. General –Vicente Tomek–, uniformando para toda España el tiempo que han de durar las vacaciones estivales con la familia y el dinero que debe entregarse. El tiempo será de tres semanas más los viajes y el dinero 750 pesetas más los viajes”. Un amplio respiro en días y dinero. Y una prueba más de que los Escolapios, como reza su título canónico, siguen siendo “Pobres de la Madre de Dios”.

EN FAMILIA

El P. Pedro, emprendía el viaje unas veces en julio, otras en agosto, según las conveniencias de la comunidad. En tren y vagón de tercera hasta

Venta de Baños. Calculad las distancias y veréis los días que le quedan limpios para estar con su familia. Pero eran suficientes, o al menos así lo aseguraba él, para cambiar de clima, descansar de las fatigas del curso y abrazar a los suyos. El viaje de un tirón, de noche, y pacíficamente dormido.

Por todo equipaje, una maleta gastada con el Breviario, ropa limpia y una bolsa de caramelos.

Las tres cosas eran esenciales: el breviario para rezar, la ropa para mudarse, los caramelos para regalar.

Ligero de equipaje y en vagón de tercera. Como Antonio Machado, el profesor y poeta de los campos de Castilla:

Yo para todo viaje. –siempre sobre la madera de–mi vagón de tercera–, voy ligero de equipaje.

La familia entera esperaba la llegada de aquel tren, fatigado y ruidoso, que les traía al hijo y al hermano.

Josefa era por aquellos días una muchacha inquieta y risueña en Venta de Baños. Hoy, la conocen en el monasterio cisterciense de Santa María la. Real de Gradefes, provincia de León, con el nombre de Sor Bernarda. Ha llovido mucho desde entonces, pero no se han humedecido las imágenes del encuentro.

Y nos dice Sor Bernarda que le concedían a ella el privilegio de salir a esperarle a la estación y que a pesar de que han pasado tantos años desde la primera vez que fue a esperarle, le recuerda como si fuese hoy. Pues sí, ha pasado medio siglo largo.

Dejemos que nos cuente cómo era el encuentro.

Al entrar el tren en la estación, dice, ya nos veíamos, su alegría radiante transmitía la satisfacción que traía, después de besarnos le cogía la maleta tan sencilla como él, y le preguntaba qué tal había hecho el viaje. Siempre contestaba:

– Muy bien.

Nos sentíamos tan contentos que el silencio suplía las palabras. En diez minutos ya estábamos en casa. Allí, toda la familia reunida, se rompía el silencio.

Sigue hablando y hablando. A mí me toca resumir su charla. En casa, la madre, las cuatro hermanas y MANOLO, que lamenta ser tan joven y sueña con gestos heroicos. El padre normalmente anda lejos, en su trabajo. Por eso el último abrazo, largo, entrañable, era para él.

Ya está en casa, delicado, decaído, sombra de sí mismo, pero feliz. La primera visita, acompañado por su madre, a la parroquia de Santa Rosa, para “sin prisas” dar gracias a Dios, y ponerse a las órdenes del párroco. Desde la parroquia, a casa de sus padrinos. Visita obligada y agradecida, que esperaban impacientes don Elías y doña Junita, porque le querían como a un hijo. Y a partir del segundo día, el mismo ritmo... Se levanta a las seis de la mañana.

Josefa le reprende algo enfadada: ¿qué clase de vacaciones son éstas? Y es que el pobre, sigue diciendo llena de ternura femenina, necesitaba tanto recuperarse, venía con necesidad de cuidarse, la entrega con los niños durante el curso suponía un desgaste en toda su persona...” Pero él contestaba impertérrito que se levantaba a las seis para afeitarse, hacer su meditación y rezar el breviario: – Así durante el día ya me quedo tranquilo.

AL SERVICIO DE LOS HERMANOS MARISTAS

La eucaristía, a las 8,30 en la capilla de los Hermanos Maristas. Tenían los Hermanos un seminario –aspirantado y noviciado en Venta de Baños. En un extremo de la villa, para ser más exactos, y dentro de una finca de veinte hectáreas con su parque de entrada, poblado de plantas aromáticas y árboles centenarios. Ya no es lo que fue aquella casa. Han transformado el edificio en residencia de ancianos. La capilla, de estilo neo-renacentista, estaba dedicada a Nuestra Señora de la Asunción y funcionaba, y funciona, como sucursal de la parroquia para el barrio circundante. La bella talla de la Virgen se la llevaron hace dos años

a Venezuela. Quedan del tiempo del P. Pedro el sagrario dorado y una impresionante imagen de Cristo. Las vocaciones, recogidas en los pueblos, se empapaban en el seminario del carisma marista, para evangelizar más tarde a los niños y jóvenes de Hispanoamérica. Llegó la sequía vocacional y hubo que cerrar y vender la casa, la finca y el parque.

Pero queda un testigo...

He viajado para entrevistarle

En Valladolid tienen los Hermanos Maristas una señora Residencia. Así, con mayúscula. Desde ella dirigen los destinos de la Demarcación el H. Provincial y su Consejo. Pero queda espacio para un grupo de Hermanos jubilados. Y entre ellos está el Hermano Urbano Robla. Cuenta noventa años y le acercan en un carrito de ruedas. Es una joya de Hermano, alto, humilde, sonriente, gozoso de poder hablar del P. Pedro.

El H. Urbano ya ha mandado por escrito una declaración sobre el P. Pedro. Ahora la confirma y amplía. Me dice que los Hermanos que atendían a novicios y aspirantes en el seminario eran siete. Y que en la parroquia había un párroco con dos coadjutores. Él fue encargado de recoger vocaciones por los pueblos y durante varios años superior del seminario. Habla del servicio y no mienta el cargo:

– Hace ya cincuenta años... casi no me acuerdo

Pero sí se acuerda de que al P. Pedro le esperaban en el seminario “como agua de mayo” los chicos y los grandes. El mismo día que llegaba el Escolapio se tomaba sus vacaciones el coadjutor encargado de la capilla. El P. Pedro haría sus veces... Y las hacía puntualmente. Pero, además, añade el H. Urbano, nos celebraba la misa, confesaba, paseaba por el parque “con su breviario y su rosario, compañeros inseparables en su recorrer aquellas largas avenidas. Al final, otra vez a la capilla”.

Le pregunto al H. Urbano si se confesó con el P. Pedro:

Claro, y participé en muchas de sus misas

Y añade, tras unos momentos de reflexión:

En la confesión era breve y exacto. Predicaba y celebraba muy bien, sin grandes gestos. ¡Cuánto siento no haberme aprovechado más de sus virtudes!

Quiero saber si llegó a conocer a la señora Carmen:

Era una santa. La ilusión del P. Pedro era convivir con su madre Me despido del H. Urbano:

– Yo seguiré rezando por su beatificación. Tenga la bondad de avisarme cuando lo aprueben en Roma. Y muchas gracias por haber venido a verme. ¡Desde Zaragoza nada menos!

Yo soy el que tengo que agradecerle a Usted, H. Urbano, su mucha bondad y sus valiosas memorias. Ojalá pueda darle pronto la esperada noticia. Pero ya sabe Usted que los molinos de los dioses muelen despacio. Y en Roma ni aire tienen algunos meses, menos que en Valladolid y en Venta de Baños.

Vuelvo a. Venta de Baños. Paso por la parroquia. De aquel templo, que presenció la primera misa del P. Pedro, no ha quedado piedra sobre piedra. Ahora rezan los fieles en una iglesia más funcional, más fría, toda de ladrillo rojo.

Hay que cruzar este inmenso tenderete de vías férreas por una larga pasarela aérea. Al lado opuesto de la parroquia queda intacta la casa de la familia del P. Pedro. La calle ha cambiado tres veces de nombre: Horacio Miguel, General Franco, Avenida de la Estación. No ha variado el número, el 46. Un vecino muy servicial me da todos los datos que necesito:

Aquí abajo, junto a la calle, tenían el taller de costura. Y esas dos ventanas del piso superior daban luz a los dormitorios y el recibidor. Igual que cuando venía en verano el P. Pedro, pero ahora, ya ve, la casa está deshabitada

Se llama Juan Fortuny. Vive tabique por medio de la casa deshabitada. Para confirmar lo dicho con un ejemplo personal, me enseña un recordatorio del bautizo de su hijo. Sucedió en julio de 1948 y llamaron

al niño Juan Pedro. Juan por el padre, Pedro por quien bautiza. Se da cuenta de que escribo en mi libreta:

Y diga Usted que en 1948 me lo bautizó el P. Pedro.

Dicho y escrito queda, señor Fortuny.

El P. Pedro celebraba diariamente la misa. Le esperaba en la sacristía una pandilla de niños, porque era alegre, les acariciaba, les contaba episodios fabulosos de las misiones y milagros de la Virgen del Pilar. Al que le ayudaba a misa le daba de propina una peseta. La pandilla se ha disuelto, bien lo sabe Usted. Pero aún vive en Madrid Félix Sangrador, nacido y bautizado en Venta de Baños, que recuerda muy bien aquellas misas que le ayudó al P. Pedro y la pesetilla después de la misa ...

ME AYUDABA A QUITAR HILVANES

Pero hay que detenerse un momento en esa pieza que fue taller de costura. Cuenta María Luisa Martín Galán que en 1945 se trasladó a vivir a Venta de Baños. Es la mayor de cuatro hermanas. Su madre acaba de enviudar porque en un accidente de trabajo ha muerto el esposo, de oficio ferroviario. La chica tiene 15 años y quiere aprender a coser. En la calle General Franco descubre un taller, que dirige una modista, de nombre Laly, “hermana del P. Pedro, hoy Religiosa, Hermana Eulalia”.

El taller tiene fama en Venta de Baños. Porque Eulalia posee título profesional de corte y confección, bien ganado. Lo tengo aquí delante, sellado el 21 de octubre de 1942 y otorgado por la “Institución Internacional de Corte y Confección Maní”, con sede central en Barcelona. En esa fecha ha terminado Eulalia sus exámenes. Consta en el título: “Curso de profesorado de 1942: Los trabajos de corte y confección de D^a. Eulalia Díez Gil han obtenido en los exámenes verificados la calificación de Sobresaliente Extra”. Lo firma y rubrica la Directora general Carmen Maní de Meid.

Al taller de Venta de Baños le sobran pedidos y su directora prepara a las chicas que trabajan con ella para cumplirlos con dignidad,

para que vayan sacando ellas sus propios títulos, y para que algún día puedan montar sus talleres por el Sistema Internacional Maní.

María Luisa entró de aprendiz y salió de oficiala mayor, con su diploma y su título bajo el brazo. Cuando por los años 50 se vaya Eulalia al convento, ella quedará al frente del taller de Venta de Baños.

Escuchad ahora lo que vio y vivió en aquellos años de aprendiz de costurera:

Me acogieron con mucho cariño, a tal punto que ya familiarmente hecha a esta familia me llamaban Luisilla. Y siempre que iba el P. Pedro, él lo mismo: Luisilla por aquí, Luisilla por allá. Se pagaba algo por aprender, pero a mí, debido a nuestra endeble situación económica, no me cobraban. El P. Pedro impactaba mucho por su modo de ser. Era sencillo, humilde, transparente. Y cuando venía de vacaciones a casa de su madre y hermanas, todos los días pasaba por el taller a saludarnos y cómo no, a contarnos algunas cosillas de sus andaduras ... y todas muy contentas, empezando por su hermana Eulalia y terminando por mí.

Eulalia, la hermana, añade todavía:

–Pasaba por el taller y me ayudaba a quitar hilvanes ...

María Luisa sigue y no acaba. Alaba el hogar: “un santuario en medio de un gran pueblo ferroviario”. Alaba a las hermanas del P. Pedro, a Bernarda especialmente, de quien cuenta que en cierta ocasión recogió a una mujer que se puso mala en la estación, se la llevó a su casa “y sin saber quién era, la metió en su cama y allí estuvo dos días, hasta que avisada la Guardia Civil, la trasladaron al hospital de Palencia”.

Pero las más sinceras alabanzas son para la madre del P. Pedro:

La Sra. Carmen, su Madre–Santa, pues no tenía otro calificativo en todo el pueblo de Venta de Baños. Creo que hoy en día nada tiene que envidiar a la Madre Teresa de Calcuta (con todos los respetos). ¡Cuánto hizo por las familias pobres, enseñando a los niños a leer, lavarlos, llevarles comida, etc.! Era esta mujer una “representante” del Padre Pedro en el pueblo de Venta de Baños. No es extraño que públicamente la nombraran “Madre

ejemplar” de Venta de Baños. Siempre está en mi mente que es Santa y la tenían que canonizar como a su hijo, pues eran los dos el mismo retrato y con los mismos sentimientos de pobreza.

Para este recuento de proezas, demos otra vez la palabra a la hija, a Sor Bernarda:

También visitaba el P. Pedro a otras personas que conocía mi madre en Venta de Baños, generalmente los más pobres entre los pobres. Ella era la madre, la maestra, la enfermera, la que avisaba a los médicos. Ellos –los enfermos– sabían que había una persona que se preocupaba de sus necesidades y siempre dispuesta a ayudarles ... El párroco tranquilo, no se moría ninguno sin el santo viático. A los moribundos no les faltaban sus oraciones y compañía. Ella amortajaba a los que lo necesitaban... También tenía pobres ambulantes, pues para mi madre todos eran hijos de Dios; iba a visitarles y volvía a casa acompañada de piojos. Esto le pasó más de una vez •.. Tengo el recuerdo de otra niña pobre, que murió y mi madre sacó un vestido mío blanco, para amortajarla. Eso lo vi yo, pero cuántas cosas haría de las que no nos enterábamos ... Mi hermano Pedro se parecía mucho a mi madre ...

Y ahora sabemos en qué fuente bebieron el agua fresca de la caridad las hijas de la señora Carmen y en qué libro leyó el P. Pedro lo que debe hacer un cristiano con los pobres, con los enfermos y con los que han caído, signados por la hermana muerte.

EN BICICLETA A LA TRAPA.

Venta de Baños es base de operaciones, de relativo descanso y de intenso apostolado. “Cuando venía de vacaciones a casa, dice Eulalia, llegaba muy decaído y mi hermana –Josefa, ya se en tiende–le decía:

–No tienes más que gafas y teja.

Y sigue: “Solo tomaba leche, porque estaba muy delicado del estómago”. La úlcera aquella, que se trajo de la guerra. Sobremesa después de esta leve comida. Un pequeño reposo. Y algunas tardes

monta el P. Pedro en bicicleta y se acerca a la abadía cisterciense de San Isidro de Dueñas.

También yo he visitado el célebre monasterio con un grupo de amigos. Hay muchos motivos para acercarse: la belleza del edificio, la capilla del Beato Hermano Rafael Arnáiz, participar en la alabanza divina de los monjes ...

Los primeros eran .benedictinos y llegaron aquí a mediados del siglo VII. Subieron desde el sur los sarracenos y barrieron monjes y monasterio. La historia se hace luz el 15 de febrero del 911 en una donación del rey García de León y su esposa Munia “al bienaventurado patrón San Isidoro, cuya basílica y monasterio está fundado ... cerca del castillo que llaman Donnas, entre los ríos Pisuerga y Carrión ... para el sustento de los monjes que aquí están con su Abad Oveco”.

Los monjes vivieron en paz, orando y trabajando, hasta que Mendizábal creyó descubrir en 1835 la medicina para curar todos los males de España mediante una gavilla de leyes desamortizadoras. Otra vez los monjes a la calle, y el monasterio convertido por su dueño en casa de labranza. En 1891 los monjes recuperan su casa, pero visten ya cogulla blanca. Son cistercienses, los mismos que acaban de abrirnos las puertas.

He cantado con ellos las Completas del atardecer y la Salve a la Virgen Madre, que preside el coro de sus hijos desde el ábside central de la basílica y he recibido después la bendición del Abad don Gonzalo María Fernández. En el templo he visto 33 monjes, pero de comunidad son 44. Guiado por el P. Gerardo Luis Martín, que hizo su noviciado en Peralta de la Sal y es ahora Prior del monasterio, he conocido los espacios reservados a la comunidad: el comedor con su púlpito para el lector, la sala capitular con los retratos de los abades, entre los que resalta el pintado por Isabel Guerra, el cementerio sembrado de cruces, el escritorio moderno y funcional, el noviciado ... Tres veces he celebrado la eucaristía en la preciosa capilla que guarda los restos del Hermano Rafael. ..

El Padre Pedro llega sudoroso. Son apenas dos kilómetros y medio de distancia, pero el camino es de tierra, hay que cruzar los túneles del ferrocarril y cae el sol como un plomo. No hace el viaje por deporte, sino para rezar ante la Virgen en el silencio profundo de su templo. Y para ver

a los amigos. Al P. Julio Beltrán, especialmente, que había nacido en el pueblecito leonés de Selga de Ordás en 1893, vistió la sotana escolapia en 1912 en la Provincia de Castilla y se hizo monje cisterciense en esta Abadía de San Isidro el 9 de septiembre de 1941.

Gracias a unos documentos que me proporciona el P. Gerardo, puedo añadir que el P. Julio fue en el monasterio profesor de teología, maestro de oblatos, de novicios y de juniors, director de los ejercitantes de la hospedería y “un experimentado director de almas ,. Eso dicen los papeles. Y añaden que ntado duector de almas. Eso dleen los papeles. Y añaden que “entrado de mayor y ya formado el P. Julio, aun siendo un religioso de extraordinaria virtud, no llegó a calar en la espiritualidad y tradiciones de la Orden, por lo que en sus cargos formó más bien religiosos que monjes”. En otras palabras; entró siendo escolapio y continuó, en el silencio de la Trapa, siendo escolapio.

Fuerte de carácter, bien arropado intelectualmente, devotísimo de la Virgen, humilde hasta el extremo, aquejado de diabetes, entregó santamente su alma a Dios, a sus 86 años, el 23 de septiembre de 1979.

Las visitas del P. Pedro son para el P. Julio un fresco oasis veraniego. A los dos les hacen bien estos encuentros. Se comunican sus experiencias espirituales. Y hablan de Dios, de la Virgen, de San José de Calasanz y San Bernardo, de las Escuelas Pías, de colegios y niños.

De nuevo caballero en su bicicleta, el P. Pedro rehace su camino. Cumplida su misión, “regresaba con aquel sol de Castilla, que le dejaba tostado”.

Otras tardes, si su padre regresa pronto del trabaja, se dan una vuelta juntos. El señor Domingo “se sentía muy orgulloso de ir con su hijo de paseo”. Cuando entran de vuelta a casa, Josefa no puede reprimir su curiosidad y pregunta a su hermano que a cuántas personas había saludado, a lo que responde sonas había saludado. El P. Pedro, humilde y sincero, responde:

– Estoy asombrado de la cantidad de personas que me paran para saludarme. E to quiere decir que a nuestros padres les quiere todo el mundo.

ERA MUY CARIÑOSO

El P. Pedro tiene parientes en Burgos. Hay que visitarlos. Tiene parientes en Dueñas. Hay que visitarlos. No habrían sido completas sus vacaciones sin estas visitas, que no son de cumplimiento, sino cordiales, entrañables, expresión de un amor sincero. No piden que vengan a verle. Va él, en tren hasta Burgos, a lomos de su bicicleta hasta Dueñas.

Dejémosle que tome respiro y descanse un rato. Mientras tanto, os leo tres párrafos de una carta, que acabo de recibir.

La escribe y fuma la Hermana Carmen Ortega, Religiosa Dominica de la Anunciata y prima del P. Pedro. Trabaja en Salamanca, en la Residencia Universitaria Santa Inés. Empieza diciendo:

Iba periódicamente, siendo ya sacerdote escolapio, a visitarnos todos los veranos a mi pueblo de Dueñas, y hacía el recorrido a toda la familia por parte de mi madre, que eran entonces cinco casas que yo recuerde. En mi casa pasaba un largo rato, hablando con mis padres, bueno, más bien con mi madre, porque mi padre, de la mañana a la noche lo pasaba trabajando en el campo.

Sigue con esta anécdota, que le sucedió cuando era niña:

Tengo grabada una anécdota con mi primo Pedro. Yo era más bien tímida, y en una ocasión me quedé en la parte baja de la casa, porque me daba apuro besarle, pues era muy cariñoso (como todos los miembros de su familia). Se ve que ya iba a marchar y como no me había visto (pues era la que faltaba de nueve hermanos que éramos), insistió en que me quería ver. Entonces bajaron los hermanos y entre todos me subieron hasta la cocina, que era donde estaban. Él pensando que le tendría miedo, me besó como de costumbre y acariciándome me cogió entre sus rodillas. Yo entonces me sentí tan feliz y contenta, que cuando se marchó me

reprochaba yo misma interiormente: Qué tonta he sido en no haber estado con él desde que llegó.

Así vio un día a la familia del P. Pedro y así ve ahora él.

PROCESO DE CANONIZACIÓN:

En cierta ocasión me llevaron a su casa de Venta de Baños... Mi prima Lali, que es modista, me hizo un abrigo y me enseñó a coser (cosa que no se me ha olvidado todavía) y fue para mí una fiesta, por el cariño que derrocharon todas por verme contenta. Durante esos días llegué a ver a mi tía Carmen (después de la guerra civil), visitar a los enfermos de su Parroquia y les llevaba gran parte del racionamiento que entonces nos daban con cartilla... Cuando me enteré de que habían abierto el proceso de su Canonización, les comenté a las Hermanas de mi Comunidad: No me extrañaría nada que toda esa familia subiera a los altares... y las empecé a contar...

Despacio, Hermana Carmen, que en cuestión de procesos los teólogos hilan con sus tesis bastante más delgado que Usted con la aguja. En cuanto al P. Pedro... de sobra sabe que hay que andar con calma, y que la última palabra la tiene Roma. Pero cuánto me alegra su profecía.

PEQUEÑOS MILAGROS EN PAMPLIEGA

Mientras resida la familia, Venta de Baños consume los mejores días de las vacaciones del P. Pedro. Pero hay que subir a Pampliega. A Pampliega, sobre todo. En estas visitas rápidas le acompaña siempre la señora Carmen. Y sucedió una vez que antes de salir, le habló su madre de la división enconada que había sembrado la guerra entre aquellos parientes.

– Madre, algo tenemos que hacer para intentar solucionar este problema. Nosotros intentaremos poner los medios. Dios hará lo demás.

El P. Pedro llegó a Pampliega con un plan decidido. Visitó casa por casa, las de la izquierda y las de la derecha del surco. Invitó a sus moradores

a una misa de acción de gracias por la mañana y a un banquete por la tarde, porque habían llegado desde Portugalete los primos Félix y Asun, que se habían casado una semana antes, y había que celebrar el acontecimiento. Nadie se negó y “el éxito fue rotundo”.

Presidieron el banquete el P. Pedro, su madre, los novios y los tíos ancianos Emilio y Luisa. Habló el P. Pedro, explicándoles con dulzura y amor que se imponía un cambio de proceder. Fue un largo encuentro de recuerdos y perdones, de alegría y de paz. El tío Emilio, sentado junto al novio, susurró entre lágrimas:

– ¡Félix, si viera esto la difunta!

Desde 1944 una visita obligada en Pampliega era para Petra del Orden. Ese año una grave enfermedad golpeó su cuerpo y la obligó a vivir en cama las veinticuatro horas del día. El arzobispo de Burgos don Luciano Pérez Platero autorizó en 1952 que se pudiese celebrar la eucaristía en la habitación de la enferma. En adelante, cuando el P. Pedro llegaba a Pampliega ya se sabía: la misa en el cuarto de Petrita. Una de sus hermanas quiso saber por qué no perdonaba ningún verano ese viaje y esa misa. La respuesta fue muy sencilla:

– Porque en Pampliega tenemos un tesoro.

Y decía toda la verdad. Hoy aquel cuarto, más que habitación de enferma, es un cenáculo de oración. Todas las tardes se reúnen aquí diez piadosas mujeres, para rezar el Rosario, leer y meditar la palabra de Dios y encomendar al Señor la santificación de los sacerdotes y el éxito de su trabajo pastoral. Hubo momentos en que la reunión contaba con treinta mujeres, pero la emigración y la muerte han ido reduciendo el círculo.

Supliendo y recordando al P. Pedro, también yo he tenido la suerte de celebrar aquí la eucaristía. Habla después Petrita de su agradecimiento al P. Pedro, y con otras palabras hace el mismo retrato que ya trazó en una declaración espontánea hace tres años:

Siempre con rostro alegre tenía la atención de celebrar en mi humilde habitación, con mucha espiritualidad, la Eucaristía... Hablaba poco, pero era transparente. Su semblante reflejaba un fondo interior que traslucía e irradiaba espiritualidad, oculto por su sencillez y humildad... Y aquella sonrisa, todo bondad y llena de una hondura de virtudes ocultas.

Blanca y arrugadita en la cama, los ojos brillantes y la mente inspirada, Petrita vive alegremente su calvario. Bajito, para que no le oiga el grupo de asistentes a esta misa, me dice al despedirnos:

– Rece, para que sepa responder. a mi vocación de víctima

MINERO Y MARINERO

La postal eucarística de Pampliega permaneció nítida en el alma del P. Pedro. Hasta caer enfermo, la renovó todos los años.

No todos los años, pero algunas veces se acercó a Portugalete, porque allí les quedaban parientes muy queridos a él y a su madre. Y consecuencia de estas visitas fueron dos excursiones a Gallarta en 1955 y Santurce en 1956, de las que él guardó un recuerdo imborrable. Por suerte, tenemos descripciones completas de sus respectivos acompañantes.

En Gallarta descendió a la mina Chávarri de don Antonio Bereíncua. Sotana, ceñidor y casco reglamentario. Conforme avanzaba por el túnel principal vio cómo trabajaban los mineros en pequeñas aventuras paralelas. Siguió descendiendo hasta 80 metros de profundidad, entre el ruido del mineral y las vagonetas. No se le escapó un solo detalle de las explicaciones que le daban y de lo que él mismo iba percibiendo. La empresa era grande, y los obreros héroes auténticos. Al volver a la superficie, traduciendo su experiencia en clave espiritual, le dijo a su acompañante:

– Hemos subido al cielo desde el infierno. Todos tendríamos que pasar por ahí y ver el contraste, para comprender mejor la vida.

Y recordando a los mineros, que acababa de ver trabajando como “topos humanos”, añadió:

– Estos señores tienen que ir al cielo.

El 20 de mayo de 1997 el señor obispo de León, don Antonio Villaplana, se acercó a la villa siderúrgica y minera de Ponferrada. Había muerto, aplastado por una máquina, el minero Faustino Senra Barrientos. Trescientos trabajadores decretaron paro, en señal de duelo por la muerte de su compañero muerto.

El señor obispo, ataviado con mono azul y casco, descendió al interior de un pozo de Villager de Laciana. Palpó la realidad y dijo en voz alta:

– Desde aquí se comprende mejor este trabajo.

Podéis comparar, sin esfuerzo, la doble visita a un pozo minero, y la doble reacción ‘.111te lo visto, de un humilde escolapio, llamado P. Pedro, y de don Antonio Villaplana, obispo de León. Sin olvidar, por añadidura, que entre ambas visitas y reacciones han pasado cuarenta y dos años.

Lo de Santurce, en 1956, tuvo aire marinero y mariano. Fue la tarde del 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen. Ya se sabe que cuando se trata de su Patrona, la Cofradía de Pescadores echa la casa por la ventana. Procesión por las calles que bajan al puerto. Los bogadores de la trainera hacen escolta a la Virgen con sus remos en alto, el clero y el Ayuntamiento detrás. Cánticos y rezos. Y procesión por el mar: en la lancha que lleva la imagen engalanada de la Virgen, los bogadores y los sacerdotes; haciendo escolta, remolcadores, vaporcitos de recreo, motoras, balandros...

En un punto prefijado se detiene la procesión, las embarcaciones forman círculo alrededor de la lancha, el párroco reza un respondo, bendice una corona de flores y la depositan amorosamente sobre las aguas.. Es el homenaje a los hombres que han perecido en el mar. Antes de regresar, un coro inmenso, que brota de la megafonía marinera y es respondido desde el muelle por la multitud reunida, canta la Salve.

A la Salve añadiría yo los versos, teñidos de súplica y plegaria, que escribió en sus Pastorales Juan Ramón Jiménez:

¡Virgen del Carmen, que estén siempre en tus manos los remos, que, bajo tus ojos, sean dulce el mar y azul el cielo!

El P. Pedro pasó esa tarde, sobre las aguas y acompañando a la Reina del mar, uno de los momentos más felices de sus vacaciones. Le habían prestado un roquete en la parroquia. Mezclado entre el clero, pudo honrar con su silencio, con su oración y sus cánticos a la Virgen. Pidió por los marineros, atrapados por la galerna, por su madre y por sí mismo. Que no en vano la había elegido como protectora de su vocación escolapia: Pedro Díez de la Virgen del Carmen.

ULTIMA COMUNIÓN DEL SEÑOR DOMINGO

Aquella unidad familiar de Venta de Baños, la fue deshilvanando el tiempo. Beatriz, tras ejercer de maestra en un colegio privado de Venta de Baños, ingresaba el 4 de mayo de 1940 en el noviciado que las Hermanas del Santo Angel tienen abierto en el barrio madrileño de Carabanchel Alto. A Manolo, ya se vio, le llamó la muerte en las heladas trincheras de Rusia. Y esta muerte, o mejor, el telegrama aquel que trajo la noticia de la muerte, fue para Domingo anuncio de un encuentro cercano. Tiró todavía cuatro años entre la esperanza y la melancolía, heridas en la médula salud e ilusión.

Aprovechando el buen tiempo del mes de mayo, Josefa, Eulalia y Petrita se fueron de excursión a Zaragoza. Para conocer mundo, para ver a la Virgen del Pilar y para pasar algunos ratos con su hermano Pedro. Todo redondo, hasta que sonó el teléfono:

– Padre Pedro, que le llama su madre

Sí era su voz, dulce y angustiada. El enfermo está peor, bastante peor. Sin prisas, pero os queramos cerca a los cuatro. El P. Pedro dejó sus pequeños en manos del ayudante, las tres hermanas olvidaron su excursión, y a la mañana siguiente estaban los cuatro junto al lecho del padre enfermo. Los familiares llenaban la casa. Desde Dueñas habían llegado los primos.

Pero estos hijos... Sonrió al verlos. Estaba bien preparado para morir y encontrarse con el Amor.

Sin pérdida de tiempo, Pedro administró a su padre los últimos sacramentos. La Unción santa que mitiga los dolores: “Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo”. Y fue trazando la señal de la cruz con el óleo consagrado en la frente, en las manos, en los pies... Y el Viático para el camino: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Parecía que se había detenido el tiempo. Pero habían pasado diez años desde la otra comunión en la iglesia de Santa Rosa de Lima el 15 de agosto de 1937. Aquella fue la primera comunión que le dio el hijo sacerdote. Esta es la última que recibe del hijo sacerdote. Bendito sea Dios: “El mismo te guarde y te lleve a la vida eterna”.

Y se durmió en el Señor, cuando sonaban las campanadas de las dos de la mañana del 23 de mayo de 1947, cuando faltaban solo dos días para celebrar en familia su seguro ascenso a jefe de tren, con trabajo más llevadero y mejor sueldo.

El P. Pedro presidió la mañana siguiente los funerales, y dio sepultura al cadáver en el cementerio de Baños de Cerrato. Tenía Domingo 59 años, gastados en el trabajo y en el amor entrañable a su esposa y a sus hijos.

El 23 de mayo cayó en viernes. El entierro en sábado. El P. Pedro ocupó este fin de semana en acompañar a las mujeres que quedaban solas en la casa. Así lo entendió él:

– Ha sido un consuelo muy grande para mí poder estar estos críticos momentos al lado de mi madre y de mis hermanas.

No lo sabe Usted bien, Padre Pedro. Mire si sería delicada su presencia, que sus hermanas siguen recordando textualmente la frase que pronunció. Porque si para Usted fueron motivo de gran consuelo aquellas horas,, para ellas y para la madre fueron un regalo del cielo. Nunca mejor dicho.



Toda la familia reunida. El P. Pedro, la madre y las cuatro hermanas: Petrita y las religiosas Hermana Eulalia, Sor Beatriz, Sor Bernarda, que en familia siguió llamándose Josefa.

GRADEFES

Dos años después, 1949, Eulalia deja su taller de Venta de Baños e inicia su noviciado con las Hijas de Madre Ráfols en Zaragoza. Quedan en la casa la Sra. Carmen, Josefa y Petrita. Pero también Josefa se mete monja el año 1960 en el monasterio cisterciense de Santa María la Real de Gradefes, en el reino y provincia de León, para llamarse en adelante Sor Bernarda. El P. Pedro la siguió llamando Josefa. Y cuando pronuncie sus Votos, definitivos y solemnes, el 12 de octubre de 1962, le envía su felicitación en esta carta entrañable, que copio textualmente:

Pax Christi.- Colegio de Escuelas Pías.- Mi querida hermana Josefa: Desde hace unos días nos encontramos en plenas vacaciones con motivo de las fiestas del Pilar, ocasión que aprovecho para hacer mis ejercicios, que el pasado verano por una cosa o por otra no pude realizarlos. Esta carta es lo último que hago, e inmediatamente comenzaré mis ejercicios hasta pasado el Pilar.

Esta vez sí que nos uniremos más espiritualmente en este tu día, que para siempre te consagrará al Buen Dios con la Profesión Solemne.

Con todo el fervor le pediré al Señor, y a nuestra Hermosa Madre en el día de su fiesta, que llegues a ser una santa Religiosa, y que el fervor que estos días te acompaña lo conserves constantemente, para servir a Dios. La santa perseverancia es la virtud que nunca debemos dejar de pedirle al Señor.

Me uno a las felicitaciones de la Comunidad, de la Madre, de Petrilla, y de tus amistades, que todos te desearan la misma dicha.

Le dices a la Rda. M Abadesa que el E Honorio ya me remitió las 8.000 pesetas desde Osera, y las Misas serán aplicadas según sus intenciones.

Mi felicitación también a la Rda. M Abadesa, en su fiesta. Un abrazo de tu hermano, que nunca te olvida en la Santa Misa.- Pedro.

El P. Pedro sigue viajando a Venta de Baños. Recoge a su madre y a Petrita y se van a Gradefes, pasando por Pampliega. Gradefes será en

adelante punto final para el verano. Porque a Bernarda le impiden las rejas de la clausura salir de su monasterio. Si ella no puede venir, hay que ir a verla. Hasta Sevilla fue, cuando a su hermana la llevaron del Esla al Guadalquivir.

Volvió enseguida a Gradefes y allí sigue. Y allí he tenido que ir yo, para sonsacarles, a ella y a dos de sus amigas, recuerdos del P. Pedro.

Os cuento, antes de que empiecen a dialogar, dónde está el pueblo y cuál es la historia de su monasterio.

En la orilla derecha del Esla, y a 30 kilómetros al norte de León, se asienta Gradefes, “en terreno llano, buenas aguas potables, clima templado, húmedo y no muy sano” dice Pascual Madoz en su Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico España. Según Madoz, en 1847 la villa tiene 430 vecinos, 1.935 almas y una parroquia, dedicada a San Adriano, servida por un cura de segundo ascenso y presentación de Su Majestad en los meses apostólicos y en los ordinarios de la abadesa y religiosas de San Bernardo del convento de Santa María...

Las almas han ido subiendo y bajando al compás del péndulo en el reloj del tiempo. El censo de 1910 concede a Gradefes 4.680 habitantes, el de 1920 los reduce a 4.573, y en nuestros días apenas suman 300.

Y en las bellezas de Gradefes se fijó doña Teresa Petri, viuda de don García Petri y hermana de Rodrigo Pérez, sobrenombrado de Sanabria, para fundar un monasterio cisterciense y gobernarlo como primera abadesa. Trajo las primeras monjas desde Tulebras, en Navarra. Y la nueva comunidad monástica empezó a cantar las alabanzas del Señor en Gradefes el año 1168.

Tan bien cantaron, que pronto se llenó el monasterio de vocaciones jóvenes y pudo fundar otros nuevos: el de Santa Colomba de las Monjas en la provincia de Zamora, y el de Otero de las Dueñas en las riberas del Luna. En diciembre de 1880 buscan refugio en Gradefes las monjas del monasterio asturiano de Avilés. Dos años después regresan a Gradefes las últimas monjas de Otero. Ambas comunidades se habían quedado a la intemperie tras los desafueros de la Desamortización.

El monasterio es inmenso. Uria cerca de cal, canto y ladrillo rodea el recinto. No me detengo en descripciones y recuento de joyas artísticas. La iglesia, la sala capitular y el claustro son de los siglos XII–XIII. El archivo de la comunidad guarda cantoriales con letras miniadas, pergaminos medievales y un Tumbo del siglo XVI, que vale por mil legajos. En el museo hay cuadros, estatuas, piezas de orfebrería... de notable calidad. Si yo pudiese llevarme un recuerdo de Gradefes, con permiso de la Madre Abadesa me traería su Virgen gótica del siglo XIII.

Pero el tesoro máspreciado del monasterio son sus monjas, que trabajan, rezan y asimilan amorosamente la lectio divina. Diecisiete he contado esta mañana en el coro...

Demos la palabra a Sor Bernarda, que cuando se trata de su hermano Pedro...

Que_ hable, que hable. Ya cortaremos nosotros los paréntesis. Y habla:

Fue muy fiel. Vino todos los años a visitarme... Solo dejó de venir a verme cuando enfermó. Incluso hizo el sacrificio de irme a ver a Sevilla los tres años que estuve destinada en el monasterio cisterciense que tenemos allí. Siempre iba acompañado de mi madre y de mi hermana Petrita.

Lo primero que hacía cuando llegaba era preguntarme si había enfermas, si venían los médicos, si tenían lo necesario para vivir... Le hacía mucha ilusión entrar en la clausura a dar la comunión a las enfermas. Nos celebraba la misa con mucho fervor.

Era alegre, las monjas le recibían con mucha ilusión y era un gozo oírle contar las anécdotas de sus pequeños...

Recuerdo que nuestra madre Abadesa, M. Pila Sandoval, ya fallecida, le pidió oraciones por una enferma grave. Impresionó la respuesta espontánea de mi hermano: "Ahora no. Cuando comience el curso con los niños sí haremos oración, el Señor siempre escucha a los pequeños". Y la enferma mejoró.

Algunas monjas querían confesarse con él, pero se excusaba diciendo: “No tengo permiso”, pero en el fondo creíamos que lo hacía también por humildad...

Gracias, Sor Bernarda.

En el locutorio se encontraba todos los años el P. Pedro con personas que acudían al monasterio a visitar a las monjas de su familia, o a cumplir algún encargo. Llegaron a intimar. Y el diálogo, en pregunta y respuesta, se hizo fumoso. Por la respuesta, claro:

– ¿Qué, P. Pedro, otra vez por aquí?

– Sí, vengo a ver a mi hermana una vez al año... como San Benito.

El convento de Gradefes es un mundo, por su grandeza y sus necesidades– Las monjas necesitan capellanes, monaguillos, mandaderas. El convento, carpinteros, electricistas, albañiles. Y monjas y convento, amigos, muchos amigos, que vienen a rezar, a echar una mano, a traer las últimas noticias, a preguntar por la salud de la comunidad.

Me dice Josefa Puente, que su marido Juventino era albañil, buen albañil, y “trabajaba mucho en el convento”. Cuando se acercaba el nacimiento de un hijo, pedía oraciones a las monjas. Y Sor Bernarda, pícara ella, a las oraciones añadía un deseo:

– El niño será mi sobrino

Conocieron al P. Pedro en 1953 y todos los años, cuando llegaba, una visita breve pero obligada era para la familia Bascones y los sobrinos, “que si lo eran de su hermana lo eran también suyos”. Les traía y repartía “cosillas”: libritos, estampas, caramelos. Nadie de la casa se perdía las misas de aquellas mañanas, atraídos por el fervor y la voz del P. Pedro. Y terminada la misa, subía “a los dos varones, no a la niña María Isabel”, al locutorio, y les ponía filminas. los niños le acompañaban después a casa de don Agustín y doña Victoria, la farmacéutica, que habían sido padrinos de profesión de M. Bernarda. Y no sé si sabrá Usted, añade Josefa, que esta señora fue a Zaragoza “cuando la medalla del trabajo”.

Ahora Josefa está sola en Gradefes. Murió su esposo Juventino. Sus tres hijos progresaron y emigraron. No es rica, pero vive en paz, porque está segura de que no les faltará nunca la bendición del P. Pedro.

Con Josefa ha venido Perfecta Fernández, sobrina de don Filiberto Fernández, que fue capellán del monasterio desde 1951 hasta que se quedó ciego. Murió en 1985.

El P. Pedro se hospedaba en el convento y, sin pérdida de tiempo, se acercaba a saludar al capellán. Los dos “combinaban las misas”, que era tarea sencilla. Filiberto le pedía al P. Pedro que celebrase la misa conventual mientras durase su visita. La celebraba y la cantaba “con tal, fervor y tal voz”, que don Filiberto se preguntaba en voz alta:

– ¿Pero de dónde saca un hombre tan pequeño esa voz tan potente?

Y no era solo la voz lo que impresionaba a don Filiberto. Le veía siempre austero y recogido, metido en el convento. Nada de paseos ni turismos “como otros frailes, incluso cistercienses”. Y cuando ya se había ido el P. Pedro, le decía a su sobrina Perfecta:

– Mira, ese Religioso no se parece a los demás frailes. Necesitamos sacerdotes así, de cuerpo entero, que con su ejemplo enseñan a los fieles a vivir como cristianos.

Llegada la hora de la despedida, la entera familia Bascones acompañaba al P. Pedro desde el convento, cruzando el puente sobre el Esla, hasta el “Cruce de la Alegría”, un hostel que luce ese título en el encuentro del ramal de Gradefes con la carretera general. Aquí montaba en el autobús, en León pasaba al tren, y vuelta a su colegio de Zaragoza.

CAPÍTULO 10

CON SU PRESENCIA TRANSMITÍA PAZ

Pocos días, pero suficientes para reponer fuerza y cambiar de ambiente. Ha podido abrazar a los suyos, ha estado en Pampliega en Venta de Baños, en Dueñas, en Burgos, en Sevilla, ha paseado sobre el mar, ha penetrado en lo hondo de una mina, ha bendecido matrimonios, ha bautizado a niños y niñas, ha sembrado semillas de paz, ha ganado amigos, ha perfeccionado, junto a su madre, la difícil lección de acariciar el rostro de los pobres...

En el colegio le esperan los alumnos y una mies abundante, donde poder ejercitar su doble vocación de maestro y sacerdote.

No hará dicotomías con esa vocación. Sacerdote y maestro, maestro y sacerdote a la vez, todas las horas del día, a ritmo trepidante y año tras año, hasta que la hermana muerte venga a llamar a su puerta. Ya lo veréis.

LAS 24 HORAS DE UN DÍA

Debemos empezar por aquí, reproduciendo una página limpia, que manifiesta con la frialdad de sus datos el horario de trabajo de un día cualquiera.

Se levanta invariablemente el P. Pedro a las cinco y media, cuando cantan los gallos, media hora antes que el resto de la comunidad. De su ha-

bitación al Oratorio, para hacer la meditación. A las siete abre las puertas de la iglesia, desde que se ha hecho cargo de ella en agosto de 1943. Recoge a los monaguillos para que no pasen frío, y a las siete y media celebra para los fieles la primera misa. Atiende a las personas que entran en la sacristía y anota las intenciones de misas, suplente a los que fallan y, con frecuencia, debe celebrar otra misa en alguna capellanía. Terminadas las misas, acompaña a sus monaguillos al desayuno.

En clase a las nueve, hasta el mediodía. Como todavía está en ayunas, aprovecha un respiro en el recreo –“no estaba más de cinco minutos”– para tomar un ligero desayuno, un tentempié que le mantenga sus energías por unas horas. Completa el trabajo de la mañana, acompañando a la fila de niños hasta sus casas, ordenando la sacristía y visitando rápidamente a algún enfermo.

Come parcamente en la cantina, mientras dirige en la mesa a los monaguillos y a los niños pobres. Otra vez la escuela, otra vez la fila. Quedan unas horas de apostolado con los pobres y enfermos del barrio. Si puede –algunas tardes puede– escucha en una cinta clásica, la romanza de una zarzuela, un par de jotas. A las ocho, la oración comunitaria en el Oratorio. Cena, recreo en la quiete, otra vez en el Oratorio rezo final del día y confesiones de los alumnos internos, ya en su habitación preparación de las clases del día siguiente. Y a las once y media en la cama.

Duerme, dicen sus compañeros de colegio, “seis horas”.

Cuando podía... Porque si toca vigilia de la Adoración Nocturna, o le llaman de casa de algún enfermo grave, ni seis, ni cuatro... Y hasta noches hubo, más de cuatro, más de seis, que se las pasó de claro en claro.

Añadid a este programa, el cumplimiento de sus devociones personales y el rezo completo del Breviario.

Se comprende la extrañeza de un compañero de escuela:

– No sé de dónde sacaba horas para atender a las filas, estar con los monaguillos, dar clases, cuidar en el comedor de los pobres... Y nunca se quejaba, ni siquiera daba muestras de cansancio.

Y un exalumno suyo, socio constante de la Adoración Nocturna, añade:

– Lo cierto es que llegaba a todos y a todo, eso sí que lo he comprobado a lo largo de los años que estuve cerca de él.

CLERO MENOR EN ACCIÓN

Hay que reconocer que el mundo ha dado un vuelco en pocos años. De las nanas de la cebolla han pasado los niños a las máquinas de marcianitos. Las iglesias, la liturgia, hasta las palabras y las vestiduras han cambiado. Más que celebrar se concelebra. No hacen falta tantos altares. Y aquellas sacristías monumentales, embellecidas con cuadros y espejos en las paredes, enriquecidas con mesas de maderas preciosas, que llevaban incrustaciones de otras preciosas maderas y hasta láminas de mármoles multicolores, son ya objeto de turismo.

La iglesia del Colegio Escuelas Pías la mandó construir el arzobispo Tomás Crespo de Agüero, de acuerdo con los escolapios, para que sirviese de lugar de oración a los alumnos y profesores. El arzobispo se la dedicó a Santo Tomás de Aquino. Los escolapios, por las mismas fechas, pusieron a la Virgen de la Portería en un altar lateral, y cuando beatificaron y canonizaron en Roma a San José de Calasanz le construyeron otro altar en el crucero del templo.

Del Doctor Angélico y del Santo de Peralta no hace falta que os hable, pues de sobra os conocéis sus vidas. Lo de la Virgen de la Portería es otra historia. Resulta que apareció por Zaragoza, allá por el año 1731, un fraile franciscano, llamado Fray Luis de San José. Venía de Madrid. Vio la pobre vivienda y el trabajo sorprendente de los escolapios, les profetizó que tendrían pronto mejor casa y les prometió como regalo y protectora, una imagen de la Virgen de la Portería. Llegó la casa en forma de colegio e iglesia y llegó la Virgen, pintada sobre lienzo en el misterio de su Inmaculada Concepción.

Ya tienen, pues, alumnos y profesores en su iglesia un doctor, Tomás de Aquino, un maestro, José de Calasanz, y una madre, la Virgen de la Portería.

La iglesia fue adquiriendo prestigio y renombre, la sacristía pequeña se estiró y ensanchó, y los altares, que eran pocos para tantos sacerdotes, se multiplicaron. Y así tenemos que dentro del mismo edificio hubo que construir dos Oratorios, como dos iglesias pequeñas. Un Oratorio en el segundo piso para los rezos de la comunidad y las misas dominicales de los alumnos vigilados. Otro Oratorio, llamado de Colegiales, en la planta baja, amplio y hermoso, para los alumnos internos y otras ceremonias: primeras comuniones, retiros, casamientos...

Al P. Pedro le toca regular y dirigir el movimiento de este triple dispositivo espiritual. Y para que funcione a satisfacción y sin estridencias, necesita la ayuda del clero menor. Porque el clero mayor suma cincuenta o más sacerdotes, que deben celebrar la misa todas las mañanas y a sus horas fijas. Hay altares en la iglesia principal, en los dos Oratorios, en el coro del Oratorio de Colegiales...

Y ya sabéis que los escolapios, del altar a la clase, siempre deprisa.

Se podían dar casos extraordinarios, y se dio muy sonado en diciembre de 1956. Para participar en la Asamblea Pedagógica llegaron a Zaragoza cien escolapios desde todos los rincones de España. Se celebró la Asamblea en el colegio Escuelas Pías y pensando en las misas que celebrarían los asambleístas, “se prepararon 22 mesas de altar en la sala de estudio de los vigilados”. Entre el 29 de diciembre y el 4 de enero de 1957, los altares de la iglesia y de los oratorios y las 22 mesas de altar de la sala de vigilados sintieron durante las primeras horas de la mañana los rezos latinos de los sacerdotes y el canto cristalino de las campanillas en los momentos de la consagración. Todo funcionó con precisión matemática y dignidad litúrgica. Los asambleístas felicitaron al P. Pedro por su presencia y el difícil servicio multiplicado. El P. Pedro agradecía sonriente las felicitaciones, pero matizando que todo el mérito se debía a sus monaguillos...

Una catedral, podéis creerme, resultaba menos complicada que este colegio Escuelas Pías de Zaragoza. Porque, además de las misas, se celebran aquí muchas bodas de exalumnos, algún raro bautizo de hijos de exalumnos, y funerales de vez en cuando, que también los escolapios tienen derecho a morir y descansar después de tantas fatigas. Sumad todavía ciertas funciones solemnes: canta misas, novenas, primeras comuniones...

Ya véis cómo los monaguillos resultan imprescindibles, o mejor, resultaron imprescindibles, hasta que el Concilio trajo aires más frescos y se instaló en los templos un nuevo estilo.

El P. Pedro se planteó el problema. Monaguillos había, pero ni el número era suficiente, ni la calidad era perfecta. Él los quiere, desde el principio, listos, limpios, puntuales y bien dispuestos. Ser monaguillo es un honor. Eligió, seleccionó, completó la cuota. Doce le pareció el número perfecto para un día corriente de la semana, pero subieron a catorce, y cuando apretaba el trabajo por alguna circunstancia extraordinaria, llegó a tener dieciocho.

Deben servir a Cristo en la persona del sacerdote y a la Iglesia santa ante su altar. Les vistió de sotana roja y sobrepelliz, como cardenales de la basílica de San Pedro... en tono menor, ya se entiende. Pobres o ricos era lo de menos. Aunque “preferentemente pobres” como lo dejó escrito Calasanz, Que la humildad es hermana de la verdad y el dinero rompe recatos. Y una vez bien adiestrado el ejército, –que debía entre otras cosas saber latín, entender el mensaje de los símbolos y practicar religiosamente los gestos– lo enviaba todas las mañanas desde la gran sacristía a los numerosos altares.

Aunque el maestro era ejemplar y sagrado el oficio, los monaguillos son niños y la picaresca nace y se propaga como la cizaña en un trigal. Saben latín, y cuál es la hora más conveniente, y qué cura celebra la misa en menos tiempo... Saben latín y aprendieron pronto que también el P. Pedro domina el latín y fue monaguillo antes que fraile.

Se hicieron mayores y dejaron colgados en la sacristía la sotana y el roquete blanco. Han pasado los años y ahora recuerdan con nostalgia aquellas primeras horas del colegio, las delicadezas del P. Pedro, su cercanía personal, el interés por sus problemas y la situación de la familia, su ayuda directa para que fuesen los primeros de su clase, aquellos desayunos y comidas cuando él bendecía la mesa. Y, sobre todo, su misa, que era única, siempre en el altar del Pilar. La celebraba con total naturalidad, tranquilo, sereno, devoto, muy concentrado. Destacaban en sus gestos y palabras la unción, el recogimiento y el fervor. Ahora recuerdan y confiesan orgullosos:

– Todos queríamos ayudar la misa del P. Pedro, era como un honor.

SECUESTRADO POR LA GUARDIA CIVIL

Una anécdota puede explicarlos, mejor que muchas consideraciones, el interés constante del P. Pedro por sus monaguillos. Os la conté por extenso en la revista de los exalumnos. La encabezé con este título: “Cuando la guardia civil secuestra a un monaguillo del P. Pedro”.

Os la vuelvo a contar, pero en breve.

El chico se llama Juan Manuel González Soria, Manolo para los amigos, entonces y ahora. Porque ahora es profesor del Colegio Escuelas Pías de Zaragoza y entonces formaba parte del batallón de monaguillos ensoñados del P. Pedro. Manolo recuerda con total precisión los nombres de los padres del colegio, pero pone especial cariño cuando pronuncia el del P. Pedro. Le ayudó a misa durante muchos años. Con él aprendió catecismo, latín y a ser hombre. El P. Pedro le dio la primera comunión...

Eran los años difíciles después de la guerra. La Iglesia de Zaragoza había montado unas colonias escolares en Canfranc, que dirigían las Hijas de San Vicente de Paúl. Subir al Pirineo y disfrutar quince días en Canfranc era el regalo apetecido por los monaguillos del P. Pedro, con el curso aprobado, y si no ocurría algún imprevisto en el último momento.

Esto le sucedió a Manolo en julio de 1952. Todo en orden la víspera de partir, pero tropezó en unas tablas del patio y sintió que un clavo le atravesaba el pie. Más que el dolor, le aterrorizó la imagen de una posible inyección contra el tétano. Apretó los dientes, calló el percance, montó en el tren en Zaragoza y descendió horas después en Canfranc.

El P. Pedro, que organizó al detalle las vacaciones de sus monaguillos, los despidió en la estación y se quedó en Zaragoza. Pero alguien debió soplarle el lance de Manolo. Gozaba de reflejos privilegiados el P. Pedro cuando corría peligro la salud de alguno de sus chicos. Qué resortes tocó nadie lo sabe. Pero unas horas después de instalada la colonia, apareció una pareja de la guardia civil y ante el asombro de las Hijas de San Vicen-

te, secuestró a Manolo y se lo llevó a sus dependencias. ¡Adiós vacaciones, adiós amigos, a Zaragoza otra vez!

Pues no. Tenía la Benemérita montado un botiquín en toda regla. Y un caballero de bata blanca sentó en un taburete a Manolo y delicada, muy delicadamente, le fue metiendo en el cuerpo la temida inyección tetánica, mientras le preguntaba con cierta pizquita de sorna si conocía a un tal Padre Pedro Díez, maestro y sacerdote escolapio. Y Manolo cantó la verdad toda la verdad, sobre el bendito Padre, su método de lectura, sus monaguillos, las tablas del patio y el clavo en el pie...

El regreso a Zaragoza fue bullicioso. Y muy feliz. El P. Pedro esperaba sonriente a sus monaguillos en la estación, con una bolsa de caramelos en la mano.

CANTINA ESCOLAR

En 1910 se realizaron algunas mejoras en el colegio. Las enumera con detalle el cronista P. Santiago Capapey. Entonces “se hizo un hermoso comedor para los niños pobres... Lo estrenaron los niños de la primera Comunión de las Escuelas gratuitas el primero de mayo, pero la verdadera inauguración no la hicieron hasta el cinco del mismo mes. Cincuenta niños de los más pobres de las Escuelas gratuitas, y que había determinado el Rdo. P. Rector, ansiosos esperaban el que la Rda. Comunidad saliera del refectorio para entrar ellos a comer. A la una aproximadamente, estando el P. Rector y varios otros Padres de esta Comunidad y algunos señores de fuera, comenzaron a entrar los niños y se colocaron en unos hermosos bancos con pies torneados delante de unas mesas de mármol, tomando una servilleta nueva y cubierto también nuevo (regalo de don Joaquín Orús; las servilletas, 100, regalo del Muy Ilustre Señor Don José Pellicer) con vaso de porcelana, y esperando la succulenta comida, que se les sirvió con principio y un pastel. Dadas gracias al Señor, se retiraron sumamente contentos y satisfechos”.

He querido copiar este párrafo del libro de Crónicas, porque relata en su sencillez el principio de uno de los capítulos más gloriosos de la centenaria historia del colegio. Don Joaquín Orús, rico industrial, y don José Pellicer, muy ilustre canónigo del Pilar, habían estudiado en las Escuelas

Pías. Era Rector en esas fechas el P. Agustín Narro, que dirigió el colegio entre 1909 y 1915.

La cantina escolar empieza a caminar con buen pie. Y siguió su trayectoria sin interrupción. Porque pobres hubo siempre en Zaragoza y el colegio educaba gratuitamente a más de seiscientos. Terminada la guerra civil, crecieron los pobres y se encargó de dirigir la cantina el P. Pedro. Y pronto le imprimió su sello. El comedor se embelleció y ensanchó. Él acompaña a sus monaguillos a desayunar, terminado el servicio de misas y antes de comenzar las clases. Al mediodía junta monaguillos y cantineros y come con ellos. Y como ellos; Las frutas y otras golosinas que le regalan por las calles son para estos monaguillos. Y con cierta frecuencia, recuerda uno de ellos, de tanta la comida les regala su postre.

En alguna ocasión quiso que los exalumnos se acercasen a ellos y les obsequiasen. Habían celebrado los exalumnos su asamblea anual el 31 de diciembre de 1950 “en un ambiente de encendido entusiasmo”: comunión general, desayuno, sesión académica para aprobar el proyecto de creación de escuelas de orientación profesional, comida de hermandad y a las cuatro de la tarde sesión de cine.

Y de los pequeños y pobres ¿qué? Al día siguiente, 1 de enero de 1951, “los niños de la cantina escolar y ‘los monaguillos fueron obsequiados con una comida, que les fue servida por los exalumnos, preferentemente los de la Conferencia Vicentina. También se les obsequió con una sesión de cine”. Lo escribió el cronista, que ahora se llama Moisés Soto, y que añade: “Fue un acto altamente simpático por su significación”. Ya lo creo: ningún acto más simpático para estrenar el Año Nuevo.

Testigos de aquellas comidas, recuerdan con total precisión la escena diaria.

José Ignacio Martín dice:

– Comía con ellos, vigilando que se comiesen todo para estar bien alimentados.

José Urchaga anota detalles de santa generosidad. Familias que pasaban dificultades económicas dejaban a los niños en el patio para que el P.

Pedro les diera de comer. Que esto de la hambre, añadido yo copiando a Cervantes, hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa. Y como la necesidad tiene cara de hereje, veces hubo en que una madre le confesó llorosa al P. Pedro no poder inscribir a su hijos en el colegio por ser pobres de solemnidad. En estos casos, cuando alguna familia pobre le presentaba algún problema, su respuesta era inmediata:

– Tráigamelo, comed aquí.

Y Manolo, el secuestrado en otro tiempo por la Guardia Civil, confiesa:

– El P. Pedro nos acompañaba siempre. Incluso los sábados y domingos comía con nosotros. No delegaba en nadie, él tenía preferencia por los más pobres.

No vayáis a pensar que la cantina del Colegio Escuelas Pías era única en Zaragoza. Por los años sesenta funcionaban también en unas diecisiete escuelas estatales. Pero comparando la cantina escolapia con las diecisiete cantinas restantes hay que anotar un par de diferencias.

Primera: que para el funcionamiento de las cantinas estatales, el Apuntamiento aprueba, año tras año, en sus presupuestos una partida de un millón largo de pesetas, a las que añade Madrid otras cien mil, mientras que la cantina escolapia se mantiene con los únicos y suficientes dineros que ahorran los religiosos.

Segunda: buena y suficiente comida en todas las cantinas estatales y escolapia, pero mientras en las primeras atienden a los niños unas señoritas de bata blanca, que ayudan, cobran su jornal y tienen prisa, en la cantina escolapia está el P. Pedro que bendice la mesa, come con los niños y hasta les regala el postre algunas veces...

Durante el curso 1964–65, siendo Rector del colegio, quise comprobar personalmente cómo andaba la cantina. Dejé un día de presidir la solemne comida de la comunidad, con su larga bendición latina y la lectura desde el púlpito, y me fui de fiesta a comer con los niños pobres.

Me esperaba el P. Pedro. Los niños en fila silenciosa, delante de las mesas. Bendijo con la misma sencilla y breve fórmula que recomendaba a

sus alumnos para cuando estuviesen en casa. “Bendice Señor estos alimentos que vamos a tomar”. Un Avemaría y Gloria, rezados a coro. Recomendó algunas normas precisas de urbanidad y comenzó la comida, de la misma cocina de los Padres y servida por los mismos muchachos.

El P. Pedro se sentó a mi lado, pero apenas duró unos minutos en su asiento. Iba y venía, ayudando, animando. Comimos los dos los mismos platos y el mismo postre de los niños. Mejor comí yo, porque él comió de milagro, sin perder la sonrisa doblemente feliz, porque aquel día nos honraba con su visita el P. Rector a los comensales de la cantina.

Tampoco a mí se me ha borrado de la mente la fotografía, aquel medio-día. La comida era suficiente y bien condicionada. El ambiente, familiar. Los niños contentos. Y el P. Pedro, al final, recogido y en acción de gracias: “Te damos gracias Señor por los dones que hemos recibido”. Otra vez el Avemaría y Gloria, recitados con devoción juvenil. Desde el comedor al patio. Y el P. Pedro con ellos, con sus niños pobres.

La cantina, que cambió de nombre para llamarse comedor escolar, siguió abierta hasta que llegaron a Zaragoza los años de bonanza. Cuando ya la mirada del P. Pedro se empezaba a nublar con las primeras sombras de una enfermedad irreversible.

CONFERENCIA VICENTINA

La Asociación de Exalumnos del Colegio Escuelas Pías, impulsada por el Rector de la Universidad de Zaragoza doctor Antonio de Gregario Rocasolano en febrero de 1931, brotó con nueva fuerza el 5 de febrero de 1944, asesorada por el P. Rector Angel Aznar. Del robusto tronco de la Asociación brotaron pronto dos ramas apostólicas: la Conferencia Vicentina de San José de Calasanz y un Turno de la Adoración Nocturna.

La Conferencia Vicentina de San José de Calasanz nació a la vida el 17 de febrero de 1946. Desde esa fecha hasta el día de hoy no ha dejado de reunirse todos los domingos, a las 11,30 de la mañana, en una de las dependencias del colegio. Adscrita a la Sociedad de San Vicente de Paúl, ha desarrollado en estos 54 años de existencia una labor asistencial envidiable.

En los primeros años, hasta que encontró su camino y los dirigentes expertos para orientar su recorrido, pasó sus apurillos. Socorría, desde los primeros días a más de 40 familias pobres del barrio de las Delicias (lado izquierdo), demarcación que les ha sido señalada por el Consejo Local”– Eso escribe su fundador, P. Angel Aznar, en el libro de Crónicas del colegio. Pocos años después se encuentra con déficit, porque los buenos deseos superaban a los escasos dineros. Don Gregorio, Soriano le hizo una donación fuerte, que de momento solucionó el problema económico. Pero como asegura el nuevo cronista, la Conferencia adolece de vicio de origen. La mente de la mayor parte de los miembros era la creación de una sección de caridad dentro de la Asociación de Exalumnos, pero la opinión de alguno de los miembros, influenciado por el presidente de las Conferencias, se impuso... y hoy, después de dos años y medio de funcionamiento, se ve en la dura precisión de apuntalar constantemente una obra que tiende al desmoronamiento”.

Redujo su radio de acción, pero permaneció atrapada en la red del querer y no poder. Continúa el mismo cronista: “ En el mismo Domingo de Pasión –22 de marzo de 1950–, por dimisión del tesorero de la Conferencia Sr. Miguel Olleta, y por iniciativa del P. Rector, se llevó a cabo la reorganización de la Conferencia de San José de Calasanz. Ha venido asistiendo a 30 ó 35 familias, cuando los ingresos no dan más que para unas 15 familias y para responder de la cuota correspondiente a 9 niños del Asilo–Cuna, que asciende a 20 pesetas mensuales por niño. Fue aprobada esta propuesta e inmediatamente se implantó la reducción de socorridos que las circunstancias imponen...”

Conviene advertir que cronista y Rector son la misma persona desde 1946: P. Moisés Soto, hombre inteligente, objetivo en sus juicios y decisiones, y animador entusiasta de las obras sociales y religiosas que desarrollan los Exalumnos.

Aún tuvo que superar otro obstáculo la Conferencia. En 1954 la preside don José Antonio Oliván. El domingo 24 de octubre propone a los socios, en nombre del Consejo Diocesano, que las Conferencias contribuyan con sus fondos a sufragar la estatua de San Vicente de Paúl, colocada en la fachada del Pilar. Se oponen los socios, que consideran que los fondos de su Conferencia están exclusivamente destinados a socorrer a las familias necesitadas. Reacciona el Sr. Oliván y propone una colecta entre los

socios, y le contestan que sí, con la condición de que se haga otra colecta para la estatua de San José de Calasanz, que está en el taller del escultor y debe adornar dentro de unas semanas la fachada de la basílica mariana.

El Sr. Oliván juzgó que los socios no tienen espíritu vicentino y renunció irrevocablemente a su cargo. Le sustituye en la presidencia don Miguel Olleta, “miembro destacado como ninguno y que ha aceptado con el más profundo espíritu escolapio”. Lo asegura el cronista, quien narra el episodio y conoce a fondo a los personajes.

¿Espíritu vicentino, espíritu escolapio? No hay contradicción. Y así lo entendieron los socios, que desde este momento serán fieles al idéntico mensaje de San Vicente de Paúl, de San José de Calasanz y de Federico Ozarán en sus reuniones semanales y en su ayuda a los pobres.

Esta ayuda a los pobres continuó ejerciéndose en las Delicias, parroquias de Santo Dominguito de Val, Nuestra Señora de Guadalupe y San Pedro Arbués. El balance que presentó la Conferencia en diciembre de 1968 es el mejor ejemplo de su seriedad y de la actividad caritativa que desarrolla. Copio:

Pesetas Distribuido en víveres	38.900
Pensiones de Colegios y Asilo de Cuna	954,50
Libros de estudio y folletos religiosos	697,05
Una Colonia Escolar en el Pirineo	500
Ayudas en metálico	1.571
Celebración de misas	60
Distribuido en ropas	1.810,10
Décimas al Consejo Local	1.346
Total	48.838,65

Y. añade que “el importe anterior lo ha satisfecho con las aportaciones que ha recibido de este Colegio y de las obras de apostolado en él establecidas, con las pocas subscripciones que tiene y con la colecta semanal secreta que se realiza los domingos entre los socios que asisten a la reunión”.

Hasta 1969 han sido consiliarios de la Conferencia los Padres Angel Aznar, Moisés Soto, Angel Pastor durante doce años y Luis María Bandrés.

Y fue precisamente en 1969 cuando se incorporó de lleno a la Conferencia el P. Pedro Díez.

Ha quedado vacante el cargo de consiliario. Trabajan con entusiasmo en la Conferencia tres exalumnos del P. Pedro: Angel Soterias, José Antonio Alcón y José María Sarasa. Y quieren al P. Pedro a su lado. Ellos conocen su temple religioso, su amor a los pobres y el prestigio de su nombre entre los exalumnos. Si el P. Pedro viene como consiliario, seguro que antiguos alumnos suyos se incorporarán a la obra...

Lo cuenta así José María Sarasa, que sigue siendo, en febrero del 2.000, presidente de la Conferencia:

Necesitábamos al sacerdote. Yo tenía muy buena relación con el P. Pedro, Como era tan fervoroso, me atreví a pedirle el favor. Sé que él estaba sobrecargado. Se celebraban muchas misas en la iglesia del colegio, le pedían favores, pero él desde el primer momento se prestó a asesorar la Conferencia. Nos acompañó siempre, comentaba el evangelio, rezaba las preces y permaneció fiel en este servicio hasta que enfermó.

Más exacto: hasta que murió. Porque estando enfermo, mientras pudo arrastrar los pies o encontró quien le llevase, no faltó a la cita. Y vosotros, los vicentinos, no quisisteis pensar en otro consiliario mientras él viviese.

Y sigue diciendo José María Sarasa:

Su ayuda espiritual era grande. Sus comentarios al evangelio eran muy sencillos, pero reflejaban la honda espiritualidad que vivía. Era un hombre de paz, muy agradable. Con su presencia transmitía paz.

Cedo ahora la palabra a otro vicentino ilustre, Luis Conchello, miembro fundador de la Conferencia, siendo mozo de solos 16 años. Que precise fechas y datos y... nos destape aquellas sabrosas migas del mes de febrero:

Pertenecí a la Conferencia Vicentina de San José de Calasanz... fui de los fundadores...Con el P. Pedro conviví desde 1969.

El P. Pedro era el consiliario. Asistía todos los domingos a la Conferencia a las 11,30. Dirigía los rezos, nos daba consejos y asesoramiento espiritual para tratar a los necesitados. Era muy humilde, pero sabía hacerlo muy bien. Celebraba la eucaristía por los fallecidos de la Conferencia, tanto por los asistidos como por los miembros y sus familiares.

En febrero, en el aniversario de la fundación, después de la Conferencia nos llevaba al comedor del colegio donde nos tenía preparadas unas migas con huevo y jamón. Era el obsequio que él nos hacía. Se le veía feliz y nosotros gozábamos mucho junto al P. Pedro.

Pero a Luis Conchello le impresionó, más que las migas con huevo y jamón, que ciertamente sabían a gloria en aquellas frías mañanas de invierno, el espíritu evangelizador y el limpio carisma escolapio del P. Pedro. Mirad cómo lo recuerda:

Me llamaba la atención cómo interpretaba el evangelio y las lecturas espirituales. Sabía darles su toque profundo. Él en su humildad, sólo quería preocuparse de la ayuda espiritual y evangélica que pudiéramos llevar a las familias. Nos decía:

–Llevarles la hoja parroquial llevarles el evangelio, el amor a María.

Evangelizar era su preocupación. De lo material, que era como pretexto para entrar en los hogares, de eso él no se preocupaba. Quería que lo hiciéramos nosotros. Nos insistía mucho en que nos preocupásemos de las necesidades espirituales, de cómo estaban los niños, si sabían rezar, etc.

Lo que hizo en estos largos años de consiliario Dios lo sabe. Asistía puntualmente a las reuniones,– rezaba, explicaba el Evangelio, pedía alguna beca para sus monaguillos pobres... En lo demás el P. Pedro se las ingenió para esconderse en los actos oficiales y ocupar discretamente un segundo plano.

El 27 de febrero de 1971 celebró la Conferencia sus bodas de plata con una “misa concelebrada y una sesión de convivencia calasancio–vicentina”. Se ocupó de estas bodas la prensa y en su crónica aparecen los nombres de los PP. Benito Pérez, que preside la concelebración y es Provincial de las Escuelas Pías de Aragón, Antonio Roldán, que corre con la homilía y

es Rector del Colegio, Valentín Aísa, que cierra la convivencia y es consiliario de la Asociación de Exalumnos ...

Al P. Pedro ni se le mienta. Concelebraría, seguro. Y cuando todo había terminado, tomó el copón en sus manos y se encaminó al domicilio de un directivo enfermo.

El periodista lo consignó con estas escuetas y suficientes palabras:

– Como prueba de amor y caridad, el padre Consiliario llevó la Sagrada Comunión al vicepresidente de la Conferencia, que se encontraba enfermo.

La Conferencia Vicentina de San José de Calasanz trasladó su acción del barrio de las Delicias al vecino barrio de San Pablo.

Desde 1981, en vez de atender a los necesitados en sus domicilios, les entrega el donativo en el colegio. Además de satisfacer las décimas al Consejo Provincial, la Conferencia Vicentina de San José de Calasanz ayuda económicamente a la Conferencia de Señoras que se reúne semanalmente en el colegio Calasanz de las MM. Escolapias, a la Residencia de Ancianas, establecida en la calle Conde de Aranda, y al centro Asitencial “Federico Ozanán”, que funciona en la calle Ramón y Cajal y atiende en su consultorio médico gratuitamente a más de 6.000 personas.

Los exalumnos son generosos con su Conferencia. La colecta del día de su gran fiesta anual la entregan íntegra a la Conferencia, unida a un donativo. En 1982 esa colecta ascendió a 13.950 pesetas y el donativo a 25.000. Hay más entradas y donativos. En 1980 ya cuenta la Conferencia con un presupuesto de 220.000 pesetas.

La pena que sienten los socios de la Conferencia es ver cómo se va apagando la vida de su consiliario. Lo dicen en voz baja y lo escriben en la revista “Vínculo”: “

– Tenemos que lamentar la enfermedad de ,nuestro querido consiliario el P. Pedro Díez.

El legado de su espiritualidad y cercanía ni la muerte pudo borrarlo. Y aún ahora continúa el P. Pedro vivo entre sus vicentinos, y presidiendo en el recuerdo las sesiones de todos los domingos.

Lo confirma su actual presidente:

–El recuerdo del P. Pedro en la Conferencia Vicentina es permanente

– Y este mismo recuerdo se mantiene vivo en la cúpula nacional de la Sociedad de San Vicente de Paúl, que sigue enviando al P. Pedro, número tras número, la revista Ozandn, e invitándole a viajar a Madrid para participar en los actos conmemorativos del 150 aniversario de la fundación de la benéfica Sociedad en España.

Que ha participado, no hay duda. Pero desde el cielo.

CONSILIARIO DE LA ADORACIÓN NOCTURNA

Al año siguiente de la Conferencia Vicentina, brotó en el colegio la Adoración Nocturna. El campo de los exalumnos era tierra fecunda y empezaba a dar cosechas del ciento por uno.

El advenimiento de la Adoración Nocturna la narran de forma diversa y coincidente el cronista, el secretario de la casa y el director de la revista Peralta de la Sal

Dice el secretario: “Después de las correspondientes vigiliass de preparación y prueba, según lo exigen sus estatutos o reglamentos, se ha formado un nuevo turno con el número 18, titulado de “San José de Calasanz”, formado por los exalumnos de las Escuelas Pías...”

Y el cronista: “Con la asistencia de representaciones de distintos turnos de la A. Nocturna, se ha inaugurado un Turno titulado de San José de Calasanz... El acto se celebró en el Oratorio del Internado”.

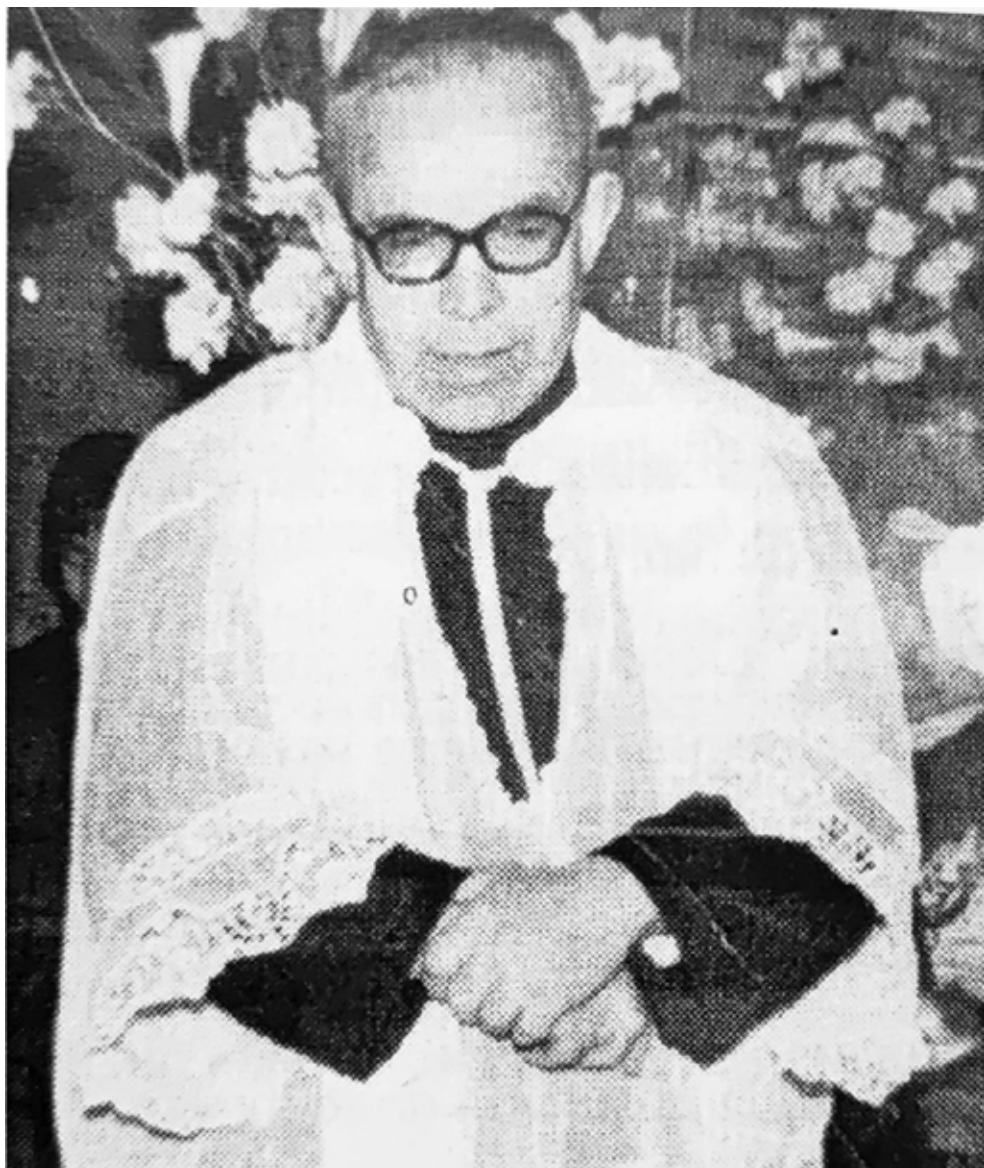
Y el director de la revista, más explícito y preciso: La inauguración “se verificó la víspera de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en el Oratorio del Internado, con asistencia de numerosos exalumnos y representantes

de toda la Sección de Adoradores de Zaragoza. Previamente tuvo lugar la Junta de constitución del Turno, en la que el señor presidente de la Sección, don Pío Hernando dirigió unas frases de congratulación a los nuevos adoradores. Estos exalumnos fervorosos, que ya antes habían practicado las tres vigili-as reglamentarias de aspirantes, al lado del Turno XIII de Santa Micaela del Santísimo Sacramento, se hallan animados de los mejores deseos y celebrarán su vigilia mensual el día 27 de cada mes, en memoria de Nuestro Santo Padre, siendo su capellán ordinario el R. P. Jesús Vallejo, Jefe de Turno don Joaquín Enciso y secretario don Miguel Olleta... A las cuatro de la madrugada se celebró una misa cantada de comunión, que con todo gusto y afinación interpretaron algunos Padres de la Comunidad...”

Era el 2 de junio de 1947. Al P. Jesús Vallejo reemplazó muy pronto el P. Santiago Mornpel, llegado del colegio de Jaca, hombre adornado de serias inquietudes apostólicas. En 1952 el P. Moinpel fue nombrado Rector de la casa de formación que las Escuelas Pías de Argentina tenían en Pontevedra, provincia de Buenos Aires. En Zaragoza substituyeron al P. Moinpel como pudieron los cuatro años siguientes. Con frecuencia acuden a los servicios del P. Pedro. Hasta que se hizo oficial su nombramiento la víspera de la fiesta de San José de Calasanz, 26 de agosto de 1956.

Estaba en medio de todos y era el deseado por todos. Juró bandera el 1 de noviembre. Y desde esas fechas hasta el final de su vida será el amigo de los jóvenes adoradores y el “alma” del Turno San José de Calasanz de la Adoración Nocturna.

Figura como capellán a veces. Y otras veces como consiliario. Ni se dio cuenta de estas distinciones. Se metió de corazón en la noble aventura eucarística, que acariciaba las fibras más íntimas de su sensibilidad religiosa. Ya no se trata de regalar una hora semanal los domingos a los vicentinos. Se trata ahora de pasar la noche entera – muchas noches, muchas vigili-as– delante del Santísimo, adorando al Señor y ayudando a que le adoren los jóvenes adoradores, antiguos alumnos suyos la mayor parte. Lo que les enseñó en la escuela, mientras les explicaba el catecismo y les preparaba para su primera comunión, se hace prueba plástica y comprometida ante este hombre cansado por los mil trabajos del día, de rodillas y como en éxtasis, que solo deja su postura para cantar alegremente con ellos los himnos litúrgicos y escuchar sus problemas y



La mejor imagen de un sacerdocio, vivido gozosamente, para gloria del Señor y servicio del pueblo, joven y menos joven, de Dios..

confesiones con la misma sonrisa de entonces, con igual comprensión e idéntico cariño.

En vela, siempre en vela.

Fray Ambrosio de Montesinos ya lo entendió, cuando piropeaba a la noche iluminada de la Navidad:

No la debemos dormir la noche santa, no la debemos dormir.

Y no sólo es santa la noche del poeta, la noche blanca y fría del Niño en Belén. También es santa esta noche santa del Señor, vivo y presente en la custodia. ¿Cómo dormir cuando él nos acompaña despierto? Y el P. Pedro reza de rodillas, uniendo a la oración universal de Cristo la suya, pequeña y silenciosa. No, la noche santa no la debemos dormir...

Le han nombrado consiliario, o capellán si queréis. Han echado sobre sus espaldas una nueva carga, añadida a las muchas que ya lleva. Eso piensan los superiores. Pero no, ni carga, ni cargo. Le acaban de hacer el gran regalo de su vida. Y aunque se lo han entregado en bandeja los hombres, él sabe que quien ha dado brillo a la bandeja de plata y ha seleccionado el regalo ha sido el Señor.

En cierta ocasión, gastado ya el P. Pedro por los años y el trabajo, un padre joven de la comunidad le hizo esta propuesta:

– ¿Quiere que le sustituya yo esta noche en la Hora Santa?

Confundía el padre la Hora Santa, que se tenía a veces en la iglesia o el oratorio del colegio, con la Adoración Nocturna del Turno calasancio. El P. Pedro entendió, agradeció y respondió sonriente:

– No. Si quiere baje Usted también, porque se está mejor con el Señor que en la cama.

Fueron cerca de treinta largos años preciosos. Preciosos y fecundos.

Los directivos de la Adoración Nocturna de Zaragoza se empeñaron en que hubiese tantos turnos de adoración como días tiene el mes. Hasta

treinta y uno, para que tuviese el Señor compañía todas las noches del año. El turno del P. Pedro llevaba el número 18. Se tenían las vigili­as en la iglesia del Sagrado Corazón, desde las once y media de la noche hasta las seis de la mañana. Las extraordinarias y las ordinarias. Las ordinarias todos los meses el día 18.

Un organigrama católico y ambicioso, pero con sello oficinista. Porque respondía al horario reposado de los adoradores de las parroquias, que tenían la noche para sí y el día por delante. Pero resultaba inviable para adoradores jóvenes, acuciados por estudios y exámenes en el colegio o en la Universidad. Y para el capellán escolapio, aunque no se quejase, que debía acudir a la oración comunitaria, abrir la puerta de la iglesia a su hora y dar clase a sus alumnos todo el día. Este era el problema del Turno 18, integrado por jóvenes alumnos o exalumnos de las Escuelas Pías. La cuerda estuvo a punto de romperse a principios de 1965.

Sufría el P. Pedro más que nadie. Era yo Rector del colegio. Me expuso noble y dolorosamente el caso. ¿Qué podía hacer para que no se dispersasen sus muchachos, para que no estallase en añicos la joya del Turno San José de Calasanz?

No me costó mucho encontrar una solución adecuada, gracias a la comprensión de la dirección diocesana de la Adoración Nocturna. Y la solución fue la siguiente: el Turno 18, borrado ya en los papeles jerárquicos, se llamaría de momento Grupo 18 y pasaría, lo antes posible, a ser Turno 26, dependiente e integrado en la organización diocesana, pero gozando de cierta autonomía. Las vigili­as se tendrían en la iglesia del colegio, entre las once y media de la noche y la una de la mañana, las ordinarias el último sábado de cada mes, una extraordinaria el Jueves Santo, y dos solemnes las vísperas de las fiestas de San José de Calasanz el 26 de agosto y de noviembre. Así se entiende el perfecto sentido del cambio numérico: el 26, grato y calasancio, por el 18, difícil y aséptico.

Cuando le entregué el correspondiente decreto, el rostro del P. Pedro era todo un poema de gozo y agradecimiento. Reunió enseguida a los directores del Turno y les comunicó la buena noticia. Pero antes, mientras se dialogaba para dar con la fórmula de solución, ya había pensado él en otro regalo.

Aquí lo tengo sobred escritorio. Es un papel sencillo, En una cara aparece el dibujo estilizado de un sacerdote, celebrando la eucaristía. En la otra cara se lee en letras rojas mayúsculas: ADORACIÓN NOCTURNA. Debajo, con tinta negra: “Grupo 18, S. José de Calasani”. Y escrito a máquina: “día 27, nombrando Capellán Honorario del mismo al M. R. P. Dionisia Cueva”. Sigue la lista de los adoradores, que son trece, más los tres que firman y rubrican al final: “El Capellán, Pedro Díez, el Jefe, José M^a. Sarasa. el Secretario Francisco Javier Vicuña Ruiz”.

Al final, lugar y fecha: “Escuelas Pías– Zaragoza– 7 de marzo de 1965”.

Lo escrito en rojo, en negro y a máquina lleva todos los caracteres del P. Pedro. Esta es su letra y este su estilo. Y su firma rubricada...

En el transcurso de mi vida he recibido bastantes regalos. Pero ninguno tan valioso como éste. Sabía el P. Pedro que yo debía abandonar Zaragoza y trasladarme a Roma. De Zaragoza partí el 15 de marzo, con el nombramiento de capellán honorario del “Grupo 18”. Al llegar a Roma me entregaron otro papel solemne, con membrete latino, sello incrustado en seco, número de protocolo y doble firma del P. General y de su secretario. Lo he perdido. Pero este sencillo papel, que me entregó sonriente el P. Pedro, ha corrido mundos y aquí está, tan nuevo como el 7 de marzo de 1965.

Era un regalo. Ahora, regalo y reliquia.

Perdón por esta larga digresión personal. Tendría que haber contado la historia de la serie de vigiliat, dirigidas por el P. Pedro, y cómo fue creciendo el número de adoradores. Vigiliat hubo verdaderamente extraordinarias, como aquella de las Espigas en la Torre de Cascajo, o la celebrada el 24 de junio de 1972 para conmemorar las bodas de plata de del Turno San José de Calasanz, que presidió el Consiliario diocesano de la Adoración Nocturna española M. I. Sr. D. Joaquín Aznar, “acompañado por el Consiliario del Turno, reverendo P. Pedro Díez, los miembros del Consejo Directivo, la totalidad de los miembros activos del Turno, así como otros que en su día lo fueron, pero a los que su vida profesional ha llevado a residir en distintas poblaciones, venidos ex profeso desde ellas, y numerosos adoradores de otros turnos de la ciudad, principalmente de las parroquias de S. Pablo y de S. José de Calasanz, con las que



El P. Pedro, aunque parezca el más pequeño, preside entre sus hermanos escolapios la concelebración escaurística

el Colegio Escuelas Pías tiene vínculos tan estrechos de hermandad y colaboración, y que de esta manera quisieron sumarse al gozo de esta conmemoración eucarístico-calasancia”.

Y un dato estadístico, sumado a la crónica de la celebración de las bodas.

Para esas fechas un miembro del Turno ha participado activamente en 250 Vigilias, y otros cuatro en 150. Tras los números comprobados, llegaron los títulos. Según el reglamento, “para poseer el título de Veterano Constante se necesita haber asistido a 250 Vigilias y para veterano a 150. Los demás del Turno son sencillamente Adoradores”.

Joaquín Chía, Adorador Veterano Constante. El P. Pedro Díez, Manuel Aísa, José María Sarasa y José Antonio Alcón, Adoradores Veteranos.

Esto el 9 de junio de 1971. Diez años más tarde, ¿cuántas Vigilias, P. Pedro? ¿Adorador Veterano todavía, o ya, sobrepasados los números y las Vigilias, Adorador Veterano Constante? Bueno, ya sé que nunca tuvo enfermedad de titulitis...

Y mientras el Capellán busca la respuesta, veamos qué dicen sus jóvenes compañeros vigilantes.

Solo dos, para no alargarnos. Primero, Luis Conchello:

El era el director y nos acompañaba toda la noche. Celebraba la misa, hacía la exposición, recitaba las preces. Era muy piadoso, contagiaba el amor a Cristo y el amor a María.

Segundo, José María Sarasa,, que detalla especialmente la actuación del Turno en su segunda época, cuando lleva el número 26 y celebra las Vigilias en el colegio:

Yo le he visto estar toda la noche en oración en la Adoración Nocturna, cuando a mí me ha costado estar una hora de turno...

Mientras el turno se hizo en el colegio puedo decir que nunca se retiró. Permaneció todo el tiempo en la iglesia con su breviario, su rosario, me-

ditando y atendiendo en confesión a todo el que a él acudía. En invierno se pasaba mucho frío, no había calefacción.

Sopla el Moncayo, la niebla húmeda se pega a las paredes y a los cuerpos. Pero el P. Pedro también tiene recursos contra el viento y la niebla:

Siempre, siempre, mientras se celebró el Turno en el colegio, nuestro capellán se preocupó de tener un rato de convivencia, y para eso el P. Pedro sacaba siempre una caja de pastas y vino. El clima que creaba era encantador, cálido. Había días, si los internos habían tenido migas para cenar, el P. Pedro se preocupaba de que tuviéramos nosotros también nuestro plato de migas.

Déjelo, P. Pedro, déjelo, que con esto de las pastas, el vino y las migas, hemos entrado todos en calor, y ya no importan las matemáticas, ni el título aquel que pudieron otorgarle los ángeles custodios de las Vigilias. Además, acaba de decirme un discípulo suyo que cuando querían pagarle el obsequio del vino y las pastas, Usted respondía con gesto optimista y seguro:

– Esto lo paga Culto y Clero.



Feliz él y más felices ellos. Las manos acariciadoras del padre y los rostros gozosos de los alumnos lo están diciendo

CAPÍTULO 11

EL BUEN SAMARITANO

Para el P. Pedro su sacerdocio nunca fue gloria, siempre donación y entrega. Y, en consecuencia, lo tradujo permanentemente en ayuda y servicio, dentro y fuera de casa. Resumir ahora esa entrega generosa no es tarea fácil. Tal vez puedan aclararla algunas proyecciones externas de su sacerdocio.

RECTOR DE LA IGLESIA

La iglesia de los escolapios estaba abierta al culto. Pero llevaba un ritmo tradicional, orientada hacia dentro, hacia los alumnos y la comunidad. Y la iglesia daba para todo y para todos. Así lo entendió el P. Pedro desde que pusieron en sus manos las llaves del templo. La situación fue cambiando, sin hacer ruido, un pasito adelante cada día. En enero de 1954 la actividad pastoral en la iglesia es ya envidiable. La describe con minuciosa precisión el P. Provincial Teófilo López en el Acta final de su visita canónica al colegio: “Tanto para nuestros alumnos en las horas señaladas, como para los fieles, se celebran diariamente misas cada media hora de 7 a 9 inclusive. Los días festivos hay misas de hora a las 6, a las 7 y desde las 7 hasta las 12,30 cada tres cuartos de hora, todas ellas con predicación, según el temario recibido de la diócesis. Además, lo mismo los días festivos que los ordinarios, hay Padres en los confesionarios durante todas las misas, atendiendo a las confesiones de los fieles”.

A este cambio contribuyeron los superiores y la comunidad entera de religiosos. Pero muy especialmente el P. Pedro, Rector de la iglesia. Su puntualidad, sus buenas maneras, su palabra, su sonrisa cautivadora, impresionaron a los fieles, Aquí no hay trampa ni cartón. El P. Pedro no es un funcionario, sino un servidor fiel de los misterios que administra. Y fueron aumentando las intenciones de misas, los casamientos, la afluencia de fieles. Aprendieron pronto que mientras la puerta de la iglesia estaba abierta, podían contar con el P. Pedro, dispuesto a oír sus confesiones y darles la comunión. ¿ Pero ¿ quién hacía el favor a quién? Porque el P. Pedro creía y afirmaba que aquellas gentes le hacían un favor muy grande todas las veces que le debía abrir las puertecitas del confesionario o del sagrario.

Era limpio y ordenado, y le gustaban la limpieza y el orden.

Pronto se notó en la iglesia, en los altares, en los confesionarios, en los ornamentos, en los misales y vasos sagrados, en la sacristía. Se llegó a decir que la iglesia de los escolapios brillaba como un sol. Gracias a la iniciativa contante del P. Pedro y a la mano delicada de algunas piadosas mujeres, la señorita Carmen sobre todas.

A la iglesia le llegó a su tiempo la calefacción, tan necesaria, un comulgatorio nuevo en el altar del Pilar, nuevo Vía Crucis, nuevo sagrario en el altar mayor, rega1o de los exalumnos...

La liturgia fue acogida por los escolapios con solicitud y esmero. En el Acta de la Visita canónica, arriba citada, dejó escrito el P. Teófilo: "La sacristía, confesionarios, altares, ropas y objetos de culto se conservan con decencia y de acuerdo con las disposiciones litúrgicas".

Faltaba todavía dar un paso importante en los presbiterios de iglesia y oratorios. Y el 29 de diciembre de 1964 votó y aprobó la comunidad "la obra que hay que hacer en los altares de la iglesia y oratorios para acomodarlos a las nuevas normas litúrgicas".

El P. Pedro, siguió con gozo el recuento de las bolas blancas y puso manos a la obra para que se cumpliese pronto y bien lo aprobado en votación secreta por la comunidad. No hay que dudar ni perder tiempo. El visitador general, P. Adolfo García Durán, llegado de Roma en mayo de 1972, vio,

examinó y escribió: “No hay nada especial que observar, presentándose todo de manera digna y conveniente”.

Apenas publicó la Conferencia Episcopal Española, en unión con el CELAM, el texto oficial ad experimentum del Ritual de los Sacramentos. – Barcelona 1966– compró el P. Pedro un ejemplar, lo encuadernó, le puso el sello de la casa y escribió en su primera página: “Sacristía. P. Pedro Díez”. Le resultó muy práctico este libro, que utilizó en adelante, con mayor frecuencia a partir del rito de los enfermos, como indican claramente sus páginas más gastadas. En realidad, el P. Pedro terminó siendo un especialista, y por eso actuó siempre en las ceremonias de la iglesia y en la celebración de los Capítulos de la casa como maestro de ceremonias.

ACTAS MATRIMONIALES

Desde hacía muchos años se celebraban en la iglesia del colegio algunos matrimonios. Pocos, muy pocos, por culpa del puntilloso derecho parroquial. Estas cortapisas parroquiales fueron perdiendo fuerza, y las solicitudes aumentaron. En 1958 se puso de moda el oratorio de colegiales, tan esbelto, tan lleno de luz y belleza con sus ventanales policromados y sus artísticas arañas eléctricas. Y el P. Pedro mandó imprimir un modelo de acta matrimonial y las fue encuadernando en tres volúmenes. Era una novedad práctica y es hoy un tesoro histórico. La novedad llamó la atención al cronista, que consignó en su libro: “El Colector de Misas P. Pedro Díez lleva con gusto y esmero un libro de Actas Matrimoniales, donde consta la celebración de todos los matrimonios que se hacen en el Oratorio del colegio desde el 1º de 1958”.

El primer matrimonio lo bendijo el P. Pedro el 18 de septiembre de 1958 y el último el 6 de diciembre de 1980. Un total de 138 matrimonios bendijo entre esas dos fechas, casi en su totalidad en el oratorio. Y en otros templos de Zaragoza ¿cuántos matrimonios bendijo? No se sabe, pero fueron muchos, porque eran muchos los jóvenes, en su mayoría exalumnos, que le pedían el favor. Si se puede en el colegio, aquí. Y si no se puede, o la novia tiene otras preferencias, pues allí, en el Pilar, en San Pablo, en Santa Engracia, en el Calasancio, en el Portillo...

En los citados tres volúmenes encuadernados, el P. Pedro redactó, de puño y letra, 559 Actas matrimoniales, que recogen, los datos otros de tantos matrimonios, bendecidos por él o por otros sacerdotes. Su letra y su firma alegran las Actas, siempre precisas y limpias. La última el 11 de diciembre de 1982. El ya no actúa en el altar, solo en la sacristía. Y qué pena comprobar cómo van perdiendo ritmo la escritura y pulso la mano.

Pero aún nos revelan un dato curioso estas Actas. Por ellas pasan médicos, labradores, militares, maestros, ingenieros, marmolistas, abogados, pintores y dibujantes, agentes comerciales, catedráticos de Universidad, comerciantes, un jubilado, tres ferroviarios...

Y a los tres novios ferroviarios los casó el P. Pedro.

Yo no presencié un solo matrimonio, bendecido por el P. Pedro. Ya me hubiera gustado. No para ver el traje de la novia, sino para oír el sermón. El P. Pedro, dotado de tantos dones, no tuvo el de la oratoria. Oradores campanudos y de postín sobraban en casa. Él a sus niños, siempre a sus niños. Y, sin embargo, le pedían y pedían que bendijese su matrimonio. Sabían que la ceremonia se ajustaría a las normas litúrgicas, que no sería larga, que les diría cuatro palabras. Y se las decía con sencillez y cordialidad. Decía lo que sentía. Y creía en lo que decía. Unos puntos concretos y una conclusión práctica. La lección de Jesús en el Evangelio, el valor sacramental del doble sí que pronuncian los novios, y el amor con todas sus consecuencias... Dicho todo de amigo a amigos.

Han pasado los años, han acumulado juventud hasta hacerse viejos, y aquellos novios recuerdan las palabras del P. Pedro. Han olvidado lo demás, las flores, la luz, la música, hasta los nombres de los padrinos. Pero las palabras del P. Pedro siguen vivas, el evangelio, el sacramento, el amor. Eran tan sinceras, las decía con tanto cariño...

Lo que hubiera dado yo poder oírlas. Siquiera una vez...

DIERON EN LA DIANA

Pero la perla de la pastoral del P. Pedro eran las comuniones que repartía en la iglesia, en el altar de la Virgen del Pilar, que ahora guarda su se-



El P. Pedro da la comunión a su hermana Beatriz.

pulcro. Con razón se le llamaba el altar de la comunión. Y el P. Pedro la distribuía a todas horas, Porque las buenas gentes sobrevaloraban la comunión, que consideraban más importante que la misa. Recibir al Señor es lo que importa, venga durante la celebración de la misa o fuera de la misa. El P. Pedro viste roquete y estola blanca. Da la comunión, vuelve a la sacristía. Entra una piadosa mujer y pide comulgar. Otra vez al altar, abre el sagrario, torna el copón, comulga la señora. Así un viaje, y otro viaje, del altar a la sacristía, de la sacristía al altar. Sereno, diligente, el sagrario abierto, el copón en sus manos...

Los muchachos se fijaron pronto en esta actividad eucarística de su antiguo maestro, hasta quedar impresionados. Y con su imaginación se fueron del altar a las canchas de fútbol, donde triunfaba metiendo goles la saeta rubia, Alfredo Di Stéfano, el ídolo futbolista de los entendidos. Unieron dos estadios y dos nombres, el altar y la cancha, el sacerdote y el futbolista. Y puestos a echar un piropo al P. Pedro, le llamaron desde entonces el Di Stéfano del copón. Cosas de muchachos. Pero e;”ta ve:z; dieron en la diana.

COADJUTOR PARROQUIAL

Con vuestro permiso, voy a copiar otro párrafo del Acta de la Visita canónica de 1964 para comprobar cómo ayudaba la comunidad escolapia a parroquias y comunidades religiosas de Zaragoza. Escribió con muy buena letra el visitador: “Sin entrar en las “innumerables” misas en iglesias parroquiales y no parroquiales que celebran continuamente nuestros Padres, a petición de los rectores de dichas iglesias, se sirven las capellanías de las Madres Escolapias (dos misas diarias) y las del colegio de Santa Ana, y diariamente se celebra una misa, aunque sin carácter de capellanía, en la parroquia de San Pablo...”

Y en la organización de estas “innumerables” misas y en la atención puntual a las capellanías estaba metido de lleno el P. Pedro. Todas las noches, terminada la cena, leía en el comedor la famosa y esperada lista de misas para el día siguiente:

– Misas para mañana.

La voz del P. Pedro era nítida. La comunidad escuchaba en silencio. Y a obedecer tocan. Mañana habrá un dispersit de escolapios jóvenes por las calles de la ciudad. Las Escolapias, las Religiosas de Santa Ana y la parroquia de San Pablo tenían, salvo imprevistos, capellanes escolapios fijos. Pero las llamadas de auxilio de los párrocos, de los Hermanos Maristas y de La Salle, de la cárcel, de las clínicas, de las monjas, sobre todo de las monjas... eran angustiosas y perentorias todas las tardes, especialmente las vísperas de fiestas y domingos. El P. Pedro respondía invariablemente que sí:

– Sí, no se preocupe, irá un Padre, y si no encuentro quien vaya, iré yo.

¡Y tuvo que ir tantas veces!

Un año después de morir el P. Pedro, me confesaba la Hermana Rosa, sacristana ejemplar del colegio de Santa Ana:

– Cuando vivía el P. Pedro, él me resolvía todos los problemas. Ahora, cuando no encuentro sacerdote, acudo también al P. Pedro y nunca me falla.

Varios párrocos, entre ellos los de Santa Engracia y San Pablo, nombraron al P. Pedro “Coadjutor honorario”, y él mismo se gloriaba de serlo. En el barrio, pobre y poblado de San Pablo, le quedaba pequeño el título de coadjutor. Con razón ha dicho uno de los testigos cualificados del Proceso:

– Era prácticamente el párroco de toda la barriada.

Don Mariano Mainar, párroco de Santa Engracia desde 1968, confiesa que se encontró con multitud de misas en su parroquia, lo que suponía un verdadero apuro, pues no encontraba sacerdotes para celebrarlas. Y añade, agradecido:

Entonces mi paño de lágrimas para resolver estos problemas era el P. Pedro, quien siempre que lo llamé, siempre vino. Yo sabía que le costaba gran esfuerzo, que tenía otras cosas que hacer y que por el afán de complacer venía cordialísimamente y totalmente gratis. Y si no podía venir él, buscaba otro Padre, siempre en horarios difíciles.

El 13 de enero de 1967 escribió don Francisco Martínez, párroco de San Pablo, un artículo titulado San Pablo y los Escolapios. Hace un breve repaso histórico de las buenas relaciones entre parroquia y colegio, cita a varios religiosos que ayudan en el confesionario y se lucen en el púlpito. Y en el párrafo central manda un saludo cariñoso al P. Pedro:

No digamos nada del popular Padre Pedro que proclama, y a mucha honra, que se considera como un “Coadjutor de San Pablo”. A lo largo de tantos años que lleva en el colegio, se ha incorporado a las cosas más típicas y tradicionales de la Parroquia del “Ganchó”. Junto con el párroco es imprescindible para llevar la comunión a los enfermos e el domingo de “Quasimodo”. Y el zaragozano día de San Blas no empezaría “reglamentariamente” si la primera de las misas no la celebrase el Padre Pedro. ¡Y tantas y tantas cosas!

¡Bien, Padre Pedro, de estatura pequeña y corazón grande! Un saludo cariñoso desde estas líneas que, a veces, ocupa el duende.

¡Y tantas otras cosas, don Francisco! Porque se deja Usted la bendición del pan, la de los animales el día de San Antón, los bautizos, las bodas, los funerales, los triduos y novenas, la Hora Santa las tardes de los domingos, las Cuarenta Horas cuatro veces al año... Claro que lo más típico sucedía la mañana del domingo de Cuasimodo.

La parroquia de San Pablo organizaba con toda solemnidad la ceremonia de llevar el viático a los enfermos para cumplir don Pascua. Banda de música, coros de voces blancas, monaguillos risueños, jóvenes universitarios como ayudantes, palio mayor, palios menores y... tres sacerdotes, dos vicarios y el P. Pedro. Podían faltar y variar los vicarios. El P. Pedro era fijo todos los años. ¿Por qué el P. Pedro y no otro de los numerosos padres del colegio? Pues muy sencillo: el P. Pedro era “Coadjutor” de San Pablo y, además, se sentía feliz con el Señor en sus manos y cerca de los enfermos.

El sacerdote sale del templo y se adentra por una calle, larga y estrecha, protegido por un pequeño palio o sombrilla, acompañado por un ayudante y por un grupito de señoritas de Acción Católica, que se quedan cantando en el portal de la casa del enfermo.



La familia, una de las preocupaciones del P. Pedro. Testigos los padres, pero es el hijo quien lleva la luz encendida.

El sacerdote y su ayudante, escaleras arriba, llegan al departamento señalado, entran en la habitación y dan la comunión al enfermo. Un acto sencillo, breve, cargado de silencio y de emoción. La bendición final, y a bajar escaleras, para subirlas en otra casa y hacia otro piso. Así quince o veinte veces esa mañana.

Los tres sacerdotes llevan un listado personal de calles, números y enfermos. Y ocurre, un año sí y otro también, que en el listado del P. Pedro figuran los enfermos que viven en los pisos más altos y hasta en áticos y buhardillas.

Cuenta su ayudante, José Antonio Alcón, que terminó descubriendo el truco y uno de esos días, tras tres largas horas de cansancio apostólico, le dijo:

– P. Pedro, me parece que le están tomando el pelo. Se quedan ellos con los domicilios más cómodos y a Usted, escaleras y más escaleras.

Y esta fue la respuesta optimista del “Coadjutor” de San Pablo:

– Chico, déjalo. Así llevo más tiempo conmigo al Señor. Y, además, tú y yo somos jóvenes. ¿No te parece?.

Exacto. Los dos eran jóvenes. José Antonio andaba por los veinte años. Y el P. Pedro... los había más que triplicado, pero en espíritu era joven, muy joven.

MINISTRO DEL PERDÓN

Los sacerdotes sabemos por experiencia que la semilla espiritual más fecunda, la que se oculta en la tierra del silencio para dar luego frutos de buenas obras, se siembra en el confesionario. No ante el micrófono del ambón, ni en el coloquio múltiple de las reuniones. En el confesionario. Allí, a solas con el Señor de la paz y del perdón: “Donde haya dos o tres reunidos en mi nombre...” Es labor de gran humildad y esperanza en el penitente, y trabajo duro, de mucha paciencia y aguante, en el confesor, que ha de tener, por añadidura, el don del discernimiento.

No le faltaban al P. Pedro paciencia y aguante. Uno de sus penitentes más asiduos, compañero de comunidad, confiesa con total franqueza:

– Yo le daba mucho trabajo y me aguantaba.

Y el don del discernimiento se lo regaló el Espíritu a manos llenas. De esto somos testigos los que hemos tenido la suerte de acercarnos a él, para que oyese nuestros problemas y encontrase solución. Y la encontraba pronto, sin ruido, con aparente facilidad.

Más que dedicarse a dar consejos, lo que hacía era comportarse siempre lo mejor posible, y este era el mejor consejo. Lo asegura uno de sus penitentes.

Pero también sus consejos eran de calidad, a juzgar por la opinión que merecieron a los beneficiarios. Para los jóvenes, eran estos consejos prudentes y acertados. Una mujer, que se confesó muchas veces con él, añade que estaba encantada con sus consejos, porque los daba con mucho tacto, y que no era machacón, decía las cosas y dejaba en libertad. Un hermano de comunidad afirma que en el confesionario daba consejos sencillos, prácticos, sin grandes argumentos, pero muy escogidos. No improvisaba, ni se precipitaba. Los consejos, dicen, “los pensaba bien”.

Ya se ve, por la variedad de testimonios, que ante él se arrodillaron personas y personajes de muy variada condición. Muchos vinieron a él. Otros le sorprendieron en situaciones angustiosas y en lugares peregrinos. Pero unos y otros guardaban en el rincón escondido de sus conciencias idénticos problemas y eso les daba unidad y sentido trascendente. Porque el P. Pedro en los problemas vio al hombre y en el hombre el rostro de Dios.

En la iglesia del colegio confesó a miles de personas, alumnos del colegio, padres y madres de los mismos alumnos, hombres y mujeres del barrio y de más allá del barrio.

Los muchachos acudían a él, buscando el perdón de sus faltas y orientación en sus dudas vocacionales. ¿Qué tenía este hombre que no tuviesen los demás sacerdotes del colegio?.

Todos los días, antes de que la campana diese los toques rituales para el gran silencio de la noche, los Religiosos rezaban las últimas oraciones en el Oratorio. Los internos mayores aprovechaban la ocasión para entrar y confesarse. Allí estaban juntos cuarenta o más sacerdotes. Era un momento especialmente recogido y solemne. Los muchachos hacían su genuflexión al Santísimo, rezaban unos segundos, oteaban el panorama y se acercaban al religioso preferido. Sacerdotes y muchachos se distribuían por el espacio del Oratorio. Y delante del sitio del P. Pedro se formaba una larga fila. Terminaban los rezos, salía la comunidad en silencio hacia sus habitaciones y los muchachos de la fila del P. Pedro esperaban impertérritos hasta que les llegase su momento. Porque él escuchaba tranquilo al penitente, respondía fielmente a sus preguntas, daba los consejos oportunos. Así todas las noches, con sosiego, sin prisas. ¿Por qué la fila, por qué tanta espera de pie, por qué allí y no ante otro sacerdote más expeditivo? La respuesta nos la da uno de aquellos muchachos, arrodillado ante el P. Pedro:

– Cuando me confesaba con él salía transformado del Sacramento de la Penitencia.

La absolución se daba con la fórmula latina. Los chicos, a fuerza de oírla se la sabían de memoria. Llegó el Concilio y cambió la fórmula. Más breve y en castellano. Cuando la sintió por primera vez, en aquel silencio nocturno del Oratorio, uno de los muchachos, se quedó perplejo y algo le susurró al confesor. El P. Pedro interrumpió la fórmula. Dio la explicación necesaria, y los que esperaban en la fila oyeron que decía a su compañero:

– Escucha, ahora escucha.

Y extendiendo la mano derecha sobre la cabeza de su penitente, recitó la fórmula completa: “Dios, Padre misericordioso... El Señor ha perdonado tus pecados. Vete en paz”.

Esto de los alumnos del colegio y de las gentes devotas que acuden al templo es cosa sencilla.

Confesar a religiosas ya es trabajo más comprometido y delicado. Y mucho más si aparece una religiosa chiflada. Que también puede haberlas y al P. Pedro le tocó una en suerte.

Os voy a contar el caso. Se llamaba Carmen Usón, nacida en Gelsa, provincia de Zaragoza, el 23 de junio de 1904. Vistió el hábito de religiosa escolapia a los veintitrés años, el 2 de enero 1927 y dos años después, también un dos de enero, se consagró a Dios con los votos religiosos. Probablemente había estudiado como sus hermanas, en el Colegio Calasanz, que fundaron las Madres en 1883 y goza de reconocido prestigio. En este colegio vive, sin dejar vivir, cuando aparece en nuestra historia. Su último confesor ha sido el P. Joaquín Perdices, secretario provincial desde 1933 y hombre de mucho talento y mayor paciencia. El P. Perdices, agotado mentalmente, fue internado en el hospital psiquiátrico de Zaragoza en septiembre de 1954 y en el mismo centro falleció meses después, el 12 de junio de 1955. Dice el cronista, al registrar su fallecimiento, que era “muy piadoso y se dedicaba con verdadero cariño a la confesión, sobre todo en las Madres Escolapias”. La M. Carmen Usón le dio por preguntar que le habían secuestrado a su confesor, y ni con la esquela delante de los ojos, quería reconocer que hubiese muerto. Fueron sernanas de muchos desvaríos y de gran tensión en la comunidad. Hasta que apareció como salvador el P. Pedro...

La M. Carmen Usón, que tenía la cabeza a pájaros, borró de sus recuerdos al P. Perdices, se entusiasmó con el P. Pedro y terminó considerándole suyo, totalmente suyo, exclusivamente suyo.

Semanalmente, y a veces con más frecuencia, va a escuchar el P. Pedro a M. Carmen, con humor envidiable y la permanente sonrisa en sus labios y en sus ojos.

He escrito escuchar, sabiendo lo que escribo. Porque escuchar y transmitir unos granitos de paz es todo lo que pudo hacer. Y en esta escucha paciente, silenciosa y amable, queda encerrado un precioso tesoro escondido de paciencia y de misericordia.

Madre Carmen buscaba al P. Pedro por los sitios más insólitos de la casa, escuchando e indignado para ver si aparece por algún rincón. Y cuando barrunta el día de la confesión, se asoma a las ventanas para ver llegar a

“su” Padre por la placita de San Roque. Acude a la puerta y se lo lleva a la iglesia. Una hora infinita en el confesionario. Y cien excusas para no dejarle salir. Vez hubo que le siguió calle adelante, hasta la plaza de España.

Las Escolapias, que presenciaban las escenas de este calvario, recorrido con rostro alegre por el Padre, no caían de su asombro. Una le insinuó que estaba perdiendo el tiempo.

Y el P. Pedro:

– Pobrecita, pobrecita, bastante tiene con su enfermedad. Hay que atenderla con caridad y mucho cariño.

La enfermera, admirada, le llegó a decir:

– Padre, solo con M. Carmen ya tiene bastante para ganarse el cielo.

Y el P. Pedro:

– Usted como enfermera también se lo gana.

La superiora, conocedora mejor que ninguna del sacrificio en tiempo y paciencia del confesor, le manifestó su extrañeza y asombro.

Y el P. Pedro:

– Pero si es mi amiga...

La respuesta dejó desconcertad a la superiora. Pero el P. Pedro siguió atendiendo a su “amiga” en el confesionario durante veintiocho años, hasta que las vidas de director y dirigida, como dos riachuelos paralelos de aguas transparentes, desembocaron en el mar. A madre Carmen vino a liberarla la muerte de su tortura el 5 de mayo de 1983.

Aventuras de este tipo le sucedieron también al P. Pedro fuera de los conventos. Andan ya bien escritas con el título de: “Florecillas del P. Pedro”.

Os resumo una. Esta, por ejemplo, del señor Julio Guerrero, ganadero de Villamayor, tocando a Zaragoza, proveedor del colegio Escuelas Pías. En sus visitas comerciales al colegio, conoció al P. Pedro.

Don julio formó con su mujer, doña Dolores Barón, un matrimonio feliz, con nueve hijos por corona. Ella, maestra nacional y mujer piadosa. Él, trabajador infatigable y tibio en prácticas religiosas. Murió la esposa. Sus hijas, le recordaban al padre los deberes y obligaciones con Dios y con la Iglesia. En uno de esos recuerdos les prometió:

– Si algún día me veis mal, llamad al P. Pedro, pero solo al P. Pedro.

Llegó ese día. Primero, las oraciones de sus niños, que para el P. Pedro eran infalibles. Luego, una visita al enfermo y unos consejos de amigo.

El desenlace, una tarde de verano.

Don Julio Guerrero decae a ojos vista. Las hijas avisan. Y el P. Pedro se presenta, dispuesto a dar el último asalto. Pero el enfermo, a su ritmo, pasa de una habitación a otra. ¿Confesarse? Bueno, bueno... Pero en el dormitorio, no. En la cocina, tampoco. Menos aún en la sala de visitas. Y como sentía el sofocón del calor, aterrizó en la cuadra vacía, porque allí “estaba más fresco”. El P. Pedro siguió, sin inmutarse, la simpática peregrinación.

Y en la cuadra, bien frescos los dos, don Julio Guerrero le contó al P. Pedro su vida y milagros. Una confesión en regla, que terminó en un abrazo. Y el enfermo, acongojado hasta ese momento, se fue a ver a su esposa con el alma en paz.

El P. Pedro es escolapio. En Zaragoza tienen los escolapios tres colegios –Escuelas Pías, Calasancio y Cristo Rey–, una parroquia dedicada a San José de Calasanz, y una Residencia donde se forman los Juniores. Hay que advertir que en el colegio Cristo Rey, al norte, cerca de la Academia General Militar, estudian y orientan su vocación un buen puñado de postulantes. Pues de todos estos centros terminó siendo confesor el P. Pedro. Un testigo ocular declara en general:

– Acudía a confesar al Colegio Calasancio, a la Residencia de Vázquez de Mella donde estaban los juniore, y al colegio de Cristo Rey, cuando las comunidades lo solicitaban.

Pero hay más datos, que puntualizan y confirman la afirmación precedente. El 13 de septiembre de 1961 le nombran confesor extraordinario de la comunidad y postulante de Cascajo. En 1963 traslada doña Carmen Redrado su domicilio desde la parroquia de San Pablo a la de San José de Calasanz. Conocía al P. Pedro del colegio Escuelas Pías. Y ahora “cuando me fui a vivir a la calle Sevilla vi cómo el P. Pedro iba a confesar a aquella comunidad y colegio... una prueba de que sus superiores tenían confianza en él”. Y uno de aquellos juniore de la Residencia Calasanz, de la calle Vázquez de Mella, nos dice:

– Recuerdo que estando yo en la Residencia Calasanz, donde teníamos el juniorato, le pedimos al P. Pedro que viniera a confesar periódicamente a los jóvenes, y él aceptó gustoso.

Gustoso iba a todas partes, y más si se lo pedían sus hermanos de hábito y carisma.

Pero esta fama de buen confesor le venía de lejos al P. Pedro. Y le venía, he aquí el milagro, o la paradoja si queréis, desde su misma comunidad. Porque no me diréis que no es milagro que a un compañero de comunidad le confíen el perdón de sus pecados y la dirección de sus espíritus quienes viven con él todos los días y se saben de memoria qué días hay cuarto menguante o luna llena en la vida del interesado.

Les ganó a todos la santidad del P. Pedro y salvo algunas excepciones lógicas, terminaron confesándose con él. Ahora nos lo repiten:

– Prácticamente casi todos los religiosos acudían a él... Era el confesor de la mayor parte del los Padres. Se levantaba antes para hacer la oración antes de que llegara la comunidad. Cuando llegaba ésta, él que era confesor de la mayor parte de los Padres se sentaba en el confesionario.

Estaba dispuesto desde la primera hora de la mañana hasta después de dar la campana los siete sonos rituales que anunciaban el gran silencio nocturno. En el Oratorio, en su habitación, en cualquier parte. Lo mismo

si acudía el último de la fila como el Rector o el Provincial. Y sin prisas, siempre sin prisas cuando aleteaba el misterio.

No es cuestión de que volvamos a confesarnos en público los que tuvimos la suerte de arrodillarnos delante del P. Pedro. Pero puede resultar útil, y hasta agradable, reproducir aquí un par de testimonios cualificados, consecuencia inmediata de esas confesiones.

Dice el P. Antonio Roldán que siguiendo el ejemplo de dos Provinciales anteriores, PP. Valentín Afsa y Moisés Soto, eligió también como confesor al P. Pedro. Y cuando fue la primera vez a confesarse, le dijo el P. Pedro “con una humildad que me desarmó”:

– Padre, Usted es mucho más culto que yo y sabe perfectamente que he pasado mi vida entre niños muy pequeños enseñando el Catón. No podré ofrecerle más que el perdón del Señor y mi pobre y fraternal consejo humano.

Este discurso ya se lo había dicho antes a los Provinciales citados. Y me lo repitió a mí, años más tarde. Pero este discurso se acompañaba de unos brazos abiertos y de una sabiduría escondida, transmisora, con “el perdón del Señor”, de una paz auténtica, que no dan los títulos ni la sabiduría humana.

El P. Valentín, Provincial durante quince años seguidos, restaurador de la Provincia tras la guerra civil y hombre cordial y de mucho espíritu, no se cansaba de repetir:

– Este Pedro es un santo verdaderamente.

Y el P. Moisés...

El P. Moisés se gloriaba de no tener amigos. Era hombre ejecutivo, recto, enemigo de mimos y carantoñas, incisivo y cerebral en sus apreciaciones, y muy inteligente. Fue, como el P. Valentín, Rector del colegio y Provincial. La artrosis dio con él en una silla de ruedas y supo conducirlas – la artrosis y la silla – con elegancia deportiva. Cuando llegaba el momento de la confesión, el P. Pedro le ayudaba a buscar una postura cómoda, y lo hacía con tal dulzura y rapidez, que el P. Moisés confesó en público:

– Este hombre es tremendo. apabulla con su bondad.

Otros se habrían gloriado de tener como penitentes a sus PP. Rectores, y Provinciales. El P. Pedro miraba más adentro y siempre veía, reflejada en las almas, el rostro misericordioso de Jesús.

IGUAL QUE SU “SANTA MADRE”

Dicen que lo santos están llenos de manías. Que si son santos, serán manías santas. Y el P. Pedro las tuvo también. Una de ellas, su atención a los enfermos y a los muertos. Le venía de lejos tal manía. Se la enseñó la señora Carmen, y tan bien la aprendió el hijo que pudo terminar siendo maestro de su madre.

Aquí hay unanimidad de pareceres. Alguien afirma, sin titubeos, que el P. Pedro socorría a los pobres, atendía a los más miserables, visitaba a los enfermos, amortajaba a los muertos. La sencilla enumeración confirma que aún hay cristianos en el mundo con fe suficiente para hacer realidad las bienaventuranzas del Señor.

Cuando se veían en peligro, al P. Pedro le llamaban los enfermos para que les asistiera. Le llamaban desde parroquias lejanas, desde los hospitales, desde las humildes viviendas del barrio de San Pablo especialmente. Y él cogía su maletín, fuera de día o fuera de noche, y acudía presuroso a la cabecera del enfermo. No importaba el lugar, ni el domicilio. Importaba el hombre. Meterse a ciertas horas, vestido de sotana, por las callejas estrechas y mal iluminadas del barrio, era toda una aventura.

Le dijeran sus compañeros y exalumnos de la Conferencia Vicentina que tuviese cuidado¹ que no fuese solo, que dejase la sotana en casa, que no tentase a Dios en la noche.

Y el P. Pedro:

– ¿A mí qué? Si queréis acompañarme, ló hacéis, si no me voy solo. Para cumplir con mi misión de sacerdote, voy donde me llamen y necesiten.

Un inspector de policía se presentó en el colegio. Tenía comprobado que un Padre, ya mayor y bajo de estatura, se metía en casas de mala reputación con una cartera sospechosa. ¿Droga, propaganda política? Quería ver tal cartera. Se la trajeron, retirándola de la habitación mientras el Padre estaba en la clase con sus niños. El inspector abrió, inspeccionó y encontró los elementos para administrar los sacramentos y un puñado de caramelos.

Acudió el Padre “sospechoso”, y el P. Rector, delante del Inspector, le preguntó si no tenía miedo al internarse en invierno, y de noche a veces, en barrio tan peligroso.

Y el P. Pedro:

– Padre Rector, me encomiendo al ángel de la guarda y nunca me ha pasado nada. Algunas veces blasfeman o me insultan. Si son insultos, no me importa. Y si son blasfemias, rezo un Padrenuestro por el que las lanza y pienso: pobrecito, bastante desgracia tiene con no conocer al Señor.

El se presentaba en la habitación del enfermo sonriendo. Dialogaba, le escuchaba y consolaba, le animaba a ponerse bien con Dios. Le prometía volver al día siguiente. Y ya se sabía, una promesa del P. Pedro llevaba su firma y quedaba religiosamente cumplida: un día, una semana, un mes entero, hasta que abriese sus pétalos la esperada florecilla de la salud. Y si al llegar la primera vez encontraba grave al enfermo, el P. Pedro se arrodillaba delante de él, se santiguaba y le administraba sin pérdida de tiempo los sacramentos. Procuraba en estos casos que participara toda la familia.

Recuerdo, cuenta un testigo agradecido, que preparó a mi madre de una manera tan magnífica, estando ella plenamente consciente y participando mi mujer y yo, que aquello era algo de cielo.

Y si la familia era pobre, no se iba sin dejar disimuladamente un sobre debajo de la almohada del enfermo. En el sobre, el dinero que le había regalado algún amigo agradecido.

Su lema, en estos casos, era breve y claro, como un sorbo de agua cristalina:

– Primero a los demás, después yo.

Pero ese “después” no llegaba nunca. En realidad, ni lo necesitaba, vi-
viendo como vivió la “suma pobreza” al estilo de Calasanz.

Uno de sus primeros monaguillos, padre de familia ahora y profesor
acostumbrado a poner notas a sus alumnos, que pudo seguir día a día las
visitas del P. Pedro a los pobres y enfermos, resume su caridad y entrega
en esta frase feliz:

– En este sentido, el P. Pedro un diez.

Lo que hacía en la calle, lo practicaba del mismo modo dentro de casa.
Los religiosos llegaron a creer que al estar encargado de la iglesia, le co-
rrespondía por oficio atender a los enfermos de la comunidad, en sus ha-
bitaciones, en la enfermería o en el hospital. Y ocasiones no le faltaron.
Los libros oficiales recuerdan cómo los velaba por la noche, les llevaba
temprano la comunión y los visitaba durante el día.

Permitidme que copie algunos textos salteados. El 9 de septiembre de
1962, al ir el P. Pedro a las 6,30 para llevarle la comunión, que se la llevaba
todos los días, lo ha hallado cadáver y con señal de haber tenido un vó-
mito de sangre”. El difunto se llamaba P. Santos Pastor, el primer Rector
del P. Pedro cuando llegó en 1935 al colegio.

Dos años después se agota en la enfermería el P. Federico Ineva, que ha
gastado su vida en Argentina, en Jaca y Zaragoza. Es hombre de superior
categoría, de extraordinaria visión de futuro, y de un temple humano
envidiable, siempre al día en el plano intelectual y con una marcada in-
clinación hacia los alumnos pobres. Y el 10 de enero de 1964 “el P. Pedro
Díez, que descansaba en una habitación contigua, le ha asistido en sus
últimos momentos...”

Meses después, quien está gravísimo es el P. Antonio Lazo, que ha que-
mado su vida enseñando matemáticas hasta perder en las últimas jorna-
das el juicio. Y el 21 de junio de 1964 “durante la noche le han velado y en
el momento de expirar (4 de la mañana) se encontraban junto al lecho el
P. Pedro Díez y dos Hermanos...”

Demos un salto de cuatro años. El P. Ángel Pastor goza de fama merecida de buen predicador. Es humanista y literato. Tiene publicado un libro sobre el Padre Basilio Boggiero y los Sitios de Zaragoza por los franceses en 1808 y 1809. Pero ahora, 20 de febrero de 1968, “agravándose el P. Angel Pastor, se le han dado los Santos Sacramentos. El P. Pedro Díez le ha administrado la Extrema Unción”. El P. Pedro lleva acompañando al enfermo, mal acomodado en un sillón, varias noches. Es un verdadero sacrificio, pero él da gracias al P. Angel por el favor que le hace, permitiendo que le preste tal servicio. Y fue tal la sinceridad del agradecimiento y la delicadeza del servicio, que el enfermo llamó al P. Rector, antiguo alumno suyo, y le dijo emocionado:

– P. Rector, yo creía que el P. Pedro era muy bueno, pero después de estos días te digo que es un santo. Esta misma noche le he hecho levantarse ocho veces y las ocho veces se me ha acercado con una sonrisa y un cariño incomprensibles. Y me ha dicho que si hace falta que le llame más veces, que no me prive de ello”.

¿Para qué seguir? Pero no podemos quedarnos aquí, porque sabemos que además de atender a los enfermos, amortajaba a los difuntos, y lo hacía de forma voluntaria, adelantándose a los demás, a los que decía:

– Marchaos, ya lo haré yo.

Queda dicho arriba cómo el 9 de septiembre de 1962 se encontró muerto el P. Pedro al P. Santos Pastor. Había fallecido tres horas antes y se hallaba el cadáver en estado deplorable. El H. Simón Cuevas, joven y fuerte, entró en su habitación para lavarlo y amortajarlo, pero no pudo resistir el impacto y tuvo que retirarse mareado.

El P. Pedro anda por la iglesia. Le llaman, sube y con suma sencillez realiza la faena. Reza y se despide, porque le espera ya sus niños en la escuela. Pero la rapidez y destreza con que ha trabajado impresión. Y uno de los religiosos le felicita efusivamente.

Y el P. Pedro:

– No tiene la cosa ningún mérito. ¡Si Usted viera manejarse a mi santa madre! Ella amortaja a todos los que se lo piden en venta de Baños, y ella

me enseñó a mí a mirar los cadáveres como templo de Dios que han sido del espíritu Santo.

En el barrio, en los hospitales, en casas de ricos y de pobres, amortajó el P. Pedro en su vida cientos de cadáveres. La emoción momentánea de los parientes y luego el silencio.

Pero hay un caso bien documentado, que sucedió frente por frente a la fachada del colegio. Vivía allí el señor Lope Ondé, anciano, piadoso y viudo. Sus dos hijos trabajaban fuera de España, y le ayudaba una antigua sirvienta de la casa. Una noche falleció repentinamente el señor Lope Ondé y la sirvienta se lo encontró muerto la mañana siguiente. Llamó al P. Pedro y aquí veréis lo que hizo, contado por uno de los amigos del difunto, testigo presencial de los hechos. Pasó al colegio y le dijo al P. Rector:

– Estábamos juntos un grupo de amigos del difunto sin saber qué hacer con el cadáver, cuando apareció un padrecito muy sencillo y humilde, de ojos azules y pelo cortado a lo soldado.

Después de saludarnos, se ha puesto de rodillas ante el lecho y tras una breve pausa le ha marcado la señal de la cruz sobre la frente, y lo ha lavado y amortajado con una eficacia, rapidez y cariño sorprendentes, sin ayuda apenas de nuestra parte, incapaces de servirle en este menester. A continuación se ha puesto de rodillas y ha rezado un Padrenuestro, invitándonos a acompañarle, porque nos ha dicho que aquellos restos habían sido templo del Espíritu Santo. Al terminar le ha dado un beso en la frente como a un “hermano en Cristo”.

Lo ha hecho todo con una unción, bondad y humildad tan grandes que, al querer marcharse, le he pedido que me oyera en confesión. Hacía bastante tiempo que no frecuentaba ese sacramento. Ese hombrecito me ha mostrado la misericordia de Dios en el modo de tratar unos tristes despojos humanos”.

Este es el P. Pedro, el hombre sencillo y bueno, el sacerdote de Dios, que reparte la gracia del perdón con los vivos y practica las obras de misericordia con los vivos y los muertos. Sin hacer ruido, ni esperar aplausos, Porque, después de todo, en su opinión, no tiene la cosa ningún mérito.

IDÓNEO COOPERADOR DE LA VERDAD

Un dignísimo profesional, que confió la educación de sus hijos al P. Pedro y escucho sus enseñanzas en las reuniones de la Conferencia Vicentina, ha podido declarar:

– Los niños, los enfermos, los moribundos eran sus preocupaciones.

Y andaba en lo cierto.

De los enfermos y moribundos ya hemos hablado. Demos paso ahora a los más pequeños.

Constituciones de San José de Calasanz:

Y hay que citar, antes de abrirles la puerta, dos párrafos breves, firmados por San José de Calasanz. El Santo dejó en otras manos su colegio de Roma con 1.500 alumnos, y obligado por el cardenal Benito Giustiniani, se retiró en octubre de 1620 a la vecina ciudad de Narni para escribir las Constituciones de su Instituto. Las escribió en buen latín, con suma rapidez y sentido práctico. En ellas dejó plasmado Calasanz su carisma fundacional, transmitido como título y herencia a sus religiosos. Y dice nada más empezar, en el número 2 del Proemio:

Si desde la infancia el niño es imbuido diligentemente en la Piedad y en las Letras, ha de preverse, con fundamento, un feliz transcurso de toda su vida.

Esto para el alumno.

Y para el maestro, en el inmediato número siguiente:

En actitud humilde debemos esperar de Dios Todopoderoso, que nos ha llamado como braceros a esta mies fertilísima, los medios necesarios que nos transformen en dignos cooperadores de la Verdad.

El infante, diligentemente formado en la Piedad y en las Letras, será feliz a lo largo de toda su vida. Y su maestro, trabajando en la mies fertilísima de la enseñanza, llegará ser un digno cooperador de la Verdad.

Sin detenerme a recalcar la intuición calasancia de adelantar la educación integral del niño a sus primeros años –“a teneris annis” dice el texto original– ni a subrayar el rico acento intencional de un adverbio del primer párrafo y un adjetivo del segundo –diligentemente en la Piedad y en las Letras, dignos cooperadores... – quedan bien patentes, desde el principio, la dignidad del niño y del maestro.

Estos dos números del Proemio se los sabía de memoria el P. Pedro, desde los días de su noviciado en Peralta. Metido a maestro, aspiró con toda su alma a llevar la felicidad al enjambre de niños que poblarán su escuela, y ir él, “poquito a poco, transformándose en digno cooperador de Maestro divino.

PROVISIONALMENTE AL INFANTIL

En junio de 1972 la vida del P. Pedro ronda los cincuenta y nueve años. Y lleva metido en la escuela de infantil treinta y siete cursos ininterrumpidos.

Se lo contó a un maestrillo principiante:

– Entonces el P. Rector me dijo: Usted, P. Pedro, provisionalmente al infantil. Y aquí sigo.

Ni humor negro, ni ironía. Solo una lección.

Aquí sigue, entre sus niños. Es su vocación primera y personal. Le sobra tiempo para servir a Dios en el templo y en los domicilios de los pobres. Pero su templo y su domicilio más sagrados, de acuerdo con su profesión y su carisma escolapio, están en la escuela. De haber podido elegir un lugar para morir, ni dudarlo. Hubiera elegido su clase. Tanto la quería.

Y tanto la valoraban sus superiores. El P. Moisés Soto no dudaba en decir que el P. Pedro era el fundamento y pilar del colegio Escuelas Pías. El P. Pedro y su clase, ya se entiende. Y el P. Valentín Aísa, más claro y explícito:

– Es la mejor finca que tiene la Comunidad. Los niños vienen al colegio fundamentalmente por el P. Pedro

Os dije arriba que tuvo el acierto de ir escribiendo, curso por curso, la lista de sus alumnos en dos cuadernos. El primero, también se dijo, termina con el número 2.205. Era el 20 de junio de 1952. El segundo cuaderno se cierra el 22 de junio de 1972 con la suma de 4.404 alumnos. Han pasado cuarenta y siete cursos y al P. Pedro le quedan once años de vida. Es cierto que en los últimos pudo más el espíritu que el cuerpo. Pero también es cierto que nos faltan un tercer cuaderno de cursos y listas, y una carpeta que guardaba las fotografías de todos sus alumnos.

Un tesoro los dos cuadernos con sus 4.404 nombres. Muchos de los que aparecen en la lista se acercan todavía al colegio para ver cómo escribía el P. Pedro su nombre y apellidos. Y una pena el tercer cuaderno perdido. La carpeta queda suplida en los álbumes de fin de curso que guarda el archivo.

Guardaba nombres, apellidos y retratos para que el tiempo no los borrara de su recuerdo. Quería tenerlos presentes. Quería rezar y seguir rezando por ellos.

UN DÍA DE CLASE

Situada en el chaflán del edificio –Conde de Aranda, esquina Escuelas Pías– ocupaba un lugar privilegiado. Amplia, con tres ventanales mirando al este, se llena pronto de luz y de sol. Él viste sotana y ceñidor. Encima, para las horas de clase y recreos, el guardapolvo. Todo limpio, limpio como un pincel.

En la clase hay mesitas y sillas liliputienses multicolores, adornos en la parte superior de las paredes, en la inferior percheros, el crucifijo y a sus lados un cuadro de la Virgen y otro de San José de Calasanz. Sobre la mesa del maestro, cuadernos, y cajitas que guardan los instrumentos de trabajado, diferenciados, clasificados, en orden perfecto. No hay silla junto a la mesa, porque el P. Pedro no se sienta nunca. Cuando se sienta, lo hace en las sillitas de los niños, para estar a su altura y guiarles la mano. Hay también en la escuela, un jarrón con flores, espejo, toallas, jabón, peine, colonia y ropitas de respuesto. Y muchos niños.

Eran tantos, fueron subiendo tanto, que a partir del curso 1949–50 le pusieron un ayudante. Lo necesitaba para ser más efectivo en la enseñanza. Y lo necesitaban los maestrillos recién escudillados, para contrastar sus lecciones teóricas de la Normal, con la práctica diaria, guiados por la experiencia de un maestro.

Fueron muchos estos aprendices, religiosos y laicos. Duraban un año, alguno hasta dos. Porque con párvulos no se hace carrera. Y para seguir el ritmo del P. Pedro hay que tener madera de héroe. Ellos experimentan, copian, aprenden y quieren medrar. Razón tienen, que aún son jóvenes...

Hasta que en 1972 entró de ayudante en su clase José Ignacio Martín. Aunque, en realidad, estuvo en contacto con el P. Pedro desde 1963, primero en la cantina escolar, y luego comunicándole las novedades de sus estudios. José Ignacio nos apartará del P. Pedro mientras viva, “y hoy, en su mismo colegio y en su misma escuela, sigue enseñando a los párvulos con el mismo método de su maestro. Porque, prendado del P. Pedro, terminó siendo en pedagogía discípulo, su mejor discípulo, y en relaciones humanas y religiosas, su hijo predilecto.



Una sección de infantil. A un lado el P. Pedro; al otro su ayudante, discípulo y amigo entrañable José Ignacio Marcio

Gracias a la experiencia directa de José Ignacio y a los recuerdos de aquellos niños y de sus madres, podemos nosotros seguir viviendo la aventura diaria del P. Pedro y el latido rumoroso de sus alumnos, en clase y fuera de clase. José Ignacio responde de métodos pedagógicos y objetivos didácticos. Los niños recuerdan anécdotas sabrosas. Las mujeres se fijaron, muy femeninamente, en detalles de relación y de cariño.

Al P. Pedro le encanta el oficio.

Un compañero de tarea y sotana se atreve a reprocharle:

– Te gastas la vida con el abecedario y los chicos te van atontando.

El compañero enseña matemáticas con gran precisión y rigor.

Pero en este caso no sabe lo que dice.

El P. Pedro sonríe y con una pizquita de ironía contesta:

– En la vida tiene que haber tontos y listos. A mí me ha tocado ser de los tontos.

Y una madre, admiradora de los métodos y el talento del maestro de sus hijos, que pregunta al P. Pedro si no le gustaría pasar a otras clases.

Y el P. Pedro:

– Señora, estoy muy a gusto con los pequeños.

Pasó sus mejores años. de vino y rosas entre los niños de su escuela. Su misma estatura, sus ojos risueños y aquellos brazos siempre abiertos, le acercaban a los pequeños. Si en la mañana del primer día lloraba un niño, agarrado a las faldas de su madre, la tragedia duraba unos segundos. Llega el P. Pedro, le hace un repelús en la cabeza, le coge de la mano, le regala un caramelo, y el niño y el maestro ya son amigos. Amigos e toda la vida y para toda la vida.

El problema se planteaba unos meses después. Porque aquellos niños, amigos entrañables del P. Pedro, no querían cambiar de maestro. Todo un arte que Dios dispensa a contados educadores.

Y ya en la clase, ayudaba uno por uno a sus pequeños a quitarse la ropa, a colgarla en su percha respectiva y a ponerse la bata, verdadero uniforme del colegio. Las batas se compraban en la tienda del Hermano Simón, que tenía de todo: batas, libros de texto, libros de lectura, tiza, borradores, papel liso y pautado, pelotas de fútbol, tinta, plumas, lápices, confites, caramelos... Lo que no tenga el Hermano Simón en su tienda, no lo busquéis en los comercios de Zaragoza.

Las compras las hacen las mamás. Pero los niños del P. Pedro conocen pronto al dueño de la mercancía. Bajan y suben del recreo. Al pasar junto a la tienda, levantan sus manecitas al aire y las cierran con un caramelo o una peladilla dentro. El milagro lo realiza la mano grande y generosa del Hermano Simón, que aparece indefectiblemente por la ventanilla de su tienda. Este Hermano Simón Cuevas, “era carne y uña con el P. Pedro”.

La clase comienza con la oración. Primero la memoria. Se la aprenden en un par de sesiones. Los niños de pie, mirando a la Virgen, el P. Pedro en medio, mirando a la Virgen, y todos a una, despacito y con voz clara:

Virgencita de todos los niños,
que estás en el cielo rogando por mí:
cuantas veces me vea en peligro acudiré a ti.
Por la noche, cuando esté dormidito,
ven junto a mi cama y bésame,
y en tu manto de nubes y estrellas,
con mucho cariño acurrúcame.

Así todas las mañanas y todas las tardes. Hoy la siguen rezando, sin perder comba. Y arrastran, nostálgicos hombres mayores, las cinco sílabas del último verso: a-cu-rrú-ca-me. Como cuando eran niños, en la clase, delante del cuadro de la Virgen, y recordando a los compañeros muertos...

Más despacio, les iba enseñando el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria, diciéndoles cómo rezaba Jesús, cómo saludó Gabriel a la Virgen María

en la casita de Nazaret, y cómo tenemos en el cielo y cerquita de nosotros al Padre que hizo el mundo, al Hijo que murió por nosotros y resucitó tres días después, y al Espíritu Santo, que le pintan en forma de paloma y nos inspira los buenos pensamientos.

Primero la memoria, después el gesto. Sentado en la sillita menuda Y. el corro de niños alrededor, el P. Pedro traza sobre sí mismo la señal de la cruz. Toma la mano de un niño y se la lleva suavemente a la frente, al pecho, a los hombros.

Las cruces con precisión, y las palabras con armonía.

A esto se le llama signarse, tres cruces pequeñas. Por la señal...

Como San José de Calasanz en el célebre cuadro de Segrelles.

Y a esto se le llama santiguarse, una cruz más amplia. En el nombre del Padre... Como todo buen cristiano en los momentos principales de la jornada diaria.

Las explicaciones detalladas de temas religiosos las deja para la última media hora de la tarde. Es el momento esperado por los niños. Porque no se trata de explicaciones abstractas, de memorizar frases y conceptos. Aquí el P. Pedro pone en marcha toda su maquinaria imaginativa y sus mejores recursos audiovisuales.

Empezó con grandes láminas de cartón y pasó enseguida a las diapositivas. Decenas de colecciones, programadas de antemano y completadas constantemente: los Angeles, La Virgen, la Creación, Jesús nuestro amigo, la Madre Iglesia, José de Calasanz...

– Padre Pedro, ¿y esta tarde?

– Esta tarde, misiones. Y para los que se porten bien habrá barquillos.

Película de misioneros para sus niños esa tarde, y más tardes. Y se la explica de manera tan viva y plástica, con tal entusiasmo y gestos tan expresivos, “que los pequeños lo entendían todo”.



Con los niños en el Salón de Actos. Esta tarde, misiones.

Organiza personalmente la campaña de la Santa Infancia.

– Vestía a los pequeños de chinitos, de negritos, y pasaban con las hu-chas recogiendo las limosnas para la Santa Infancia.

Era la forma práctica de crear conciencia misionera entre los chicos.

Faltaban años para que se escribiese el “Decálogo del niño misionero”. Pero ya el P. Pedro, misionero desde su escuela como Teresa de Lisieux desde su convento, encandilaba a sus pequeños con las hazañas prodigiosas de los misioneros y sembraba en sus almas vírgenes la buena semilla: Un niño misionero conoce a Jesús, ama como Jesús, no se avergüenza de hablar de Jesús... un niño misionero reza todos los días a su Padre Dios por los niños de todo el mundo y quiere que conozcan a su Madre, la Virgen...Un niño_ misionero es generoso, aunque le cueste... Un niño misionero siempre dice ¡gracias!

La media hora de la tarde es un encanto. El P. Pedro dramatiza los hechos, añade anécdotas, y poco a poco va echando el cimiento de una serena formación religiosa; que completará durante la preparación específica para la primera comunión.

Y había barquillos... Es el regalo apetecido, repartido a los más atentos en las grandes ocasiones. Aquella bolsa grande, repleta de recortes de hostias sin consagrar, que el P. Pedro llamaba barquillos.

Ya tienen rollo los chicos para contar en casa:

– Mamá, hoy hemos estado en las misiones. Y el P. Pedro, porque me he portado bien, me ha regalado barquillos...

¿Y no ocurrían percances en la clase del P. Pedro? Sí, ocurrían percances. Sucedió a veces que un niño se olvidaba de que estaba en clase y se ponía a llorar a moco tendido. Él sentía humedad en sus pantalones y los compañeros un cierto olorcillo desagradable.. ¿Recordáis que tenía en la clase un espejo, toallas, jabón, colonia, peine y ropitas de repuesto?

Pues ya está. El P. Pedro, manos a la obra, a lavar y cambiar. Y un rato después, el niño como un sol. La ropa usada, metida en una bolsa bien cerrada, pasa de las manos del P. Pedro a las del niño:

– Para que se lo des a mamá, solo a mamá.

Estas cosas una madre no puede olvidarlas nunca.

Saben ellas que el P. Pedro ama entrañablemente a su madre, a su “santa madre”. Saben que a los niños les corta toda discusión de preferencias:

– Escúchame bien, mamá siempre tiene razón.

Pero estos gestos delicados de atención a sus hijos les conmueven, los comentan, les hacen llorar de agradecimiento.

MÁS DE 10.000 DIAPOSITIVAS

Lectura y escritura son en la escuela del P. Pedro, con la formación religiosa, las dos asignaturas fundamentales. Luego vendrá el inicial aprendizaje de los números.

La lectura, en primer lugar. Lo decía convencido:

– La lectura es fundamental y básica para empezar bien la enseñanza primaria.

A primera hora, cuando las mentes están más despiertas. Y siempre en grupos reducidos. Sufría al comprobar el tiempo que perdían los niños con el sistema de deletreo. Perdían tiempo y pasaban desganados y malos ratos.

Hay que inventar un nuevo método didáctico, práctico y agradable, adecuado a la capacidad e imaginación de los pequeños. Vinieron los experimentos y consultas. Tenía un amigo íntimo en el colegio de Pamplona, el P. Joaquín Erviti, enamorado de los niños, especialista en párvulos. Trabajaron juntos, intercambiaron sugerencias. Y fruto de esta amistad

compartida fue el método fonomímico, a base de imagen y sonido, que encanta a los niños y les ahorra meses en el aprendizaje de la lectura.

Ideó fichas, que empezó elaborando en la misma clase. Una prestigiosa editorial alivió este trabajo. Y por los años setenta, las fichas se completaron con las diapositivas “para hacer la lectura más agradable”.

El P. Pedro no se sintió señor y dueño del nuevo método. Hablaba del método, nunca de su método. El método no tardó en abrirse camino. Pronto lo veréis.

Las madres, que palpaban los progresos de sus hijos y metían más de una vez la nariz en la misma clase, fueron sus mejores propagandistas.

Carmen Redrado abrió una Escuela Hogar en la parroquia San José de Calasanz. Con toda su estrategia apostólica en la mano, ni ella ni sus compañeras de Acción Católica hacían progresar en la lectura y escritura a la gente mayor y analfabeta que asistía a la escuela. Recordó la pericia del P. Pedro. Fue a pedirle que le enseñase su método.

Que nos diga ella misma el resultado:

– Conservo su libro “Chiquitín” y con este método del P. Pedro enseñamos a leer a personas mayores analfabetas. Recuerdo muy bien cómo me atendió. Me dio una clase práctica con sus niños. A los niños los tenía como encantados; le atendían de una manera admirable...Todavía recuerdo cómo disfruté al ver la pericia educativa del P. Pedro y el ambiente encantador de la clase. Aprendí mucho y aseguro que el dinamismo y el amor de que daba a su clase me ayudó muchísimo en mi tarea de enseñar a personas adultas.

El método y el maestro del método. Gracias doña Carmen.

El método siguió abriendo nuevos caminos. El Ejército eligió las fichas de lectura para espabilar a los reclutas aturdidos. Y el mismo Ministerio de Educación terminó adoptando el método fonomímico. Hay editoriales que siguen imprimiendo y distribuyendo todavía el material ideado por el P. Pedro “para hacer la lectura más agradable”.

El profesor y escritor francés Daniel Pennac afirma en su obra capital Como una novela que “el verbo leer no soporta el imperativo...como los verbos amar y soñar”. Hacer atractiva la lectura desde que los ojos niños adivinan el sortilegio de las letras, hacer que esas primeras letras inciten a un mayor descubrimiento, hacer que el joven lector vaya considerando al libro como su mejor amigo, eso es alejar el imperativo, y transformar la lectura en un placer. Leer como amar, como soñar...

Parece utopía. Pero a veces se consigue. El P. Pedro, por ejemplo, con los miles de alumnos de su escuela.

Y con alumnos y maestros de otras escuelas por la ancha geografía de España. Dentro de un rato os lo cuento.

Cuánto esfuerzo callado. Pero valía la pena buscar e inventar diapositivas y contar con un buen proyector. No era precisamente un manitas, pero con la ayuda de buenos amigos, las fue construyendo de forma artesanal, distribuidas por materias, perfectamente catalogadas. Llegó a poseer una verdadera biblioteca especializada, con más de 10.000 diapositivas.

HASTA MAÑANA Y A PORTARSE BIEN

La salida de clase, otro momento delicado. La mayor parte de los pequeños del P. Pedro andan por los cinco años. Les abrocha los botones, les ata debidamente los zapatos, les arregla los cuellos de las prendas, les pone las bufandas y gorritos...

– Mamá, el P. Pedro lo hace como tú.

Y una recomendación antes de salir del aula y concentrarse en el patio:

– Y ahora, respirad siempre por la nariz.

Los autobuses, que recogen y llevan a los alumnos a sus casas vinieron más tarde. San José de Calasanz, allá por el año 1612 inventó las “filas”. El alumnado se distribuye en filas, según las calles y el barrio donde vivan. Un religioso acompaña a su fila y va entregando los niños a sus padres al

pasar junto a la puerta de sus casas. Al santo Fundador le tocó en suerte llevar en Roma la fila que salía del colegio, junto a la Plaza Navona, y llegaba por calles y callejas hasta la Plaza de España.

Un trabajo pesado, añadido a las fatigas de la clase. Pero un servicio de ángeles custodios a los niños y a los pobres.

Tres siglos después, la sabia costumbre de las filas se conserva y practica diariamente en el colegio de Zaragoza.

Suena la campana, se van cerrando las aulas y las filas rectas y simétricas se forman en el patio. Fila del Portillo, fila del Coso, fila de Cerdán, fila de San Pablo, fila del Mercado...

La del Mercado era la fila del P. Pedro. Fila larga con más de un centenar de chavales, hijos de artesanos, tenderos y minoristas. Él en medio, con teja y manteo, guardando el orden. Fila lenta, porque al P. Pedro le conocen todos. Los comerciantes salen de sus tiendas para saludarle, para preguntarle, para ponerle al corriente de los últimos acontecimientos del barrio. Y le van metiendo en los bolsillos naranjas, manzanas, caramelos, un paquete de rosquillas, un trozo del roscón de San Valero... Todos saben que entre hoy y mañana el tesoro escondido en los bolsillos será la delicia de sus monaguillos.

El P. Pedro agradece y sonríe, mientras avanza lentamente la fila. Deja a los niños en el regazo de sus madres. La fila se va reduciendo. El último muchacho, como antes sus compañeros, le besa la mano al despedirse:

– Hasta mañana, P. Pedro

– Hasta mañana, y a portarte bien con mamá.

Al mediodía, vuelto a casa, le queda un rato para dar un repaso a la sacristía y a la iglesia. Por la tarde, visita a los enfermos. Si son niños y lo piden sus madres, puntualmente y sin prisas.

Dejadme que os cuente dos casos como ejemplo.

Os presento a doña María Alicia Maurón Castellano. Dios le regaló cinco hijos varones. Y los cinco fueron alumnos del P. Pedro. Un día notó que el benjamín estaba enfermo. Duda ahora si fue escarlatina o hepatitis. De cualquier manera, quieto en casa por tres o cuatro meses. Corrió preocupada a contárselo al P. Pedro: que el niño no podrá venir al colegio.

Y el P. Pedro:

– No se preocupe, ya iré yo.

Y fue casi todos los días a visitarlo. Le enseña, le señala trabajo, le pone al día, dice la madre. Y concluye:

– Cómo le alegraba a mi hijo su visita. Fue maravilloso.

La misma doña María Alicia le comunicó al P. Pedro otro caso más delicado. Una amiga suya presidenta diocesana de Acción Católica y que vive e cerca del colegio, tiene un hijo con síndrome de Down. ¿Puede venir a visitarlo?

Y el P. Pedro:

– Sí, quiero conocerlo.

Le vio y dijo:

– Por este niño no puedo hacer nada. Solamente verlo de cuando en cuando.

Y ese de cuando en cuando se hizo frecuente. Con suerte para el niño y para sus padres. Porque, añade doña María Alicia:

– A veces estaba irascible y el P. Pedro lo amansaba.

Terminadas las visitas, otra vez a su escuela. Saca mina a los lapiceros de los niños, lapiceros corrientes y de colores, para que los tengan listo al llegar mañana. prepara detenidamente las clases del día siguiente, dispone las diapositivas, traza pequeños guiones orientativos...



Renovación de las promesas del bautismo, minutos antes de recibir la primera comunión.

Nunca entró en la clase, sin llevar previamente preparadas todas las lecciones. Era para él este punto, por insignificante que nos parezca a nosotros, cuestión muy delicada de conciencia.

COMO NADIE LO HA HECHO

Era la fiesta grande, más grande que el cumpleaños del P. Rector, con sus poesías alusivas y vacación obligada, más grande que la del Patrocinio de San José de Calasanz en noviembre, con misa solemne, sermón y juegos, y más grande que la velada de reparto de premios en diciembre, que suelen presidir el señor Arzobispo y las autoridades universitarias.

Más grande que todas las demás fiestas, porque este día de la primera Comunión vibra el colegio entero y con él buena parte de la ciudad de Zaragoza.

Fijaos que empleo el pretérito. También ahora celebra el colegio la primera comunión de sus alumnos, pero esta fiesta no es ni sombra de aquella fiesta. Han cambiado los tiempos y las costumbres. Hay fotografías, álbumes y vídeos para el recuerdo. Y un presupuesto que da escalofríos. Del ámbito religioso hemos pasado al social, al gran banquete en el hotel y al mínimo acompañamiento en el altar. ¿Una primera comunión para el abrazo del niño con Dios, o una comunión laica para la galería? Dejadme decir la verdad sin tapujos: estamos perdiendo la brújula y el sentido común.

Desde que abrió sus puertas el colegio, en la primera mitad del siglo XVI-II, los escolapios pusieron toda su imaginación y su talento pastoral en preparar a conciencia y dar lustre a esta fiesta de la primera comunión. Y fue adquiriendo tal categoría que muchos exalumnos, recordando el lejano momento entrañable, pedían permiso para mezclarse entre los pequeños, comulgar a su lado y acompañarles al Pilar. Los cronistas de la casa no dejan de consignarlo, cuando el exalumno es persona importante. Nos cuentan, por ejemplo, cómo se conmovió Zaragoza al ver al Rector de su Universidad don Antonio de Gregario Rocasolano mezclado entre los pequeños después de haber comulgado con ellos en el colegio, o cómo más recientemente repitió la escena rodeado de 300 neocomul-

gantes, el Director General de Primera Enseñanza don Romualdo de Toledo.

La fiesta, el primer domingo de mayo. Y con tres puntos fijos en el programa: larga preparación, recepción de la Comunión en el colegio y alguna vez en la amplísima iglesia de Santiago, procesión al Pilar.

Quedó rota la procesión al llegar la República en abril de 1931. Cuando se calmaron las pasiones de la guerra, tornaron a volverse locas las campanas y a desfilas los niños, camino del Pilar.

La distribución de las primeras comuniones era prerrogativa de la gente importante: el P. Rector, el P. Provincial, el P. General o alguno de sus Asistentes, llegados casualmente de Roma, un arzobispo amigo de paso por Zaragoza.

La preparación y la procesión quedaron por muchos años en manos del P. Pedro. Se dice pronto, pero no era tarea fácil.

En septiembre de 1941 mandaron al P. Juan Bautista Rivillo a echar los cimientos del Colegio Calasancio, entre las calles Sevilla y Gastón de Gotor. El mismo que preparó en Tolosa para su primera comunión al alumno Pedro Díez pasa ahora el testigo al P. Pedro Díez. Carambolas de la vida.

Pero vaya Usted tranquilo, P. Rivillo, que el discípulo sabrá honrar al maestro

La preparación se iniciaba, pasadas las vacaciones de Navidad, pero se hacía intensiva durante el mes de abril. Esta preparación intensiva requería dos catequistas especializados, uno para el grupo de gratuitos y otro para el de vigilados. Con este segundo grupo corre indefectiblemente el P. Pedro y pone a su servicio tiempo, amor sin límites y todas sus mejores cualidades de sacerdote y maestro. Busca la perfección hasta en los mínimos detalles. Y no escatima esfuerzo para adquirir las últimas novedades catequéticas, que une al tesoro de sus diapositivas.

En este mes de abril, año tras año hasta que caiga enfermo, logró superarse a sí mismo.

Los niños vuelven a casa y comentan. Repiten escenas y palabras. Y eran cosas tan tiernas, tan humanas, que me daban inmenso bien, dice una de las madres. La misma que asegura a renglón seguido:

– Cuando veo a mi hijo, casado, 54 años, volver de comulgar, recuerdo emocionada cómo lo prepararía el P. Pedro.

Pues le prepararía como él sabía hacerlo... Un inteligente compañero del P. Pedro, que vivió a su lado treinta y seis largos años, nos da la respuesta esperada en una sola frase:

– Preparaba a los niños para la primera comunión maravillosamente, como ya nadie lo ha hecho después, ni siquiera algunos Padres que han venido con su Licenciatura de Pastoral.

Sin duda, el día más intenso de esa preparación llegaba cuando los niños debían contar sus pequeñas travesuras y recibir el perdón. Es la confesión primera y misteriosa. Un grupo numeroso de sacerdotes se distribuye a lo largo y ancho de la iglesia. Se acerca el niño nervioso. Y el sacerdote aima, escucha, aconseja, impone la saludable penitencia, absuelve en nombre de Dios.

Son unos momentos emocionantes, que abren nuevos horizontes de luz en el alma de niño. y el sacerdote da gracias por tanta inocencia derramada, por haberla descubierto y poder ofrecérsela al Dios que puso a un niño como modelo de su Reino.

Y, claro, también de esta experiencia hablan ellos a sus madres cuando regresan a casa:

– Hoy me he confesado con el P. Pedro

– ¿Qué penitencia te ha puesto?

– Que me porte bien con mi mamá

Sí, los preparaba maravillosamente, como ya nadie lo ha hecho...

SALVE, DIAMANTE DEL CIELO

El prime domingo de mayo reciben a Jesús. Y el segundo, desde el año 1853, van en romería al Pilar. Pero no van solos, Con ellos va el colegio entero y media Zaragoza.

Hasta 1955 hubo un itinerario, trazado por los escolapios: Coso adelante, Plaza de España, calle de San Gil, la Seo, el Pilar, y vuelta por las calles del Mercado. En 1955, “por razón del tráfico”, El Ayuntamiento impuso otro recorrido: Cerdán y calles del Mercado hasta el Pilar al ir, calle Alfonso, el Mercado y Escuelas Pías para volver. Ha perdido solemnidad el recorrido, pero ha ganado en brevedad. En 1962, ni recorrido largo, ni recorrido corto. Los pastoralistas preconciarios dentro y los chupatintas municipales fuera acabaron con la procesión.

Pero mientras desfiló en romería el colegio, antes y después de 1955, quedaron inmutables dos estaciones: una en la plaza de la Seo, para que el señor arzobispo pudiese, desde el balcón de su palacio, admirar el espectáculo y bendecir a los niños; y otra en la santa capilla del Pilar, delante de la Virgen. Aquí ofrecen los niños un ramo de flores, consagran sus vidas a la Virgen y le cantan entusiasmados la plegaria del maestro Anadón:

Ave, diamante del cielo, acoge bajo tu manto a los hijos de Calasanz

El Pilar y la imagen que sostiene, no han variado. Los arzobispos, sí. Siete han repartido bendiciones a los niños escolapios: Gómez de las Rivas, García Gil, Benavides Navarrete, Alda Sancho, Soldevilla Romero, Rigo-berto Doménech, Casimiro Morcillo.

Buenos pastores, tres de ellos cardenales –García Gil, Benavides, Soldevilla–, amigos todos, unos más expresivos que otros, del colegio.

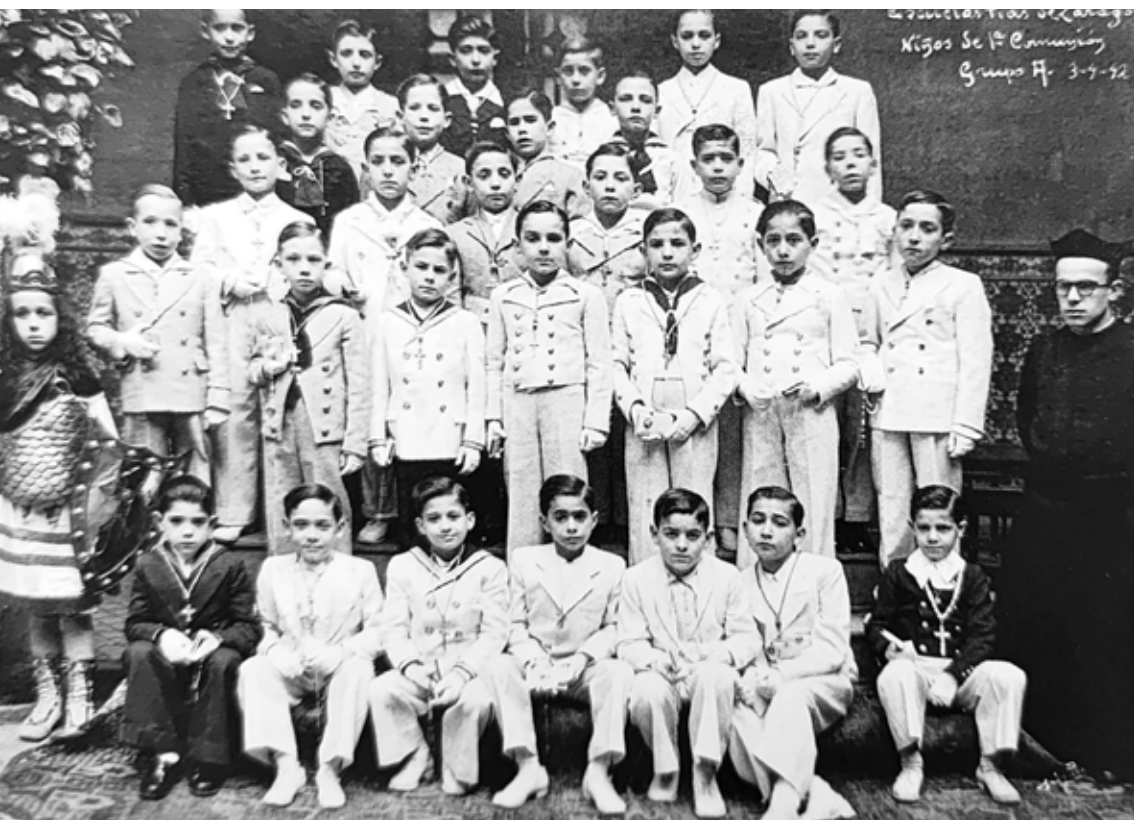
Pero a esta fiesta infantil se asociaba la ciudad, para ver el espectáculo y aplaudir a los niños. Que era todo un espectáculo el desfile. Por el número de pequeños neocomulgantes, 120, 200, hasta 300 en 1940, que creo batió el récord. Por las voces de dos mil muchachos, que llenan las

calles con sus cantos, impresionantes algunos como aquel que comienza Cantad, oh puros niños, compuesto por el maestro Camó. Y por la impresionante organización del colegio.

No quisiera cansaros. Pero dejadme copiarle al cronista lo que escribió en mayo de 1939. Es la mejor fotografía de la procesión de aquel año, repetida y enriquecida en mayos posteriores.

Todavía funcionan las escuelas de las Delicias. Y nos dice el cronista que se observó “el orden siguiente”:

1. Bandera de S. José de Calasanz, llevada por alumnos internos y escoltada por dos guardias – A la cabeza de la procesión fue el P. Juan Rivillo
2. Escuela de las Delicias – Estandarte del Nombre de María, de Molina
3. Gratuitos – Su bandera y estandarte de los Sagrados Corazones, de Molina
4. 1ª Escuela de Vigilados –Estandarte, escudo de la Escuela Pía (3 niños de la 2ª)
5. 2ª de Vigilados – Estandarte Nombre de Jesús (3 niños de la 3ª) Estandartes de la Letanía –Niños de la 1ª y 2ª
6. 3ª y 4ª Vigilados – Estandarte Nombre de María (3 niños de la 4ª)
7. 5ª y 6ª – Bandera y estandarte Niño Jesús (Niños de la 5ª y la 6ª)
8. Banda y Coro 7ª escuela –Estandarte de la Inmaculada
9. 1ª de Bachillerato – Estandarte de S. Miguel
10. 2ª de Bachillerato – Estandarte de los Stos. Justo y Pastor
11. 3ª de Bachillerato – Estandarte de Sto. Tomás
12. 4ª de Bachillerato – Estandarte de S. Pompilio
13. 5ª de Bachillerato – Peana de la Virgen, llevada por 4 de 6º y 4 de 7º Curso
14. Internos
15. Niño vestido de Angel a la cabeza de los de 1ª Comunión, acompañados por varios Padres, con roquete – Dentro del grupo, estandarte de S. Tarsicio por uno de 6º y otro de 7º y peana del Niño Jesús por alumnos internos
16. Terno
17. Presidencia
18. Banda y piquete.



Los preparaba maravillosamente, como ya nadie lo ha hecho.

La bandera de S. José de Calasanz, que abre la marcha, llevaba pintada por Bernardino Montañés, la aparición de la Virgen a San José de Calasanz. Los estandartes de la Letanía los había ideado y pintado el P. Gerardo García. La referencia a Molina significa que la bandera y los estandartes aludidos pertenecieron a su colegio, cerrado en 1935. La banda municipal de música la proporciona el Alcalde, y el piquete de soldados el Gobernador Militar de la plaza. El Jefe de la Guardia Municipal envía también los números necesarios para abrir camino y guardar el orden de la buena gente que ha dejado sus casas y se ha echado a la calle. Días antes de la procesión han dado su aprobación el señor Gobernador, el Deán del Cabildo catedralicio y el señor Arzobispo.

Organizar la procesión, dirigirla, y saber transformarla en alegre lección formativa, en acción de gracias, en afianzamiento de la devoción a María...requería un hombre con mente despierta y alma enamorada. Contó con estos hombres el colegio, desde que inventaron la procesión. El P. Rivilla, entre ellos. Y durante los últimos veinte años el P. Pedro.

Una de aquellas madres, que acompañaban en la procesión a sus hijos, mantiene viva la emoción. Y nos la transmite, breve y escueta, toda seguida, sin detenerse en adornos literarios:

– Recuerdo la procesión del Pilar, después de la primera comunión, cómo se consagraban a la Virgen, era una cosa admirable, y el alma era el P. Pedro.

El alma, sí. Un alma enamorada...

Podía quedar, y a veces quedaba, algún fleco pendiente cuando finalizaban las fiestas en el colegio y el Pilar. Y es que entre tantos niños, raro era el año que no hubiese una lista de accidentados.

Se formaba un grupo y el P. Pedro armaba otra fiesta.

De ella participó José Antonio Alcón a causa de un brazo roto. Recuerda con nostalgia la fiesta y a su organizador. En pocas palabras:

– Yo comulgué en el Oratorio de internos con ese grupo, ya que me había roto un brazo. Con tal de hacernos felices, él estaba dispuesto a todo... se desvivió para prepararnos la fiesta.

VIAJES DE ESTUDIO

Un buen día les dijo el P. Pedro a sus niños:

– Esos mayores, porque terminan sus clases se van de viaje de estudios. Pues nosotros no queremos ser menos. Como acabamos el curso de infantil vamos a organizar un buen viaje de estudios

Y así fue. El viaje duraba una tarde o una mañana. Pero había más de un viaje. Ahora os lo cuento.

En casa se armaba el revuelo, porque el niño se va de viaje. Hay que ponerle traje de fiesta. Revuelo también en el colegio. Había que iluminar de ilusión la imaginación de los niños. Y en eso, como en tantas cosas, el P. Pedro era maestro.

Llegado el día, contrataba un autobús. Subían los niños, subía el P. Pedro con una bolsa inmensa de caramelos. Y enfilaban cantando hacia el colegio de las escolapias de Ruiseñores. Recorrían en silencio el edificio, con sus patios, sus jardines y la primera esquina de la huerta, que era todo aquello muy grande. Entraban en la clase de las parvulitas, se sentaban, se contaban sus cosas, demostraban ellos y ellas cómo sabían leer, y escribir, y contar, y recitaban una poesía. El P. Pedro hacía de maestro de ceremonias y daba una lección práctica.

Al terminar, abría su bolsa de caramelos y había dulces para niños y niñas. Sin darse apenas cuenta, habían pasado dos horas.

Vuelta a casa con más bullicio que la ida. Y a preparar el viaje siguiente.

Porque había que hacer al menos dos viajes de estudios antes que acabase el curso. A las Anas, a los escolapios de la calle Sevilla y de Cascajo, a las escolapias de la placita de San Roque... Aquí les decía el P. Pedro que

estaba San José de Calasanz en la iglesia, y le hacían una visita antes de ir a la clase de la niñas.

Los niños veían a sus hermanitas, hacían amistades. El P. Pedro intercambiaba experiencias con sus colegas, especialmente con la H^a. María Jesús, de la Anas, se fijaba en el material didáctico que utilizaban y sacaba conclusiones.

Una mañana, una tarde de fiesta para los niños. Para el P. Pedro, un verdadero viaje de estudios. No puedo precisar cuándo se iniciaron estos viajes de estudio. Sí que dejaron recuerdos preciosos –en ellos y ellas– y se acabaron cuando las ruedas del carro del P. Pedro empezaron a tirriar.

OLIMPIADAS A LO GRANDE

En 1955 el P. Pedro tuvo otra de sus genialidades. No solo el viaje de estudios, hay que inventar una “fiesta de fin de curso”, que dure todo un domingo, para que puedan participar las familias. Y no tardó en programarla. Sería en el mes de junio y en la Torre de Cascajo. Redactó un programa y lo tituló con letras mayúsculas: “I GRAN OLIMPIADA EN EL STADIUM KASKAJ-JENSE”

El 1º de junio, a las 9 de la mañana, estaban en la Rotonda del colegio todos los pequeños y numerosas familias. Montara en varios tranvías y hasta las 8 de la tarde disfrutaron en los campos de la Torre de juegos, competiciones, concursos y exhibiciones. La Rondalla Calasancia, dice el cronista, les obsequió con números de su repertorio. Y añade convenido:

– El recuerdo de tan agradable día quedará seguramente bien grabado en las imaginaciones infantiles y en el corazón de sus padres.

Puesta en marcha la primera gran olimpiada, nadie pudo pararla. Fue creciendo en número de participantes y en variedad de entretenimientos. La de junio de 1960 cerró el ciclo.



Aquella bolsa sin fondo, llena siempre de caramelos ...

De la Torre de Cascajo pasó la fiesta a los campos del Soto de la Almazara, y aquí tomaron los actos mayor vuelo, hasta resultar exagerados. Pero guiados por sendas y palabras de amor... a las familias y a los niños.

En casos semejantes debía pensar Manuel Machado cuando escribió su coplilla:

A las palabras de amor les sienta bien un poquito de exageración...

A las palabras, y a la alegría redonda de un día de fiesta con los amigos.

Que en eso precisamente se van a gastar las horas en la Almazara.

Cascajo dista del colegio tres kilómetros. Los campos de la Almazara menos de un kilómetro. Desde 1945 andaba la comunidad escolapia pensando en estos campos, más prácticos y cercanos que los de Cascajo. Y, al final, los compró. En Cascajo se construyó, un espléndido edificio para postulante y colegio. En la Almazara se levantó, en 26.000 metros cuadrados, un modélico complejo deportivo con dos piscinas reglamentarias, campos de fútbol, baloncesto y balonmano, pistas de atletismo, un frontón de pelota, un chalet para el guardián y su familia, un parque y ...un fuerte, al estilo del oeste americano, el preferido de los niños, que le llamaron desde el primer día “Fortín Calasanz”. Y a una imagen de la Virgen del Pilar, que preside juegos y reuniones, le han cincelado esta inscripción en el pedestal: Causa de nuestra Alegría.

Ya tenemos complejo deportivo, como quieren los mayores, menos originales que los niños, “Stadium Calasanz”. Y la sonrisa de la Virgen.

La tarde del lunes 4 de junio de 1961 se bendijo e inauguró solemnemente el “Stadium”. La prensa reseñó el momento con material gráfico suficiente y palabras elogiosas. Presenciaron el acto, familias, religiosos, profesores laicos, alumnos exalumnos y una lista tupida de autoridades. Citaré solo al general de Ingenieros don Enrique Giménez Ruesga y a don José Sinués Úrbiola, presidente de la Asociación de Exalumnos escolapios y director de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, que izaron en sendos mástiles las banderas de España y de las Escuelas Pías; al vizconde de Espés, que representaba al alcalde; al secretario del Ayuntamiento don Luis Aramburu; al arquitecto don José Luis Lafiguera, que

ha trazado los planos y dirigido las obras; y a los PP. Provincial y Rector, Moisés Soto y Valentín Aísa.

El P. Pedro y sus niños siguen completando olimpiadas. Para la de 1964 imprimieron un llamativo programa a dos tintas: “Excursión de los Benjamines del Colegio, X Olimpiada en el Stadium Calasanz’.

El lenguaje revela la vena imaginativa dei P. Pedro, que quiere encandilar a sus muchachos: Gran partido de fútbol, entre los equipos Real Párvulos, F.C y Atlético Infantil, C.D... Atracciones diversas con elevación de globos y lanzamiento de cohetes interplanetarios... En el césped del Stadium, divertida competición de fútbol entre los Padres jóvenes de la Comunidad y los que en años pasados fueron alumnos y hoy padres de los niños. Darán realce al partido desde la tribuna de sombra todos los Benjamines del Colegio. El encuentro será radiado y televisado. La Comisión Infantil de Festejos instalará un moderno y ultraeconómico Ambigú, donde se servirán toda clase de refrescos...

Sabemos más cosas: que hay Misa para los niños y sus familias, banquete al mediodía y merienda a la tarde, brillantes actuaciones deportivas en piscina, gimnasio, tobogán gigante y enano, pórtico con sus columpios, montaña rusa, torre del castillo, fuerte de indios...

Todo queda precisado, desde la concentración a las nueve de la mañana en la Rotonda del colegio hasta el regreso a las ocho y media de la tarde.

Pero ¿quién detiene el vuelo a la imaginación? Andan de por medio el P. Pedro y sus chavales. Más programas, más olimpiadas. Más espacio en la Almazara para que aparquen los coches. Más gente dentro. Más números vistosos, añadidos a los clásicos de olimpiadas anteriores, y que atraen a chicos y grandes: corrida de becerricos, festival de la canción moderna, campeonato de patinaje artístico, maravillas de un mago, lanzamiento de globos...

Por si fuera poco, pueden amenizar la fiesta los scouts del colegio, otras veces el renombrado el cuadro artístico del colegio El Carmen y San José...



Sus majestades el Rey y la Reina, dispuestos a presidir la fiesta y las olimpiadas.

Y el P. Pedro, apoyado en alto bastón, dirige el concierto, para que no haya interferencias ni se lastimen sus pequeños.

Todavía faltaba un invento. Al P. Pedro se le ocurrió que había que nombrar un rey y una reina para la fiesta. Los nombraron. Un alumno de su escuela con su hermana. La multitud espera la llegada de la real pareja, que se hace esperar con algunos minutos de retraso. Y dentro del Stadium, ocupa sitio de honor, preside el banquete, entrega los trofeos...

Me gustaría que vieseis con qué señorío lucen sus atuendos reales y con qué naturalidad no estudiada entrega la reina las copas a los triunfadores. Porque la prensa de Zaragoza publica reportajes y la revista de los Exalumnos crónicas ilustradas.

“En resumen, escribe un reportero, santa alegría y amistad pura. Un exponente de la compenetración de todos los elementos que integran el Colegio”.

Eso había pretendido desde el principio el P. Pedro. Eso y que gozasen sus niños de una jornada imborrable.

Y cuando él no pudo acercarse a los campos, las familias, los Exalumnos y la dirección del colegio no quisieron que la fiesta pereciera. Ya no se llamó fiesta, ni olimpiada. Rompieron el título y pintaron otro con esta leyenda: Día del Padre Pedro.

Pero el P. Pedro no está, o mejor, está en el recuerdo. Y cuando sus niños comprobaron su ausencia, menearon la cabeza.

¿Qué se hacían ellos allí, si ya no podían apostar con él en las carreras, ni jugar al escondite y al fútbol, cuando se arremangaba la sotana? ¿Qué se hacían ellos allí, si ya no podían verle, revestido con los ornamentos sagrados, celebrar la misa y hablarles de Dios y de la Virgen?

¿Qué se hacían ellos?

Y dejaron de ir a los campos de la Almozara.



Un monaguillo disfrazado lleva el cáliz para que el P. Pedro celebre la eucaristía en los campos de Almozara.

CAPÍTULO 13

MAESTRO DE MAESTROS

Pero no nos pongamos tristes antes de tiempo. Quedan cosas fundamentales que decir y no quisiera que os quedase la imagen solitaria de un P. Pedro, rodeado de niños, buen parvulista, casi una madre.

Hay algo más, un cimiento oculto, que da solidez a ese magisterio y a esa maternidad. De ese cimiento os voy a hablar, procurando no hacerme pesado.

LE HACÍA SER ÉL PEDAGOGÍA

Pero antes dejemos hablar a quienes vivieron y trabajaron a su lado. Suyo es este apretado ramillete de doce frases, masculinas y femeninas, que podían fácilmente multiplicarse, que os transcribo numeradas y sin modificar un ápice.

1. El P. Pedro era respetuoso con los derechos del niño
2. Los niños intuían que los quería, iban felices al colegio, era una fiesta ir con el P. Pedro
3. Nunca le oí levantar la voz, ni perdió la paciencia con los niños. Los trataba con cariño incommensurable.

4. Con los niños tenía una pedagogía especial, era un don de Dios, y aunque llevaba tantos niños no tenía que enfadarse ni se le “canteaba” ninguno.

5. Le querían todos los niños. No se cansaba de estar con ellos. Siempre sonreía.

6. Salían de sus clases para ir a otras de mayores, y sin embargo no le olvidaban.

7. Yo venía muchas veces a sus clases. Me encantaba cómo los iba formando; y nos ayudaba a los padres en la educación de nuestros hijos.

8. Siempre te recibía sonriente. Acogía a sus churumbeles, como los llamaba, como una madre acoge a sus hijos.

9. En la preparación de las clases lo hacía muy bien. Su obsesión era que los niños aprendieran las cosas lo más pronto posible y con la mayor dulzura posible. Tenía una cualidad especial porque era un gran pedagogo. Era puntualísimo en las clases.

10. Como profesor tenía mucha inventiva para mantener la atención de los niños. Lo mismo en el material didáctico.

11. Era un extraordinario pedagogo.

12. Tenía una pedagogía con los niños que le hacía ser él pedagogía.

Eso afirman los testigos. Fijaos en estas tres expresiones. Una, certera y esencial: le hacía ser él pedagogía. Dos y tres, progresivas en sus juicios de valor: era un gran pedagogo, era un extraordinario pedagogo. Y lo era, aunque él, en su humildad no se lo creyese.

Ya conocéis a doña Alicia. Dice que el P. Pedro era humilde “hasta la exageración”, que se sentía el último de la fila y que no se consideraba superior a nadie. Y lo confirma. Cuenta ella que algunas veces le decía:

– Usted es un gran pedagogo Y el P. Pedro:

– ¡Qué cosas me dice esta señora!.

CAPITÁN DEL BUQUE INSIGNIA

Le quiero demostrar al P. Pedro que doña Alicia tenía razón.

Pero como él ya lo sabe, aunque lo intente tapar con el velo de su humildad exagerada, os presento las pruebas a vosotros.

En diciembre de 1939, cuando acaban de salir de las catacumbas, los superiores de las Escuelas Pías españolas deciden preparar nuevos libros de texto.

De momento únicamente libros de primera enseñanza. Ni libros de bachillerato, ni libros de lectura.

Se repite la manía santa de los escolapios: apenas pueden comer. y se quitan el pan de la boca con tal de encontrar fórmulas y ahorran dinero para facilitar la mejor formación de sus alumnos...

Como San José de Calasanz, cuando pedía limosna con la alforja al hombro por las calles de Roma, para que los chavales de sus colegios puedan recibir gratis la enseñanza y los elementales instrumentos de trabajo: libros de lectura y cuentas, catecismo, tinta, papel y pluma. Libros sencillos, papel de barba, tinta recia, elaborada en casa, plumas de oca.

Eso en el siglo XVII. Ahora, en 1939, sus hijos españoles sueñan con nuevos libros escolares, que sean de buena calidad y de poco precio.

Fueron llegando a los colegios los textos de primera enseñanza, tres enciclopedias para los tres grados. Y en octubre de 1942 la Congregación provincial de Aragón “trató de los libros de lectura que se iban a editar por cuenta de la Provincia”. Y aprobó cuanto se hacía y había que continuar haciendo.

Ya tenemos en danza al P. Pedro. Porque los superiores le nombraron capitán del buque insignia. Pero el P. Pedro tiene veintinueve años no cumplidos y lleva enseñando menos de siete.

¿Cómo pudieron fijarse en él?

Pero se fijaron. Y en el término de un año, ayudado por buenos colaboradores, tenía preparada una cartilla y dos libros de lectura, que vieron la luz en septiembre de 1942, la cartilla en Zaragoza, imprenta de Octavio Félez, y los libros en San Sebastián, Gráficas Pides. La Cartilla, en dos partes, lleva ilustraciones en color y va dedicada “al gran educador de nuestro Imperio San José de Calasanz, fundador de la primera escuela popular del mundo”. El método adelanta, en buena parte, al que se fijará en “Chiquitín”.

Lleva esta Cartilla, bellamente editada con páginas enteras adornadas de dibujos a todo color, un prólogo de gran valor pedagógico. Entresaco de él dos apuntes.

En el primero dicen, en plural, que al prepararla han tenido ante los ojos “la edad tierna, la atención incipiente y el temperamento inquieto de los párvulos”; que han consultado detenidamente “los tratados mejores de psicología infantil, para aprovechar todas las tendencias y no salirnos del mundillo sorprendente y misterioso en que se desarrolla la actividad de los párvulos”; que han atendido, “lo que más importa, a los datos recogidos durante los no pocos años dedicados a la enseñanza de la lectura”; y que han logrado así “dar interés y amenidad a la lectura, convirtiéndola en algo vivo y palpitante para los pequeños”

En el segundo recuerdan a los profesores el viejo precepto latino: “Para salir airoso en la enseñanza se necesita: 1º, mucho trabajo, 2º, mucho método, y 3º, mucha constancia”.

Las palabras trabajo, método y constancia destacan en letra bastardilla.

En su segunda parte, la Cartilla inserta una ingenua poesía anónima, que titula Dos ángeles custodios. El P. Pedro se la hacía aprender de memoria al alumno más avisado de su clase, para que la recitase en la



Más caramelos, más cariño, más dialogo en el gesto y la mirada.

fiesta del día de la madre. Dos ángeles: el de la Guarda, que no se ve, y la madre que cuida del hogar. Y termina el niño recitador:

¡Ay! entonces tengo dos dñgeles que me guardan sin cesar;

El uno que no lo veo, Y el otro sí...mi Mamá.

Y suenan los aplausos, mientras por las mejillas de las madres se desliza las lágrimas.

Los libros –Primer Grado de Lectura, Segundo Grado de Lectura– llevan un único prólogo, muy breve, dirigido a los niños. Y les dicen sus autores en el párrafo central: “Este libro que os ofrecemos está inspirado en una pedagogía que lleva por lema PIEDAD Y LETRAS, y en lecturas amenas e instructivas contiene hermosísimas y saludables enseñanzas, que vosotros deberéis grabar en vuestra mente y en vuestro corazón”.

Y es muy cierto que estas lecturas resultan amenas e instructivas, ilustrada la mayoría con un dibujo alusivo. Las lecturas ofrecidas suman doscientas, cien en cada libro. Hay prosa y verso. Y en el segundo libro, una serie de cartas infantiles manuscritas, que escribió con su preciosa letra caligráfica el P. Antonio Senante.

No puedo detenerme a examinar la variedad de temas, la limpia sencillez de estilo directo y dialogado, el acierto en la puntuación, que rompe con el largo párrafo pesado, la elección de títulos. Pero sí hacer resaltar que algunas de estas lecturas tienen rasgos autobiográficos.

Fijaos en este niño: .

“Hoy, durante el recreo, un chiquito del grado infantil lloraba, porque no quería apartarse de su mamá.

Mi maestro se acercó, le hizo una caricia, le dio un caramelo, y el pequeñito ya no lloró más”.

Fijaos en esta madre:

“Lo da todo sin pedir nada. Incluso la vida daría, si fuera necesario, por la de un hijo.

Nada hay en el mundo comparable al amor de la madre. Por eso, debemos quererla, obedecerla y respetarla.

Los que gozan de la dicha de tenerla, deben cuidarla, protegerla y amarla cuanto puedan, para devolverle algo de lo que les dio”.

Se multiplican las poesías sobre la madre, sencillas, de versos colmados de ternura. Esta de la madre era una de las santas manías del P. Pedro.

Yo no sé quién escribió los párrafos transcritos y las estrofas de las poesías, pero me cuesta poco ver al P. Pedro en el patio de recreo ante el niño que llora, y en la clase hablando a sus niños sobre la madre, Y junto al P. Pedro, a las madres de sus alumnos y , un poco más lejos, a la señora Carmen.

No lo sé. Pero es cierto que en 1942 escribía el director de la revista Peralta de la Sal:

– Hemos recibido el primero y segundo Libro de Lectura, continuación de la primera y segunda parte de la Cartilla, de la que es autor el diestro y experto parvulista P. Pedro Díez. Este mismo padre ha preparado las sencillas, amenas e interesantes lecturas que componen el Primer Libro, y ha coleccionado las no menos apropiadas para el Segundo Libro.

El director de la revista vive en el mismo colegio y en la misma comunidad del P. Pedro, le ve escribir y rezar, ha comprobado cómo ha ido ganando puntos la escuela infantil. Podemos suscribir, sin miedo a equivocarnos, lo que afirma: que el P. Pedro es autor de la Cartilla, que ha preparado las lecturas del primer libro, que ha coleccionado las del segundo, y que es...”diestro y experto parvulista”.

En el mismo año 1942 apareció en Zaragoza, Imprenta Heraldo de Aragón, el Tercer Libro de Lectura, que completa el ciclo y lleva por título “Semilla Educadora”. Es un libro de “lectura escogidas”, con intención instructiva y con más páginas que los dos anteriores juntos.

Está pensado para los alumnos mayores y creo que .en él no intervino para nada el P. Pedro.

La Cartilla y los tres libros de lectura fueron utilizados durante algunos años por las restantes Provincias de España. Lo proveían en Aragón y por eso sellaron Cartilla y Libros con estas tres letras mayúsculas: E.P.E., Escuelas Pías de España.

CHIKUITÍN

Comprobado en 1944 el éxito de la Enciclopedia, deciden las Escuelas Pías de España preparar textos de bachillerato y libros de lectura. La Editorial Bibliográfica Española, lanzará desde Madrid todos los libros bajo el título común de “Textos E.P”.

En diciembre de 1945 se reúnen los parvulistas escolapios, intercambian experiencias y toman decisiones, Hay que preparar un silabario, una iniciación al lenguaje y un primer libro de lectura, Las tres producciones, les dicen los superiores, deben estar editadas antes de comenzar el curso 1947-48. ¿Un homenaje anticipado de los más pequeños a Calasanz, que cumplirá en 1948 los trescientos años de su muerte y los doscientos de su beatificación? Tal vez.

De preparar el silabario quedó encargado el P. Joaquín Erviti. Él será el responsable y principal actor. Le ayudó en su empresa, con toda su amistad y su experiencia, el P. Pedro. Los dos amigos llevan metidos en la escuela de párvulos muchos años, y andan los dos preocupados por dar con la fórmula de un método de lectura, y consecuentemente de escritura, que sepa hermanar los adelantos científicos y la despierta psicología del niño. Lo encontraron, dicen, “basado en los procedimientos más modernos, contrastados por una larga experiencia”. Y dos han sido “los sistemas preferidos en su composición: el ideológico y el fonomímico”. Siguen dando en la Introducción normas prácticas de aplicación. El P. Erviti, antes de llevar el resultado a la imprenta, lo bautizó con un nombre sugestivo. Le llamó Chiquitín.

Chiquitín tiene dos partes, como la inmediata Cartilla del P. Pedro. Pero con la añadidura valiosa de un “juguete de las letras” y un minúsculo cuadernito para iniciar la escritura.

La novedad del método y el acierto en la presentación tipográfica fueron un éxito.

El P. Pedro completó Chiquitín, con un sistema de fichas, que preparó primero a mano y logró después que una buena imprenta se las editase.

El método entró en todos los colegios escolapios, fue admitido por colegios públicos, por el Ministerio de Educación, cruzó los mares. El ejército eligió las fichas de lectura para espabilar a los reclutas aturridos, cruzó los mares... Si queréis ver en acción fichas y método, acercaos a los colegios escolapios de Zaragoza y Pamplona.

Con la preparación de la Cartilla de iniciación al lenguaje corrió todo un equipo de parvulistas. Se va a llamar “Sonrisas”, porque así se le ocurrió al P. Pedro. Enseguida lo comprobaréis.

La Cartilla ha vuelto la mirada a su hermana mayor, publicada por el P. Pedro en 1942. La nueva ha sabido mejorarla en el método y superarla en belleza tipográfica. La última edición apareció en 1967–68, pero resultó tan cara que no tuvo el éxito apetecido. El equipo que la renueva y perfecciona va cambiando de nombres, pero permanecen y presiden la lista, indistintamente, los PP. Joaquín Erviti y Pedro Díez.

En Madrid calificaron a “Chiquitín” y a la cartilla “Sonrisas”, apenas asomaron la cara, de “dos libros magníficos y estupendamente presentados”. No se equivocaron en el juicio.

SONRISAS

Al P. Pedro, bien conocido ya en la península y en numerosos colegios escolapios de América, le confiaron preparar el primer libro de lectura.

Debía ser un librito para niños de seis–siete años. Sencillo, alegre, formativo, bien ilustrado. Acaba de llegar de Argentina, en su última

edición, “el atrayente y pedagógico libro de lectura Brisas’, con textos del P. Teodoro Palacios, preparado y editado por el P. Justo Blanco, escolapios los dos. Escrito en 1928, ha penetrado en las escuelas públicas de Argentina, Bolivia, Costa Rica, República Dominicana. Una verdadera joya tipográfica. Y una brisa fresca por el encanto de sus relatos y poesías. El P. Pedro lo tomó como modelo. Quiere algo parecido para los niños de España. Pero en mejor, ya se entiende.

Está entusiasmado. Hay que hacer muchos cambios en el texto: Argentina y España son distintos, el lenguaje es distinto, y distintos los lectores. Él dirigirá la empresa, pero necesita un literato y un dibujante. Los encontró enseguida entre sus amigos. Literato: Benedicto Lorenzo Blancas, que ha trabajado a su lado como maestro. Dibujante: Angel Lalinde, pintor y profesor en la Escuela de Artes Aplicadas de Zaragoza, compañero del P. Pedro en aventuras anteriores.

En 1946 se puso rodar la máquina.

Ha venido a verme Benedicto, todo un personaje en el mundo literario de Aragón. Charlamos distendidamente. Le pregunto qué recuerdo guarda del P. Pedro. Y contesta sin más:

– Si puede haber un santo es él. Un ser angelical.

Hablamos del libro.

– El P. Pedro me dijo: Benedicto, me han encargado hacer el libro, pero tú sabes que no soy literato. Es una ilusión que tengo con el librito ¿tendrá realización mi deseo? ¿Puedo contar contigo?

– Y le respondí que sí. Bueno, a cualquier cosa que me hubiese pedido le habría dicho que sí. Pero no resulto tan fácil.

Me regala las doce cartas que le escribió el P. Pedro. Por ellas pueden seguirse, punto por punto, toda la peripecia. En Madrid hay un equipo técnico. Propone, corrige sin miedo los originales, mete prisa, mucha prisa. Han pensado que las ilustraciones se hagan en Valencia, en Barcelona, en Madrid. Al final, en Zaragoza “por ser Lalinde un artista”. Y la edición en Madrid y en offset. La novedad del offset le llenó de gozo

al P. Pedro, porque con su belleza el libro superará a los de América, a las Enciclopedias y a las Cartillas.

El P. Pedro sugiere temas, propone títulos, que no pasen las lecturas de 10 a 15 líneas, algunas en forma dialogada, otras en verso, el léxico lo más infantil posible. Quiere un artículo del Caudillo, otro del Papa, cinco canciones de cuna, como “cú cú cantaba la rana”, “arrorró mi niño”..., y un cuentecito, por ejemplo “Pulgarcito\ “Caperucita Roja”:,.. “Cenicienta” o el que se te ocurra.

– No te olvides de hacerme la canción de cuna “rrorró mi niño”. Y a pesar de las prisas, tómalo con calma, que si las musas no están inspiradas, es pedir peras al olmo.

Pero estuvieron inspiradas las musas y el P. Pedro le dice a Benedicto:

– Tu trabajito, magnifico, excelente, me ha gustado tanto que lo he leído todo de un tirón; has sabido interpretar con toda exactitud mi pensamiento. El “arrorró” sublime. Los poetas no sé lo que tenéis...

Encuadrado en un acertado dibujo de Lalinde, leyeron los niños el Arrorró sugerido por el P. Pedro, e interpretado magistralmente por Benedicto. Para que arrulléis un poco el alma, como los niños, os lo regalo:

*Arrorró, mi niño, arrorró, mi amor,
que los angelitos van en procesión
a encender la luna y apagar el sol.
Arrorró, mi vida, arrorró, mi amor,
dos cabezaditas, que las ocho son.
Arrorró, mi vida, arrorró, mi amor.*

El P. Pedro lo calificó de sublime. ¿Y nosotros? Podemos subscribirlo sin miedo. Sublime, sencillamente sublime.

Es solo un ejemplo. Pero el acierto es común a todo el libro.

De citar otro ejemplo, esta vez en prosa, me quedaría con el cuento Pulgarcito, lleno de vitalidad en el diálogo, y de intriga en sus distintos episodios, que mereció el honor de ser incluido en libros y antologías posteriores.

Llegó el momento de bautizar el libro y darle un título sugerente. El P. Pedro propone, como posible, alguno de los siguientes: Abejitas– Brisas – Arrullos de paloma –Trinos de ruiseñores – Sonrisas.

Prevaleció Sonrisas. Todo un acierto. Las Cartillas que ya se están preparando llevarán ese mismo título, Sonrisas, todas las sonrisas de los niños.

Pero sugeridos los posibles títulos, el P. Pedro mira a su conciencia, a su delicada conciencia, y le dice al amigo poeta:

– Cuando vaya a Madrid, daré cuenta al P. Técnico de E. P. –era el P. Andrés Moreno Gilabert– que tú eres el autor del libro. Es de justicia que él lo sepa, no sea que él se crea que es obra mía... Y los dibujos son un encanto.

Tuvo que viajar a Madrid Quiere empujar la edición y enviarle personalmente el primer ejemplar a Bendicto. Pero los originales del libro se perdieron en las oficinas del Consejo de Investigaciones Científicas.

– Lo primero que salta a la vista es lo de las “Sonrisas”; por desgracia ni una sola... Basta del libro, que todo el verano lo he tenido metido en la cabeza, después de la ilusión que tenía en él ..

Apareció, por fin, en diciembre.

– Se hallaba descansando más de seis meses en la mesa del Jefe de Investigaciones Científicas.

Y en 1947 sonreían con Sonrisas los alumnos escolapios de España. Meses después, los de América. Y con los españoles y americanos, el P. Pedro.

Los restantes libros de lectura –Grados 1º, 2º y 3º– fueron siguiendo el camino marcado por el librito Sonrisas. De manera más o menos eficiente, intervino en los tres el P. Pedro.

Mirad lo que hizo con el Grado Tercero. En él figura una serie de cartas manuscritas: El Pedro se sirvió de algunos jóvenes calígrafos del Juniorato de Albelda de Iregua. Según ellos, mandaba el texto y un papel “grande y de excelente calidad” al clérigo Pedro Sanz, perteneciente a la Provincia de Aragón. El clérigo hablaba con compañeros de curso sobresalientes en caligrafía –Fidel Gómez, Aurelio Sáinz...– y las cartas quedaban redactadas en variada y limpia letra escolapia.

Recibido el encargo, el P. Pedro despedía inmediatamente por correo al Juniorato una pesada y dulce caja con varios kilos de caramelos.

Aquellos jóvenes no recuerdan ya el contenido de las cartas, pero no pueden olvidar el detalle del P. Pedro.

PRENDADOS DE SU COMPETENCIA

¿Cuántos cursillos dio el P. Pedro para difundir las bondades del método fonomímico? Fueron muchos, especialmente por los años 50. Se los dio a las Escolapias de Aragón, a equipos de monitores militares para las campañas de alfabetización en los cuarteles. Los dio ante auditorios de maestros o futuros maestros, en Zaragoza, Madrid, Valencia, Logroño, Barcelona...

Hablar de todos resulta imposible. Os invito a visitar Cantabria y La Rioja.

En los primeros días de enero de 1955, aprovechando las vacaciones navideñas, organizaron los escolapios de Santander un Cursillo de pedagogía parvulista. Lo dio íntegro un solo maestro, el P. Pedro. ·

Me van a ayudar a resumir sus intervenciones dos periodistas santanderinos, que ocultaron por modestia sus nombres y, como testigos de vista, cuentan la verdad.

Dice el primero, de entrada, que “la escuela del P. Pedro en Zaragoza es famosísima, sus métodos fenoménico-ideológicos se han difundido por toda la península y muchos colegios de América. Son muy conocidas sus publicaciones y material pedagógico, producido todo ello con la colaboración de otro ilustre pedagogo parvulista, el P. Joaquín Erviti”.

Asistieron a este Cursillo, además de los escolapios, “religiosas de todos los colegios de Santander, profesores especialistas de párvulos y maestros venidos de Madrid, Oviedo y Villacarriedo, amén de otras personas interesadas en este ramo de la enseñanza”.

El P. Pedro se ganó enseguida la atención y el cariño de un grupo de parvulitos santanderinos, con los que trabajó ante la expectación de las religiosas, profesores maestros y especialistas. “Todos los pequeños, sigue contando el cronista, siguieron con creciente interés el aprendizaje de las letras, de la formación de las sílabas, etc., hasta llegar a la lectura correcta.” Tras la demostración con los niños, el diálogo con los cursillistas, “para evacuar consultas, resolver dudas y aclarar ideas”.

Conclusión. “Todos, remata el segundo cronista, quedaron prendados de la amabilidad y competencia del P. Díez...”

Del Cantábrico al Iregua. Y de la brisa fresca de enero al calor del verano.

Porque en Albelda de Iregua estudian los últimos cursos de teología alrededor de 120 jóvenes escolapios, bajo la dirección de un competente cuerpo de profesores. En agosto de 1955 organizaron una Semana pedagógica. Ocho notables especialistas intervinieron en ella. El día 4 le tocó al P. Pedro. Según el programa, su intervención tenía carácter práctico. ¿Qué tal lo hizo?

Os copio dos testimonios de prensa, uno de la revista *Acies*, el otro del periódico logroñés *Nueva Rioja*.

El redactor de *Acies* nos dice que “el R.P. Pedro Dkz, de las Escuelas Pías de Zaragoza, desarrolló maravillosamente una lección práctica sobre el aprendizaje de la lectura por el párvulo”.

El cronista de Nueva Rioja es más explícito y concreto. Presencia la clase y asegura: “El Padre Pedro Díez, consumado parvulista, con un grupo de párvulos logroñeses, ha mostrado, en presencia del atento auditorio, la técnica parvulista del maestro que enseña la Cartilla de lectura de letras y sílabas fundamentales a los pequeñines. Estos han patentizado la eficacia del hermoso método, haciendo las delicias de todos”.

A la conclusión del cronista, añado la mía.

En Santander “una multitud” de maestros y maestras especialistas, se hicieron por unos días alumnos del P. Pedro, “sin saber disimular los gestos de asombro ante los resultados obtenidos”. En Albelda de Iregua, igual asombro, unido a la ilusión de 120 juniors escolapios, que al ver y oír al P. Pedro, afianzan su carisma, soñando ya con los chicos de su escuela.

ASAMBLEAS Y JORNADAS PEDAGÓGICAS

Y no penséis que los conocimientos pedagógicos del P. Pedro se redujeron a su trabajo cualificado en el aula. Las Escuelas Pías de España gozan por estos años de un empuje envidiable. Están colmados de alumnos sus colegios, son muy solicitados sus libros de texto, riadas de jóvenes llaman a las puertas de sus casas de formación, ensanchan en América el Mapa de la Orden y han clavado sus puntas de lanza en Asia y África. Su trabajo pedagógico se aprecia renovado en una sociedad nueva, competitiva y exigente.

Para perfeccionar la pedagogía de colegios y maestros, idearon la celebración de Asambleas y Jornadas Pedagógicas especializadas, que se celebraban metódicamente. Algunas de mucho rumbo, que presiden las jerarquías de la Orden. Otras menos ruidosas, pero de igual calidad.

La primera Asamblea en Zaragoza, presidida por el P. General Vicente Tómek en 1956. A las Jornadas. celebradas en el Colegio de Sarriá de Barcelona, agosto de 1959, dedicadas estudiar la figura del Prefecto de primera enseñanza, asistieron once escolapios aragoneses, el P. Pedro entre ellos. Y no asistió como mero oyente, para hacer número. En la sesión inicial ya le eligieron, con otros nueve religiosos notables de las

cinco Provincias de España, para integrar la comisión encargada de elaborar las atribuciones del Prefecto de Primaria.

En los cinco días que duraron las jornadas, se desarrollaron dieciséis ponencias. Solamente dos correspondieron a escolapios aragoneses. En la tercera jornada intervino el P. Pedro, a quien le habían encomendado tratar un tema delicado, propuesto por el mismo P. General: “El Prefecto y la Oración Continua”.

En la reseña que publicó la revista *Analecta Calasactiana*, se hace un brevísimo resumen de las intervenciones de los ponentes. Cuando llega al P. Pedro, dice que analizó en su exposición la esencia, finalidad y condiciones de la práctica de la Oración Continua, tan del agrado de Nuestro Santo Padre, y en especial de las condiciones que debe poseer el religioso o sacerdote que la preside.

Las Jornadas y Asambleas terminan siempre con una serie de conclusiones, que aprueban los asistentes y se elevan a la superioridad. En estas de Barcelona las conclusiones fueron siete. y la sexta reza textualmente: “Que se revalorice la institución de la Oración Continua, dando las normas precisas y encargándose de la misma un Religioso que pueda realizar labor de Dirección Espiritual, en la medida de lo posible, para los alumnos pequeños de Primaria”.

Es la mejor prueba de que la intervención del P. Pedro caló en los periodistas, por su calidad y sentido práctico.

Años más tarde, organizó el P. Claudio Vilá, catedrático de pedagogía en la Universidad de Salamanca, jornadas de intercambio de experiencias y modelos entre los parvulistas escolapios de las distintas Provincias de España. Se celebró la primera en Barcelona, al parecer con poca “realidad provechosa”.

En abril de 1964 volvió a la carga el P. Claudio. Esta vez las jornadas se celebrarán en Madrid. Cuatro cartas del P. Pedro, en respuestas a las recibidas del P. Claudio, nos dan una idea del proyecto. Abarcarían cinco días completos, del 27 de junio al 2 de julio. Al P. Pedro le parecen bien las fechas y “desearía que no faltara ninguno de los parvulistas que asistimos a la reunión de Barcelona”.

Una circunstancia importante modifica las fechas acordadas. Se celebra a finales de octubre el III Congreso de Pedagogía. Encomendaron la organización del Congreso a la Facultad de Pedagogía de Salamanca, y el P. Claudio Vilá, decano de la Facultad, “asumió el enorme peso de su excelente desarrollo”. Y en Salamanca han levantado los escolapios el Colegio Mayor Padre Felipe Scío, que cuenta con un Gabinete Didáctico de fama mundial, diferenciado en cinco secciones; párvulos, enseñanza primaria, bachillerato, catequesis, medios audiovisuales. Entre el material con que cuenta la sección del parvulario está el correspondiente a los métodos Montessori, Froebel, Fernán Nthan, Esacma y Pragoexport. Los medios audiovisuales poseen películas de diversos temas – cómicas, documentales, geografía, literatura, catecismo, historia, cuentos infantiles, Biblia, economía, transportes, estaciones del año... – y discos con cuentos y canciones infantiles, abecedario musical infantil, Historia Sagrada, contada a los niños, y los grandes compositores de música explicados también a los niños...

¿Por qué no aprovechar la ocasión y celebrar las jornadas, parte en Salamanca y parte en Madrid? El P. Claudia propone inaugurarlas; coincidiendo con la celebración del Congreso, el 31 de octubre. El P. Pedro se “inclina de plano” a esa fecha inicial;

– La sustitución del Parvulario la veo muy sencilla pues cada uno de nosotros tenemos uno o dos ayudantes.

Y añade:

– Tengo verdadera ilusión de ver los modelos de Madrid, y si no aprovechamos la ocasión, nos quedaremos sin verlos. Este es mi criterio.

El P. Claudia confía plenamente en el P. Pedro y le encarga la organización y desarrollo del cursillo. Es cuestión de saber hermanar el doble plano teórico y práctico, con incidencia especial sobre este último. Escribe el P. Pedro: “Interesa en gran manera VER: por eso la visita a los Parvularios de Madrid y al Gabinete Didáctico de Salamanca es cosa muy esencial. A mi juicio, la finalidad de esta reunión debe ser un intercambio de impresiones sobre materia eminentemente práctica, aprovechando lo nuestro para mejorarlo”. Y propone que en los COLOQUIOS –escribe la palabra con



¿Con quién nos quedamos, con los papás que miran, con el P. Pedro que se inclina,
con este ángel rubio?

mayúsculas, como antes VER y luego ELEMENTAL– se revisen “los Silabarios, Enciclopedia Infantil, libro de Lectura Sonrisas, hace falta los cuadernos de Dibujo; la escritura es un tema que debe tenerse muy en cuenta...” Cree necesario y urgente “hacer un grado intermedio entre el Infantil y el Primero, que podríamos llamar ELEMENTAL”.

Conoce la opinión del P. Claudio. Pero él conoce otra solución mejor:

– Para dirigir los coloquios, a mi juicio, es el P. Erviti por su competencia de todos bien conocida.

Da algunos nombres de los Padres que podrían concurrir: PP. Erviti, Jesús Ramo, Juan Herrero, José María Iborra. No conoce a los parvulistas escolapios de Castilla:

– Yo creo que debían asistir mds, por lo menos dos de cada provincia.

Y como teme la resistencia del P. Erviti, insiste:

– Hay que hacerle mucha insistencia, dígame que todos los PP. reclamamos su presencia.

Los cursillistas escolapios llegaron a Salamanca el 30 de octubre. El 31 dirigió un cursillo de “Didáctica para Párvulos” el P. Claudio con el correspondiente seguimiento de sendas disertaciones de Aurora Medina y Marta Salotti sobre el material de jardín de infancia, que guardaba el Gabinete Didáctico, y los trabajos realizados por las alumnas de la Escuelanº 2 del Instituto Bernasconi de Buenos Aires. Siguieron tres Coloquios sobre números de color, cuadernos de dibujo y enseñanza de la Religión, que estuvieron a cargo respectivamente de los PP. Francisco Cubells, Jesús Ramo y Joaquín Erviti. Esa tarde participaron en la clausura del III Congreso de Pedagogía.

La mañana del 1º de noviembre se trasladaron a Madrid. Y por la tarde completaron los Coloquios con dos intervenciones muy esperadas: la del P. Erviti sobre Lectura (Silabarios, “Sonrisas”, Enciclopedia) y la del P. Pedro Díez sobre la “Conveniencia del Grado Elemental”. Ocuparon entero el día 2, visitando parvularios modelo, muy especialmente el de la señorita Aurora Medina.

El P. Pedro regresó a casa sorprendido y feliz. Ayudó cuanto pudo, recogió iniciativas y aprovechó los modelos vistos en Salamanca y Madrid para potenciar la línea didáctica y modernizar el material de su parvulario de Zaragoza.

En 1965 nuevo Cursillo. El 3, de junio de 1965 lo tiene bien pensado el P. Pedro. Le dice dos cosas importantes al P. Vtlá. La primera:

– Adjunto le remito el programa del Cursillo.

Y la segunda, que levanta una esquina del velo que cubre su humildad:

– Agradezco su delicadeza para con mi persona, pero no tengo humor para salir al extranjero.

El viaje proyectado por el P. Claudia ¿era un premio, un viaje de descanso y turismo por los valiosos servicios prestados? ¿O era otro Cursillo, que el P. Pedro debía preparar y dirigir en Italia, o en algún país de Hispanoamérica, para que apreciaran lejos los nuevos métodos didácticos, utilizados con los párvulos?

No hay documentación que avale una respuesta. En todo caso, el agradecimiento del P. Pedro a la delicadeza del P. Claudia es muy sincero. Tan sincero como su humildad.

MAESTRO DE ENSEÑANZA PRIMARIA

Vamos a retrasar un poquito el reloj. El P. Pedro tiene a sus 48 años un nombre consagrado en el campo de la pedagogía. Pero él no se contentó con la consagración de su nombre, si es que alguna vez se enteró de tal consagración. La verdad es que ningún Inspector le había exigido su título académico. Y de habérselo pedido, no lo habría podido presentar. No lo tenía. Carecía de título, porque había carecido de tiempo.

Pero en julio de 1955 promulgó el Gobierno la Ley de Educación Primaria, y el P. Pedro vio llegada su oportunidad. Podía haberse inscrito en una de las Escuelas de Magisterio establecidas en Zaragoza. Pero prefirió la

Escuela de Magisterio de la Iglesia “San José de Calasanz”, abierta en Iruñea. Aquí, por ser Iruñea, y por estar dedicada la Escuela a San José de Calasanz.

El 21 de septiembre de 1961 recibió su Título académico con validez nacional, conforme a las disposiciones legales vigentes, “por haber realizado en esta Escuela los estudios profesionales de Maestro de Enseñanza Primaria, de conformidad con la Ley de Educación Primaria del 17 de julio de 1945, artículo 62, apartado B, y habiendo demostrado suficiente capacitación”.

El correo le trajo en su vida al P. Pedro muchas cartas y papeles laudatorios. Duraron sobre la mesa menos de un sueño. Y lo mismo le habría sucedido al título de su magisterio de no haberlo recogido y metido en el archivo el secretario de estudios del colegio. Habrá que protegerlo ahora dentro de un marco de plata. Que bien se lo merecen el título y el maestro.

Y voy a terminar con un testimonio autorizado.

El P. Antonio Roldán, asegura en el proceso de Canonización del P. Pedro:

– Fue el mejor parvulista que hemos tenido, hasta en lo teórico, pero en lo demás.

Sí, en el entero y comprometido campo pedagógico, científico, teórico y práctico. Sin duda, el mejor parvulista que hemos tenido.

GOZOS Y LÁGRIMAS

Mientras el P. Pedro, quieto en la escuela e inquieto en la calle, reparte barquillos a sus niños y sacramentos a los enfermos, el reloj del tiempo sigue haciendo sonar sus horas puntualmente.

O.K. Espíritu Santo

En España siguen emigrando los pobres, mientras procuran los políticos abrir ventanas al campo internacional. En Madrid esperan el mes de julio para sumar un nuevo año de paz: 23, 24, 25 años de paz llevan sumados.

El mundo católico tiene puestos los ojos en el aula magna de la basílica de San Pedro. El buen Papa Juan, que ocupó la cátedra que dejó vacía Pío XII, ha echado a rodar el Concilio Ecuménico el 11 de octubre de 1962. Qué mañana de luz en la inmensa plaza. Daba gusto ver desfilar a cerca de 3.000 Padres conciliares, bien uniformados, pero de rostros diferentes; blancos, negros, amarillos. Intentan dar con el verdadero aggiornamento, que necesitan la Iglesia y su rebaño.

Esa misma tarde ya circulan por la sala de prensa frases ingeniosas y textos de telegramas sorprendentes. ¿Concilio? Muy sencillo: un partido de fútbol, en el que jugadores y reservas son todos obispos. ¿Telegramas? Aquel del corresponsal americano, apenas se cierran las puertas de la basílica: "O.K., Espíritu Santo".

El Papa Juan, llorado por los hijos fieles, por los hermanos separados, por los creyentes y los agnósticos, se nos fue, comido por el cáncer, el 3 de junio de 1963. Pero su Concilio, su hermosa y esperanzada aventura, vive. Vive y trabaja a buen ritmo, guiado por el mismo Espíritu y por las manos serenas de Pablo VI. Porque al Papa Rocalli ha sucedido el Papa Montini el 21 de junio de 1963. Murió el Papa, viva el Papa. Y el Concilio, que es la Iglesia.

¿Y en Zaragoza, qué pasa en Zaragoza? Pues de Zaragoza ha subido a Madrid el arzobispo Casimiro Morcillo, y desde septiembre de 1964 gobierna la diócesis don Pedro Cantero. La Virgen escucha y bendice en su santa capilla, y el Ebro besando el Pilar día y noche.

Dentro de casa, también se han ido ajustando nuevas piezas a la leve estructura calasancia. Ha concluido con honor el largo período de gobierno de los PP. Valentín Aísa y Moisés Soto. Al frente de la Provincia vigila el P. Teófilo López, Y el colegio... el colegio, con cambios en la dirección, vive un momento dorado de su historia.

Al P. Pedro no le afectan estos cambios. Sigue su ritmo diario sin hacer ruido, Se pone a las órdenes de sus superiores con fraterna obediencia. Obedece tanto cómo ama. A todos sin excepción, al superior de la casa, al superior mayor de la Provincia, al General de Roma, al señor arzobispo, al Papa. Aunque los medios de comunicación rodean de sombras la figura de Pablo VI en estas primeras semanas, yo creo que el P. Pedro le quiso y rezó por él desde que conoció su elección. ¿Tanto como al Papa Juan? Eso no lo sé. Porque al Papa Juan le amaba entrañablemente, como un hijo pequeño ama a su padre.

MADRE EJEMPLAR

En la casa de Venta de Baños quedan dos mujeres. Eran tres, la señora Carmen, Josefa y Petrita. Vivían bien, con el fruto de su trabajo y la doble pensión del padre ferroviario y del hijo militar, muerto en acción de guerra. Josefa se ha metido monja cisterciense, para siempre. Y Petrita la sigue, hasta que su mala salud la trae de nuevo a la casa paterna.

Estuvo a punto de quedarse sola la señora Carmen. Sola, pero contenta, muy contenta.

Las mujeres piadosas de Venta de Baños casi se escandalizan. Cuatro hijas, y su madre sola. ¿Qué es primero, vestir los hábitos o el cuarto mandamiento de la ley de Dios? Ya os digo, casi se escandalizan. Pero ella, la señora Carmen, respondió a sus amigas de misa y comunión:

– Si de mi hija se hubiera enamorado uno de estos americanos guapos y ricos que lucen unos coches impresionantes, vosotras me felicitaríais por casarse y llevársela al otro lado del mar, aunque yo no pudiera acompañarla. Me la pide Dios, que es mejor partido en la vida de una mujer cristiana, y se lo echáis en cara. Eso no es justo.

Así lo refirió el P. Pedro, cuando contaba anécdotas de su santa madre.

– De manera que, a causa de la mala salud y con perdón de los americanos, en la casa de Venta de Baños quedan dos mujeres, la señora Carmen y Petrita, su hija pequeña. Tienen las dos la jornada completa. Trabajo en casa, visita a la parroquia, ayuda a los pobres, y si muere alguno... allí va la señora Carmen para consolar, rezar y amortajar el cadáver.

Lo viene haciendo, día tras día, desde que volvió de Tolosa, con su esposo y sus hijos, en diciembre de 1925. Cerca ya de cuarenta años.

Me gustaría saber de dónde salió la idea. ¿De la parroquia, del ayuntamiento, de la casa de una familia agradecida? Los papeles que he consultado nada dicen. Solo que la idea tomó volumen y se hizo realidad un cinco de mayo de 1964. Cayó en martes. Esa tarde, no cabía un alfiler en el cine Emilio. La subieron al escenario. ¿Para qué, si ella no pretendía nada, no necesitaba nada, no era nada? Pero Venta de Baños tenía una deuda contraída con la señora Carmen, una deuda de gratitud y de cariño. Y quería saldarla. Por eso la han subido al escenario.

Le entregaron un ramo de flores. Y un señor, de los que visten bien, con voz tranquila, fue leyendo el decreto. Un aplauso cerrado y prolongado subrayó las últimas palabras: "...por tanto, Doña Carmen Gil queda nombrada Madre ejemplar de Venta de Baños".

Estuvieron acertadas las fuerzas vivas. No hicieron esa tarde soleada del cinco de mayo más que aprobar públicamente lo que venía diciendo el pueblo llano. Que la señora Carmen era una verdadera madre de los pobres, de todos los pobres, de los niños huérfanos, de las madres solteras, de los obreros sin trabajo, de las viudas solitarias, de los enfermos, de los moribundos, de los muertos. Sí, también de los muertos. Acertaron en el nombramiento: Madre ejemplar de Venta de Baños. De haber tenido que elegir ella un título, no lo habría dudado. Ni señora, ni doña, ni bienhechora. Madre, solamente Madre.

El P. Pedro no pudo asistir. No podía dejar solos a los niños de su clase, ni retrasar las primeras comuniones, que ese año se distribuyeron en dos turnos, ni deslucir la procesión al Pilar. Aparte, creo yo, que ni el hijo ni la madre dieron demasiada importancia al homenaje y los aplausos.

LOS QUE HACEN ESCUELA PÍA

Al hijo lo que de verdad le preocupa es tener cerca y bien atendidas a la madre y a la hermana pequeña. A Eulalia la trasladaron a la Residencia que tienen las Hermanas de la Caridad de Santa Ana en Huesca. Le dolió, de momento, la lejanía al P. Pedro. Más por ella que por él.

– Los familiares de los niños suelen llevarme a verla.

Estas visitas a la Residencia de Huesca, amplia, luminosa, magníficamente atendida, confirmaron el lejano y reiterado deseo del P. Pedro. ¿Y si vinieran madre y Petrita con Eulalia? Por las Hermanas de Santa Ana ninguna dificultad. Eulalia encantada. El problema estaba en Venta de Baños. Salir de casa, abandonar a sus pobres, dejar aquel pueblo, donde eran conocidas y queridas de todos...” Consejo de familia al canto. La unanimidad de votos de los hijos, que “querían lo mejor para ellas”, vencieron las últimas resistencias de la señora Carmen y Petrita.

Y ya las terneros instaladas en la Residencia de Huesca, feliz Petrita, ayudando a su hermana, más feliz la madre:

– Les decía que se sentía muy feliz con ellas.

Hay que ir a verlas. Si antes visitaba a Eulalia, ahora hay un triple motivo.

El 12 de abril celebra su día la señora Carmen. Pudo acompañarla en 1971. Y desde Huesca escribe a su hermana Beatriz:

“Estamos pasando un día feliz en compañía de la madre.

Gracias por tu obsequio, que nos ha ocasionado una agradable sorpresa. Ahora mismo escribimos a Josefa y así estamos todos juntos, celebrando el día de nuestra madre.

Un abrazo de tu madre y hermanos. –Pedro.”

El P. General de los escolapios está de visita en Zaragoza. El P. General, Laureano Suárez, ha sido compañero de estudios del P. Pedro. Hablan, recuerdan tiempos antiguos de Iruya y Albelda. El P. General sabe que su amigo no ha pasado nunca las fronteras de España, que desconoce Roma, aunque conoce un poquitín la lengua de Dante...

– Pedro, vente conmigo a Roma, te pago el viaje, te enseñaremos con mucho cariño la ciudad y así podrás ejercitar tu italiano.

Los superiores, que presencian la escena, le animan a que acepte la invitación. Por ellos conocernos la respuesta:

– Laureano, a ti el Señor te ha dado muchas dotes, eres alto, guapo, listo. Pero yo ¿qué me hago en Roma si no entiendo de piedras antiguas? Toda mi vida he estado con niños chiquitines y ese es mi ambiente. Si me pagas el viaje de ida y vuelta a Huesca, donde está mi madre en un asilo, te lo agradeceré lo mismo.

Y dando las gracias, se fue a su clase.

El P. General, por toda conclusión, dijo a sus contertulios:

– Estos hombres son los que hacen la Escuela Pía

PANTICOSA

Las Religiosas de Santa Ana tenían a su cargo en Huesca la Residencia de Niños, la “Resi” que decían con cariño las monjitas. Ellas la habían transformado en un hogar. Pertenecía a la Excelentísima Diputación, con una extensión veraniega en Panticosa. Los niños pasaban el curso en Huesca y los meses de verano en la finca y casa de Panticosa.

Este edificio, de tres pisos en una hermosa explanada, rodeada por una verja, se ve todavía a mano derecha de la carretera según se llega al pueblo. Fue primero sanatorio antituberculoso. Cuando la estreptomina y el aire limpio de la montaña vencieron a la tuberculosis, cerró como sanatorio. La Diputación de Huesca pensó en la juventud necesitada. Las noticias se las debo a la Hermana Eulalia.

Pero antes de acercarnos, bueno será que sepamos dónde vamos. Hablo de Panticosa, el pueblo, no del balneario de Panticosa. Hay diferencias notables, incluso de altura, aunque no sea larga la distancia. El pueblo, a 1.184 metros de altitud, en la confluencia de los ríos Caldarés y Bolática, cuenta con 441 habitantes, una iglesia de la Asunción del siglo XVI y numerosas instalaciones hoteleras, que le han convertido en un apetecido centro de turismo.

Pero ni los hoteles llamativos, ni los modernos edificios de apartamentos, ni los chalets coquetones han podido romper la armonía del paisaje. Un paisaje de postal, más para disfrutarlo que para describirlo. Surge Panticosa en un valle bucólico, rodeado de montañas, pobladas de bosques de pinos y abetos, en un primer plano, y protegido más arriba por blancas cumbres graníticas. Para quienes desean acercarse a los ibones helados y para los deportistas de la nieve, junto al río espera el telesilla de Santa Cruz. Desde la cima y a lo lejos, Peña Telera y la alfombra verde del Valle de Tena...

Dejemos la geografía y aclaremos la historia. En Huesca y Panticosa trabajan con los muchachos mayores los PP. Salesianos. Con las niñas y los niños pequeños las hijas de la Madre Ráfols.



...y un palo largo donde se apoyaba para subir mejor las sendas.

Estos datos, y los que vienen a continuación, pertenecen a la Hermana Eugenia Alonso, amiga de la Hermana Eulalia y compañera de gozos y fatigas en Huesca y Panticosa.

Me dice, o mejor, me escribe, que la mayoría de sus niños no podían ir de vacaciones porque sus padres estaban presos, huidos, o en situaciones peregrinas. A esa mayoría se la llevan las religiosas a Panticosa para que se llenen de sol y respiren el aire incontaminado de la montaña. La residencia contaba con un capellán, nombrado y pagado por la Diputación, con derecho a vacaciones. Se las tomaba indefectiblemente durante el mes de agosto.

Y aquí es donde aparece el P. Pedro:

– Aparecía para hacer un gran servicio a la Diputación, y a las Hermanas, y ni qué decir, a los niños. En el mes de agosto nos hacía de capellán: eucaristía, confesiones para todos, y en sus ratos libres, ya se sabe, el sagrario y oración.

Pero estaban los niños, pequeños como los de su clase y con una sombra permanente de tristeza en la mirada. No sé cómo podré pagar a la Hermana Eugenia su relato presencial, que vale en sencillez más que muchos libros. Y de ella copio la actuación del P. Pedro con los niños, un día cualquiera, terminado el desayuno:

El P. Pedro, cuando ya estaban todos preparados y formales, sin ningún protagonismo se ponía su sotana un tanto descolorida por el sol, el calzado fuerte y resistente y un largo palo donde se apoyaba para subir mejor las sendas, y las manos libres para alargarlas al que más necesitaba, un silbato en la boca, y así tenías a un hombre incansable para cantar y reír todo el día. No recuerdo cuántos niños teníamos. Muchos eran hermanos de sangre, y lo que sí eran bastante difíciles. Como el P. Pedro era un gran parvulista, utilizaba su amabilidad, caridad, comprensión y gran acierto para romper discusiones o riñas, que si es corriente en niños normales, cuánto más entre niños difíciles con sus problemas familiares... Les hacía correr, jugar a la pelota, cantar, y muchas tardes se hacía merienda-cena, siempre en una vigilancia continua. También había niños muy listos y cariñosos, que se adueñaban del P. Pedro y no había quien les separase de su mano con sus preguntas y chascarrillos...

Añade la Hermana Eulalia que cuando estaba su hermano, se quedaba todo el tiempo con él. Alguna vez se acercaban al balneario, cuando salían de excursión.

Hasta 1970 subía a Panticosa también la señora Carmen. Uno de esos años les acompañó Sor Beatriz, llegada desde Almendralejo, en la lejana Extremadura. Y cuenta que quedó extrañada al ver cuánta gente saludaba a su hermano. Ya lo había notado en Zaragoza.

Entonces le decía:

– Pedro, cuánta gente te conoce Y el P. Pedro:

– Es un sector pequeño de la población.

Ahora, en Panticosa, la hermana:

– ¿También aquí es un sector pequeño?

Y el P. Pedro:

– Son los de Zaragoza, que vienen de veraneo.

Pero no acabaron en los muchos saludos las sorpresas de Sor Beatriz. Vio que por las tardes el P. Pedro dedicaba horas a los niños problemáticos, calibró con rapidez el esfuerzo y la paciencia, y le dijo a su hermano:

– Son niños difíciles, ¿verdad?

Y el P. Pedro:

– Hay que tenerles compasión, porque es una pena no haber conocido a sus padres.

El mes de agosto de 1971, como todos los años, sube el P. Pedro a Panticosa. El 31 escribe a Beatriz una postal, apretada de noticias familiares:

“Querida Beatriz: Llegó Petrilla con toda facilidad, y a continuación seguimos viaje a Huesca y Panticosa, llegando a la una de la tarde.

Todas las mañanas hacemos excursiones a la montaña; para las más altas empleamos el “telesilla”. Hoy mismo lo hemos pasado en Panticosa, balneario; es un paisaje sorprendente; las excursiones las hacemos juntos los tres hermanos.

El día 1 regresan a Huesca y yo estaré todavía hasta el día 6, lunes. ·

Tus hermanos, Pedro, Eulalia y Petra.

El P. Pedro ha querido hacer compañía y alegrar la vida de sus hermanas. Se queda una semana más, para no dejar sin capellán a la colonia, y para seguir dando instrucción y cariño al pequeño ejército de chavales difíciles y sin padres.

Le robaron el corazón. Por ellos seguirá subiendo a Panticosa hasta el verano de 1979. Allí veréis lo que pasó.

LLORÓ COMO UN NIÑO

Pero este verano de 1971 no ha subido a Panticosa la señora Carmen.

El 12 de abril celebró felizmente la fiesta de sus 82 años. Y desde ese día su vida empezó a bajar lentamente, superada la cumbre. Un descenso sereno, es sí, con sus dos hijas a un lado y otro, y de vez en cuando con la presencia y el abrazo del P. Pedro, llegado por sorpresa desde Zaragoza.

Ven los hijos que la senda se achica. Y una sacudida de dolor respetuoso les invade a todos. Están acostumbrados a ver cómo la muerte se va llevando a los seres queridos: a los hermanillos pequeños, al hermano soldado, al padre... ¿Y ahora?

Siempre ha sido la madre la reina del hogar, el centro indiscutible y preferido. Más todavía desde la muerte del padre. Por eso la quieren cerca, se miran en sus ojos, siguen su ejemplo. Para que se alegre, le mandan fotografías de los actos solemnes que se celebran en los colegios y en el monasterio. La suben a la montaña en verano. Rezan juntos. Recogen sus palabras y las comentan.

¿Y ahora?

Porque estamos ya en el llano, y los médicos dicen, en su lenguaje críptico, toda la verdad. Acudieron a Huesca, a la Residencia Provincial de niñas que dirigen las Hermanas de Santa Ana. Y rodeada de todos sus hijos, bien dispuesta el alma, fortalecido el espíritu con los sacramentos de la Iglesia y la bendición apostólica, la señora Carmen ha fallecido esta tarde del 11 de mayo de 1971. Sin ruido, algo fatigada, pero sonriente por haber alcanzado la meta.

Ha muerto en silencio, pero allá lejos doblan las campanas: en Pampliega, donde encontró el amor, y en Venta de Baños donde la encontraron los pobres.

Los funerales, la tarde del 12 en la parroquia de Santo Domingo y San Martín de Huesca. Cantaron la misa las niñas de la Residencia. Alrededor del altar dieciocho escolapios concelebrantes. El P. Pedro no se animó a predicar y dejó la homilía en manos del P. Antonio Roldán. Quedó memoria de la eucaristía y el sermón en crónicas periodísticas, que resaltan la afluencia de fieles, el coro angélico de las niñas, el numeroso grupo de concelebrantes y aquel rasgo impresionante del orador, que fijándose en los cinco hijos, cuatro de ellos religiosos, le dice a la señora Carmen:

– Mujer, ahí tienes el fruto de tu trabajo.

También quedó memoria en la intimidad silenciosa de los muchos amigos, que dejaron sus quehaceres y acudieron a Huesca el 12 de mayo. Elijo, entre muchos, este testimonio de Pablo Romea:

– Cuando fui al entierro de su madre, en cuanto me vio se echó a llorar como un niño.

Llora el P. Pedro. Llora a su santa madre que se ha ido al cielo, y llora porque se queda solo, solo para siempre, huérfano total de padre y madre. Le queda, en todo caso, rezar y decir con el poeta Rafael Montesinos:

Cuando ya no tenga nada · que decir, diré tu nombre. Se hará la tarde más clara.

Y quiso decir su nombre, unido al de los hijos, en un recordatorio atípico y entrañable, que os copio a continuación:

CARMEN GIL ARCOS

Llamada por el Señor, acudió gozosa a la Casa del Padre

PROFESIONES RELIGIOSAS DE SUS HIJOS: PEDRO 18/4/1935

BEATRIZ 8/11/1941 EULALIA 15 / 6 I 1954 JOSEFA 12/1011962 PETRITA

Nos amó en vida y continúa amándonos más en el cielo, donde allí nos espera.

Permitidme esta confidencia. Cuando paso en agosto unos días de vacaciones en mi pueblo, subo por la mañana al cementerio, pegado a la iglesia, y caminando por el pasillo central rezo el Oficio de Lectura y los Laudes del breviario. A un lado y otro del pasillo descansan los restos de mis padres y de mis amigos.

Y cuando viajo a Peralta, antes de pasar por Huesca, desde la altura del autobús giro la cabeza , me fijo en los cipreses del cementerio y musito en silencio una oración. La última vez, uno de mis acompañantes reparó en el gesto y quiso saber el por qué. La explicación fue muy sencilla:

– Porque así lo hacía el P. Pedro. Ahí, entre los cipreses, está enterrada su madre, la señora Carmen.

LA MEDALLA DEL TRABAJO

Hasta la geografía fue cambiando y recortándose desde el 12 de mayo. A la Hermana Eulalia la destinan por segunda vez, ahora a Molino Rovira, la casa natal de Madre Ráfols, en Villafranca del Penedés, por tierras de Barcelona. Y se llevó con ella a Petrita.

Años atrás, la rosa de los vientos miraba al oeste, hacia Pampliega y Venta de Baños. Más tarde, al norte, hacia Huesca y Panticosa. Y a partir de este 12 de mayo...

*este camino
ya nadie lo recorre
salvo el crepúsculo*

Es un haiku, de Matsuo Bashoo, poeta japonés del siglo XVII. Bello y certero como un dardo de fuego.

La rosa de los vientos se ha vuelto loca y mira a oriente, hacia el Penedés, poblado de viñedos, y al oeste lejano, hacia Gradefes, en tierras de León. A Gradefes continuará peregrinando el P. Pedro, mientras le responda la salud. Y a Molino Rovira, cuando tenga que recuperarla.

El P. Pedro lloró a su madre en Huesca.

– Le vi llorar, pero sin amargura.

Esto lo dice María Pilar Concellón. Hubo dolor, pero no ruptura. Lloró, rezando. Y rezando vuelve a Zaragoza, a sus enfermos, a sus niños, a su comunidad escolapia, para vivir el día a día sonriendo.

Hasta que sus exalumnos y los padres de los alumnos, a fuerza de buena voluntad, le nublaron la sonrisa.

Pidieron para él la medalla de la ciudad. Y fracasaron. Porque el interesado no movió un dedo. Era simple ensayo para la aventura final, que no se van a parar estos hombres hasta colgarle al pecho una medalla al “P. Pedro.

El 23 de febrero de 1972 la Junta Directiva de la Asociación de Padres de alumnos acordó rendir un homenaje al colegio “en la persona de un Padre que lo simbolizase”. Sabía bien la Junta quién era el símbolo, y “se designó por unanimidad al P. Pedro”.

Y él sin enterarse.

En marzo descansan los papeles en la mesa del Ministro de Trabajo. Solicitud del presidente de la Asociación, informes laudables del Rector del Colegio, del Alcalde de la ciudad, del Inspector de Primera Enseñanza.

Que se conceda al P. Pedro Díez Gil, por los méritos que se enumeran la medalla al mérito en el trabajo en su categoría de plata.

Al Ministerio llegan solicitudes todos los días. Y este P. Pedro

¿quién es? Dentro del Ministerio no le conocen, y dieron carpetazo a la solicitud. Luego que sí. Otra vez que no. Un año entero de réplicas y contraréplicas.

Y él sin enterarse...

Incertidumbre total. Alguien le informó de estos percances.

– Si no me la dan, mejor, así me evitarán tanto jaleo

El 30 de abril de 1973 quedó aprobada la Orden de concesión y el 2 de mayo firmaba el Ministro el correspondiente Decreto:

El Excmo. Sr. Ministro de Trabajo en atención a las circunstancias que en Usted concurren ha tenido a bien otorgarle la Medalla “Al Mérito en el Trabajo” en su categoría de Plata.

Lo que me complace en comunicar a Usted para su conocimiento y satisfacción. Dios guarde al Padre Pedro Díez Gil.

Los periódicos de Zaragoza, sin distinción, publicaron la noticia. Y con ella, la fotografía del P. Pedro y una breve reseña de su vida. El Noticiero hizo más. Uno de sus reporteros se presentó en el colegio e hizo al P. Pedro una entrevista. Me gustaría que pudierais leerla íntegra. Prescindo de comentarios periodísticos y selecciono parte del diálogo:

– Maestro ¿desde cuándo?

– Tengo en clase los nietos de mis primeros alumnos, y con todos ellos conservo la misma relación y amistad.

– Y Usted, ¿desde cuándo es escolapio?

– Desde toda la vida.

– ¿Sabía que habían pedido para Usted la medalla del trabajo?

– No

– ¿Cuál ha sido su reacción al tener la noticia?

– Me molestó que antes no me hubieran consultado.

– ¿Por qué?

– Porque no creo merecer tal distinción. En todo caso, hay otros muchos escolapios que la merecen tanto como yo.

– Pero Usted lleva cerca de cuarenta años dedicado a la enseñanza

– Y seguiré mientras Dios me dé salud e ilusión...

Contesta a más preguntas. Habla de su trabajo, de su clase, de sus alumnos, que se hacen hombres, forman hogares cristianos, le piden que bendiga su matrimonio, que bautice a sus hijos...El periodista le hace la última pregunta:

– ¿Cuándo le impondrán la medalla?

– No me hable de eso...

Y el P. Pedro, concluye el periodista, se volvió a su clase, donde es feliz con sus alumnos de siempre.

El Gobierno concede la Medalla, pero no la regala. Hay que comprarla. La Junta de la Asociación de Padres, colocó sobre una mesa de la portería de internos un fajo de folios. Cada firma vale 25 pesetas, ni un céntimo más. He contado las firmas, 717. Las hay de caligrafía sencilla, de rúbrica señorial y misteriosa, de signo colectivo: Fulano de tal y sus hijos, la Comunidad de Religiosas...

La subscripción desbordó. todos los cálculos. Sobró dinero para comprar la medalla.

Llegaron las fiestas, una para los pequeños en el salón de actos, otra para los mayores en la iglesia, en– el salón de actos y en

el comedor. En la fiesta de los pequeños pasó unas horas de cielo. Asistieron sus parvulitos y los cinco primeros grados de enseñanza primaria con sus maestros. Profesores y alumnos prepararon una velada chispeante y cariñosa. Los chavales cantaron, escenificaron pasajes de obras conocidas y proyectaron películas. Actuó la rondalla, y cayó una lluvia de flores sobre la persona del P. Pedro. Él “lloró” de gozo junto a sus alumnos.



En la fiesta de los pequeños pasó unas horas de cielo. Contribuyó muy mucho con sus horas este baturrico.

En la fiesta de los mayores “sufrió un calvario”. Era poco amigo el P. Pedro de luces y candilejas. Pero tuvo que presidir, quieras que no, y escuchar alabanzas que le pusieron colorado.

Le vana poner sobre la sotana una medalla de placa. Y don Pedro Cantero, el Arzobispo, presenta al ganador.

En la misa de acción de gracias, concelebrada por veinticinco sacerdotes, habló, con elocuencia y unción, el Provincial.

De la iglesia al salón, lleno hasta la bandera, en primera fila las hermanas del P. Pedro, sus parientes y paisanos, llegados de media España, y en el escenario las autoridades: el arzobispo Pedro Cantero, el gobernador civil Francisco Trillo Figueroa, el diputado Jesús Rivero, el alcalde Mariano Horno Liria, el delegado provincial de trabajo Camilo Sueiro, el jefe superior de policía Luis Navarro, el ex-alcalde y antiguo presidente de la Asociación de Exalumnos del colegio Gumersindo Claramunt, el procurador en Cortes José Antonio Cremades, el presidente de la Asociación de Padres de Alumnos Cosme Martínez, el secretario de la misma Asociación Ignacio Muntaner, el P. Provincial Benito Pérez, el P. Rector Antonio Roldán. Al P. Pedro le sentaron entre el arzobispo y el gobernador, en el medio, él tan bajito, como pidiendo perdón...

Llegó el momento temido de los discursos. Rompió el fuego el P. Rector, quien trazó la biografía cordial del P. Pedro. Siguió el presidente de la Asociación de Padres de Alumnos, mostrando la gratitud de los padres y la adhesión al homenaje. El secretario de la Asociación leyó la Orden ministerial. El señor arzobispo resaltó en el P. Pedro su “vida ejemplar, siempre sumida en el anonimato”, y le impuso la medalla. El gobernador civil estuvo elocuente: “Esta Medalla no viene premiar un acto concreto de heroísmo, sino la verdadera y grande heroicidad que supone cumplir ejemplarmente el deber de cada día, por lo que acertadamente ha sido llamada laureada de la paz.

Podéis imaginaros los aplausos, cuando leyeron la Orden ministerial y al final de los discursos.

Faltaba el del P. Pedro, el más esperado, el más aplaudido. Se incorporó despacio, sacó una cuartilla de su carpeta y leyó su discurso. Aunque la

letra callada no pueda transmitir ahora la emoción que puso su autor al leerla esa mañana de San Juan, os copio y regalo este valioso testimonio de verdad y humildad.

Dijo el P. Pedro:

Excmos. Señores, autoridades, representaciones, padres y madres de mis alumnos pasados y presentes, simpatizantes, hermanos míos escolapios, hermanas, parientes y paisanos:

Muchas gracias por todo. Esta frase tan elemental y tan corriente es la única que puede resumir mi postura en estos momentos. Todo lo demás sería ajeno a mi noble deseo.

Una vida pasada entre niños de cuatro a seis años, que utilizan un lenguaje elemental y directo, cala hasta el fondo del ser y de la edad, y eso mismo me ocurre a mí. He podido hacer de ellos muchas cosas. Personalmente, pienso que solamente cumplí con mi deber. Pero Ustedes se han empeñado en decir que no. Y por ese afecto he comenzado una labor que ha podido llevar a situaciones más o menos brillantes. Pero en esta labor con ellos, ellos me han hecho bien a mí: su sencillez, su carencia de doblez, su pureza bendita, su mansedumbre, su capacidad de perdón, han sido lecciones que me han sido dadas, año tras año, a lo largo de estos casi cuarenta que llevo dedicados a ellos.

Y todo ello me obliga a decir en esta circunstancia que esta acción de gracias, que va directamente a cuantos con suma benevolencia han querido que esta medalla prendiese de mi humilde sotana, se dirija, en último término, a los miles de niños que queriendo o sin querer, me han hecho recapacitar muchas veces en la verdad eterna y definitiva de las palabras de Jesús: “Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”:

Para ellos, pues, mi principal gratitud. Si pronto o tarde, cuando Dios quiera, porque estoy dispuesto, he de presentarme ante él llevando algo en mis manos vacías de pobre hombre limitado, ellos habrán sido los que hayan puesto ese poco.

Muchas gracias a mi Santo Padre José de Calasanz. Él me dio ejemplo hace más de trescientos años, cuando repetía incansable la frase: 'A un niño se le debe todo honor y toda reverencia':

Gratitud a mi Escuela Pía, que me ha dado mucho más de lo que nunca jamás le puedo restituir.

Gratitud a mi Patria y a sus gobernantes. He nacido en una tierra de lealtad y sacrificio y todos los míos, mis cuatro hermanas religiosas, y mi único hermano que espera la resurrección en las estepas heladas de Rusia, sabemos de sacrificios, llevados con alegría.

Gratitud a mis padres, al hombre y la mujer buenos, santos, de cuyo ejemplo he imitado todo lo que he podido, sin llegar a donde ellos llegaron. Me enseñaron a ver a Dios como padre, a María Santísima como madre y a todos los hombres como hermanos. Y eso, solamente eso, he puesto en práctica durante estos años. Esa ha sido mi pedagogía.

Y nada más. Cuando hace muchos años, casi dos mil la más grande de las criaturas, María Madre de Dios y de los hombres, recibió la distinción suprema de su maternidad divina, lo explicó diciendo que era debido a que el Señor se había fijado en su pequeñez. Yo digo lo mismo, y puedo incluso aludir a mi pequeñez física.

Soy un pequeño tornillo de una máquina maravillosa de la educación escolapia y zaragozana. A la hora de bendecir socialmente esa máquina, la gota de honor ha caído casualmente sobre mí, y eso es todo. Y así como en las colas de las grandes recepciones es casi siempre un niño quien entrega una flor o un beso, yo en nombre de mis niños entrego a mis autoridades y a mi Patria, a esta Zaragoza tan querida, tan amada, a mi Escuela Pía y a mis hermanas, una promesa de oraciones, de superación, como flor, como abrazo, de español de sacerdote y de escolapio

Tal vez os estéis preguntando que de dónde saco tanta historia, tanto nombre y tanto discurso. Muy sencillo. De la hemeroteca municipal y de una cinta, que grabó como recuerdo y curiosidad un antiguo alumno del P. Pedro. A los dos, alumno y hemeroteca, debéis agradecer el acierto.

A los discursos siguió un vino de honor.

Y ocurrió que ese mismo día celebraban sus bodas de plata los alumnos que habían terminado sus estudios en el colegio en 1948. Muchos habían aprendido a leer en la escuela del P. Pedro y con el P. Pedro seguían aprendiendo sus hijos. Se unieron a la fiesta en el comedor. Y unieron sus regalos a los que llevaba preparados la Asociación de Padres. Entre otros, un “modesto radiocaset, sabedores de su único entretenimiento en escuchar música”. Y asegura Luis Conchello que el P. Pedro no aceptó con agrado el homenaje y menos aún aquel pequeño detalle de obsequio personal.

Le sirvió a ratos para escuchar música y lecciones de inglés, pero “fue un enredo porque le costaba manejarlo”.

Lo que él quería es que terminase todo, que acortasen la penitencia...

Se había quitado la medalla. Le dijo, bajito, a un comensal vecino:

– Me pesa mucho esta medalla. Se la debían haber dado a la Provincia, o a la Congregación, no al E Pedro.

Pero tuvo que volvérsela a poner. Se lo pidieron, para sacarle una foto. Que, dicho sea de paso, le salió preciosa a Fortuny, fotógrafo del colegio.

Hubo, claro está, sus felicitaciones y enhorabuenas. Le felicita su hermana Beatriz, después del discurso:

– Que bien has estado Y el P. Pedro:

– Es que sabía que me escuchaba mi hermana Beatriz.

Le felicita emocionado el buen servidor José. Y el P. Pedro:

– Déjame, déjame de esas cosas.

.El primo Felix, llegado de Portugalete, le dice que ya puede presumir.

Y el P. Pedro:

– Esto nada, me lo piden, pues qué voy a hacer, pero esto nada.

Doña María Pilar Concellón se atrevió a insinuarle que habría que tratarle en adelante de Ilustrísimo Señor.

Y el P. Pedro... “se reía”.

Para la fecha, o en días posteriores, fue recibiendo numerosas cartas de felicitación. Para que no las rompiera, las recogió el P. Rector y las guardó con el álbum fotográfico de la jornada. Salieron de Roma, Nueva York, la cartuja de Benifacá, las Cortes españolas, la Universidad de Oviedo, la Junta diocesana de Acción Católica de Zaragoza, las parroquias de San Pablo y Santa Engracia...

El P. General le escribió una larga carta, muy ponderada, muy fraterna, en la que recordando una expresión feliz de Pío XII, parangona su vida con la del Escolapio desconocido. El catedrático universitario Miguel Abad Gavín recuerda agradecido en su felicitación “a mi primer maestro”. El párroco de San Pablo escribe en la “cuarta página” de la Hoja Parroquial que también quisiera la Parroquia concederle otra medalla por su servicio pastoral, que va enumerando, hasta decir: “la primera Misa del día de San Blas le pertenece, por derecho, al P. Pedro”. Y concluye. “El Apóstol San Pablo le impondrá allá arriba esa segunda medalla que se merece”. Don Mariano Mainar le felicita en su nombre, en nombre de todo el clero y de la Parroquia de Santa Engracia,” en la que Usted es considerado justamente como coadjutor benemérito”.

Muchas cartas, muchas felicitaciones, de amigos, de exalumnos, de hermanos escolapios...

El P. Mariano Gaona, compañero de noviciado, de estudios y de magisterio, hombre de profundo silencio interior, ha terminado cartujo, y desde la Cartuja le envía su cariño y sus oraciones.

Y el P. Erviti desde Pamplona le escribe una carta autógrafa, con su mejor letra. Lejos, pero los dos trabajan juntos, con el mismo ideal, con el mismo método, en la misma clase de párvulos. El P. Erviti y el P. Pedro son más que amigos.



A mi hermana Josefa
en recuerdo de una fecha
inolvidable -

Zaragoza - 24.6.73

Pedro Díez

El P. Erviti felicita a su “mejor amigo”. Le envía, como regalo en la misma carta, una sencilla poesía. A mi entender de viejo maestro de literatura vale más la prosa que los versos. La prosa es directa y, sin esfuerzo, logra su autor con ella un ambiente calido de poesía. Los versos no pasan del simple compromiso afectuoso. Seguramente el P. Pedro no reparó en los rípos y le gustaron por igual verso y prosa. Por si os gustan a vosotros, copio los dos serventesios, tal como salieron de las manos del P. Erviti:

*Padre Pedro...la flor de tu vida
como incienso ofreciste al Señor,
como estrella de gozo escogida,
como trino de luz y de amor.
Cuarenta años sembrando sonrisas
en los pequeñuelos de Nuestro Señor,
inyectando con mimo de brisas
toda la ternura de tu vida en flor.*

El P. Pedro terminó la jornada del 24 de junio cansado y sonriente. Había pasado el martirio. Y aún le quedó humor para escribir, al pie de una fotografía, a su hermana cisterciense, que no pudo asistir a la ceremonia:

– A mi hermana Josefa en recuerdo de una fecha inolvidable.

La alta noche le encontró de rodillas ante del sagrario. Le faltaba dar las últimas gracias del día y no quiso acostarse sin cumplir con su deber.

EL HERMANO SIMÓN

Ya le conocéis. Es el Hermano que dirige la tienda del material escolar, el que da caramelos y peladillas a los parvulitos del P. Pedro. Figura en los registros y en su carnet de identidad como Simón Cuevas González, pero chicos y grandes le llaman a secas D. Simón. Había nacido en Merceyres, provincia de Burgos, un 20 de abril de 1914 y vino destinado al colegio en 1934. Llegó con buena fama y le entregaron la tienda, que hasta ese momento corría por cuenta del P. Pedro. Se incorporó a filas, cuando sonaron los clarines de la contienda civil, le hirieron gravemente en el frente del Norte, y fue condecorado por méritos de guerra, Vuelto

al colegio, ascendió a maestro y llevó por varios años la escuela segunda, tabique por medio de la que dirige el P. Pedro.

Escolapio cabal, buenísima persona, de carácter alegre . y emprendedor, fino sentido del humor y dueño de envidiables virtudes. Cuentan que a un joven Rector, que ensayaba oficio, le dijo el P. Valentín Afsa, Provincial durante quince años seguidos y buen conocedor de las personas:

– Mira, aquí tienes un santo y un medio santo. El santo es el P. Pedro, el medio– santo el H. Simón

Y en otra ocasión, a un religioso, recién incorporado a la comunidad:

– P. Pedro, H. Simón...el uno es santo y el otro casi lo es.

El P. José Seoane, compañero permanente de todos ellos en el colegio, afina el testimonio y nos dice:

– El P. Pedro solía salir de paseo al Pilar, acompañado de un escolapio, que también era un santo, eran almas gemelas, el H. Simón.

Positivos ambos juicios. Me quedo con el último, porque también yo tuve la suerte de convivir y conocer al H. Simón, un santo, alma gemela del alma del P. Pedro. Recuerdo, mientras escribo, un rasgo de su fina y sincera picardía . Un mediodía de Navidad de 1965 servía el H. Simón en el comedor una copita de coñac a los religiosos. La botella era de marca: Carlos III. Yo llegaba de Roma, donde raramente se probaba el coñac, o si alguna vez se servía era invariablemente de la marca Fundador. Le agradecí al H. Simón el detalle, pensando que a tal solemnidad tal honor. Él me respondió bajito, muy bajito:

– De la garrafica, P. Rector, de la garrafica.

Iban juntos al Pilar. Y algunos días, terminada la visita a la Virgen, “se iban a visitar a los enfermos”.

No sabemos qué opinión le merecía el H. Simón al P. Pedro, a no ser por los hechos: juntos en el oratorio, juntos en la escuela, juntos ante la Virgen, juntos, a veces, en casa de los enfermos.

Pero sí sabemos qué opinión, además de los hechos, le merecía el P. Pedro al H. Simón. El P. Pedro manejaba diversas cantidades de dinero, provenientes de las intenciones de misas, de las becas, de las inscripciones de los alumnos, de regalos y obsequios por sus servicios... ¿No podrían producirse confusiones y pérdidas? El H. Simón, con la sinceridad que le caracterizaba, le dijo al P. Rector:

– El P. Pedro es tan bueno, que será capaz algún día de perder mil pesetas, pero es incapaz, absolutamente incapaz, de traicionar la contabilidad ni en cinco céntimos

Almas gemelas, expresión genial.

Y una mañana, la del 3 de septiembre de 1974, encontraron muerto en su tienda al H. Simón.

El día anterior había muerto en el colegio, mordido por el cáncer, el P. Felicísimo Velasco, burgalés como el P. Pedro y el H. Simón, de Torresandino, en la ribera del Duero. El P. Felicísimo era licenciado en Químicas y había sido Rector del colegio de Soria. Contaba cincuenta y nueve años. Concelebraron cuarenta sacerdotes la misa funeral y depositaron su cadáver en el panteón de Torrero.

Y al volver encontraron, tendidos en el suelo de la secretaría y de la tienda, al P. José Casterad y al H. Simón. Una fuga de gas los había arrojado a tierra. Al P. Casterad pudieron reanimarle. Con el H. Simón todos los esfuerzos resultaron inútiles. Allí estaba, frío y con la serenidad de la muerte, “víctima del ejercicio de su deber, en su oficina, rodeado de libros y material escolar, preparándolo todo para el nuevo curso”.

Un día trágico este 3 de septiembre.

La iglesia se llenó de amigos la mañana del día 4: los niños,” que le idolatraban”, en los primeros bancos. Y añade el cronista que la concelebración fue “la más numerosa hasta el presente en nuestro templo: cuarenta y ocho sacerdotes, presididos por el P. Rector y el P. Provincial, que pronunció sentida plática”.

Despidieron el cadáver, entre cánticos rituales, en el artístico e incomparable patio de la Rotonda.

Otra vez la sombra del ciprés en su camino. Hace dos años la madre. Esta mañana, su mejor amigo. Subió el P. Pedro al cementerio, rezó, le vieron triste. ¿Para qué la medalla, que prendieron hace cuatro meses “en su humilde sotana”? ¿Quién le acompañará en sus visitas al Pilar? ¿Y quién llenará de ilusión y dulzura las manos de sus niños, cuando pasen por delante de la tienda?

El H. Simón se ha ido al cielo, y por aquellos pasillos de luz andará repartiendo piñones blancos a los parvulitos, que cantan como los mismo ángeles. Al P. Pedro le ha dejado en prenda un nuevo silencio, prendido en la distancia. Y con el silencio, la paz. Ni la muerte podrá robarle este doble tesoro. Ya puede repetir con el poeta –pastor de Orihuela:

Voy entre pena y pena sonriendo.

– ¿Por qué?

– Porque no creo merecer tal distinción. En todo caso, hay otros muchos escolapios que la merecen tanto como yo.

– Pero Usted lleva cerca de cuarenta años dedicado a la enseñanza

– Y seguiré mientras Dios me dé salud e ilusión...

Contesta a más preguntas. Habla de su trabajo, de su clase, de sus alumnos, que se hacen hombres, forman hogares cristianos, le piden que bendiga su matrimonio, que bautice a sus hijos...El periodista le hace la última pregunta:

– ¿Cuándo le impondrán la medalla?

– No me hable de eso...

Y el P. Pedro, concluye el periodista, se volvió a su clase, donde es feliz con sus alumnos de siempre.

El Gobierno concede la Medalla, pero no la regala. Hay que comprarla. La Junta de la Asociación de Padres, colocó sobre una mesa de la portería de internos un fajo de folios. Cada firma vale 25 pesetas, ni un céntimo más. He contado las firmas, 717. Las hay de caligrafía sencilla, de rúbrica señorial y misteriosa, de signo colectivo: Fulano de tal y sus hijos, la Comunidad de Religiosas...

La subscripción “desbordó. todos los cálculos.” Sobró dinero para comprar la medalla.

Llegaron las fiestas, una para los pequeños en el salón de actos, otra para los mayores en la iglesia, en el salón de actos y en el comedor.

En la fiesta de los pequeños pasó unas horas de cielo. Asistieron sus parvulitos y los cinco primeros grados de enseñanza primaria con sus maestros. Profesores y alumnos prepararon una velada chispeante y cariñosa. Los chavales cantaron, escenificaron pasajes de obras conocidas y proyectaron películas. Actuó la rondalla, y cayó una lluvia de flores sobre la persona del P. Pedro. Él “lloró” de gozo junto a sus alumnos.

En la fiesta de los mayores “sufrió un calvario”. Era poco amigo el P. Pedro de luces y candilejas. Pero tuvo que presidir, quieras que no, y escuchar alabanzas que le pusieron colorado.

Le van a poner sobre la sotana una medalla de placa. Y don Pedro Cantero, el Arzobispo, presenta al ganador.

COLECCION DE POSTALES

Para quienes hemos vivido con el P. Pedro, su figura permanece nítida. Que no se nos borre es lo que importa. Pero hay gentes que no le vieron, o solo le conocen de oídas. Y preguntan que si era alto o bajo, qué carácter tenía, qué indumentaria llevaba encima, cuáles eran sus devociones favoritas, y sus virtudes, y sus pequeños caprichos... si los tuvo.

Es fácil la respuesta. Basta acudir al volumen que guarda las declaraciones procesales y los testimonios de los testigos, leer lo que ellos dijeron y escribieron, ordenar sus palabras y, sin quitar ni poner una coma, servir el resultado a los curiosos.

LOS OJOS TRANSPARENTES

Dicen que era pequeño de estatura. En esto coinciden todos, hasta las tres hermanas del P. Pedro, que le vieron cómo crecía y les dejaba a ellas en un plano inferior. Pero hay matices. Los testigos echan mano de adjetivos graciosos. Y añaden que era menudo, bajito, delgado y proporcionado, rostro varonil, muy agradable, sonriente y con rasgos infantiles, voz grave, que hablaba muy deprisa, que era pequeñito y él decía que feo, fuerza extraordinaria en las manos, el pelo cortado estilo soldado, llevaba gafas.

No lo dicen, pero basta mirar su fotografía, para sumar ciertos rasgos importantes a los enumerados. La frente del P. Pedro es amplia, cruzada por dos leves surcos horizontales y paralelos: detrás de ese tabique moreno se almacenan las ideas en orden, sin cruces violentos. Sus labios son rojos y muy finos, dispuestos a sonreír y besar. El mentón revela tesón, fuerza de voluntad y gran vitalidad. Y los ojos azules...

Fijaos bien en esos ojos. Como se fijó esta mujer:

– Los ojos del P. Pedro eran cándidos, transparentes, frescos, lo decía todo con su mirada.

Rico en percepciones sensitivas, menos en el olfato. Y esta deficiencia no la cargaba el P. Pedro en el platillo de su pobreza física sino en el otro platillo de las riquezas celestiales:

– Dios es tan misericordioso conmigo que ni siquiera me ha dado olfato.

EL VIEJO RELOJ DE BOLSILLO

No era hombre de los de bien vestir, que estrena traje por Pascua y luce un porte elegante. A él le sobraban prendas. Aprovechaba y apuraba mucho las de su atuendo personal. Gastaba sotanas viejas, pero limpias. Limpias como un sol, porque así le gustaba y porque así lo quería la Srta. Carmen, encargada desde 1957 de la ropa de la Iglesia y de la vestimenta del P. Pedro. Pero, sobre todo, porque así, lo dejó escrito San José de Calasanz en sus Constituciones.

– Exhortarnos a todos encarecidamente en el Señor que cuiden de embelecen con la limpieza la pobreza en el vestir: en la ropa exterior e interior.

Y el P. Pedro se sabía de memoria, y en latín, estas constituciones.

Cuando salía a la calle, sobre la sotana, el manteo “bastante raído”, impecable como la sotana. En los actos comunitarios, el bonete sobre la cabeza. Por el barrio, el sombrero. Y dentro de su clase, la bata, aquella bata sufrida que protegía del polvillo de la tiza, de las salpicaduras en los patios y de las manos no siempre limpias de los niños.

Zapatos para las filas, paseos y visitas. Para andar por casa usaba unas zapatillas ligeras, que no hacían ruido. Con ellas, bien gastadas, le calzaron para el último viaje. Fue un acierto. ¿Os imagináis al P. Pedro pisando fuerte a la puerta del cielo?

¿Y el reloj? Le regalaron varios relojes de pulsera, que pasaron de su mano a lucir muñecas jóvenes. Regalaba las plumas estilográficas, las cajas de puros las cajas de bombones, un proyector, una navajita, un paraguas, los relojes. Y cuando el agraciado agradecía el regalo, contestaba liberado y alegre:

– Gracias a Usted, que puedo desprenderme de estas cosas.

Manirroto a lo divino. El siempre usó un viejo reloj de bolsillo.

LA HABITACIÓN QUE SE LLEVÓ LA PIQUETA

El cuarto del P. Pedro era, en cuanto a volumen y comodidad, poco más o menos como el cuarto de los demás religiosos. Estaba situado en el pasillo que conducía al coro de la iglesia. Lo vieron todos y entró el que quiso, porque estaba siempre abierto. ¿Quién podía tener la tentación de robar en el cuarto del P. Pedro? ¿Y qué podría robar?

Os lo voy a describir, tal como lo vieron y tal como yo mismo lo vi.

Era reducido, dieciséis metros cuadrados aproximadamente, con una ventana al frente, que daba al patio, y una alcoba a la derecha, sin cortina de separación. En la alcoba, un armario para guardar la ropa, un crucifijo en la cabecera, un lavabo con su espejo y su toalla y una cama, “siempre bien hecha”, con su jergón, sus mantas, su almohada, su colcha blanca... todo pobre y limpio, eso sí.

El cuarto propiamente dicho, le servía para rezar, para preparar las clases y para escuchar en confesión a quienes se le pedían... Podríamos contar los objetos que adornaban el cuarto y nos sobrarían dedos en las manos: una mesa, dos sillas viejas –podían estar en un museo de antiguo, si se conservaran, dice José– y sobre la mesa una máquina de escribir, vieja también, pero suficiente y muy fiel en el trabajo, el magnetófono que le

regalaron el día aquel de la medalla, el Breviario y la Biblia. Los ratos que preparaba los trabajos de clase, papel y unas tijeras, la cajita de las diapositivas, cuadernos de los niños y algunos libros. Pero todo este material desaparecía con él cuando se iba a la escuela, magnetófono incluido.

Su discípulo José Antonio Alcón, que estuvo en esta habitación muchas veces, vio “sencillez y pobreza unidas, orden y limpieza”. Y José Ignacio, su ayudante, sacó esta conclusión: “Allí vi la pobreza total de un escolar-pio”.

Pero qué bien se estaba allí, sentado a su lado en aquella silla vieja. Te escuchaba, te decía palabras de paz, te bendecía, te perdonaba...

Me da pena teneros que hablar en pretérito. Porque ya no está él. Y porque en la reciente remodelación del colegio hasta su habitación se la llevó la piqueta.

MÁS ALEGRE QUE UNAS CASTAÑUELAS

Lo que más impresionó a la gente en el P. Pedro fue la bondad de su carácter. Cuando quieren describirlo, sabiendo que el interesado no les oye, le echan una letanía de piropos. Y os aseguro que tienen razón, porque responden a la verdad.

Dicen, pues, que era de carácter afable, jovial, transparente, dicharachero, cordial, caritativo, espontáneo, simpático, educado, pacífico, como un niño travieso. muy tratable, muy asequible, muy abierto, siempre dispuesto, siempre sonriente, siempre feliz, dulce pero con el don innato de la disciplina, te saludaba y nunca te dejaba la mano, con un envidiable don de gentes para tratar con todos, sin una palabra más alta que otra en su conversación, normal en la manifestación de sus sentimientos, se entristecía, se emocionaba, no era frío ni distante, al hablar a los chicos empleaba un peculiar estilo, que llegaba mucho a los que le escuchaban, “tenía cosas muy del P. Pedro...”

Y alegre... Otra vez coinciden los testigos. Tenía alma de ruiñeñor este hombre. O, como dice en frase gráfica uno de sus compañeros,

– El P. Pedro era más alegre que unas castañuelas.

NORMAL, MÁS DE LO QUE PARECÍA

¿Y qué capacidad intelectual calzaba? Pues dicen que intelectualmente era normal. Eso, normal. No tenía títulos universitarios, pero había obtenido buenas notas durante la carrera de sus estudios y poseía inteligencia práctica, y técnica eficiente, y diploma de maestro, hasta llegar a ser, dentro y fuera del mapa escolapio, un verdadero especialista en párvulos.

Mencionan y aplauden su famoso método. Pero no saben, o no recuerdan, la serie de cartillas y libros de lectura que ha preparado, los cursillos que ha dado, las jornadas y congresos pedagógicos en que ha intervenido.

Y aquella su inquietud permanente por aprender inglés. Escuchó cintas, grabadas con lecciones prácticas, en su magnetófono. Se inscribió en una academia especializada y acudió a clase algunos meses. Estaba ilusionado. Pero le faltó tiempo. O, mejor, le robaron el tiempo destinado al inglés otros quehaceres. Entre los enfermos y la gramática, optó por los enfermos. Ellos no podían esperar. El inglés sí.

Capacidad normal. Buen parvulista. El famoso método...

Alguien, más perspicaz y que supo mirar más hondo, insinúa como de pasada:

– Era más de lo que parecía

Has dado en el clavo, amigo. No era el P. Pedro lo que llaman un genio, ni un ingenio, ni un superdotado. Pero algo había en él que escapaba a un juicio superficial y ligero. Esas gotas de agua fresca, que resbalan del cántaro lleno, suavemente, sin hacer ruido, y en las que nadie se fija. Normales hay muchos y se adocenán, porque ya han encontrado un seguro modus vivendi. Normal de inteligencia el P. Pedro, con una categoría nueva, inquieto y renovando sus saberes de forma permanente, investigando, inventando. Normal, sí, más de lo que parecía...

DE JOTAS Y ZARZUELAS

Y algunos caprichos tendría, claro. Los tuvo, pero no sé si llegaron a caprichos. Fumar no fumó nunca. Las cajas de puros que le regalaron, muchas y buenas, pasaban, sin abrirlas siquiera, a las manos de sus ayudantes. José Ignacio Martín y José Urchaga las fueron dejando vacías en honor del donante.

De colonias y perfumes, nada de nada.

Le gustaba la música, la de jotas y zarzuelas especialmente, porque traía mensaje y le hablaba de España.

También le gustaban algunas películas, si eran bonitas o de dibujos animados “porque eran de su temperamento”. Las vio alguna vez, como entretenimiento, con los niños en el salón de actos del colegio o con los religiosos en la televisión comunitaria. Pero raramente se entusiasmaba. Alguna noche, después del telediario, se quedaba con los jóvenes. Estos tenían que pedir permiso para ver algún programa extraordinario. ¿Nos ayuda, P. Pedro? Les ayudaba a conseguir el permiso y les acompañaba un rato. No pisó cines ni teatros públicos.

NATILLAS Y FLANES... ALGUNAS VECES

Tenía buen apetito, todo le parecía bueno, le agradaban los dulces. Pero la úlcera condicionaba su régimen de comidas. El no hizo excepciones, ni pidió extraordinarios. Lo de todos, en pequeña cantidad y con frecuencia. Mejor cosas ligeras, leche, verduras, puré, algunas galletas, un poco de carne a la plancha...

Las mujeres se dieron cuenta:

– Mi madre que sabía que para la úlcera necesitaba comer poco pero con frecuencia, le mandó el desayuno a la sacristía para que tomara algo tan pronto como celebraba la misa

Alguna vez, ya se entiende.

A la señora de los desayunos se unió pronto una amiga, que preparaba alimentos más suaves y digeribles:

– A veces le mandaba al colegio natillas y flanes para que pudiera alimentarse por su úlcera.

¿Pero creéis que el P. Pedro, él solo, se comía el desayuno en la sacristía y las natillas y los flanes en el refectorio? Yo sospecho que los monaguillos, los chicos de la cantina y algún profesor goloso le echaron una mano de vez en cuando.

Le invitaban a comer los amigos, después de un bautismo o de una boda, por Navidad, en los cumpleaños...

Para muchas familias suponía un honor sentar a la mesa al P. Pedro. Pero a él no le gustaban las excepciones. Y se conocía la norma de las Constituciones que había profesado y el reclamo constante de su úlcera. Se disculpaba hasta convencer. Si los argumentos no convencían, utilizaba la estrategia de llegar tarde. Comía con la comunidad y entraba en la casa de los amigos a los postres o cuando servían el café.

Veces hubo en que ni esta estrategia le valía. Había que ir, había que bendecir la mesa y había que comer. En esos casos, raros casos, se entretenía con los niños, le parecía bien lo que le servían y dejaba, al irse, un testimonio de austeridad y de alegría:

– A mi casa no vino a comer, pero en algunas fiestas obre todo en Navidad, venía a los postres y enseguida preguntaba: “A ver, ¿qué han dejado los Reyes para los niños?”

QUÉ COSA MÁS BUENA LA COCA-COLA

La comida, un problema. Y otro problema, más pequeño y de mejor solución, la bebida.

No probó licores, ni clase alguna de bebidas alcohólicas. A lo más, un poco de vino con gaseosa. Con agua también. Más exacto: se echaba unas gotas de vino en el agua.



Coca-Cola. Qué cosas más buenas ha hecho el Señor.

Hasta que descubrió la Coca-Cola. Favorecía su digestión, le llegó a gustar de veras. Tanto, que le oyeron decir en voz alta, con un vaso de Coca-Cola en la mano:

– Qué cosas más buenas ha hecho el Señor.

Esto no lo saben los americanos. Tal vez ni convenga. Porque si se enteran, borran a la chica rubia de su propaganda y le pintan a Usted, P. Pedro, en los carteles, en las vallas callejeras y en las pantallas de televisión, sonriente, vestido de sotana y ceñidor, con la enorme botella fresquísimas en una mano y en la otra la leyenda de las cosas tan buenas que ha hecho el Señor. Y comprobado el éxito, pueden animarse, y viajar a Roma, y pedir a los monseñores vaticanos que le nombren a Usted, P. Pedro, patrono de sus fábricas y de los cofrades de la Coca-Cola. Que sí, que estos americanos, cuando se trata de defender su bandera estrellada y la cotización del dólar, son capaces de eso y mucho más.

EXTASIADO ANTE UN PANTANO

El P. Pedro no quiso ver mundo, ni cuando le pagaba el viaje su P. General, ni cuando se lo propuso el P. Claudia Vilá. Era muy grande, muy complicado ese mundo lejano. A él le iba mejor el mapa cordial de España, recorrido en viajes cortos, en vagón de tercera, como los pobres.

Tampoco le apetecía salir del recogimiento de su comunidad. Su hermana Bernarda, comentando estas situaciones, le dijo cierto día:

– Cuando salimos del monasterio somos como peces fuera del agua.

Se refería a las monjas de su convento. El P. Pedro veía más lejos y contestó:

– Eso nos pasa a todos.

Va entrando en años. Su madre en el cielo, el H. Simón en el cielo, sus hermanas lejos. A que no le afecte la soledad, se queda solo. Solo

con el bullicio de su escuela y las cruces de sus enfermos. Los amigos se vuelcan en atenciones. ¿Por qué no rompemos su ritmo trepidante de trabajo, que e tire las piernas, que descanse unas horas, que respire aire limpio, que vea los rincones maravillosos de nuestra tierra?

Le llevaron las familias de sus chicos al Santuario de la Misericordia en Borja. Rezó y disfrutó. Borja, tan cercana, tan hermosa y sin conocerla. Otra familia amiga le llevó más tarde a pasar una jornada de gloria en la riojana Aldeanueva de Ebro.

Fue una tarde a visitar a los scouts del colegio, que acampaban en Alagón. Aquí le sucedió una curiosa anécdota. Conforme subía hacia el campamento, acompañado de otro escolapio, un grupo de hombres vio, se revolvió y gritó: “Ya tenemos cuervos”. No se inmutaron los escolapios. Siguieron adelante, y uno del grupo, al verlos de cerca, exclamó: “¡Si es el P. Pedro!”. Salió del corro y le saludó con todo cariño.

Más excursiones por los valles del Pirineo. Conocía Panticosa, pero la montaña está poblada de leyendas, de secretos, de sorpresas. Y el impacto de los viejos pueblos transparentes...

Tampoco conocía la riqueza arquitectónica y paisajística del Bajo Aragón. Y un día la familia de Luis Conchello le metió en su coche y le llevó a ver Alcañiz y sus monumentos, Beceite y el parque nacional de los Puertos, Valderrobres y el embalse...

Quedó sorprendido y dejó sorprendidos a sus anfitriones:

– Al llegar al pantano de Pena, el P. Pedro, como un niño, gozaba de la naturaleza, de la grandeza del pantano, y todo era admiración y exclamación de lo grande que es Dios... Todos gozábamos de su compañía y de la felicidad que irradiaba. .

España y su geografía eran, en el corazón y los ojos del P. Pedro, señales de un camino más alto.

– Todo lo relacionaba con Dios.

SU MADRE Y LAS MADRES DE SUS NIÑOS

¿Y por qué se pinta a la mujer como tropiezo y peligro para el hombre? Para el P. Pedro ni peligro ni tropiezo. Compañera de trabajo y servicio, madre de uno de sus pequeños alumnos, señal en la tierra de la Madre del cielo... Así vio a la mujer el P. Pedro. Y ellas ¿cómo le vieron?

Le envían flanes y natillas, le ayudan a limpiar la iglesia, a colocar el Monumento del Jueves Santo, a preparar el templo para recibir las reliquias de San José de Calasanz en 1949...

Le ayudan, él dirige y colabora en el trabajo:

– Cuando las Reliquias de San José de Calasanz trabajó lo indecible para que todo resultara muy solemne.

A la Srta. Carmen le faltó poco para ponerle en un altar. Necesitaba el P. Pedro una mujer piadosa y activa, que corriese con la atención de la sacristía, la limpieza de los ornamentos, el orden en los actos litúrgicos de la iglesia. Pidió ayuda a la Hermana Rosa, Hija de la Caridad de Santa Ana, y ésta le mandó a la Srta. Carmen, tridentina probada en actividades parroquiales, hermana de cuatro religiosas. Fue un acierto. Desde 1957 hasta que se jubiló, cumplió fielmente su misión, sin perdonar horas ni sacrificios.

Trató la Srta. Carmen a los Padres del colegio como hermanos, a los más jóvenes como hijos.

– El trato más íntimo fue, lógicamente, con mi P. Pedro, que era el que más cerca tenía. Cuánto aprendí de su trato y de la bondad, humildad y respeto con que siempre me trató.

Le obedecía, le admiraba. Tanto que a uno de los religiosos le pareció exagerada la reverencia que le hacía un día al besarle la mano, y se lo dijo amablemente. Esta fue la respuesta:

– Búsqueme otro en Zaragoza que sea como el P. Pedro...

¿Y las madres de sus alumnos? Este es otro capítulo. Pobres o ricas, las trató siempre de señoras, con delicadeza, sin familiaridades, guardando las distancias.

Y con sumo respeto hacia las jóvenes y las menos jóvenes. Que lo diga por todas una de ellas:

– Nos trataba con respeto y cariño. Para él las madres éramos algo extraordinario, no sé si veía en nosotras a su madre.

La veía y proyectaba su figura santa en las madres de sus niños.

Aunque fuesen impertinentes, que a veces lo eran, exigiendo derechos o valorando exageradamente las cualidades de sus hijos, tesoros inapreciables, alhajas de mil colores...

Fijaos en este sencillo diálogo con una madre:

– Qué pesada soy, ¿verdad?

– Pues claro que debe preocuparse por sus mejores joyas.

POBRECICO...

Dentro de su comunidad, el P. Pedro es una institución. Se le valora, se le quiere entrañablemente. Pero no hay sinfonía con más bemoles que una comunidad de religiosos. Justos y pecadores juntos, con sus virtudes, sus años, sus títulos, su carácter, su rica experiencia acumulada. Hom-bres, al fin. Nada extraño que uno de ellos, después de una mala noche, amanezca con los cables cruzados y salte la chispa. Paciencia y a barajar. O a sonreír. O a perdonar.

Hay dos episodios con cables y chispa en la vida del P. Pedro. Dos solamente, y sin incendio de campanas al vuelo y coches de bomberos. Os los cuento enseguida.

El primer episodio ocurrió en la sala de visitas.

Conversa el P. Pedro con un ingeniero amigo, que ha venido a traerle un paquetito de diapositivas. Le agradece el obsequio, hablan de la clase, de los métodos didácticos, de los hijos del amigo. Irrumpe “un superior” y sin más preámbulo, le pide algo al P. Pedro en forma poco delicada y correcta. Extrañeza del señor ingeniero y desaprobación inmediata.

¿Y el ofendido?

– El P. Pedro... trató de excusar al superior y hacer ver que no tenía importancia, con una sonrisa como si nada hubiese ocurrido.

El segundo episodio en la sacristía.

Ha mandado el P. Pedro a un religioso joven a suplir con urgencia al sacerdote de una capellanía, que ha caído enfermo. El joven religioso, “de carácter irascible”, ve rotos sus planes e insulta a grito pelado al que le manda a suplir al capellán enfermo. Avisan al P. Rector. Baja. Oye los gritos. Ve al P. Pedro con las manos sobre el pecho, la cabeza inclinada, recibiendo en silencio el “chaparrón de injurias”. Y cuando quiere intervenir, el P. Pedro le disuade con gesto enérgico.

Hecha la paz, y a solas, le dijo a su P. Rector:

– Pobrecico, ha tenido un mal momento.

Y el P. Pedro, sin perder tiempo, se fue a celebrar la eucaristía a la capellanía rechazada por el religioso “de carácter irascible”.

UNA VELA EN EL PILAR

Cada cristiano es muy dueño de tener santos de su devoción. Las muchachitas que buscan novio le rezan a San Antonio,

los navegantes a la Virgen del Carmen, los gitanos al Beato Ceferino Jiménez Malla el Pelé, los músicos a Santa Cecilia ... y a Santa Rita los que llegan a situaciones imposibles.

Del P. Pedro sabemos que era devoto de la Santísima Trinidad, de San Pompilio María Pirrotti, santo escolapio canonizado en 1934, del Niño Jesús, de los ángeles y especialmente del santo Ángel de la Guarda, del que hablaba con frecuencia a los niños.

Con mayor ternura, devoto de San José de Calasanz, del Sagrado Corazón de Jesús y la Eucaristía, de las almas del Purgatorio, de la Virgen Santísima.

Dejemos que él y sus amigos nos den detalles de tal ternura.

San José de Calasanz fue su padre en la fe, puesto por Dios en el camino de su vida para encontrar a los niños. Un exalumno suyo escribe:

– Era muy devoto de San José de Calasanz, vivía su ideal educador y religioso profundamente.

Y una señora recuerda:

– Cuando vinieron las reliquias de San José de Calasanz, trabajó lo indecible para que todo resultase muy solemne. Se desvió para que todo estuviera en orden.

La canonización de San Pompilio afianzó su plena confianza en el Corazón de Jesús:

– Su confianza la ponía en el Sagrado Corazón y recitaba con frecuencia la jaculatoria “Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío”. Y con esto no le hacía falta más.

Impresionaba verle rendido ante el sagrario. A uno de sus monaguillos, ahora hombre hecho y derecho, padre de familia, profesor competente, se le grabó tan profunda la imagen, que el tiempo no ha podido borrar:

– Recuerdo haberle visto ante el Sagrario muchas veces, cuando veníamos de casa a las siete de la mañana.

De esa fuente viva brotará su filial confianza cuando azote la borrasca:

– Dios lo quiere, Dios proveerá.

Y se quedaba tranquilo, serena el alma, radiante la mirada:

– Daba la impresión de que veía a Cristo en la tierra

En su casa paterna y en las Escuelas Pías aprendió a querer y ayudar a las almas del Purgatorio. También aquí San Pompilio Fue su mejor maestro. Cuidó el P. Pedro de que se celebrasen con exactitud las misas encargadas por las benditas almas. Y él, personalmente, ofrecía diariamente por su eterno descanso uno de los quince misterios del Rosario. Se las arregló muy bien para que los niños perdiesen el miedo y recordasen a sus familiares difuntos. Rezaban juntos. Y enseguida decía:

– El abuelito ya está en el cielo.

La Virgen fue su “punto de referencia”. La quería “como un hijo quiere a su madre”. Y del maestro pasó el cariño a los discípulos. Rezaban la Corona de las Doce Estrellas, y al explicarla identificaba el amor a la mamá y a la Madre:

– La Virgen es la Madre del cielo Dice uno de sus discípulos:

Hacia realidad lo que cantábamos: *“¡que solo anhelo!, asido de tu mano, volar al cielo!”*

Su visita frecuente al Pilar no se quedó en rito costumbrista, Fue siempre peregrinación filial. En la Santa Capilla, reza el Rosario ante la imagen pequeña de María y le encomienda a sus niños, a sus enfermos, a su comunidad. Besa con fe la columna. Y vuelve a sus quehaceres.

Cuando un alma angustiada le presenta sus problemas, después del diálogo, aconseja sin vacilar:

Confía todas las cosas a la Virgen del Pilar.

Y en sus manos deposita él la persona del hermano que marchó lejos:

– Cuando uno de nosotros era destinado a América, él iba al Pilar a poner una vela a la Virgen.

¿Un símbolo? Y más que un símbolo. Porque ante la Virgen suben fundidas dos llamas, la que sale de la cera y la que brota del corazón generoso del P. Pedro. Arden tan firmes y hermanadas, que pueden guiarse por su resplandor los escolapios aragoneses que trabajan en Nueva York, en Puerto Rico, en Argentina...

HIJO DE LA IGLESIA

Tal vez fue ésta una de sus devociones más hondas. La aprendió en la escuela de su Padre José de Calasanz. Por suerte, no le tocó sufrir como al Padre. Obedecer, sí, y echar una mano mientras pudo, también.

Una madre, eso fue siempre la Iglesia para el P. Pedro. Ya son tres, la Virgen, la Iglesia, la señora Carmen. Y para las tres el mismo amor, indiviso y gratuito.

Lo podéis comprobar por triplicado.

Le llaman de las parroquias. Acude diligente, suple:, ayuda, en días de fiesta y de labor. Los párrocos quieren retribuirle el esfuerzo, hacerle algún regalo. Uno de esos párrocos, que rige todavía con exquisita sabiduría pastoral la parroquia de Santa Engracia, no ha olvidado el gesto:

– Regalos de la parroquia no aceptó ninguno. Todo lo hizo gratis.

¿Regalos por ayudar a su madre?, Ni dormido los habría aceptado...

Le urgen y preocupan las vocaciones.

– Rezaba mucho por las vocaciones y procuró traer a chicos de su tierra cuando iba de vacaciones en verano.

Vinieron y le fueron fieles. Ellos decían que después de Dios, al P. Pedro debían su vocación escolapia.

Pero llegaron los años de sequía y sufrimiento. Los noviciados semiva-cíos, la perseverancia frágil y en crisis, la desesperación en muchos. El P. Pedro, reza y confía:

– Esperemos que Dios dará la solución. Quizá quiera probarnos. Esperemos...

El Concilio armó su revuelo. Los teólogos españoles se habían dormido sobre sus textos de tomismo rancio. Y un tradicionalismo a ultranza, apoyado en la mano autoritaria y generosa de los políticos, era tónica común de nuestro episcopado. De ahí la sorpresa y el desconcierto ante las novedades teológicas y las medidas pastorales que van saliendo del aula conciliar. Sorpresa y desconcierto en los palacios, en los recintos universitarios, en los corrillos de curas y frailes. Hasta que fue rompiendo la luz el difícil muro de las lamentaciones y los prejuicios.

El P. Pedro escucha, lee, ora en silencio y recuesta su cabeza sobre el pecho maternal de la Iglesia. En Roma, según la metáfora feliz de un periodista norteamericano, se está jugando un partido de pelota en el que todos los jugadores son obispos. Más que en el partido y los jugadores, confía el P. Pedro en el corazón vigilante del pontífice y en la asistencia que viene de lo alto. Estaba en lo cierto quien interpretó así su comportamiento:

– Veía a Dios actuando en la historia y en la Iglesia.

En casa se dialoga, se discute acaloradamente, se critica a veces. Como contraste, “el P. Pedro aceptaba las disposiciones como venidas del Papa y ya no disentía más”.

La mejor interpretación y la mejor respuesta se la dio a un joven escolapio, que llega con su título bajo el brazo, sacado en la Universidad Pontificia de Salamanca. El joven teólogo asegura que le parece fuerte cierta medida conciliar. El P. Pedro interviene y le dice:

– Pero Padre, ¿Usted cree en el Espíritu Santo?.

Leída la frase, hay que abrir de nuevo el Evangelio de San Mateo por el capítulo once y meditar despacio las palabras del Maestro: “Bendito seas

Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”.

Entre esa gente sencilla trabaja escondido el P. Pedro

EJERCICIOS ESPIRITUALES

Todos los Institutos tienen aparcados en el calendario anual unos días sagrados, que ocupan sus religiosos en ejercicios espirituales. Los escolapios también, con preferencia durante las vacaciones escolares de verano. Para estos ejercicios no hay dispensa, que necesita el espíritu zambullirse en el silencio para mejor escuchar el susurro de la voz que pasa y no retorna.

Y nadie crea que se trata de un descansillo para aflojar la cuerda del arco. Con más gracia y acierto lo dijo San Juan Avila: “No pierde el tiempo el molinero picando la piedra para que mejor muela”.

La comunidad del Colegio Escuelas Pías programaba tradicionalmente la semana de ejercicios espirituales dentro de casa. La apertura del Concilio se inclina por lugares apartados y especializados: Miralbueno, Aguarón, Guayente, Peralta, sobre todo Peralta. No hubo que cambiar de línea en la búsqueda de directores: los más expertos, las mejores cabezas, escolapios, jesuitas, claretianos, capuchinos, agustinos, párrocos, don Damián Iguaen, obispo de Barbastro...

Tenemos que detenernos en dos fechas concretas, 1966 y 1978. Razón: porque de los ejercicios de esos dos años dejó escritos unos pensamientos y propósitos el P. Pedro.

Los ejercicios de 1966, celebrados en el colegio, fueron dirigidos por el capuchino P. Cornelio de Lezaun. El 24 de agosto firma el P. Pedro dos cuartillas con una serie de 21 pensamientos, resumen probablemente de las ideas que más le impresionaron durante las pláticas del director capuchino. Seleccione estos cinco, tal como aparecen en el manuscrito:

“¿Merece la pena ser religioso en el tiempo en que vivimos?– Si se ha de responder a la gran llamada de vocación a la santidad, siguiendo el

Evangelio y el espíritu del Santo Fundador con vida sobrenatural de oración y sacrificio, SÍ

Todos los días ofrecemos el sacrificio de la Misa, por qué no el sacrificio del trabajo.

En las actividades ministeriales tener una apasionada predilección por los pobres; según los Documentos Conciliares son el Rostro de Cristo, y esto no de palabra, sino con los hechos.

El Oficio lo antes posible, dentro de un clima el más apropiado, lo mejor delante del Sacramento.

La Misa atente, distincte ac devote, como si fuera la última de la vida y en compañía de la Virgen.

Y copio textualmente los siete pensamientos finales, numerados aparte y seguidos de una línea con cinco palabras mayúsculas, que más parecen propósitos para el futuro que pensamientos intelectuales:

- 1.- Confesión Semanal.
- 2.- Horror a las exenciones de toda clase.
- 3.- Sufrir en silencio y contárselo todo al Señor y a la Señora.
- 4.- Que tu bien sea oculto y que El solo esté contento de ti.
- 5.- Suplirlos actos de Comunidad.
- 6.- Hacer felices a todos los que nos rodean.
- 7.- Si hay un enfermo no pasar el día sin visitarle. OFRECIMIENTO, ORACION, EXAMEN, PUNTUALIDAD, VISITA.

En 1978 dirigió una tanda de ejercicios en Peralta el P. Jesús Lecea, doctor en teología y profesor en Salamanca. A esa tanda acudieron escolapios de los distintos colegios de Aragón. Del Colegio Escuelas Pías asistieron ocho. Porque a la vez, dirigía otra tanda en el colegio el claretiano P. Ernest Barea. El P. Pedro no se movió de Zaragoza y el 31 de agosto redacta otra serie de once pensamientos. Copio y selecciono otros cinco:

El Señor nos ha llamado para ser santos, y servirle con humildad, gratitud y alegría.- La oración es una necesidad vital del alma.

Si nos amamos unos a otros somos invencibles. Debemos hacerlo porque de los demás no debemos esperarlo. Superiores y religiosos siempre unidos; puede desaparecer lo accidental y permanecer el amor.

Amor evangélico es sinónimo de amor a la comunidad y éste supone el sacrificio, pues debemos admitir a los religiosos tal como son, con sus taras y virtudes, y considerar a los ancianos y enfermos como auténticas reliquias para los cuales nuestra mayor consideración.

El amor de Iglesia debe realizarse en la comunidad, que digan de nosotros "mirad cómo se aman".

La ayuda mutua supone el respeto y la comprensión, y el servicio debe ser siempre humilde.

Un rayo de luz del alma del P. Pedro se refleja en estas cuartillas. Y las que pudo escribir en los ejercicios espirituales que practicó a lo largo de su vida ¿dónde están?

Amigos, qué resplandor de hoguera si las encontrásemos.

SANTO DE ALTAR

¿Entonces tú crees –me preguntan– que el P. Pedro fue un santo de altar? No tengáis prisa. Dejadme ahora resumir, sin detenerme a enumerar virtudes y heroísmos, las opiniones de compañeros cualificados del P. Pedro, que analizaron en profundidad el componente y la trayectoria de su espiritualidad.

Dos de estos analistas la identifican con el camino de Santa Teresa de Lisieux. Tomad nota. Uno de ellos dice:

– Era un hombre que siguió el camino de la Infancia de Santa Teresita del Niño Jesús... Siguió su camino de la sencillez. Se le veía en la oración recogido, puesto en las manos de Dios. Su vida estuvo inmersa en el Misterio de Dios como forma habitual

Y otro, fijándose en su entrega trinitaria, afirma:

– Esperaba en Dios Padre, en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo con una entrega que me parece se distinguía poco de la de Santa Teresita de Lisieux.

Un tercer analista va por otro camino y se asoma a la fuente de la fe:

– Vivió una fe profunda. Centrado en Dios, vivía y respiraba prácticamente su fe. Su vida de oración fue muy simple, era en definitiva vivir en Dios cada día, y todo lo que hacía y el modo cómo lo hacía era la consecuencia de esa fe que engendra caridad hacia Dios y los hermanos.

Sin meterse en profundidades teológicas, el P. Máximo Salvatierra manifestó en voz alta la evolución que venía notando en el comportamiento espiritual de su compañero de comunidad:

– Hay que ver la evolución del P. Pedro: si siempre ha sido caritativo y piadoso, conservaba en su juventud una pequeña energía de castellano viejo, que la está perdiendo hasta convertirse en pura expresión de bondad.

Muy cierta esa expresión de bondad, que impresionaba y alentaba, y muy cierta la evolución, detectada hacia 1960. Quedan muchos años de vida y la evolución y la bondad irán creciendo, para terminar llamándose santidad.

Muy cierto... Pero yo dudo que el P. Pedro perdiese alguna vez su energía de castellano viejo. Supo esconderla en el sosegado pozo sin fondo de su humildad, eso sí, pero dejándola vigorizar toda su actividad apostólica. La experiencia me dice que un castellano, hijo de cristianos viejos, puede vivir en Quito o en Sanghay, acomodarse a nuevas tierras y a nuevas costumbres, pero siempre brillará en sus ojos una chispa del cielo azul de Castilla. ¿No lo están probando los ojos amablemente maliciosos del P. Pedro?

¿Y qué pensaba él de estos análisis y opiniones? Pues ni se enteró. Consagrado a la dicha ajena, centrada su vida en Dios y dueño de sí mismo, pasó haciendo el bien con elegancia.

Falta la respuesta a la pregunta inicial, ya lo sé. Por si puede servirlos, mirad lo que dijo en cierta ocasión el P. Pedro:

– Yo no doy importancia en la vida más que al amor de Dios y del prójimo.

El escolapio que recibió el mensaje, añade

– Lo decía convencido.

Volvamos a vuestra pregunta. Si no la podéis responder vosotros mismos con lo leído, seguid leyendo, hasta la última línea de este libro.

Os digo más. Os digo que el P. Pedro anda desde hace tiempo en papeles vaticanos. La Iglesia, que en cuestiones de altares y santidad hila delgado, estudia con calma en esos papeles, la vida, las virtudes, la fama de santidad del que ya llama Siervo de Dios. Nunca tiene prisa la Iglesia, y por eso acierta siempre. Ella os dará la respuesta definitiva cuando suene el reloj.

Recemos para que no se retrase.

CAPÍTULO 16

SANTAMENTE

Sí, se murió el P. Pedro santamente al romper el alba del 14 de diciembre, fiesta de San Juan de la Cruz. Faltan muchos meses, alrededor de cuarenta meses. Pero hay que ponerle al último capítulo de su vida, como título, la única palabra – santamente– que puede explicar la vivencia crucificada y esperanzadora de ese largo vía crucis.

Espero que me comprendáis, que me acompañéis, que le acompañemos todos los que nos llamamos sus amigos.

Y para no tropezar, caminemos por ritmos precisos y jornadas contadas. Como los peregrinos.

NUEVAS FIGURAS EN EL ESCENARIO

Pablo VI clausuró las sesiones del Concilio con una eucaristía solemne, celebrada en la plaza de San Pedro el 8 de diciembre de 1965. El Papa cierra una puerta, pero quiere que su saludo “encienda una chispa que puede dar fuego a los principios, a las doctrinas y a los propósitos que el Concilio ha presupuesto”, para que puedan obrar “esa renovación de pensamiento, de actividades, de costumbres y de fuerza moral, de alegría y de esperanza que ha constituido el fin mismo del Concilio”. Pablo VI pudo comprobar cómo en los tres años siguientes el fuego fue haciendo lentamente su trabajo en la Iglesia y el mundo.

Tres años. En los siguientes, la enfermedad le fue siguiendo como un lebrele, y le rompió el corazón el 6 de agosto de 1978.

Un Papa nuevo, Albino Luciani, que tomó el nombre de Juan Pablo I. Duró treinta y tres días, uno por cada año de la vida de su Señor. El 28 de septiembre lo encontraron muerto. Nos dejó una esperanza rota y el regalo de su sonrisa.

Los cardenales le nombraron sucesor el 16 de octubre. Es un hombre joven, que viene de Polonia, hasta ese día Karol Wojtyla, desde ese día Juan Pablo II. Publica Encíclicas de rico contenido – Redemptor hominis (1979), Dives in misericordia (1980)–y empieza a sacudir las conciencias con sus viajes, que llevan al mundo la cercanía de su persona y el mensaje de la enseñanza conciliar. Entre 1979 y 1982 visita México, Polonia, Irlanda, Estados Unidos, Turquía, Zaire, Ghana, Alto Volta, Costa de Marfil, Francia, Brasil, Alemania y España. Aquí estuvo, en Zaragoza, arrodillado ante la Virgen del Pilar... Cuando escribo estas líneas peregrina, en viaje jubilar, a Tierra Santa.

También en España han cambiado las figuras y los partidos gobernantes. Suenan fuerte palabras mágicas: democracia para las instituciones, alternancia para los partidos, conciertos para los colegios, radicalidad para los consagrados...

Dentro de las Escuelas Pías” de Aragón se suceden los Provinciales: Benito Pérez (1967–73);– Ant nio Roldán (173–76), Dionisia Cueva (1976–82) y Cecilia Casado, elegido en la semana de Pascua de 1982.

LA PRIMERA ALARMA (1979)

La salud del P. Pedro era de hierro, según los doctores. Fuera de algunos catarros y de una hernia, operada con éxito por el Dr. López Madraza en 1975, ningún sobresalto, ni una sola hora perdida de trabajo.

La úlcera tampoco fue motivo preocupante. La llevó a cuestas. desde aquellos años lejanos de la guerra. Algunos ratos decaído en primavera, sin perder la sonrisa. Porque a esta úlcera, siempre molesta, la supo torear con maestría. Ante el graderío disimulaba tan lindamente, que

nadie sabía si estaba cerrada o abierta. El Dr. Alvaro López Melús, médico del Colegio Escuelas Pías durante dieciocho años, cuando entraba en la comunidad y preguntaba por su salud al P. Pedro, oía invariablemente la misma respuesta:

– Bien. Yo con mis alcalinos voy pasando. Preocúpese de los otros Padres que lo necesitan más.

El doctor estaba convencido de que la úlcera permanecía siempre abierta. Pero nunca vio al enfermo con cara de ulceroso. Lo que descubrió en aquel rostro fue una sonrisa permanente y agradecida. Tal vez no se dio cuenta el doctor del misterio interior del P. Pedro. Muy sencillo y muy secreto. La úlcera, más que una cruz era un regalo:

– La llevó con mucha paciencia, ofreciendo los dolores por las misiones.

Pero aquel 18 de agosto de 1979 saltaron las alarmas.

Se encontraba, como todos aquellos veranos, ayudando a las Religiosas de Santa Ana y a sus niños pobres en la Residencia de Panticosa. Se sintió mal. Le trajeron en ambulancia a la Clínica zaragozana de San Juan de Dios. Salió el 1 de septiembre y le llevaron a la Residencia Madre Ráfols de Villafranca del Penedés. El descanso, la comida apropiada, las medicinas le dieron nuevas fuerzas. El remedio más eficaz fue la compañía y el cariño de sus hermanas.

Y el 14, de nuevo en su colegio, “después de su convalecencia”. Eso dice el cronista de la casa, que desde ahora será nuestro amigo. Los exalumnos, en su revista “Vínculo”, dicen más. Dicen: “Demos gracias a Dios de que el P. Pedro, como todos lo conocemos, está otra vez entre nosotros, después de una temporada enfermo. Se ha reintegrado al colegio, aunque de momento sus horas con los chavales son pocas”. Parecía nuevo, optimista, risueño, un tanto nervioso, como todos los años por estas fechas, al comenzar el curso. No podía evitarlo. ¿Era cierta preocupación perfeccionista por hacerlo bien, porque todo estuviese a punto? ¿O era aquel temblor del corazón, que le anunciaba el cercano murmullo de sus niños?

Pasó el 79, pasó el 80. Sin novedad.

Los años, el trabajo y la gracia le han preparado suficientemente para el gran viaje. Pero él sigue sonriendo.

LO ÚLTIMO QUE ME QUITE, MIS NIÑOS (1981)

El 81 nueva alarma, y esta vez más seria. El miércoles de ceniza, cuando se disponía para la oración matutina, le dio un fuerte vahído, que le hizo caer sin sentido. Le exploró El Dr. López Madraza le hizo un reconocimiento a fondo, con resultado pesimista. Pronosticó un desenlace fatal en el término de dos o tres años:

– Este hombre, que para mí es un santo, se nos va

Se lo comunicó al Superior. Y añadió entristecido:

– Lo siento de todo corazón, porque he sido testigo durante años, los que ha tardado el cáncer en liquidar a mi anciana madre, de su bondad, alegría y servicialidad en atenderla. No sé qué daría por salvarle la vida, pero esto es irreversible.

Algo hay que hacer. Primero que descanse, sin los agobios de su trabajo habitual en la iglesia y el colegio. A finales de marzo, pasó unos días con la comunidad de Cascajo, “debido a su mediana salud”. Lo dice así nuestro amigo el cronista.

Sigue subiendo a Cascajo el P. Pedro los fines de semana, durante el mes de mayo. Le hicieron bien estas salidas. En un ambiente más sano y con un horario más distendido, fue recuperando color y calor en el cuerpo. De tal manera que el 20 de junio, escribe nuestro amigo el cronista, “al igual que todos los años, se celebró en los Campos de la Almazara la tradicional excursión del P. Pedro Díez y los churumbeles del Colegio, con toda clase de competiciones, emociones, y la alegría... de siempre”.

Y los exalumnos en su revista: “Nuestro querido y bondadoso P. Pedro tiene problemas de poca irrigación cerebral. En Cristo Rey, con el inmenso cariño de los Padres y el ambiente saludable, recobra agilidad mental y vital”.

¿Podía seguir desarrollando su programa, su intenso programa de trabajo? El P. Pedro, siempre optimista, creía que sí. Pero no eran de la misma opinión el médico y los superiores. Había que aliviarle. El Superior necesitaba hablar, y para iniciar el diálogo, dio con una fórmula menos dolorosa, de matiz salomónico:

– P. Pedro, se está Usted agotando, lleva cuatro cosas: niños, iglesia, confesiones, ayuda a ancianos. De las cuatro debo quitarle dos. Dígame cuáles prefiere.

Y el P. Pedro:

– Padre, nuestra vida es una vela que tiene una duración determinada, qué más da que se consuma enseguida o que la apaguemos a ratos. De todos modos, haga Usted lo que le parezca, pero le pido, por favor, que lo último que me quite sean mis niños. De ellos he aprendido muchas cosas

Sorprendido, el Superior, le preguntó qué cosas eran esas. Y el P. Pedro:

– Cuando son niños, niños, no mienten, son sencillos y se sienten contentos con cualquier cosa, y todo eso me ha enriquecido en mi vida.

Le quitaron casi todo: confesiones, ancianos y... niños.

Era el mes de septiembre de 1981. El mes de septiembre más triste de su vida. No había podido inaugurar con ellos, con sus niños, el nuevo curso. Oía desde lejos sus rezos y sus cánticos. Los veía desfilar por el pasillo, delante de su cuarto, cuando bajaban y subían del recreo. Le invadía por las mañanas una neblina húmeda de tristeza. Dice su hermana Bernarda:

– Nunca le vi triste. Solo una vez, cuando al fallarle la salud, veía

que tenía que dejar la clase... pero lo que decían los Superiores era palabra de Dios para él.

Volvió a pedir:

– Lo último que me quite...

Le contentaron, de momento, con un premio-consuelo. Nuestro amigo el cronista escribe en su libro: “El P. Pedro, a ciertos ratos, visita a sus pequeñines”.

Se fue de vacaciones. Casi un mes de descanso. Volvió al colegio el 9 de octubre, algo mejorado, recuperados en parte la alegría y el afán de ayudar a los niños.

Los exalumnos pusieron su foto en la revista y escribieron gozosos: “El Rdo. P. Pedro Díez Gil –medalla del Trabajo (1973) se va restableciendo de su enfermedad”.

A VER SI ME PONGO BIEN

En Navidades felicita a sus hermanas. Sor Bernarda guardó la carta, escrita a máquina. En ella le dice el P. Pedro:

Te deseo una Navidad muy feliz en compañía de toda la Comunidad... Y llevo mi vida de siempre y sigo a la Comunidad en todos los actos menos en la oración de la mañana porque me levanto más tarde. Celebro Misa diariamente a media mañana, ayudado por la señorita Carmen. Y voy un rato a la escuela, mañana y tarde. Los días en que hay vacación lo siento mucho porque me aburro. Todos me quieren mucho. Rezo por todos y os la vida del P. Pedro. Y el P. Pedro, mientras las va leyendo, mueve la cabeza de un lado otro y sonrío al amigo navarro, que le llama hermano.

Os las copio, respetando los mismos espacios que dejó su autor. Solo lamento no poder transcribir la belleza de la caligrafía. Son éstas:

Caducaba a los 5 años. No hizo falta. Lleva la última firma del P. Pedro, que conviene comparar con la de 1973, cuando dedica su foto a Josefa.

A mi caro hermano,

Pedro Díez, compañero de trabajo, apóstol de los niños más queridos de Jesús, Ángel de los moribundos, sencillo y pobre,



SANTAMENTE

humilde y desprendido, custodio de la sacristía y de la Casa del Señor, alma del Parvulario, pequeño de estatura y gigante en la caridad

El recuerdo de mi constante plegaria. Feliz Navidad.

Joaquín Erviti

Nadie mejor para retratar a un santo que otro santo. Con perdón, P. Erviti.

Pero es que ha estado Usted inspirado, y ha tenido el acierto de fundir en sus renglones historia y profecía. Así fue, y sigue siendo en estas Navidades el P. Pedro: “pequeño de estatura y gigante en fe y caridad”. Aunque él siga moviendo la cabeza.

EL SENDERO DE LA CRUZ (1983)

1983 marca el sendero de la cruz.

En marzo los Superiores nombraron al P. Vicente Ovejas “rector y encargado de la iglesia”. Ya ni buenas formas hacen falta. Los ojos cansados del P. Pedro dicen más que sus palabras. Le atienden los religiosos con todo cariño. Le miman la señorita Carmen. Antes, en los meses de verano le llevaba a los campos de la Almazara, al Cascajo o al parque, “para que se distrajera”. Ahora le sube a la terraza para que tome el sol, lo pasea por los claustros y le asoma algunos momentos a su antigua clase, para que se alegre viendo a sus “niñitos”. Él sonríe y agradece. Mantiene viva la llama de su ternura, pero el cuerpo no da para más. Y añade la señorita Carmen:

– El pobre se iba agotando, se cansaba y lo recogía otra vez.

El alzheimer –una palabra que desconoce la señorita Carmen va tejiendo implacable su negra tela de araña.

El ingeniero Pablo Romea vio una mañana al P. Pedro sentado en el patio. Y confiesa:

– Me impresionó verlo callado, cabizbajo, hundido. Aquel no era el P. Pedro de toda la vida. Su cerebro no funcionaba...

Otra mañana, uno de los maestros se lo encontró tirado en el suelo:

–Al pasar por delante de su habitación, lo vi en el suelo, se había caído de la cama, llamé al H. Mariano y entre los dos le acostamos.

– ¿Y si le cercamos a Villafranca, para que le vean y animen sus hermanas?

Le acercaron. Nuestro amigo el cronista anota en su libro el 23 de junio: “El P. Pedro Díez marcha a tierras catalanas con su hermana religiosa”. Con sus hermanas, amigo cronista, que son dos las hermanas, Eulalia y Petrita. Pasó con ellas unas vacaciones largas, sosegadas. El aire de siempre, la delicadeza femenina de siempre. Y el 17 de septiembre, sin ningún signo de mejora y con una mirada perdida que daba pena, volvió a Zaragoza! “Llega el P. Pedro Díez de tierras catalanas”.

Era el último viaje y la última visita. Le fueron a buscar y le trajeron José Ignacio, el P. Fernando González, hasta hace unos meses su P. Rector, y el H. Miano su enfermero.

El habla no la perdió nunca. Ni su tierna humildad agradecida. Agradece a Dios la cruz de sus dolencias:

– Qué bueno es Dios que me da esta enfermedad.

Hasta la silla en que le sientan seia agradece al Señor:

– Qué bueno es Dios que me da esta silla para descansar.

Sonríe, sonríe siempre, pero la procesión va por dentro. Y es preocupante, verdaderamente preocupante esta procesión.

DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Consulta de médicos. Hay que internarle. Le internaron en el Hospital Clínico Universitario. Esta vez cedemos la palabra al secretario de la comunidad, que casualmente es el mismo que nuestro amigo el cronista. En su libro anota el 23 de octubre: “Enferma gravemente el P. Pedro Díez, que es trasladado a Urgencias, al Hospital Clínico de Zaragoza. Está atendido constantemente por miembros de la Comunidad”.

No cuenta el cronista y secretario la escena cruel que le esperaba en el Clínico esa mañana del 23 de octubre.

Pusieron al enfermo en manos del Dr. Lafuente, buen especialista, buen caballero, buen católico. El enfermo en su la camilla, el Dr. Lafuente, con su grupo de aprendices de médico al lado, todos vestidos de blanco. Y el doctor, cumpliendo la ley, mandó que desnudasen totalmente al P. Pedro. El escolapio que presenció el acto protestó amablemente y vio cómo se puso blanco de vergüenza el rostro del enfermo. Pero la orden era terminante. Y entonces el P. Pedro “levantó los ojos al cielo, juntó las manos y dijo:

– Lo que Ustedes digan.

Ni una queja, ni un reproche.

– Pero vi que_ tenía los ojos con lágrimas.

Lloró por su madre. Y llora ahora por sí mismo. En Huesca cuando despide a la señora Carmen. En el Clínico, al ver cómo utilizan el cuerpo de su hijo para que aprendan los futuros médicos la diaria lección de anatomía. Una muerte física, la de su “santa madre”. Y otra muerte moral, la del choque cruel entre el cuerpo desnudo y la castidad vivida como don de Dios.

De la atención que se le prestó al P. Pedro mientras estuvo internado, soy testigo. Formábamos la comunidad escolapia 25 religiosos. Y nos fuimos turnando, día y noche, para que no le faltase al enfermo ni el cuidado ni la caricia de sus hermanos. Una de esos días, el 17 de octubre exactamen-

te, casi al amanecer, estando yo a su lado, abrió los ojos, se incorporó en la cama, dio unas palmaditas, y como si estuviese en la clase, dijo con voz clara:

– Bueno, niños, vamos a empezar .

LA HORA DEL AMOR CALLADO

Los médicos hicieron cuanto supieron, que fue mucho, y lograron lo que pudieron, que fue poco. El 29 de octubre, le dieron de alta en el Clínico. Y a media tarde, sin previo aviso, nos lo han traído en una ambulancia a casa. Así lo dejé escrito en mi diario. Nuestro amigo el cronista, más parco y menos concreto, escribió en su libro: “Traemos al P. Pedro Díez del Clínico, donde ha permanecido varios días”. Amigo mío, no varios días, sino treinta y seis días bien contados.

Ya está entre nosotros, P. Pedro. Hemos entrado en la hora penúltima, la del amor callado, a la sombra de la cruz.

La cruz apareció muy puntual. Más de una cruz, muchas cruces. Porque las horas de cama le van abriendo las carnes. El médico habla de ulceraciones y escaras. Tecnicismos aparte, su cuerpo es ya pura llaga sangrante. El dolor y el alzheimer le nublan las ideas y responde desorientado cuando le preguntan. Las ideas por un camino y el deseo de expresarlas por otro. Ahora sí que ve claro el” Dr. López Melús:

– Pero se le notaba en la sonrisa la cara de beatitud que tenía

Sí, doctor, pero está llagado y lleva mucha metralla en el cerebro, que le devora sin piedad.

El H. Mariano, su enfermero, se cayó hace tres días de una escalera mientras limpiaba y adornaba de ores el panteón en el cementerio de Torrero. Le suplirán mientras haga falta el H. Macario, José el fiel servidor, y, a ratos, la señorita Carmen.

Que digan ellos. Primero el Hermano:

– Totalmente lllagado en su cuerpo, cuando le hacíamos algún movimiento que le producía dolor, daba un pequeño quejido, pero ni una palabra de reproche.

Después José:

– Tuve que ayudar, por accidente, al H. Enfermero. Nos decía:

– “¡Cuánta faena os doy!”. Su única obsesión, los niños. Repetía:

– Vamos a clase, que tengo que ir con mis chicos.

POR ÚLTIMO LA SEÑORITA CARMEN:

– En la etapa final, le atención más íntimamente, junto con José y con los HH. Macario y Mariano. Era un hombre de Dios y todo me pareció poco para lo que él se merecía billete para el largo viaje

Diciembre abre de par en par todas las ventanas al cierzo, que baja despiadado desde el Moncayo. El P. Pedro lleva ya doce meses sin poder celebrar misa. Le suben el sacramento a su cuarto. Se va debilitando. Sus manos y su rostro son cada día más blancos, casi transparentes. Le falla la memoria, apenas puede hablar. Le queda como signo de identidad una mirada agradecida y su eterna sonrisa. Pero se nos va, se nos va el P. Pedro. Ahora sí que ha sonado la hora última, la del adiós definitivo.

Ha caído en sábado este 10 de diciembre de 1983. Todos los síntomas indican que el P. Pedro se afana en sacar billete para el largo viaje. Lo dice el médico, que le visita todos los días. Lo confirman los religiosos, que velamos junto a la cabecera del enfermo todas las horas del día y de la noche. Todas, sin que se nos escape una.

Y al atardecer del 10 de diciembre, la comunidad se reunió en el oratorio. En dos filas, el P. Rector en medio con el copón entre las manos, bajó al primer piso y entró en la habitación del P. Pedro: “La paz del Señor a esta casa y a todos los aquí presentes”. El enfermo, desde la blancura de su cama, fue reconociendo despaciosamente con la mirada a cada uno de sus hermanos. Se cumplieron con fidelidad todos los ritos. En el clima

de un profundo silencio emocionado, sonaron las palabras de Jesús en el Evangelio de San Juan: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”. Recibió el P. Pedro el Cuerpo del Señor con profundo recogimiento. Y el ministro del sacramento, trazó la cruz con el copón y se despidió diciendo: “Que Jesucristo, el Señor, haga brillar su rostro sobre ti y te lleve a la vida eterna”.

Nuestro amigo el cronista, con su clásica parvedad de palabras, resumió el encuentro y la despedida: “A nuestro P. Pedro, reunida la Comunidad, le administramos el Viático”.



El martes 13, los dos mil alumnos del colegio rezaron, al comenzar sus clases, por el P. Pedro. Después de la cena, no reconoció a quienes nos acercamos para darle, según costumbre, las buenas noches. Al P. José Seone le tocó velarle:

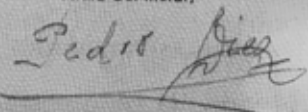
– Estuve con él, lo miraba y sin darme cuenta... expiró sin un gesto de dolor y con mucha paz.

Parecía dormido, pero estaba muerto. Muerto y sonriente. Vibró en el silencio oscuro de la noche la voz madrugadora del reloj, que anunciaba la llegada del miércoles 14 de diciembre de 1983.

Pocas horas después escribí en mi diario: “Esta mañana, la una exactamente, ha fallecido el P. Pedro. Era un santo y santamente ha muerto”.

.....

ESPAÑA DOCUMENTO NACIONAL DE IDENTIDAD	
16.927.918	
	D. Pedro DIEZ GIL
	POR LA DIRECCION GENERAL DE SEGURIDAD EQUIPO 56 Reg. n° 657.605
	

Nació en Pampliega prov. Burgos el 14 de abril de 1913 Hijo de Domingo y de Carmen E. civil S Prof. Sacerdote domic. en Zaragoza prov. - - calle Conde Aranda n.° 2 Expedido en ZARAGOZA prov. - - el día 2 de febrero 1983 Caduca a los 5 años	
Gr. sanguíneo: SEXO: V	Firma del titular, 

GAEZ, S. A. - MADRID

Dos fechas clave en la vida del Siervo de Dios, nacimiento y muerte. Detrás del frontal descansa y espera. Con él esperamos nosotros la palabra maternal de la Iglesia.

NOTA CRÍTICA

Para elaborar esta biografía he utilizado las siguientes fuentes documentales:

A) Editadas:

El folleto, titulado P. Pedro Díez, y publicado con motivo de la Apertura del Proceso de Canonización. –Zaragoza, 30 de mayo de 1997.

DENES (Diccionario Enciclopédico Escolapio), tomos I y II, Salamanca 1990 y 1983 respectivamente. Trae la historia de las demarcaciones y colegios de la Orden, también las biografías de sus hombres ilustres, entre ellas la del P. Pedro.

A. Soláns, Historia del Colegio de las Escuelas Pías de Zaragoza, Zaragoza 1972.

La obra, titulada Las Escuelas Pías de Aragón (1677–1950), primer tomo publicado en Zaragoza 1999, segundo tomo en prensa.

Constituciones de San José de Calasanz, edición española, Salamanca 1986.

Constituciones de la Orden de las Escuelas Pías, Madrid 1999.

Relaciones literales y gráficas en las revistas juventud Calasancia, Peralta de la Sal, Ephemerides Calasactianae, Revista Calasancia, Analecta Calasactiana, Vínculo Escolapio, El Pilar, Acies, Espiga... A estas revistas hay que añadir diversos periódicos, que se citan a lo largo de la biografía,

de manera especial los zaragozanos Heraldo de Aragón y El Noticiero, y dos Memorias extraordinarias de fin de curso de los colegios de Zaragoza y Santander.

Libros de lectura, preparados por el P. Pedro.

B) Inéditas:

La Copia Pública, que recoge fielmente 55 testimonios escritos, espontáneos o solicitados por el Vicepostulador del proceso de canonización, las declaraciones ante el tribunal diocesano instruido en Zaragoza bajo la autoridad del arzobispo don Elías Yanes, de 32 testigos, que conocieron personalmente al P. Pedro y convivieron con él, más el dictamen de dos peritos integrantes de la comisión histórica.

Los libros oficiales –Crónicas y Secretaría– de las comunidades escolares de Peralta de la Sal, Irache, Albelda, Daroca, Jaca y Zaragoza.

Otros documentos originales, que se relacionan directamente con la actuación del P. Pedro, custodiados en el archivo del Colegio Escuelas Pías de Zaragoza, del archivo provincial de las Escuelas Pías de Aragón, en Zaragoza, y del archivo de la Vicaría General de las Escuelas Pías de España, en Madrid.

Los escritos autógrafos del P. Pedro, conocidos al iniciarse el Proceso –cartas familiares, notas y resoluciones tomadas en dos tandas de ejercicios espirituales, cuadernos con listas de alumnos, libros de misas y matrimonios del Colegio Escuelas Pías de Zaragoza– más diecisiete nuevas cartas, también autógrafas, descubiertas en 1999.

Una cinta magnetofónica, que recoge en su grabación la homilía y los discursos pronunciados en el acto de imposición de la medalla al mérito del trabajo al P. Pedro en 1973.

Testimonios puntuales, orales y escritos, solicitados por el autor a las tres hermanas religiosas del P. Pedro, y a numerosos amigos y conocidos del Padre y de su familia.

Mi propio diario personal (1964–2000)

Padre Pedro Díez Gil, o simplemente el P. Pedro como le llamaban sus alumnos y le seguimos llamando sus amigos, pudo hacer carrera, que dotes le sobraban. Pero prefirió, desde que profesó en las Escuelas Pías, hacerse niño con los niños y ser pobre entre los pobres y los enfermos. Había nacido en el pueblo burgalés de Pampliega el 14 de abril de 1913. Sacerdote y maestro todas las horas del día, año tras año, cerca de setenta. Cayó rendido sobre el surco un 14 de diciembre de 1983 en su colegio de Zaragoza. Se fue, pero nos dejó su imagen transparente de hombre bueno, su perenne sonrisa de amigo, su mensaje de amor hecho servicio, y su cuerpo incorrupto.

En papeles vaticanos andan ya las peripecias de la vida, la heroicidad de las virtudes y la fama de santidad del P. Pedro. A él pueden importarle menos estos papeles que la felicidad de los hombres que fueron sus alumnos. Pero a nosotros sí nos interesan, y mucho. La Iglesia, que en cuestiones de santidad hila delgado, dirá a su tiempo y sin prisas la última palabra. Mientras llega esa palabra, procuramos nosotros dar respuesta de cristianos viejos a cierta pregunta, que un día conciliar le hizo el P. Pedro a un joven teólogo, doctorado con aplauso en la Universidad Pontificia de Salamanca: “pero Padre, ¿usted cree en el Espíritu Santo?”.